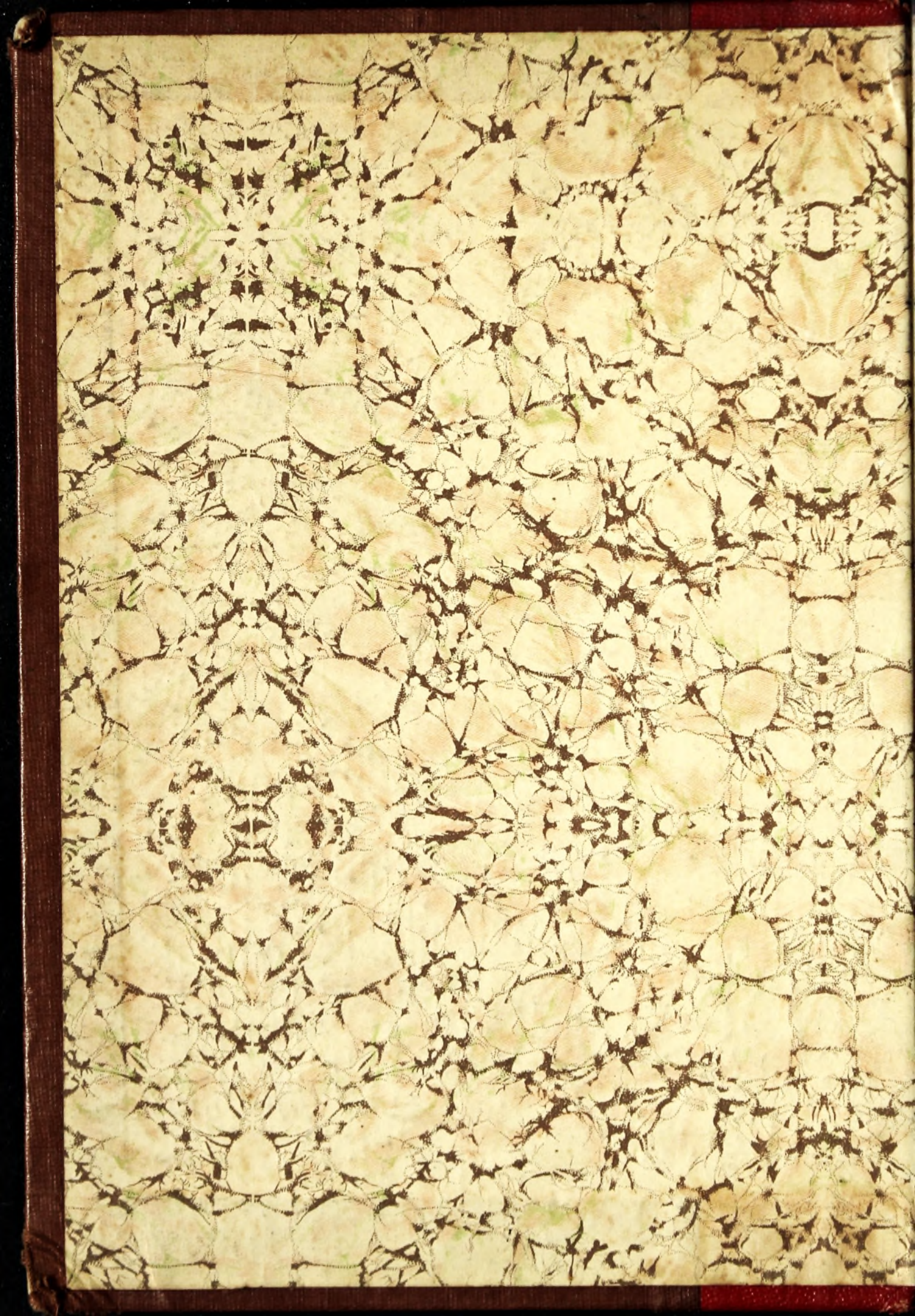










Doc. № 20





N. 100



Davill

DAVID  
DAVID



**DOCIÓN  
DANIEL VIDART**

A mi hijo GABRIEL



---

DANIEL D. VIDART

ZUBILLAGA 1117

Montevideo — Uruguay

# LA VIDA RURAL URUGUAYA

—ESCENARIO GEOGRAFICO

—PROCESO HISTORICO

—CARACTERES SOCIOCULTURALES

DANIEL D. VIDART

Jefe del Departamento de Sociología Rural  
del Ministerio de Ganadería y Agricultura

Profesor de Sociología en el Seminario de Ciencias  
Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias

MONTEVIDEO, 1955







## PROLOGO

*Este trabajo, que primitivamente se denominaba "Esquema de una Sociología Rural Uruguaya", fué distinguido en el año 1950 con el primer premio en un concurso organizado por el Ministerio de Ganadería y Agricultura entre sus funcionarios técnicos y administrativos*

*En la presente versión su título y su texto originales han sido modificados por las razones que de inmediato expongo.*

*El título fué cambiado atendiendo a dos motivos: en primer lugar, porque la materia tratada desbordaba el área rigurosamente sociológica para incursionar en otras Ciencias del Hombre; en segundo lugar, por su carácter asistemático, pues mal puede hablarse de sociología stricto sensu en un país donde no existen estadísticas demográficas reiteradas periódicamente (el último Censo General se realizó en 1908; el próximo se proyecta para 1956), donde se han efectuado muy pocos estudios de campo y donde no hay una tradición sistematizada en torno a los temas básicos de aquella ciencia.*

*El texto, a su vez, fué reelaborado y depurado atendiendo a una expresa recomendación del Jurado que entendió en el citado concurso y sugirió su publicación: muchas partes meramente programáticas fueron sustituidas por desarrollos más acabados y otras, de carácter adjetivo, han sido suprimidas por razones de espacio.*

*Aduerto también que el estilo empleado no es el de la desnuda exposición científica sino el más cálido y vivaz que caracteriza al ensayo. En efecto, el ensayo, según la definición de Webster es "una composición literaria, de naturaleza analítica o interpretativa, que se ocupa de un tema desde un punto más o menos limitado o personal permitiendo una libertad considerable en el estilo y en el método".*

*Los actuales capítulos de este conjunto de ensayos sobre la sociedad rural uruguaya son bosquejos de una obra de mayor aliento y procuran ser incitaciones para que otros investigadores particulares u organismos públicos emprendan el estudio de nuestra vida campesina. No hay en ellos la ambición de plantear teóricamente todos los pro-*



blemas que suscita la sociedad rural de nuestra patria sino el intento de seleccionar ciertas claves y de apuntar algunos posibles caracteres distintivos de la misma. Como se advertirá, tal propósito obliga a emitir juicios de valor y a organizar interpretaciones que son hipótesis de trabajo ya que carecen de una plataforma de juicios de realidad surgidos de hechos científicamente establecidos y comprobados. Pero esto no debe reprocharse totalmente a quien hoy procura comprender el proceso socio-cultural de su pueblo sino a los que en el pasado han desestimado, por carencia de medios o de preparación científica, analizarlo de modo exhaustivo.

De todos modos, estamos a tiempo de efectuar un balance de nuestra realidad pues la madurez nacional recién ahora exige perentoriamente esa tarea. Estoy seguro de que las ciencias sociales, como integrantes de la prestigiosa y eficiente familia de las Ciencias del Hombre, han ganado el espíritu de la actual generación y tengo la esperanza, común a muchos investigadores, que a muy breve plazo las veremos asesorando la labor legislativa y administrativa del gobierno uruguayo.

Los últimos capítulos del libro versan sobre algunos aspectos de la civilización urbana rioplatense que son una prolongación de la cultura campesina marginalizada en las ciudades o los productos híbridos de la mezcla del hinterland nativo con la kitsch cosmopolita. Lamentablemente tuve que detenerme en los umbrales del análisis dado que la materia del libro es la vida rural y no debo traspasar sus límites, por lo menos en la actual circunstancia.

Dos apéndices completan el presente trabajo. El primero expone de modo general las funciones que realizará el Departamento de Sociología Rural recientemente creado en el Ministerio de Ganadería y Agricultura, destacando los reales beneficios que rendirá una vez que se complete su dotación técnica y su rubro para investigaciones. El segundo apéndice esquematiza en cuadros sinópticos la estática y la dinámica de dicho Departamento, facilitando la comprensión de su mecanismo.

Finalmente quiero expresar mi profundo agradecimiento al Consejo de la Facultad de Veterinaria que, como integrante de la Universidad de la República, solicitó la publicación de estos ensayos, y a las autoridades del Ministerio de Ganadería y Agricultura que tan comprensiva y generosamente acogieron aquella solicitud.

Montevideo, 3 de junio de 1955.



- I -

# INTRODUCCION AL PAISAJE URUGUAYO

## QUE ES Y QUE NO ES UN PAISAJE

El paisaje es el precipitado de la historia en el matraz de la geografía; es la moneda que las culturas acuñan en la roca yacente; es el vestido con que el hombre cubre el cuerpo primitivo de la tierra.

Una comarca sin rastro de seres humanos, en cambio, es naturaleza plena, soledad planetaria, esqueleto cósmico, telurismo integral. Cuando llegan a ella los hombres y aran los campos y construyen apriscos y edifican viviendas y abren caminos, recién empieza a existir un paisaje. El paisaje, por lo tanto, es la modificación <sup>voluntaria</sup> consciente de la naturaleza ejecutada por el hombre para satisfacer sus necesidades biológicas y espirituales.

¿Es muy estrecho este concepto de paisaje? ¿Es muy radical al descartar el paisaje físico, como se le llama a la entidad geomorfológica pura?

Paisaje viene de *pagus*, voz latina que quiere decir aldea, pequeño lugar rústico humanizado, por oposición a *civitas*, *urbs*, ciudad, gran plexo humano internacionalizado.

De *pagus* sale toda una familia de palabras: pago, paisano, paisaje y país.

Pago es la querencia cordial, el terruño afectuoso, la patria chica donde el hombre campesino sustantiviza su obra y enraíza sus relaciones sociales primarias. La tónica solariega y sentimental del pago se traduce en el espíritu localista, en el orgullo terrígeno de las comunidades rurales y define en pequeño lo que será la psicología patriótica en grande.

El paisano, por su parte, es el hijo del pago, el comarcano, el lugareño. Sus trabajos pecuarios y agrarios darán fisonomía propia a las regiones donde habita. El medio físico, en un principio, le impondrá su férreo dictamen; pero cuando la evolución técnica y la madurez cultural lo permitan, ese paisano otrora plegado a la na-



turalidad con plástico ademán de supervivencia, la superará, la transformará y, en ocasiones, la anulará.

El paisaje, a su vez, es el resultante de la actividad geúrgica del hombre en cuanto que *geurgia* significa la creación voluntaria de un ámbito terráqueo apto para abrigar, nutrir y solazar al *homo*, que el *sapiens* se convierte en *geographicus*, que de presencia se convierte en potencia, que de espectador se trasmuta en actor.

La disciplina que estudia esta actividad geográfica del hombre es la geografía humana o ciencia de los paisajes. La verdadera geografía humana no se preocupa por demostrar la problemática influencia del clima o del relieve en la constitución somática y anímica de los grupos sociales, ni en el prorrato territorial o mental de las razas, ni en la distribución de la población, ni en los usos y costumbres, ni en la estructura de las sociedades. Todo ello es materia de la ecología, de la demografía, de la etnología, de la sociología.

Una vivienda es un hecho geográfico pues modifica la superficie de la tierra, pero no son hechos geográficos la vida familiar que en ella se desarrolla, ni el índice cefálico del hombre que la construye, ni el aislamiento o contacto de sus habitantes con otros grupos sociales. Tengan esto en cuenta los geógrafos que adoban sus encurtidos con los clavos de olor de otras ciencias perfectamente constituidas y también los corsarios de la sociología o de la ecología que, en revancha, depredan el solar de la geografía humana para avituallar sus bodegas. Pero volvamos a nuestro tema. Un país, finalmente, es la síntesis política de pagos, paisanos y paisajes declinados bajo el denominador común de idénticas instituciones y de civilización semejante.

Como se ve, pago, paisano, paisaje y país, poseen una entraña solidaria que confirma la anterior definición de paisaje. Hay paisaje donde existe un país construido por los hombres de los pagos.

A mi juicio no cabe distinguir entre paisaje natural y paisaje humanizado, como dicen los franceses, o paisaje cultural, como prefieren los alemanes. Sólo hay naturaleza o paisaje, demiurgo cosmológico o geurgo antropológico, geografía física o geografía humana.

En el paisaje se dosifican y concilian los dos ingredientes polares del sistema de Hegel: la Naturaleza y el Espíritu. La Naturaleza es el hueso de la gea, de la vieja tierra que saqueamos por creerla inagotable; el Espíritu es la aptitud creadora del hombre derramándose en su contorno. Y del acoplamiento de ambos términos surge la carne ideal de los paisajes que envuelve la osamenta telúrica con las estrías musculares de los campos roturados, con las venas de los canales, con los nervios de las comunicaciones, con la epidermis enjalbegada de los pueblos, con las túnicas fragantes de las arboledas.

Cuando Humboldt escribió sus *Cuadros de la Naturaleza* sabía perfectamente que no convenía el nombre de paisaje a las sabanas del Orinoco, al verde mundo de las florestas tropicales o al vertiginoso pegamiento de los Andes porque estos escenarios estaban des-



provistos de obras humanas, porque eran reinos de fuerzas elementales en arrogante y soledoso esplendor. <

El paisaje, además, es un fenómeno terrestre.

No hay paisajes en el mar ya que — el refrán lo confirma — no se puede arar en él, no se puede construir en él, no se puede mellar su piel intransigente y elástica de toro milenario.

Hay paisaje solamente a la orilla del mar: un puerto, una escollera o un balneario pueden configurar un paisaje en tanto que son artificios litorales, en tanto que son expresiones humanizadas de una tierra ribereña; pero mar adentro, ¿qué paisaje puede haber?

En inglés paisaje se dice *landscape*. *Land* significa tierra y es el ingrediente básico de los términos *land-wind*, viento de tierra; *land-worker*, labrador; *highlands*, tierras altas; etc.

En alemán la palabra equivalente a paisaje es *Landschaft* y *Land* como en inglés, también quiere decir tierra.

Y la propia etimología de paisaje, *pagus*, lugar poblado de tierra adentro, da el claro sesgo continental del concepto.

Paisaje, en definitiva, es un lugar terrestre humanizado, cosa que no sucede en la selva virgen ni en medio del Atlántico, donde no hay paisajes sino naturaleza primicial y soledad marina.

#### TIPOS GENERICOS DE PAISAJE NACIONAL

✕ Cuando un personaje de *La Barca sin Pescador*, obra teatral de Alejandro Casona, dice que “conocer el paisaje es casi como conocer el hombre” no anda muy lejos de la verdad. ↙

El paisaje, como la huella digital de un dedo etnológico, denuncia el tipo de hombre que lo ha construido y facilita la filiación cultural de su habitante.

De tal modo nuestro paisaje proporciona a quien lo sepa ver la medida física de una dimensión espiritual, los arquetipos tangibles de una historia patria, los hitos materiales de una *Weltanschauung* colectiva.

Pero con idéntica elocuencia ese paisaje nos habla del zócalo geológico que lo sustenta, de la flora que lo viste, del relieve que lo engarza, del clima que lo circunda.

✕ Max Sorre, un distinguido geógrafo, escribía en una obra de juventud: “Diríamos de buen grado que toda la geografía cabe en el análisis del paisaje” y precisaba de inmediato que “todas las ideas de un biogeógrafo se obtienen de la contemplación del paisaje”.

Y así es. Medio telúrico y acción teleológica, sustrato natural y sedimentación cultural, indiferencia física y angustia metafísica, mundo y hombre, cosmos y microcosmos están entrelazados en el paisaje, recíprocamente declinados, temporalmente estratificados, significativamente expresados. Quien sepa interpretarlos poseerá las claves preciosas para penetrar en el tuétano profundo de un país y en las características de sus habitantes. ✕



Por eso, cuando atravesemos el norte bravío, ese norte de cerros como mesas, al divisar las estancias que de tarde en tarde levantan el casco de sus casas y arboledas sobre potreros de pastos hirsutos, digamos que el paisaje que contemplamos es un paisaje fragmentado.

Es paisaje fragmentado porque lo físico prima, porque el hombre ha construido islotes sociales sin coherencia de archipiélagos, porque no se ha disciplinado el espacio.

Cuando visitemos los monocultivos del litoral del Uruguay o las granjas de San José, Canelones o Maldonado, al cruzar los viñedos, los grandes trigales y los huertos de lozana opulencia, al recorrer los caminos que capilarizan la región, al penetrar en las viviendas que se hacen señas amistosas desde las soleadas colinas, digamos entonces que estamos en presencia de un paisaje organizado.

El paisaje organizado revela una racionalización integral de la naturaleza para exigirle un mayor coeficiente productivo.

En él las obras humanas se articulan unas con otras, no dejan cabos sueltos de campo arisco y primigenio, "domesticar" totalmente — el término es del geógrafo francés Pierre Deffontaines — a la tierra labrantía y frutal.

Pero cuando nos hallemos en Montevideo, o Salto, o Paysandú, y veamos el juego de las calles, el sistema de las luces, la verticalidad de las viviendas, la teoría ciudadana en despliegue febril y complejidad agonística, digamos entonces que contemplamos un paisaje urbanizado.

Se trata de un paisaje urbanizado pues la ciudad ha devorado a la naturaleza que subsiste débilmente en forma de avenidas enjardinadas, de plazas arboladas o de espacios verdes, o que proporciona un oscuro pedestal topográfico a la estatua múltiple y audaz que el hombre levanta con piedra, ladrillos, hierro y cemento.

El paisaje fragmentado, el paisaje organizado y el paisaje urbanizado dan las claves ópticas iniciales para penetrar en nuestra geografía humana y en nuestra morfología social.

Viajemos mucho por nuestro país con esta preocupación analítica y aprendamos así a ver, que de las visiones correctas surgen las interpretaciones fidedignas.

Viajemos mucho por nuestro país tratando de encontrar sus coeficientes espirituales, sus marcos naturales, sus conflictos dialécticos protagonizados por el hombre y el medio y busquemos al mismo tiempo las soluciones armoniosas entre la objetividad física y el anhelo social.

Y viajemos mucho por nuestro país sabiendo que las verdades de la razón necesitan de las pascalianas verdades del corazón, de esas verdades sentimentales que hacen bello lo menguado y poderoso lo débil, porque están inspiradas en el amor. Y si el amor mueve el sol y las demás estrellas ¿cómo no podrá hacernos más devotos de una pequeña patria que aguarda con estremecida esperanza nuestro amor traducido en obras y en altos pensamientos?



## EL SOLAR DE LAS CUCHILLAS

Entre los paralelos 30º y 35º de latitud sur y los meridianos 53º y 58º de longitud occidental late, en el gran torso telúrico de Sudamérica, el corazón verde de la República Oriental del Uruguay.

En el mapa político del continente nuestro país aparece como un Pulgarcito aprisionado entre dos colosos: el Brasil apoya la púa de su trompo inmenso sobre su frontera septentrional y el rico triángulo de la Argentina lo flanquea por el Oeste con el cateto que viene desde el trópico e irá a sumergirse en los helados canales del archipiélago magallánico.

Constreñido por ese doble abrazo, el territorio nacional, de apenas 186.000 kilómetros cuadrados de superficie, apoya su espalda cretácica en el árbol musical del río paterno, se acoda con brazos de arena en las playas del estuario del Plata y recibe en su pecho de granito la salada metralla del océano.

País de tradición terrígena y cuna de gauchos aferrados a la gea, el Uruguay, por una especie de ironía tutelar, defiende su carozo de firme sustancia planetaria en un nudo de ríos, mares y lagunas, circundado por aguas que cantan, que imprecán y que sueñan. En efecto, hacia el este se tiende la melancólica albufera de la laguna Merim; hacia el Oeste, el río Uruguay levanta su corva espada desgarrando con su punta el vientre de las selvas subtropicales; hacia el sur, el valle hundido del Plata recibe las poderosas correntadas del Tigris y del Eufrates latinoamericanos, y hacia el sudeste el Atlántico antiguo y misterioso mueve su rueca de truenos y teje sobre las dunas coléricos tapices de saliva marina.

Sólo el norte escapa, aunque acuchillado por el Cuareim y el Yaguarón, a este húmedo lazo que estrecha las 6/7 partes del perímetro territorial.

Pero el hombre que poblará y atronará con su épica turbulencia al solar cercado por las aguas será, sin embargo, un devoto de la tierra firme, una esquirla dramática del edafos que lo fundamenta y corrobora.



No puede intentarse reconstruir la parábola histórica de nuestra sociedad campesina sin dedicar siquiera un capítulo al escenario de su hazaña vital.

Los factores geográficos gravitan sobre las sociedades con prevalente énfasis en la etapa juvenil de las mismas, cuando dialogan familiarmente con la tierra y el cielo, y en grado menos intenso cuando han fabricado un caparazón urbano que las protege con sus microclimas o un manto cultural que las envuelve con sus símbolos.

Sin embargo, ello no nos autoriza a suscribir las generalizaciones del determinismo geográfico favorable (la claridad del pensamiento griego se debe a la nitidez de la atmósfera de la península helénica. — Taine) o del determinismo geográfico desfavorable (la civilización nace donde la vida es dura. — Toynbee).

Exageraciones de este tipo llevaron en el pasado siglo al francés Alfred Ebelot a decir cosas como las que siguen: "La provincia de Buenos Aires ha sido edificada con barro, la Banda Oriental, con roca. No es detalle insignificante esto de pisar un suelo de granito o de fango apenas oreado. Para principiar, no ignoran ustedes que los caballos de la Banda Oriental, algo bajos, pero alegres y animosos, tienen más firmes las manos, mayor soltura y aguante que los de las pingües llanuras de la ribera de enfrente, de los que, sin embargo, son descendientes". Hasta aquí todo va bastante bien, pues andamos por los dominios biológicos del lamarckismo, pero desde ahora en adelante Ebelot delira: "¿Se habrán figurado ustedes que los hombres no han de participar de los caracteres generales de la fauna, los que son evidentemente un resultado de la clase de suelo? ¡Qué error! La gente está sometida como las bestias a la influencia del medio ambiente. Los orientales están dotados de un temperamento más seco, de músculos más duros, de pasiones más vivas, de arranques más bruscos, que lo que se nota río por medio. Les gusta retozar como buenos potros en buen potrero" . . . "el gaucho oriental es más primitivo, más arisco ante la civilización que el gaucho porteño. Huele más netamente a mestizo indio, tiene cualidades más ásperas. ¡Efectos del suelo y de las revoluciones!"

El medio no es un molde férreo. Puede decirse que en principio condiciona géneros de vida económica, pero es aventurado o fantástico afirmar que crea temperamentos alegres o pesarosos, que suscita teologías, éticas y metafísicas de tipo ecuatorial o hiperbóreo, de llanura o de montaña, mediterráneas o insulares.

El paisano oriental tampoco debe su carácter a la geología, al clima o al relieve del suelo: otros factores gravitan en su formación con prioridad sobre los geográficos. Pero la geografía tuvo su parte. Fué un teatro, fué un marco, fué un contorno. Una tierra levantó su latido bajo el galope de los potros y un cielo ordenó sus nubes sobre las frentes de los jinetes. Una forma de existencia, la pastoril, originó la idiosincrasia ganadera. Un inmenso potrero sin accidentes



topográficos facilitó el deambular, sobre las rutas indiferenciadas del campo primigenio, del nómada indígena, del corambrero santafesino, del baqueano oriental, del tropero, del carretero, del contrabandista. Un clima templado propició la vida al aire libre, bajo las enramadas llenas de dichos e intenciones, bajo los ombúes folklóricos, bajo las estrellas matreras. Una llanura ondulada invitó al hombre a coronar loma tras loma, arrastrado por una curiosidad peregrina, nunca satisfecha, y los abiertos valles incitaron a viajar sin monotonías, descubriendo en los bajos la bienvenida de un mate amargo o la emoción viril de un entrevero.

Pero nada de esto significa que el medio conduzca como una brida u oprima como un dogal. Es un escenario y, a veces, un apuntador. Lucien Febvre dió la fórmula: no hay necesidades telúricas sino posibilidades. El medio ambiente muestra y la sociedad elige. La tierra propone y el hombre dispone. Nada más, ni nada menos.

El escenario natural de la República puede dividirse en cuatro zonas de distinto relieve: la gran región de las penillanuras que cubre la parte central y sur del territorio; la cuesta basáltica del norte; el cordón serrano que lo sesga como un tahalí rupestre desde Cerro Largo a Maldonado, y la llanura atlántica, dominio de la albufera, la arena, el pantano y el pajonal.

La zona de las penillanuras o penicolinas es el clásico solar de las cuchillas. Un relieve senil, sin vigor, sin musculatura, exhibe, casi a flor de tierra, la roca primitiva, el cimientito azoico de nuestro edificio terrestre.

Las cuchillas, nombre con que el paisano quiso significar el papel de divisorias de aguas que ellas representan, no aparecen en la realidad, como en los caprichosos mapas de mis tiempos de escolar, cual si fueran enormes y galopantes gusanos avanzando en direcciones definidas. Las cuchillas son las ondas inmóviles y múltiples de un océano orográfico. Son fruto de la erosión, de la lija de las aguas, de la garlopa de las meteorizaciones, del esmeril de los vientos.

La cuesta basáltica tiene otro origen. Es el escudo eruptivo con que los volcanes del Brasil cubrieron las areniscas de Gondwana. Las partes más resistentes de estos meláfiro sobrevivieron al desgaste de los arroyos y ríos que excavaban su cauce y es así que hoy contemplamos los cerros chatos, las formas tabulares del norte.

El cordón serrano es la única línea de alturas del país. Cerros generalmente cónicos cuecen sus panes de piedras en el horno catedralicio de los días azules, se suceden los unos a los otros con gimnástico ritmo, cubiertos a veces por una enana vegetación gesticulante. Nunca traspasan los quinientos metros de altura y son incapaces, por tanto, de detener el paso del hombre, de frenar las cuadrigas del viento o de acorralar los recientes de las nubes.



Finalmente, la llanura atlántica, prolongada desde Rocha hasta Cerro Largo, es el reino del estero, de las garzas que meditan sobre perchas color sangre, de las víboras que silban su aulodia temblorosa, de los cimbreantes juncuales o del agua dormida.

Pero ni el pantano, ni los espantos, ni las cruceras detienen el deambular de las bestias, el camino hacia las poblaciones, el crecimiento de las sociedades.

Estas cuatro zonas integran la fisonomía de un país accesible y transitable, surcado por ríos, arroyos, cañadas, torrenteras y sangradores que lo irrigan profusamente y que arrastran también sus tierras al océano.

Bosques marginales acompañan a las corrientes de agua; otros, menos corpulentos, tapizan las axilas de las sierras; algunos matorrales salpican de tanto en tanto las colinas y dos o tres ejércitos de palmeras levantan sus penachos airoso en Rocha, Paysandú y Salto.

Lo demás está bajo la égida de la hierba: un tapiz gramíneo apretado, jugoso, de color oro en los veranos y de apasionado color verde en los inviernos cubre la República entera con su alfombra nutritiva y bucólica.

Sobre esas gramas corrían los dulces venados de piel pintada, los grises ñandúes levantaban los finos alminares de su cuello, retozaban los carpinchos de bigotes hirsutos y ambulaban los indios taciturnos de la prehistoria. Sobre esas gramas se desparramó el mugido de los toros y el relincho de los potros, y florecieron los tesoros zoológicos del vacuno y del esquino al amparo de un clima benigno, en un mundo de soledades tranquilas turbadas de tanto en tanto por el manchado merodeo del jaguar o por el salto rojizo del puma. Sobre esas gramas faenaron los corambreros, crecieron las estancias cimarronas, brillaron las lanzas de las montoneras, murieron los gauchos de mil batallas y maduró el fruto de la patria.

Ellas fueron y son el zócalo de nuestra riqueza, el esmalte noble de nuestros paisajes, la alegría de nuestros ojos fatigados de contemplar la ciudad cenicienta y febril.

Para terminar este viaje ideal sobre nuestro territorio falta hablar del clima que nos envuelve con sus meteoros y hace girar las puertas de las cuatro estaciones.

¿Alcanza con decir que la carencia de alturas, la falta de bosques y el hecho de ser el campo de combate entre los ciclones y los anticiclones, el mítico clima templado que nos asignan las estadísticas es un convulso revoltijo de veranillos, frentes polares, saltos de termómetro, soles triunfales, lluvias sorpresivas, pamperos flagelantes y sudestadas tempestuosas?

De cualquier manera nuestras sociedades rurales soportaron perfectamente la veleidad de los agentes atmosféricos. Con poca ropa, pata descalza y pecho desnudo, el paisano vivió a pleno aire, desesti-



mando el sombrío cubil de los ranchos, respirando con fruición los aromas del monte y los perfumes de los pastizales, sintiendo apenas en su piel paquidérmica y bronceada el mordisco de las mañanas de julio, el lonjazo de los vientos de setiembre o el chicharrón ardiente de los mediodías de enero.

Sin embargo, el hombre que nació, padeció, amó y murió en este armonioso escenario no supo incorporarlo a su espíritu, no atinó a celebrarlo en sus versos, no pudo saborearlo en su impar hermosura.

Nuestros campesinos, como los de todo el orbe, no poseen el sentimiento de la naturaleza porque son naturaleza. En virtud de constituir fragmentos animados del dintorno que los rodea no sienten a los paisajes porque los conocen, no los idealizan porque los realizan, no los ven como algo trascendente porque una inmanencia utilitaria los engarza en su alma. Hay que perder el campo para encontrar entonces su paisaje. Hay que emigrar de ese universo como *homo simplex* y retornar un día como *homo duplex* para hallar su clave esplendorosa. Pero en ese momento ya no somos campesinos. Hemos comido la manzana del árbol del bien y del mal, y un ángel con armas de fuego impide que recobremos el paraíso perdido. La civilización nos devora con su larva pirrónica. Los libros nos agobian con su toga alejandrina. Hemos ganado la vida eterna de la inteligencia pero hemos sucumbido para la inmortalidad panteísta.







## NORTE Y SUR: BIVALENCIA DE LA GEOGRAFIA HUMANA

El norte y el sur de la República no representan solamente dos opuestos puntos cardinales sino que poseen peculiares características humanas: el uno es el medio mundo de la tierra, de la ganadería, del espíritu solariego, de la tradición, del campo; el otro es el hemisferio del puerto, de la agricultura, del espíritu cosmopolita, de la innovación, de la gran ciudad.

Aunque actualmente se borran en todo el orbe las diferencias entre urbanismo y territorialismo, entre ciudad y provincia, entre cosmovisión y región, todavía un pulso dialéctico indica la presencia de dos *tempos* culturales uruguayos: el del asfalto y el de las gramillas, el de las playas y el de las sierras, el del taller y el de la estancia. A poco que busquemos surgen rasgos fisiográficos y sociológicos que dibujan perfectamente la cabeza bifronte de una realidad janicular que con un rostro de fina sonrisa escéptica contempla la colmena ciudadana y que con otro de aguda pupila escuestre abraza el ondulado contorno rural.

Geográficamente y geológicamente el norte y el sur uruguayos son disímiles. Al Norte el sistema de Serra Geral construye sus cerros tabulares y las areniscas de Gondwana se disgregan bajo las lluvias azules; al Sur, el sistema cristalino levanta las cúpulas de las rocas fundadoras del planeta y los escudos de las lagunas litorales anticipan el cinturón combatientes de las aguas. Al Norte braman los toros; al Sur cantan los tractores y meditan melancólicos los bueyes; al Norte suenan los redobles de los galopes sobre los parches de tierra "bocha"; al Sur zumban los escarabajos relampaguentes de los automóviles en las carreteras que multiplican sus ramales.

Además, el Norte es terrestre y el Sur es acuático. Asomado a los balcones del Río de la Plata, el Uruguay meridional presencia el desfile humeante de los navíos, el caleidoscopio babélico de las playas, el brillo internacional de las temporadas mundanas



El Uruguay del norte, tatuado apenas por las cicatrices arboladas de los ríos es tierra pura, tierra sorda y resonante, tierra firme y afirmadora. De los hondos barrancos brotan aves solemnes que suben hacia lo alto describiendo grandes círculos; el perfume de los pastizales es apasionado y embriagante; el polvo gaucho miente nubes de oro cuando las tropas tienden su trueno andariego en las cuchillas.

Y estas dos deidades de la geografía, la *chtónica* y la *neptúnica*, la *estática* y la *dinámica*, la de la *permanencia* y la de la *peregrinación*, tienen dos opuestos signos limítrofes. El límite del sur descansa en la abierta sonrisa del estuario platense, y el agua, que es ancestral vínculo entre los pueblos, puede ser valla cuando un gobierno la convierte en cortina natural con candado jurídico. El límite del norte, en cambio, es una convención jurídica sin posible cortina natural. A horcadas sobre la frontera cabalga una población híbrida que convive al margen de las líneas imaginarias y que practica, mental y económicamente, las artes más o menos inocentes o más o menos violentas del contrabando.

El contrabando es la secuela inevitable de la frontera seca. No puede resignarse el hombre a la confraternidad espiritual sin misturarla con la de los productos. El *fumo*, la *cachaça* y la *goiabada*, trinidad del contrabando menor, representan el cigarillo meditabundo del individuo, la rueda chisporroteante del grupo social y el regocijo goloso de la familia, otra trinidad irrenunciable e imperiosa <sup>(1)</sup>.

A las diferencias de la geografía física se suman las de la geografía humana. El paisaje del norte es pecuario; el del sur, representado egregiamente por Montevideo, es citadino. En el primero la naturaleza triunfa sobre las obras del hombre; en el segundo las obras del hombre han devorado a la naturaleza.

Montevideo no es todavía, cual las ciudades apocalípticas del mundo contemporáneo, un inmenso retablo de Maese Pedro donde el hombre ha perdido su espontaneidad vital para convertirse en un angustiado títere existencialista. Sin embargo se acerca velozmente a ese término. No tardará en venir el día ominoso de lo que Spengler ha llamado "el nomadismo urbano", es decir, el nomadismo agónico dentro de la ciudad vertical que crece hacia un paraíso sucio de hollín y que desciende hacia un infierno empapado de lágrimas. La arquitectura montevidéana hinca ya sus macizos y desaparejos incisivos en la verde melodía de los patios coloniales, en las quintas profundas, en los corralones somnolientos. La carne delgada de la tierra desaparece bajo los dados del cubilete urbano; el resplandor de los anun-

---

(1) La cultura brasileña ha penetrado profundamente en la zona septentrional de nuestro país. Hacia el 1900 el idioma portugués y la estancia brasileña imperaban al norte del Río Negro. Hoy el panorama no es tan agudo pero la "frontera" es aún un territorio con características muy peculiares.



cios eléctricos no deja ver el rocío de las estrellas en la piel de la rosa nocturna; el microclima de la estufa o del refrigerador sustituye al aliento de los inviernos o de los estíos; el ser humano se olvida de los ritmos naturales y se adapta al ritmo de las máquinas.

El paisaje del norte ofrece un extraño contraste con este panorama congestionado, ruidoso y delirante. Los cascos de las estancias levantan sus velámenes de árboles coronando la marejada inmóvil de las cuchillas. En sus flancos golpean las olas de un océano de hierbas y a los lejos verdea el anillo ondulado de la soledad. La naturaleza prevalece aquí esplendorosamente sobre las obras del hombre. El tiempo gotea como una miel agreste desde el sol y la luna visibles; el cielo es cielo en toda su paternal plenitud, y la gea, siempre adolescente, conserva todavía el temblor de las nebulosas maternas.

En vez de multitudes inquietas y corrales de cemento agresivo el hombre tiene en su derredor a las fuerzas míticas de la creación, a la cuadriga de los elementos de Empédocles, al aire poderoso, a la lluvia rotunda, al fuego del verano que derrite su chirriante sebo de cigarras, a la tierra que incuba su polluelo inmortal.

Pero el paisaje urbano del sur y el paisaje rural del norte poseen distintas calificaciones sociológicas que hacen más significativas las diferencias entre técnica y naturaleza.

En el campo pecuario el común denominador es la ganadería. El trabajo del hombre es de primera mano y la enorme mayoría de la población se dedica a la tarea pastoril. En Montevideo, las industrias, el comercio, la banca, la burocracia administrativa, las profesiones liberales y un sinfín de otras ocupaciones atomizan las tareas de los hombres. El panorama laboral campesino es casi inmutable; el ciudadano es camaleónico. Además el urbícola actúa en categorías que están más allá de la mano o de la máquina, en planos de mucho mayor abstracción. Todo puede venderse, todo puede comprarse, todo puede compensarse y endosarse. El metafísico virus del dinero — alma de la ciudad — crea una mentalidad tortuosa y sutil, una inquietud urticante que irrita todo el sistema epitelial urbano. En el campo, pese a la invasión de los becerros de oro, el hombre puede realizarse en su integridad, puede separar la paja crematística del grano biológico, puede vivir con menos prisa y fulgor pero con más hondura y ardimiento.

Otro signo de Montevideo es el del "lleno". Ortega y Gasset, en su *Rebelión de las Masas*, definió y estudió de manera cabal este fenómeno multitudinario de la edad de las ciudades.

Montevideo es la aglomeración, el turno, la cola, el estadio repleto, el cine pletórico, el teatro colmado, la calle torrentosa como un río de piernas, la playa cubierta de rosados gusanos que se torran día tras día, el ómnibus jadeante bajo el peso de su estiba vocinglera, el café cosmopolita, donde en una amarilla atmósfera de humo vuelan los globos cautivos de diez idiomas distintos.



El campo del norte es todavía el reino de la soledad. El hombre deambula en ella, empapado y trascendido por ella, sintiendo los élitros de su grillo infinito, bebiendo sus aguas de salvación y plenitud.

Cuando contempla el círculo del horizonte y se ve en el centro geométrico y antropológico del mismo, se siente eje de los paisajes y asume la responsabilidad primaria de la Creación. Como está solo debe tener fe en sus fuerzas y en sus pensamientos; para el trabajo y para la lucha; para el combate con los elementos, con las bestias o con los propios hombres.

*"Por experiencia lo afirmo,  
más que el sable y que la lanza,  
suele servir la confianza  
que el hombre tiene en sí mismo".*

Así decía Martín Fierro y así sucede en el campo de leve densidad demográfica y de gran homogeneidad espiritual. El paisano del norte tiene en su derredor seres de idéntica estructura anímica, de igual extracción telúrica. No es un extraño ni está rodeado por extraños. La tragedia del "lleno" no existe en el campo. Los hechos sociales tienen aquí nombre y apellido. Las multitudes no son anónimas ni van, como Vicente al ruido de la gente, o como las mariposas nocturnas de la ciudad, rumbo al fulgor asesino de la llama.

En Montevideo las diferencias sociales son rudamente visibles. Pasan mujeres cubiertas de pieles y de joyas, junto a obreritas de tacones torcidos, vestidos lastimosos y manos enrojecidas, cual si fueran hembras de dos planetas distintos. El joven millonario tripula la fina y deslumbrante libélula de su convertible en medio del mosquerío y los desperdicios de los arrabales macilentos. El rico parece más rico y el pobre parece más pobre en la ciudad, porque en ella, como decía Mandeville, "las buenas plumas hacen buenos pájaros y allí donde son desconocidas, las gentes son honradas generalmente de acuerdo a sus vestidos".

En el campo hay de igual modo riqueza y pobreza. Pero el género de vida homologa las ropas de labor, y las comidas, los ocios y los trabajos. Las diferencias son menos visibles. Los hombres no valen por lo que llevan sino por lo que hacen. La tradicional ostentación de un aseo lujoso por parte de peones y patrones premia al verdadero protagonista de las faenas pecuarias, al caballo heroico y sufrido, pedestal zoológico del hombre y encarnación de la idiosincrasia ecuestre de los ganaderos septentrionales.

Para terminar este paralelo, digamos que el hombre es un náutico en la ciudad del sur y un capitán en el campo del norte. Montevideo es una guía telefónica, un sistema de turnos, de fichas, de números, de siglas, de convenciones que hacen desaparecer a lo personal dentro de lo societario, a lo individual dentro de lo colectivo.



Los contactos campesinos son primarios, directos, tienen historia y porvenir. Los contactos urbanos son secundarios, indirectos, superficiales, se agotan en el inmediato presente.

Por eso, la soledad rural es rica y el bullicio urbano es pobre. "Magna civitas, magna solitudo", gran ciudad, gran soledad dice un viejo aforismo. El hombre campesino ve girar en su derredor un planetario de amigos o enemigos perfectamente identificados. El hombre urbano está circundado de seres indiferentes y desconocidos. Diez leguas de distancia no inhiben el conocimiento de las familias en el campo; en Montevideo los vecinos de una misma manzana ni siquiera se conocen.

El hombre rural es una unidad; el urbano, una fracción. Aquel es un sujeto; éste un objeto. La catalogación rural y el anonimato urbano crean también dos distintas actitudes morales ante la vida. Y dos metafísicas. Y dos psicologías. Y dos estéticas. Y dos ambientes culturales.







## CIUDAD Y CAMPO: DIALECTICA DE LA CULTURA

La esencia de lo uruguayo no puede revelarse de manera súbita, como un fogonazo en la noche.

Ella brota en cada uno de nosotros después de la experiencia y del estudio cumplidos con amor y con fatiga; después que la familiaridad reiterada con las cosas alumbra el concepto ideal de las mismas.

Paisajes y sociedades, historia y geografía, excursiones y meditaciones ayudan a conocer lo nuestro, a ubicarlo en el mapa del espíritu, a juzgarlo con certera plenitud o a evocarlo con docente nostalgia.

Pero los uruguayos hemos desestimado sistemáticamente hacer un examen interpretativo de lo nacional. Hemos estado sumergidos en dos medios mundos antagónicos que debieron ser complementarios: medio país vivió atento al microcosmos del camoatí campesino, y otro medio país, al rumor ilustre de la cultura europea.

Los hombres rurales, vueltos hacia la tierra, ajenos a todo lo que no fuera su horizonte, aferrados con los garfios de la tradición y del sentimiento al pago materno, privados de la cosmopolita mirada integradora, no pudieron responder a la pregunta sobre la peculiaridad de lo nacional. Sólo en las épocas revolucionarias, de travesía heroica y rumbo ensangrentado, el paisano tuvo una especie de preconciencia de la realidad uterina del país sin poder plasmar, por carencia de instrumentos intelectuales, una imagen definidora del mismo.

El ciudadano, a su vez, de espaldas al terruño y dominado por un complejo de inferioridad americano — mestizaje anímico y no étnico — puso su oído en el vacío caracol exportado del viejo mundo, captó sólo los aspectos formales de la civilización transmarina, copió modas sin asimilar el tuétano de las culturas, vistió sus juicios de retórica sin conocer el cuerpo palpitante del fenómeno y quiso “estar al día” porque no pudo estar al tanto de las eternidades y transmutaciones de la piedra filosofal europea.

Otros factores han mediado, además, para ocultar lo nacional tras una bruma todavía no disipada. En el pasado fué por exceso de acciones y pasiones; en el presente, porque somos “una isla feliz”.



El Uruguay carece de problemas étnicos, domina absolutamente todo su territorio, posee una economía simple y poderosa, disfruta de altos niveles de vida material y espiritual, sus leyes sociales son amplias y justicieras. Es, en definitiva, una pequeña ínsula de ventura en medio de un tempestuoso mar continental. Esto provoca en nosotros un dulce sopor, un estado de beatitud y una sensación de seguridad que a veces se confunden con la inconsciencia. Un país piensa acendradamente en sí mismo cuando la problemática interna lo acorrala y acorralla, cuando el contorno físico lo flagela con su látigo geográfico, cuando una parte de su población no se asimila a los dictados de la cultura oficial, cuando el hambre sacude y solivianta sus comunidades, cuando el conflicto entre los ideales y la realidad es reiterado y flagrante. Entonces, entre sobresaltos y desvelos, los hijos de ese solar sufriente inician la *vía crucis* de una interpretación.

Todos los países de América Latina que cargan su madero telúrico, racial o colonialista se hallan más cerca que nosotros de la médula cosnoscitiva. Ven resplandecer sus llagas al sol. No son felices. Están insatisfechos. Padecen y esperan. Pero no olvidemos que es en los extremos de la angustia donde se revelan vigorosamente las categorías y los valores del ser humano y que, del mismo modo, en el forcejeo doloroso para sobrevivir y convivir las naciones adquieren conciencia de sus claves y de sus símbolos.

No se piense que pido catástrofes o desazones para nuestro país con lo que acabo de señalar. Compruebo solamente los efectos narcotizantes de la felicidad. Estamos durmiendo la siesta de la gloria. Ojalá que el despertar sea plácido y que mañana sean legión los que comiencen a tomar el pulso de la patria y a descifrar su profundo latido.

El hombre integral de nuestra cultura es el campesino que ha recogido el legado civilizado de la ciudad.

El hombre rural y el urbano difieren entre sí. El hombre rural, que bebió la leche del pezón bucólico de la naturaleza y creció alveolado en los paisajes, sabe el nombre y la biografía de las cosas, está, en cierto modo, hundido en la raíz mágica de la creación. Desde pequeño ha vivido en contacto con el rocío de la mañana, con el canto de la avispa, con el ronco resuello de las tormentas, con las fuerzas rituales de la tierra y del agua, del cielo y del viento. Todas sus experiencias son directas. Se hace hombre a los seis años, cuando ya monta a caballo o ayuda a sus padres labradores. Es un ser muscular y óptico; actúa en las categorías del instinto y se adapta miméticamente al contorno zoológico o botánico que lo rodea. Es un poco animal y un poco planta. Aprende a estar solo, a callar, a rumiar un mismo pensamiento, a tener paciencia, a respetar los ritmos naturales del universo. Cuando despierta al amor el hombre de campo no sutaliza, no rellena con frases declamatorias el hueco entre dos besos. No conoce las abstracciones de la galantería ciudadana, ni el escozor



donjuanesco del hastío, ni los productos freudianos de la frustración. Ama como el polen en su vuelo o como el potro en su cuchilla, pleno de salud fisiológica, sin posible táctica, a cuerpo puro y a sentimiento simple. El hombre urbano contempla el campo como una soberana emanación estética, pero su reino está en las calles de la ciudad. El hombre de la calle, precisamente, el portador de la opinión pública, *El hombre mediocre* de Ingenieros, el creador de la *Kitsch* o cultura de masas, es el tipo egregio de la fauna urbana, el diente del molino multitudinario que muele la harina de la peligrosa "vox populi, vox dei".

El hombre urbano admira los paisajes pero no los sabe. Desconoce el nombre de los árboles, las costumbres de los animales, las faenas pecuarias o agrarias, el flujo y reflujo de la naturaleza. Sus dominios son el "centro", el "club", el "café", la "oficina", la "barra", instituciones o sociedades que interponen entre el cuerpo de la tierra y el alma del sujeto un denso bosque de símbolos, de usos, de tradiciones colectivas, de estrategias sociales. Pero si ignora la onomástica y la etimología del ruedo rural posee, en cambio, un elenco dialéctico que le permite inaugurar, frente al reino óptico del campesino, el auditivo y el fonético del ciudadano. Si el campesino es un hombre que sabe callar el urbícola es un hombre que sabe hablar. No se concibe un orador campesino. El campo dará grandes jefes o caudillos que arrastren pueblos con el hechizo de su coraje o con la irradiación de su *carisma*, pero nunca con la persuasión de su palabra. El político, que suma al orador la técnica del ajedrez electoral y el dominio de la cosa pública, sólo puede florecer en la selva conceptual de las ciudades. Y nuestro país presencié más de una vez las maniobras de los Directorios urbanos y la noble rudeza de los caudillos rurales de un mismo partido puestas de manifiesto en el desarrollo de las revoluciones.

La formación infantil del ciudadano proporciona también pautas iluminantes. El niño de la ciudad crece bajo la mirada vigilante de sus padres, bajo la admonición de sus maestros, bajo la implacable égida de las vitaminas, de las cuatro tricotas en invierno, de la interdicción de asolearse en verano, de la sustracción sistemática al caballo que cocea, a la ortiga que martiriza, al arroyo que ahoga, al relámpago que espanta. Todo lo instintivo se debe disimular: los niños son naturalmente sucios y se han de convertir en aseados; son barullentos y anárquicos, pero deben adquirir "modales"; aman la expansión y la libertad, pero han de soportar las torturas sedentes de los profesores de idiomas, de solfeo, de etiqueta, de canto, de manualidades y otras monerías.

Un océano erótico, de pesada agua sexual, envuelve al niño ciudadano. Las ilustraciones sádicas del cinematógrafo, los episodios radiotelefónicos de espesa libido, el comentario oblicuo del grupo escolar, el libro de anatomía hojeado a hurtadillas, los eufemismos de las



conversaciones entre adultos que no pueden disimular el trasfondo equívoco, y mil otras distintas situaciones, agazapan en el alma del niño urbano un perfume oscuro, una premonición más deformante y tortuosa que la realidad misma, una curiosidad ávida por conocer lo que el niño campesino contempla sin escándalo todos los días, como la hoja que cae o como la luna que asciende su diente de ajo en el cielo.

Cuando el niño ciudadano pisa los umbrales de la pubertad y toma "un tranvía llamado deseo" entonces el amor reviste una forma literaria, esconde su débil plexo tras una hojarasca de palabras brotadas de un breviario manido y anónimo. Aparecen la galantería y el refinamiento, el proemio excitante, el canto de la sirena, el mohín aprendido, la esgrima mental de dos seres que son, antes que hombre y mujer, deportistas del sexo, y un cinismo elegante, perverso, sutil, preside el eterno advenimiento de Sodoma y Gomorra.

Intelectualmente, el hombre rural se concita en derredor del viejo de la tradición y de la leyenda, y el urbano cifra su entusiasmo y salvación en el libro. El campesino es un ser folklórico; el ciudadano, una criatura civilizada. Civilización viene de *civitas* y significa Universalidad y universalidad, técnica y código, máquina y metafísica. "Nada me enseñan los árboles del campo y mucho los hombres de la ciudad", decía Sócrates, inaugurando así el espíritu urbano. La civilización fué ayer el puerto y hoy es el aeropuerto, y siempre ha sido la usina del intelecto, la sede de los sistemas morales y mentales, el condado de la ciencia. El campesino es el cuerpo de la cultura y el ciudadano es el alma de la misma. El campesino mira hacia el pasado, es conservador, rutinario, apegado a la herencia de los abuelos. El ciudadano mira hacia el porvenir, es progresista, innovador y aguarda ser superado por sus hijos.



## GANADERIA Y AGRICULTURA: DIALOGO DE LA PRODUCCION

### PROLOGO EN LA PATRIA

El Uruguay es un país pequeño y homogéneo. No posee zonas geográficas violentamente contrastadas; no lo habitan pueblos traumatizados espiritualmente por discriminaciones étnicas; como el verde cuerpo de una hoja está surcado por nervaduras viales y vitales que hacen todos sus puntos accesibles.

Sin embargo, late en la entraña de sus géneros de vida campesina una antítesis histórica. Ella es el enfrentamiento entre la ganadería y la agricultura, el diálogo entre la espuela y el tamango. Hoy, bajo la pleamar del maquinismo y ante el desembarco de los nuevos dioses de la técnica, el campo oriental se transforma y el antiguo contraste se atenúa. Pero el fogón pastoril y la cocina agrícola no han apagado sus fuegos. Y ya no se trata solamente del choque entre dos estilos de vida, sino de la elección entre dos formas de supervivencia. Porque mientras una selecta pléyade de economistas urbanos recomienda convertir al país en un ameno huerto, un grupo de atentos varones rurales insiste en mantener y superar los valores tradicionales de la ganadería en virtud del desarrollo científico de la ganadería misma. Yo me voy a limitar al aspecto sociológico del problema y dejaré hablar a los milenarios protagonistas.

Y a lo largo de cuatro actos, escucharemos su duelo contrapunteado que abarca desde la protohistoria a la circunstancia nacional.

### EL DIALOGO ECUMENICO

Mientras en la Media Luna de las tierras fértiles comprendidas entre el Nilo y la Mesopotamia florecía, seis mil años ha, la primera agricultura, en las estepas herbáceas del Asia Central se agitaban las inquietas hordas de domadores de potros. Egipto es invadido siglos más tarde por los Hiksos, los reyes pastores, y casi contemporáneamente las aldeas de la antigua Babilonia son desmenuzadas por los



cascos de los "caballos sobrenaturales" de los Kassitas. A partir de entonces, los nómadas ecuestres y los sedentarios agrícolas se enfrentan con agrio y dramático encono a lo largo de la historia universal.

Los unos son los hijos de la tormenta, la piedra viajera, el polen de los vientos, la dinámica masculina de la cultura.

Los otros son la quietud vegetal, la piedra musgosa y solariega, el cáliz inmóvil de los horizontes, la estática femenina de la futura civilización.

Los nómadas son el músculo y los sedentarios son el hueso de la historia. A la luz de su choque resplandecieron los imperios y en la ceniza de sus luchas los imperios se apagaron. Los jinetes dorios preparan el advenimiento de la Grecia clásica; los jinetes godos terminan con la edad clásica invadiendo la tambaleante Roma imperial. Pero también, gracias a sus valores complementarios, fué posible la hazaña de la integración humana y la organización de los primeros Estados.

El reino del nómada está en el espacio; el del labrador, en el tiempo. El uno contempla las llanuras vastas y las constelaciones pastoriles que lo guían en sus marchas nocturnas: El Toro, El Carnero, El Can Mayor, El Centauro, Las Siete Cabritas, El Pegaso, El Boyero. El otro mira el surco, interroga las divinidades subterráneas, conoce la sutil morfología de las nubes portadoras de agua o de simples esperanzas.

El ecuestre vagabundo se yergue en los estribos buscando nuevos cielos y oteando nuevos pastizales. El labrador terruñero se agobia empuñando la azada, rigiendo el arado, acariciando la viña olorosa.

Cruzan los nómadas la inmensidad geográfica sin dejar huellas, en perpetua guerra ofensiva, con un sentido colectivista de la propiedad, siguiendo a los caudillos de pelo en pecho, semejantes a una tempestad de pezuñas y lanzas.

En cambio, los agricultores se asientan para crear un paisaje, para constituir una familia donde la mujer cobra relieves ilustres, para tundar el derecho sobre la base de la propiedad individual, para defender las mieses, el fuego y los altares del turbión ecuestre.

Y así los futuros Estados se formaron al maridarse el solidarismo de las organizaciones colectivas de los pastores, que preservaban al grupo, con las tradiciones jurídicas de los labradores, que salvaguardaban a la persona humana.

La vivienda del nómada es la tienda; la del labrador, la choza. Muchas tiendas juntas constituyen solamente un campamento transitorio; muchas chozas juntas engendran las aldeas, los pueblos, las ciudades.

Hijo del agricultor Caín fué Henoc, el constructor de la primera ciudad; descendiente de Henoc fué Tubalcáin, el fundador de la industria. Pero para que esto sucediera, Abel, el pastor, había desaparecido de la escena por obra y gracia de un oportuno garrotazo.

La ciudad hija de la agricultura y madre de la industria, nace, según la leyenda bíblica, después de la sacrilega muerte de la ganadería. Pero en la realidad, ganadería y agricultura coexisten, se complementan y es Abel el que tiene en continuos sobresaltos a Caín.



## EL DIALOGO EUROPEO

Durante la Edad Media europea el nómada ecuestre se convirtió en señor feudal. El labrador no es ya su enemigo sino su siervo. No le conviene, como otrora hacía el caballista depredador, terminar con los labriegos y los cultivos. A cambio de los frutos que el paisano extrae de la gleba, el señor feudal le asegura protección. Desde sus castillos roquedos vigilan los barones la comarca. Con lo producido por la agricultura engordan lustrosos corceles de combate y templan sus músculos guerreros. Cuando las cosechas merman, la señora del castillo —la dulce castellana de las imaginaciones romáticas— presenta a su señor una espuela aguda, servida en una bandeja de oro. El señor ya sabe lo que tiene que hacer. La calza e invade y saquea los dominios de su vecino. Los agricultores, como en la prehistoria, huyen. Pero el vecino, que también tiene castillo, caballos lustrosos y músculos adiestrados, sale a su encuentro, le disputa el campo y se traba en rabiosa lucha. Los viejos halcones ecuestres, hechos ya a una nueva técnica de la explotación al semejante, defienden la carnaza de su presa, no por el cariño que les inspiran los siervos, sino para sobrevivir como simples hombres y como caballeros, esto es, como hombres de a caballo.

Pero el conflicto hondo, doloroso, visceral, no aflora en el choque de las lanzas nobles. El diálogo que pervive es el del labrador sojuzgado y el del jinete dominador, el del látigo heráldico y el del lomo villano, el de la espuela arrogante y el del tamango humilde y humillado.

## EL DIALOGO AMERICANO

América fué la patria del caballo, o mejor, de la cadena genética de sus antepasados.

Sin embargo, los caballos americanos se fueron un buen día al Asia a través del puente terrestre que como un cordón umbilical todavía le ataba a las praderas de Alaska, mientras por el mismo camino entrarían los hombres que poblarían parte de la nueva porción planetaria. (1)

Las andariegas y primitivas tribus, una vez fijadas en las distintas regiones del continente, fueron trocando la venatoria errabunda por la agricultura sedentaria, salvo aquellas que persistieron, por causas naturales o culturales, en la costumbre azarosa de la caza y de la pesca.

Al transcurrir los milenios las áreas etnológicas se fueron precisando y el maíz, como un denominador común, homologó el estilo cultural de los indígenas labradores. Pero el coloquio entre el agricultor y su sementera no fué interrumpido en el momento preciso por

---

(1) No todos los futuros americanos penetraron por ese camino. La teoría de Paul Rivet se refiere a ulteriores penetraciones transpacificas de canoeros polinésicos y a la llegada misteriosa de poblaciones australianas que superviven en los **alcalufes** y **yaganes** del extremo meridional del continente.



el tercer actor, el jinete, que con su entonación vehemente creara en el viejo mundo el drama de la historia.

Sin la presencia catártica de la espuela, se fué apostemando el alma del labriego americano, se fué retorciendo su psiquis como un vegetal zarcillo, se fué afilando su crueldad a modo de sádica espina.

"Las civilizaciones del maíz", que así se les ha llamado, hallaron en la efusión de sangre propiciatoria una respuesta adecuada a la mágica demanda de la tierra sedienta y descargaron en un arte enfermizo la vesanía de su espíritu. Porque ¿se quiere trasunto más fidedigno que esa zurdera espiritual que el arte monstruoso de México antiguo, que el churriguerismo tropical de los mayas —esos artífices de obsesivos cabezones que hoy los arqueólogos extraen con cesáreas del vientre de la selva—, que las figurillas extravagantes de la pintura incásica?

La madurez de los pueblos sin el advenimiento del caballo los condena a la introversión lunática, al emponzoñamiento cultural. De tanto mirar el tamango desmenuzando al surco, el apeado y agrario aborigen fué doblando su cerviz ante la triple férula de los misterios rituales, de los monarcas absolutos y de la mente desequilibrada por una fatal fermentación psicológica.

Por eso, cuando llegó la espuela brillando en el talón de los blancos y barbados conquistadores transatlánticos, los grandes imperios del maíz se deshicieron como terrones de azúcar al ser empapados por el sudor heroico de los hombres y caballos. Pocos jinetes ponían en fuga y carneaban multitudes de guerreros indígenas. La espuela brillaba como una estrella sonora en el pie de los feroces extremeños, de los castellanos duros, de los leoneses incansables. Y el tamango, la ojota, el mocasín indio, resignaban el reino del tiempo ensimismado y de la tierra yacente ante la espuela, señora del espacio sin límites y del aire marcial.

#### EL DIALOGO NACIONAL

La Banda Oriental comenzó siendo la Vaquería del Mar, la marca de las reses sin dueño, de los pastizales anchos y de la vida fácil. Antes de introducir en ella los ganados, Hernandarias le escribía al rey en 1608: "...la tierra adentro es grande y capaz de tener muchos pobladores con grande aprovechamiento de labranza...". Pero tres años más tarde hacía desembarcar las vacas y los toros y sellaba así el destino de la región con su dote semoviente. Sobre ese tesoro mostrenco se tendieron desde los cuatro puntos cardinales cuatro puntas de lanza: del oeste venían los coramberos argentinos, del norte los tapes de las Misiones, del este los bandeirantes paulistas y del sur los piratas del océano.

A la edad de la piedra sucedía la que el primer sociólogo de nuestra realidad nacional, Alberto Zum Felde, ha llamado la Edad del Cuero.

Los abundantes ganados traen como lógica secuela el desarrollo de una vida pastoril intensa, amparada por un clima benigno y por un manto gramíneo reverdecido siempre por el doble ministerio de



las lluvias y de una hidrografía generosa. La Banda Oriental aparece en la historia como "un don de la ganadería". Pero la agricultura también, desde temprano, despunta su ciclo menguado y laborioso.

Los núcleos agrarios iniciales que alentaron bajo nuestro cielo fueron los de las Reducciones Sorianas fundadas en 1624 por fray Bernardino de Guzmán.

Son muy conocidas las poéticas y entusiastas páginas de Domingo Ordoñana que las exalta como "la base y cimiento de la nacionalidad" y "el fundamento de la población nacional". Menos conocido es el hecho de que aquella minúscula agricultura, que originara "la primera mazamorra", fué barrida al poco tiempo por las pezuñas de las ganaderías errantes.

Los colonos indígenas, entonces, arrojaron la azada y tomaron la rienda; abandonaron los terrones y se lanzaron hacia el océano de hierba que los llamaba con su verde grito de abundancia y libertad.

En el año 1680 los portugueses fundan la Colonia del Sacramento. Y los portugueses, navegantes insignes, llevaban una simiente en el bolsillo y un agricultor milenario tras el marinero eventual. Los colonizadores portugueses, dice Gilberto Freyre, "amaban los árboles y la vida campestre. Eran, por tradición, caballeros rurales o plantadores". No es de extrañar, por tanto, que un gobernador de Colonia escribiera a su rey tres lustros más tarde que esa tierra era "capacísima para vinos, porque a los pocos años comienzan las vides a dar frutos, como lo tengo experimentado, sin ninguna diferencia con los de nuestra tierra"...

Faltando cuatro años para llegar a su centenario, en 1776, la floreciente factoría lusitana, vergel rico en árboles frutales y cultivos copiosos, es borrada de la faz de la tierra, igual que Cartago, por la furia española de Ceballos. Sus pobladores fueron internados en territorios andinos, y en la lejana región de Cuyo la vid portuguesa reencarnada hizo posible el futuro esplendor vitivinícola de Mendoza y San Juan.

Viene ahora la historia de Montevideo, la abanderada de la agricultura canaria. En 1724 es fundada la futura Atenas del Plata, pero su cerro no tuvo ninguna Acrópolis y los campos circundantes, antes que la garrulería ática del granjero locuaz, prohicaron una estirpe beocia de agricultores elementales y cazurros.

Alzáibar se encargaba del abastecimiento demográfico de la fortaleza y alrededores y su materia prima eran los canarios.

¿Cuánto le debe la idiosincrasia uruguaya a esta inmigración? ¿Cuánto nuestro lenguaje vernáculo, cuánto nuestro camaleonismo cultural —las Islas Canarias son el ombligo atlántico de España—, cuánto nuestro folklore?

Muchos canarios, los de la segunda generación, criollos ya, sintieron el reclamo de las gramillas y se hicieron hombres de a caballo.

Pero muchos otros tejieron el laborioso cinturón agrícola de las *Chacras del Miguelete* y allí se quedaron, al amparo tutelar de la trinidad del trigo, del maíz y los porotos. Para resguardar a las chacras de las invasiones del ganado, se las cercaba con cina-cina, cuyas espigas son como puñales, o mejor aún, se las circundaba, al igual que las antiguas fortalezas, con un profundo foso.



Mientras los hijos del país cantaban, amaban y reñían en los largos ocios ganaderos, las ínsulas labradoras comenzaban a salpicar la verde piel del campo.

Son canarios los que refuerzan la languideciente población indígena de Maldonado, fundada en 1757; portugueses los que se asientan en Maldonado Chico —San Carlos— en 1762; canarios, asturianos y gallegos los que en 1778 pueblan Canelones; asturianos y gallegos los que en 1782 consolidan a Santa Lucía, fundada seis años atrás; maragatos, asturianos y gallegos los que en 1784 se hacen dueños del agreste anfiteatro de Minas.

Avanza la marea agrícola. Del sur viene los mugidos de los bueyes y el urgimiento de las picanas; del norte les contestan los bramidos de los toros y la agresividad de las lanzas. El sur es la morena tierra roturada; el norte, el dorado pasto virgen. El sur, la paciencia; el norte, el coraje. Dos mitades de la patria que hay que soldar, dos virtudes que hay que atar con un solo tiento. Pero ¡cuánto falta todavía! Azara, desde Batoví, escribe en 1801 palabras proféticas, que tienen validez actual: "la labor (agrícola) repugna tanto a estas gentes, que con dificultad se encuentran segadores por ningún precio, cuando al contrario, no faltan jornaleros de buena voluntad para las estancias ni salida ventajosa a los productos de pastoreo. La inclinación que se ve tomar al común de las gentes, suele indicar lo que conviene al país. Si a éste acomodase la agricultura, veríamos que sus habitantes se reunían naturalmente cultivando sus contornos; y no sucede así, sino que toda la gente campesina está desparramada en sus estancias por haber conocido que esto le da mayor utilidad con el mismo y aún menos trabajo". "Si cotejamos el pastoreo con las artes y oficios, ninguno puede ser tan útil que produzca al país cuatrocientos setenta y siete pesos y tres undécimos anuales por cada operario, como lo resulta por cada pastor. ¿Puede además darse ocupación tan agradable y análoga al capricho, estado y gusto de estas gentes cuyo encanto es estar siempre a caballo y correr tras de los toros?"

Habla así Azara del planteo económico de un problema que aún subsiste. Pero yo me he limitado voluntariamente a historiar la colisión natural y psíquica de los ganaderos y los labradores, que subsiste también.

Tras los canarios invaden el campo los italianos, agricultores más avezados pero más resistidos por la sensibilidad criolla. Se desparraman después de la Guerra Grande, con el acordeón auestas, con la sonrisa de la vid en su corazón y en sus esperanzas, con el cielo del Mediterráneo guardado en sus ojos azules. El odio del gaucho redobla contra los "gringos". Al canario lo denigran; al "nación" lo embisten.

En el mes de febrero de 1859, los ganados invadieron los plantíos de Canelones y los agricultores los espantaron a escopetazo limpio. Pero los ganaderos corrieron a los agricultores a lanza seca. Los agricultores se atrincheraron en sus ranchos y volvieron a hacer fuego. Los ganaderos desmontaron, tomaron sus pesadas carabinas y desde el



improvisado bastión de los establos balearon a sus antagonistas. Tan grande fué la gresca que tuvo que intervenir el ejército para evitar una carnicería.

Se aplacaron al fin los ánimos y el informe gubernamental sobre los desórdenes termina expresando significativamente: "hay enemistad natural entre ambos gremios".

Mucho más puede decirse sobre el diálogo de la espuela y el tamango en nuestra patria. Cosas buenas y cosas malas. Cosas tristes y cosas festivas.

Pero todas ellas corroborando en el pasado o en el presente la antinomia ancestral.







## LA HERENCIA DE HERNANDARIAS

*“Es aquí el arte pastoril el de mayor atención por las bellas propensiones que hay para formar establecimientos numerosos, por la grande extensión de los terrenos, y todos al cual más fértil para apacentar ganados, que con el buen temple del clima, y la situación de este país por sus muchos puertos, es el mejor para el comercio”.*

*Representación de los Hacendados, 1794.*

Si hubo un nombre mítico y desacertado en la toponimia de América ese fué el Río de la Plata. Las fauces acuáticas del aprendiz de mar abrían su enorme escotadura en medio de comarcas sin minerales: bajo las gramillas de la pampa la tierra feraz descendía sus oscuros espíritus hasta los sótanos del mundo y bajo la gramilla de la Banda Oriental la roca primigenia dormía su duro sueño de titánida.

El oro, la plata, las piedras preciosas, las fuentes de la vida, la matriz subterránea de las huacas, todos los tesoros codiciados estaban allá lejos, en el norte, entre los cerros del Altiplano, junto a los lagos floridos de México, en el ombligo caliente de las selvas, detrás de las bocaminas que contaban sus secretos a la noche y escondían tenebrarios bajo el lúcido cielo de los mediodías.

El español de presa, el hidalgo famélico, el sacristán aventurero, el pícaro aspirante a opulento indiano, el segundón aferrado a su espada igual que el diablo a un alma infiel, pasaban de largo por los territorios adyacentes al río mentiroso, trotando como chacales, disputando como lobos, husmeando como perros el hueso argentífero de los Potosíes o el tuétano dorado de las arenas tintineantes.

Muy lejos de las praderas estaba el escondrijo de los metales nobles. Y allí también abundaban los indios de los imperios destituidos, los mitayos que trabajaban al compás del látigo para enriquecer a sus nuevos e implacables señores.

Nadie pensaba en la Banda Oriental. Es decir, casi nadie, porque un criollo premonitor, que viajó varias veces por la misma y



sintió el sortilegio de su verde geografía, quiso cambiar el destino de aquel rincón tutelado por el aborigen y el viento.

Hernando Arias de Saavedra, que así se llamaba el visionario, era un poblador y no un depredador, un benemérito y no un gerifalte. Nacido en el regazo del Nuevo Mundo procuraba engrandecerlo en vez de esquilmarlo, darle potencia y no robarle su savia creadora.

Este desvelado americano, que ya fulmina al mate "porque hace a los hombres viciosos, haraganes y abominables", que ya lucha mano a mano con un cacique rebelde para evitar muertes inútiles, que ya organiza chacras "obligando a muchos mozos perdidos" a trabajar en ellas, que ya prohíbe a los desgarradores sacrificar reses sólo destinadas a cuerear o sebear; este precursor preocupado por "recoger doncellas" en escuelas de enseñanza doméstica, por tutelar permanentemente los derechos avasallados de los indios, por luchar contra los piratas transatlánticos, por descubrir y colonizar; este paraguayo que por tres veces fué gobernador de su país, que hincó su morrion en las heladas ventiscas de la Patagonia y que holló las riberas vírgenes de nuestro Santa Lucía, es el padre de la riqueza pecuaria uruguaya, el fundador económico de la nacionalidad.

En su expedición realizada en 1607 a la Banda Oriental, Hernandarias comprobó que "la tierra adentro" era "grande y capaz de tener muchos pobladores con grande aprovechamiento de labranza y crianza" y así le escribe al rey.

De sus estancias en Santa Fe tenía Hernandarias una experiencia aleccionante. En 1590 había echado en ellas 100 animales y en 1607 ya poseía 100.000 cabezas. Esperando idénticos resultados ordenó dos desembarcos de vacunos; uno ocurrió hacia 1611, en las bocas del Río Negro y otro hacia el 1617, en San Gabriel, en el actual Departamento de Colonia.

No todos se conforman con esta sencilla y a la vez prodigiosa historia.

Tres versiones más existen sobre el origen de la ganadería uruguaya.

La primera la atribuye al virtuosismo natatorio de algunas reses que cruzaron el río Uruguay para disfrutar unas vacaciones indefinidas entre los fragantes pastizales de la Banda Oriental.

La segunda señala la penetración del ganado misionero que en sucesivas oleadas invasoras alcanzó las márgenes septentrionales del Río Negro. Pero si tenemos en cuenta que hasta el año 1619 por el Alto Uruguay no había tronado ningún mosquete ni mugido ningún toro, es de presumir que dicha expansión fué posterior a la introducción de las vacas santafesinas de Hernandarias.

La última, finalmente, reivindica para el portugués Salvador Correa de Sáa la gloria de haber desembarcado en las playas de Maldonado los bovinos genitores de la riqueza uruguaya.

Pero la verdadera historia se decide por las vacas de Hernandarias, y en abono de la misma es que en 1727 un fogoso descendiente



de aquel, Fernando Arias Cabrera, se las tiene tiesas con los jesuitas y los santafesinos para reclamar su mejor derecho sobre los ganados de allende el río.

Ganados y no tierras, porque la tierra es el ancla geográfica del labrador sedentario y el ganado es la riqueza móvil del pastor vagabundo.

Y bien, ya tenemos a los vacunos instalados en nuestra Banda.

Millones de pezuñas retumban en el anfiteatro acústico de los bosques enanos, deambulaban de arroyo en arroyo, de valle en valle, de pastoreo en pastoreo.

Una nueva dimensión zoológica y económica se inaugura en la otrora solitaria Banda.

Quienes vengan en su busca llegarán con plena conciencia de lo que persiguen, en pos de un dividendo magro, movidos por una ambición humilde. Las fantasías de Eldorados, de las ciudades de los Césares, de los imperios de las Amazonas sólo caben en el magín desmesurado del español; la realidad del cuero, en cambio, será el negocio espiritual y material del americano.

Con visión profética el administrador de la aduana de Buenos Aires, don Ángel Izquierdo, advirtió que el acervo ganadero "podría rendir más riqueza que la dada por todas las minas del Perú". Y así fué. Las minas de plata un día se agotaron y los novillos siguen sosteniendo sobre sus gordos costillares la economía del irónico Río de la Plata.

Ya el ruedo está maduro para alumbrar su fruto social. Sobre el solar de las cuchillas pace la herencia de Hernandarias. El telón se descorre y aparecen en escena los antepasados del gaucho.

Cuando las vacas comenzaron a escasear en el territorio argentino los ojos se volvieron hacia la Banda Oriental. Por ese tiempo el ganado salvaje de nuestra penillanura conocía el zumbido de las boleadoras, el cimbrón del lazo y la injuria del plomo.

Los portugueses de la Colonia del Sacramento, fundada en 1680, se adiestran en echar piales maturrangos, "con gran peligro", según la opinión del gobernador Lancastre, a las reses que merodean la plaza; los indios Tapes de las Misiones comienzan con sus arreadas y hecatombes de vaquillonas tiernas; los piratas del Océano desembarcan en la costa colmada de bovinos curiosos, derriban a tiro limpio su pitanza transmarina y se retiran con unos cueros llenos de agujeros, inservibles casi, para mercarlos a comerciantes de avería. No llegó a suceder en el Río de la Plata lo ocurrido en el Mar de las Antillas. Allí hubo una perfecta división de tareas entre los "trabajadores" del mar y los de tierra firme. Los filibusteros —de fly boat— se dedicaban al abordaje de los galeones y al asalto de los puertos; los bucaneros —de bucan, palabra indígena que significa carne seca, charque— se ocupaban en faenar a las vacas de Haití y salar la carne destinada a los Caballeros de Fortuna, que así también se les llamaba a los rapaces navegantes de esta extraña cofradía del Caribe.



La primera vaquería legal se efectuó en nuestra Banda en 1714. Cruzan el río Uruguay contratistas y peones con el propósito de arrear ganado hacia la orilla argentina. Traen permiso sólo para recoger vacunos, pero ellos se dedican clandestina y entusiastamente a cuerear y negociar las corambres con los portugueses.

Al conjuro de la riqueza recién descubierta la campaña oriental comienza a poblarse.

Aparecen los hombres de a caballo, los bisabuelos del gaucho. Hernandarias, que conocía y respetaba al indio, no quiso introducir equinos aunque la leyenda escolar mencione un desembarco de yeguarizos simultáneo al de vacunos. El aborigen del sur, con la boleadora, desconocida en las otras zonas del continente, había desmontado al español y emparejado la lucha. Dueño del caballo, se convertiría en un enemigo terrible, como sucedió cuando lo tuvo. Por eso, el caballo, que ni siquiera los portugueses de la Colonia poseían, recién llegó con los Tapes de las Misiones y con los jinetes que cruzaban el río Uruguay para efectuar las arriadas.

Un acta del Cabildo de Buenos Aires fechada en 1721 dice expresivamente que en la Banda Oriental pululaban ya por ese tiempo "infinitos forasteros de toda la provincia y fuera de ella, pues se hallaban puntanos, mendocinos, salteños, cordobeses, santafesinos, correntinos y paraguayos, siendo los menos o la menor parte vecinos de esta ciudad".

El ganado cimarrón es el polo magnético que atrae todas las brújulas humanas, el "carrefour" de los indios misioneros, de los criollos provincianos, de los portugueses, de los piratas que siguen baleando novillos, de los mamelucos que un día estirarán sus "bandeiras" hasta la llanada rochense.

Fuera del matraz social de las únicas trece estancias existentes en la segunda década del siglo XVIII, comienza a formarse una población silvestre, díscola, ociosa, desobediente al estricote sedentario, peregrina por los montes y las sierras, atenta sólo al entrechocar de las guampas o al relincho de los primeros potros nativos.

Son estos mozos "desgaritados", estos desertores, estos voluntarios habitantes del campo crudo que viven sin trabajar, amancebándose con las indias, comiendo a dos carrillos y durmiendo a pierna suelta, los constructores del cimiento demográfico de la futura población rural uruguaya.

Gentes criollas, americanas y portuguesas, pues, encienden los candiles parpadeantes de la nacionalidad que acuna su crisálida.

Retornando al hontanar etimológico de la palabra, lo pecuario y lo pecuniario tiene una sola raíz: pecus, el ganado.

El ganado cimarrón es la riqueza insólita, la Jauja alimenticia, el negocio monocorde. De cuero son las botas, los culeros, los tiradores, los sombreros, los lazos, los aperos. El hombre del Cuero se animaliza, se identifica con la res y el caballo, y éstos, a su vez, se humanizan, adquieren el carácter de personajes apasionantes y apasionados. Como dice Tonybee en su Estudio de la Historia, el hombre



de las civilizaciones detenidas se convierte en un monstruo: "el perfecto espartano es un marciano, el perfecto genízaro es un monje; el perfecto nómada, un centauro; el perfecto esquimal, un tritón". Pero el maridaje fabuloso trasciende en el reino de los centauros orientales el ámbito de la biología y extiende sus consecuencias al de la economía. El cuero es el "basso continuo" de este concierto agreste, es la moneda corriente, la garantía y la fianza; es el techo de las carretas, la puerta de los ranchos, el colchón de los camastros, el tiento universal que todo lo ata y para todo sirve, el tambor estaqueado que pinta el campo con vivos colores, la entealequia peluda que anima integralmente nuestra vida colonial.

Ya vendrán la era del Tasajo, y luego, mucho más tarde, la del Frigorífico. Ahora se celebra el jubileo de la corambre, los fastos de la guasca, la consagración de la media luna desgarradora.

Corren las reses de remos finos y cuernos filosos. Resuenan tras sus huella los cascos de los caballos. Brillan las medias lunas junto a los garrones galopantes. Ya el brazo diestro se estira, ya el filo se hunde en las cuerdas tendinosas, ya se derrumba el animal baldado. Caen por decenas, por cientos, por miles las vacas heridas. Y al regreso, los jinetes que han trocado la media luna por la lanza, de a caballo no más y a toda carrera van despenando a los pobres bichos lisiados con rapidez terrible, con certeza escalofriante, con puntería feroz. Cambiense las reses por tropas peninsulares y tendremos aquellas formidables lanceadas de ida y vuelta que deletrearon el abecedario de la independencia nacional.

Cuando en 1830 los constituyentes discutían los símbolos del escudo de la patria, al principio hablaban de dos campos: el superior luciría una balanza representando a la justicia, y el inferior un caballo, encarnando a la libertad.

Pero los constituyentes de Montevideo no estaban conformes con esto. Querían incluir a su ciudad de cualquier modo.

—Agregaremos el cerro y su fortaleza —dijeron—; ellos simbolizan las instituciones libres, el prestigio urbano, el ascendiente civilizado de la capital.

—No señores, fué la respuesta de los constituyentes del interior. El cerro solo no va. ¿Qué somos entonces nosotros? ¿Es que los estancieros no cuentan para nada en este país? Aprobamos el cerro si nos ponen la vaca. La vaca es la riqueza cierta, el pedestal económico de la ciudad altiva, la garantía de la prosperidad patricia.

Ni los unos ni los otros cedieron. Campo y ciudad, ganaderos y abogados, reclamaban por igual sus signos heráldicos.

Y así fué como el escudo nacional tuvo un caballo que retoza y una vaca que rumia, sosteniendo a la balanza justiciera y al cerro que se pone en puntas de pie junto a la bahía para escuchar las palabras alucinantes que vienen del otro lado del mar.







— VII —

VALORACION ECONOMICA Y SOCIAL DE LA ESTANCIA

*"Tendiendo al campo la vista  
solo vía hacienda y cielo".*

*Martín Fierro*

La cultura nacional se ha bipartido al estilo de los dioses. Términos con que los pueblos clásicos delimitaban sus propiedades: con su cara dionisiaca contempla un territorio de geografía poco espectacular, débilmente poblado y de cuño pastoril, y con su faz apolínea indaga en el pensamiento de una ciudad edificada al borde de un estuario de aguas y de ideas. Esto no impide que vayamos en camino de una síntesis, de una compenetración mayor cada día: el campo recibe con ritmo creciente el mensaje técnico y espiritual de la urbe, y ésta recoge sin cesar en su plexo cosmopolita el sistema de señales de una gea y de un hombre identificados en un latido cordial, espontáneo y vigoroso.

Nuestra economía, sin embargo, ha reposado y reposa sobre la riqueza ganadera y no tenemos todavía un cuerpo industrial autónomo que se enfrente al monocorde acento de las lanas de veintitres millones de ovejas y de las carnes y cueros de ocho millones de vacas.

Sobre esta infraestructura —valga la expresión favorita del materialismo histórico— se yergue una ideología que penetra hasta los tuétanos la idiosincrasia nacional: aunque asentados en la gran ciudad que enajena el resuello primitivo del campo, no podemos sustraernos a las seculares radiaciones de un espíritu ganadero de improvisación e improvisación, de ecuestre turbulencia, de culto al coraje, de sometimiento a los azares de una quiniela trisemanal o metafísica. Los uruguayos somos el humano cauce de un profundo río de pezuñas y de guampas que atraviesa el mapa de nuestra historia; somos, no importa si septentrionales o meridionales, las flores antropológicas de una raíz que se hunde en el polvo de los galopes, en la pendiente enjundia de los toros y en el viejo corazón de las praderas.

No es por mero capricho que a una linda mujer la llamamos



"churrasca" y que a un difunto le decimos "fiambre"; para la vida y para la muerte, para el ocio y para el trabajo, para la gravedad y para la gracia tenemos epítetos, giros y denominaciones que brotan de nuestra entraña de devoradores de asado, de exportadores de vellón y de curtidores de cueros.

A este jugoso tema lingüístico lo asediaremos en el momento oportuno: hoy me interesa calificar económica y culturalmente el cariz de nuestra ganadería, tipificarla dentro de las pecuarias del mundo, analizar sus repercusiones sociales y mentales sobre el carácter nacional.

La ganadería de los continentes nuevos —América y Oceanía—, introducida en el período colonial de los mismos, tuvo un singular destino: por un lado fué una conquistadora y por otro una "barbarizadora". Fué una conquistadora en cuanto que las reses, reproduciéndose velozmente en ambientes propicios, penetraron en el interior de vastas regiones desconocidas para el europeo, facilitando así su advenimiento a largo o a corto plazo.

Nuestro país antes de ser ocupado por el español lo fue por el vacuno; la ganadería constituyó la punta de lanza de la civilización. Pero a su vez la ganadería "barbarizó" al hombre blanco. Lejos de las ciudades, rotas las compuertas morigeradoras de la *urbanitas*, fuera del regulado mundo de relaciones sociales constituido por tantas obligaciones como derechos, el europeo o el criollo que se sumergían en los océanos de hierbas de las pampas, los llanos o las penicolas, retrogradaban al estadio del *homo ferus*, del ave de presa, de la criatura sin límites para su voluntad de poderío. <sup>(1)</sup>

El colono de las soledades rioplatenses enriquecidas por la pecuaria es en una primera etapa económica un depredador y un cazador.

El ganado brota naturalmente de la tierra engramillada y no necesita de la mano del hombre para su crianza como la requieren el reno de las regiones árticas o la oveja mediterránea. El corambrero se limita a perseguirlo, a desgarrarlo y a cuerearlo. Lo demás queda para los caranchos. El changador o el faenero proceden del mismo modo que los tramperos de martas del Canadá o los batidores de gacelas de Kenya. No son nómadas ni trashumantes. Son cuereadores errabundos armados de lazos, medialunas y cuchillos. Hay nomadismo cuando la familia entera, parásita del ganado, sigue a éste en su isócrono ambular estacional, ya entre las praderas del norte y las del sur en Mongolia, ya tras las lluvias en el Sahara. Hay trashumancia cuando los ganados, acompañados por los pastores solamente

---

(1) "También los animales domésticos, introducidos durante el período de la conquista en estos espacios sufrieron una transformación en el mismo sentido que el hombre que igualmente procedía de países civilizados. También ellos perdieron en la *open range*, en desigual medida, las peculiaridades de la domesticación; degeneraron desde el punto de vista zootécnico, mientras reaparecían otras características que corresponden al estado de naturaleza".

OTTO JESSEN: *Cosacos, cowboys, gauchos, Boers y otros pueblos de a caballo propios de la estepa*. (RUNA, vol. V, Buenos Aires, 1952)



—tal cual lo hacían en tiempos de la Mesta hispánica— van por las cañadas en busca de pasturas de invierno o de verano, atravesando las comarcas ocupadas por labradores sedentarios y chocando con los mismos.

Pero en el caso de la explotación primigenia del ganado colonial sólo hay artes venatorias, vagancia tras las haciendas cimarronas para sacrificar las reses y estaquear los cueros.

La segunda etapa es la del asentamiento para vigilar y aprovechar más intensamente el acervo ganadero. Aparecen los “hatos” venezolanos, las “fazendas” brasileñas, los “ranchos” tejanos, las “fincas” centroamericanas, bolivianas y chilenas, las “estancias” rioplatenses.

De todos los nombres que designan el meollo humanizado de la explotación pecuaria el más significativo es el de estancia. Proviene de la antigua distinción española entre ganadería estante y ganadería trashumante. La ganadería estante es la sedentaria, la que aprovecha el ciclo de la vegetación natural; la trashumante, en cambio, es la que emigra hacia las pasturas de la montaña distante, cuando las del llano perecen, o viceversa.

La estancia coagula la presencia de los hombres y bestias que confraternizan en la penillanura uruguaya formando así un núcleo permanente, un carozo tenaz. La épica escuela de las yerras adiestra las futuras promociones de lanceros. Los menesteres ecuestres prefiguran la estrategia de la montonera gaucha. La lucha contra el tigre y la tormenta, contra el indio y el cristiano hace las almas impávidas, los brazos fuertes, los nervios templados, los talantes pendencieros. Se inaugura así el período de oro de la *boocracia*, del gobierno del bovino.

La estancia primitiva era el cubil sedentario del hombre de a caballo que suplantaba su constante migración por la correría diurna y el fogón nocherniego como un término medio entre la movediza vida del corambrero antepasado y la quietud agrícola del “gringo” futuro.

Socialmente la estancia constituía un núcleo de índole casi clásica. Oasis cultural, laboral y demográfico en medio de los verdes desiertos engramillados, ella daba coherencia a los arrecifes humanos donde la comunidad se asentaba.

El régimen allí imperante era el autárquico. La estancia constituía una célula omniproductiva que se abastecía y gobernaba a sí misma. Un mangrullo atalayaba a veces el campo circundante; un oratorio humilde atendía las necesidades del culto; los ranchos con alas de totora, primero, y las “azoteas” encaladas, después, acogían los sueños sin pesadillas de aquellos legendarios bisabuelos; las enramadas amparaban los ocios vespertinos; las sendas hípicas y las canchas de tabas y bolos corroboraban la juerga dominguera; los corrales se llenaban con los blandos mugidos de los terneros guachos. Dentro de una próspera construcción de tepes que oficiaba de depósito universal se almacenaban en pintoresca mezcolanza los bastos de la equitación, las medialunas del desgarramiento, las tres marías para bolear avestruces, las rudimentarias azadas de una agricultura



sumarísima de maíz y zapallo, los largos sobeos para los piales de lujo, los noques de la curtiembre, los arbóreos morteros de la mazamorra, los sacos de lejía, los sangradores para la mancomunada terapia de hombres y bestias, los trabucos naranjeros que vomitaban cascotes y tachuelas en las *malocas*, los telares heredados del misionero, la sal gorda, los porongos aún preñados de semillas y sin el bostezo que colmaría la yerba, la propia yerba mate enchalecada en las corambres, la zaraza contrabandeada por los bergantines y traída desde el sur por carretas gliptodónticas, los yuyos medicinales, la grasa sanguinolenta merodeada por pertinaces moscardones, las guitarras del canto contrapunteado, la caña color miel de las broncas borracheras y las chuzas terribles de los entreveros. Como se ve, todo un mundo.

La relación entre el estanciero y la peonada, fija o flotante, aqueñada o rotativa, estaba basada más en un ascendiente espiritual que económico. El estanciero imperaba por la energía, valor, destreza y condiciones de mando sobre los suyos. Era jefe, juez y sacerdote de aquellas misas agrestes, recordadas por Sarmiento en su *Facundo*; cejijunto varón feudal, como el Pantaleón descrito por Reyles en "El Terruño"; caudillo de mesnadas lanceras, como el Justino Muniz evocado en la "Crónica" de su nieto Zavala Muniz.

"*Primus inter pares*", sólo se diferenciaba de sus hombres por la plata y el oro que ornamentaban la cabezada de su recado y por el rudo señorío de su enjundia moral.

El peón y su familia vivían en la estancia. Los niños acarreaban agua de los manantiales y leña del monte, las mujeres cocinaban en los ranchos y hacían pasteles para las fiestas donde el pericón confirmaba coreográficamente la urdimbre del grupo social, los viejos ya retirados del trabajo trenzaban tientos a la sombra de los molles y constituían el centro senatorial de la sabiduría gaucha. De tal modo, la comunidad, cohesionada por el centripetismo patriarcalista, se ordenaba en un grupo homogéneo y con intuitiva conciencia de su valor solidario.

La comida era barata pues las vacadas abundaban y se carneaba generosamente; la vivienda brotaba ecológicamente, como el nido del hornero y la jiba del tacurú, de la tierra misma; la humilde vestimenta, cuando no era producto de la industria casera, se adquiría a precios insignificantes en el boliche fortificado o al buhonero "nación" y maturrango. Vida plena, pues, aunque conceptuada como inverosímilmente pobre por Azara o Darwin que, ciudadanos al fin, no comprendían la axiología de este bárbaro paraíso de cabalgatas, de asados homéricos, de riñas crueles, de amores violentos y de egregia libertad.

Las contiendas armadas, como la roja franja de la bandera artiguista, atravesaron siempre nuestra comarcas. Hado común de los pueblos pastores, sino de la estepa de los Tamerlanes y Atilas, santo y seña de la epopeya magyar celebrada por Petoefi, de las algaradas moriscas, de las lunas de los comanches, de los hatos del Apure soliviantados por el catire Páez y de las correrías de los sertanejos. Nues-



tro paisano ganadero, hecho al pugilato con la res y el desbravamiento de los potros, no escapó al destino histórico del hombre de a caballo: aguerrido y heroico luchó sucesivamente contra el indígena, contra el mameluco, contra el gauderio, contra el español, contra el portugués, contra el brasileño, contra el argentino, y al final, cuando estaba solo en el escenario patrio, contra su propio hermano de sangre y rival de divisa.

En la paz el trabajo era riesgoso pero aceptado alegremente por la idiosincrasia criolla. La doma, el rodeo y la yerra, ocasionales en el año, exigían cualidades de recia varonía en vez de un esfuerzo sostenido y paciente como el del labriego. Martín Fierro lo anota con expresivo gracejo:

*"Aquello no era trabajo  
más bien era una junción."*

"Junción", espectáculo, derroche de coraje, suntuoso alarde del hombrón ecuestre, mitológico desdén hacia la vida, burla del peligro, *catharsis*, en fin, del talante salvaje del indio y de la furia del celtíbero mixturados en un Santiago americano, en un terrible apóstol de vincha, chiripá y espuelas.

Corambres y tasajos sostienen el sistema económico de la colonia primero y las juveniles instituciones de la República después.

Es por el ganado que se puebla la Banda Oriental, por el ganado que se funda Montevideo para poner coto al saqueo portugués por el ganado que se vive en robusta holganza campesina, por el ganado que se forjan los libertarios tipos gauchescos, por el ganado que se amasan las primeras grandes fortunas, por el ganado que brotan los edificios en la amurallada ciudad del sur.

En el *sertao* brasileño se ha acuñado una denominación muy gráfica para designar a la hacienda montaraz y alzada: *gado de corte*.

En el Uruguay de fines del siglo XVIII y principios del XIX el ganado también se cortaba como un fruto, se tomaba como un bien mostrenco, se carneaba por el lujo de comer una lengua, un matambre, un caracú caliente.

Pero los veinticinco millones de reses que un día atronaron con sus corridas nuestros campos fueron disminuyendo sin pausa: los facones degollaban con saña feroz, las revoluciones patricias y las civiles diezmaban los opulentos rebaños, el contrabando fronterizo sorbía solapadamente la pecuaria oriental.

Llegó entonces el momento de hacer un alto, de dar otra vuelta a la tuerca racionalizadora. Los fundos se alambraron, la zootecnia y el refinamiento irrumpieron en el rudo escenario nativo, los baños y los bretes rompieron la simplicidad empírica de la cría cimarrona.

Se avecinaba ya la Era del Frigorífico: la de la Corambre era ceniza del pasado y la del Tasajo buscaba nuevas expresiones comerciales y técnicas.



Por su parte la oleada agrícola avanzaba: una marea de cereales y hortalizas ascendía desde el sur, y los otrora desnudos ejidos de los pueblos y los ascéticos cascos de las estancias veían florecer el naranjo, el manzano, el ciruelo.

Los humanos tipos insurgentes eran suplantados por los tipos pacíficos; el campo se agringaba, las costumbres bravías se dulcificaban, las lanzas se convertían en picanas.

Sin embargo la ganadería no fue derrotada por la agricultura. Ni tampoco se establecieron filtros demográficos y laborales que operaran como formas intermediarias entre la soledad de los potreros y la plétora de la urbe gigantesca. Por eso es que somos aún parásitos del ganado o de la patria. En el norte vivimos de las estancias; en el sur todo se lo pedimos al puesto público.

*Boocracia* y burocracia, términos opuestos en su esencia, coinciden en su vigencia. La ganadería nos hizo libres e imprevisores a un tiempo; fue nuestra gloria y de seguir así, puede ser nuestro martirio. La ganadería actual despuebla: el estanciero rico y el peón menesteroso vienen a Montevideo con intenciones opuestas —el uno a disfrutar su fortuna, el otro tentado por el salario fabril— pero traduciendo un idéntico síntoma de éxodo hacia la Babel ciudadana.

Pero no nos desconsolamos demasiado. Gracias a la ganadería vivimos y hasta prosperamos. Para superar el actual *plafond* de nuestro vuelo económico tendremos que arbitrar nuevas fórmulas, primero semejantes a la de Nueva Zelanda, más tarde, al aumentar la población, similares a las de Dinamarca.

No padecemos, felizmente, la *boolatria* indostánica que por considerar a sus cincuenta millones de bovinos animales sagrados, los deja devorar todos los años un tercio de la cosecha sin molestarlos, sin comer su carne, bebiendo apenas su leche.

Ni tampoco nos aqueja la *boomania* de los indígenas de Madagascar y de ciertas tribus negras del África que crían ganado por mero lujo, como suntuario signo de distinción, poder y nobleza, y viven de los productos de una agricultura miserable.

Tomemos en cambio a guisa de ejemplo la ganadería de Normandía y de Holanda, que desarrolla al máximo la industria lechera; a la del *corn-belt* americano, que engorda a las reses flacas, a los cerdos y a los pavos con el maíz; a la de Australia, que aprovecha las virtudes inglesas de las *grazing counties*.

Todo esfuerzo que se practique en el sentido de racionalizar nuestra riqueza ganadera, de subdividir la gran propiedad, de instalar dehesas colectivas, de facilitar medios para crear praderas artificiales y aguadas, de enseñar el manejo rotativo de los potreros, será digno del reconocimiento nacional. La ganadería puede poblar, puede fijar el hombre a la tierra, puede civilizar con tanto o más intensidad que la agricultura.

Nuestro país tiene signo pecuario. No contrariemos sus tradiciones patricias, su íntima y diestra vocación, su soterrada naturaleza.



Pongamos la agricultura y la industria al servicio de una ganadería sabia, equilibrada y socializada y veremos retozar de alegría al caballo y a la vaca de nuestro escudo.

Si el Uruguay de antaño fué un don de la ganadería (1) como ha dicho el docto historiador Felipe Ferreiro, el nuevo Uruguay que todos deseamos, rico y enérgico, emprendedor y autárquico, puede ser el don de la ganadería encauzada por el Estado y puesta al servicio de todo el pueblo de la República.

---

(1) En un ciclo de tres conferencias que desarrollé en el Ateneo de Montevideo durante el mes de agosto del corriente año demostré que, paradójicamente, puede afirmarse que el Uruguay es un don del contrabando. Poblado primitivamente por faeneros contrabandistas y saqueado por el contrabando portugués, vió surgir luego a Montevideo y a otros fortines —que después fueron ciudades— como medios para poner término a los desmanes de los cuatreros y contrabandistas de corambre y ganado.







## ANTROPOLOGIA DE LA PATRIA VIEJA

### EL INDIO

*"Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado El Indio y haría llorar al mundo". — Juan Montalvo.*

Lo menos americano de América Latina es el Uruguay. América Latina, o Indoamérica como se ha llamado con razón, es telurismo e indigenismo, desmesura de la geografía y supervivencia dramática del ancestro, Naturaleza enfrentada a dos Espíritus en pugna, el europeo y el aborigen, y exigida por dos economías contrapropuestas, la del blanco y la del indio.

El problema americano se plantea angustiosamente en México, Guatemala, Perú, Ecuador, Bolivia, Venezuela, Colombia, Paraguay, países de temblor cósmico unidos por el cordón umbilical de sus razas al vientre misterioso de la tierra. Argentina misma, que posee pocos indios, lidia por lo menos con uno de los términos del binomio: el de su múltiple e inmenso escenario fisiográfico.

Pero el Uruguay está fuera de lo americano: no lo conoce porque no lo padece y no lo comprende porque no lo vive. En efecto, tiene nuestro país un amable relieve y una parva superficie; lo habita una población de abrumadora cepa blanca, y, finalmente, está protegido por una providencia pecuaria que lo libera de los sinsabores originados por el estaño, el petróleo o cualquier otro producto creador de situaciones paracoloniales.

Pero todo esto, que indudablemente edifica nuestra ínsula de felicidad, contribuye a segregarnos de la realidad continental y a marginalizarnos también, porque no somos Europa, que nos ignora, ni América, a la que ignoramos.

El indio no existe en nuestro actual panorama antropológico.

En el pasado tampoco gravitó cuantitativamente con su presencia étnica porque fué poco numeroso, sino cualitativamente, por su talante indomable, por su cruel pertinacia guerrera, por su pericia ecuestre luego de haber domado el caballo y por su amor salvaje a la libertad.



Las tribus agrícolas y sedentarias del área correspondiente a las civilizaciones el maíz — incas, aztecas, mayas, chibchas — fueron desde temprano sojuzgadas y esclavizadas por el conquistador; las tribus cazadoras y nómadas del área de la boleadora — guaycurúes, pampas, charrúas — se levantaron siempre ante el europeo o el criollo con la lanza en sus manos y el malón en sus designios. Aquellas, muy numerosas y pacíficas, sobrevivieron; éstas, poco densas y rebeldes, fueron exterminadas.

El indio uruguayo no ha tenido aún su historiador —o prehistoriador— integral aunque con el *Tabaré* de Zorrilla haya encontrado su poeta. Es el indio un ingrediente moral y étnico de la nacionalidad y se justifica teóricamente su estudio como antepasado del gaucho. Del mismo modo se justificaría en el terreno práctico la organización de investigaciones de campo propiciadas por el Estado para rastrear en la somatología de algunos tipos rurales contemporáneos las razones explicativas de sus pigmentos bronceados y de sus ojos mongólicos. Y también sería deseable que los entusiastas y honestos arqueólogos que recorren el país pico en mano fueran oficialmente estimulados y que los improvisadores leyera por lo menos los trabajos de Krickéberg, Kroeber, Lowrie o Kluckholm para saber la diferencia que existe entre el *dilettantismo* y la verdadera antropología física y cultural.

A pesar de lo poco que sabemos sobre nuestros aborígenes nos hemos enterado en los últimos años de cosas verdaderamente interesantes.

La primera de ellas es que la Banda Oriental fué una retorta donde se fusionaron distintas sangres indígenas. Algunas inmigraciones llegaron en la época prehispánica, como la nación chaná-charrúa, que agrupaba en su común denominador a los chanás, charrúas, guenoas, yaros y bohanes, todos ellos residentes en los límites de la actual República. Además pertenecían a esta nación los minuanes, empujados al país a principios del siglo XVIII, y los manchados y martidanes, que se mantuvieron en la mesopotamia argentina. La Banda Oriental, comarca sin metales y por lo tanto sin mosquetes ni encomiendas, atraía a los aluviones desprendidos “desde las diversas zonas de guerra hacia el territorio imperturbado por el ruido de cristianos...” (F. Ferreiro).

Por su parte, también tenían aquí su *habitat* desde antes de la conquista los arachanes, indios vinculados a la nación Tupíguaraní.

Otras inmigraciones, posteriores al nacimiento de la ganadería uruguaya, prestaron sus tipos delictivos o laborales: el tape de las Misiones desde temprano comenzó sus arreadas de ganados y los indios guaraníes fueron permanentes “changadores” y fugaces integrantes de las reducciones sorianas fundadas en 1624.

Otras, en fin, llegaron como colonizadoras, llamadas por Artigas en 1816. Tales los guaycurúes y abipones del Chaco, conducidos por el cacique Benavides hasta Purificación, con la esperanza de que “estos robustos brazos darán un nuevo ser a estas fértiles campañas que por su despoblación, no descubren todo lo que en sí encierran ni todas las riquezas que son capaces de producir”. Nada nuevo dijo Alberdi



con su "Gobernar es poblar", dado que en el mismo oficio señalaba Artigas que "el aumento de población es el principio de todos los bienes".

La segunda comprobación destaca otra particularidad: el posible parentesco del idioma hablado por el grupo chaná-charrúa con el arawaco, lengua de las tribus de las Guayanas y de las residente en las zonas tropicales de Bolivia.

El antepasado hogar de los bisabuelos de nuestros chaná-charrúas pues, no sería otro que las márgenes del Caribe y los testimonios lingüísticos de los indios de los llanos de Moxos señalarían una de las estaciones del extraordinario viaje.

El hecho de que los chaná-charrúas hablaran un idioma no guaraní, dato fundamentado por las Noticias sobre los charrúas del Sargento Mayor Benito Silva que recogió el Dr. Teodoro Miguel Villardebó, por las observaciones de Larrañaga acerca del idioma chaná, por el catecismo guenoa estudiado por Hervás, por las inferencias de Félix Outes al comparar los trabajos de Hervás y Larrañaga, y por el libro de Perea y Alonso referente a la *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*, destruye la leyenda del panguaranitismo que, apoyada en la toponimia nativa, se erguía como verdad incontrovertible.

Fueron lenguaraces guaraníes oficiando de intérpretes los que nominaron nuestro territorio, pero ni aún así lograron borrar los nombres *Marmarajá*, *Bequeló*, *Cololó*, que nada tienen que ver con el idioma guaraní.

En la onomástica aborígen existen palabras de origen guaraní, tupí, arawco y aymára. ¿No hace pensar éstos en una remota confluencia de etnias americanas?

Los historiadores dicen que cuando el español llegó a nuestras costas halló aposentado en ellas a un cazador regido por el vaivén estacional de una cinegética errabunda, a un ser con vocación de semilla viajera y trote de venado taciturno, a un indio a mitad de camino entre el reino de la piedra y el reino del espíritu, que resumía en una sola criatura toda la astucia de la bestia montaraz y todo el desamparo del aborígen cruel y primitivo.

Schmidt, uno de los fundadores del método histórico cultural, los habría clasificado dentro de los pueblos australes del ciclo arcaico y Wissler los incluye en el área del guanaco, junto a los onas, patagones, pampas y chaqueños. Como el guanaco no existió en la Banda Oriental yo propondría sustituir aquel nombre por el de "Área de la Boleadora", arma común a casi todos los grupos tribales englobados en la categoría de Wissler.

No era nuestro indio, pese a las pinturas que del mismo se hacen, un individuo ingenuo, sencillo o poco complicado. Su cultura, que desconocemos casi totalmente —el relato de Silva revela claras prácticas de *shamanismo*— revestía sin duda características complejas, aunque los testimonios arqueológicos sean exigüos.

Los modernos antropólogos advierten que los "primitivos" australianos de mínimo repertorio material, poseen un sistema de parentes-



co casi ininteligible para el europeo y que "la visión del mundo de los africanos tiene mucho de común con la tan ponderada visión del mundo de los griegos". (Herskovits).

Lo que ha sucedido comunmente es que los investigadores carecen del sentido del relativismo cultural. El propio Tonybee, en su monumental *Estudio de la Historia*, se asombra de la "barbarización" del europeo en América y de "la poderosa influencia ejercida por una barbarie que retrocedía ante una civilización invasora".

No es necesario que un pueblo haya inventado una máquina complicada para que reciba el título de culto, pues lo merecen por igual los sabios atómicos y los indios analfabetos que entonan un exaltado canto de guerra. Porque la cultura no es únicamente el avión a chorro, ni Picasso, ni la goma de mascar, ni el Arco del Triunfo de la Estrella, ni la biblioteca del Congreso, ni todo lo que llamamos urbanismo, saber erudito o civilidad, sino la creación de un determinado ambiente, "la porción aprendida de la conducta humana" (Herskovits) o "lo que une a los hombres" (R. Benedict) que piensan, sienten y obran según determinadas pautas en los distintos rincones del planeta.

Lo que sorprende a Tonybee es algo perfectamente explicable cuando chocan dos culturas en un *habitat* propicio a la mejor adaptación. Los indios de las praderas norteamericanas y los indios de las pampas o cuchillas rioplatenses "barbarizaron" al blanco enfrentado con las tácticas del desierto: Búffalo Bill y Martín Fierro, uno real y otro simbólico, son los personajes emergentes. Pero esa "barbarización" se refiere sólo a los géneros de vida y no debe entrañar juicios peyorativos. La sabiduría de lo indígena —el arte del yuyero, del baqueano, del rastreador— no es rebajamiento para el civilizado que la asimila sino mimetismo cultural y signo de la supervivencia obtenida por la acomodación.

Se ha discutido en nuestro medio si el indio incidió o no en la formación etnológica uruguaya.

Zum Felde, con razón, descarta las influencias positivas del charrúa: herencia somática o legado cultural. Ni el caballo, ni el rancho, ni el poncho, ni el chiripá, ni el mate, ni el facón, ni la bota de potro, ni la guitarra ni el asado son charrúas, dice. Es verdad, pero a *contrario sensu* son secuelas del charrúa el salto y el sobresalto, el merodeo, el rapto, el abigeato, la emboscada, la equitación afrentosa, el coraje furibundo, toda esa constelación de peligros que mantuvo a la gente de la estancia cimarrona en perpetuo estado de vigilancia y lucha, malón va y maloca viene. Sólo Artigas pudo ser amigo y jefe de estos indios agrios y huraños, sólo su conocimiento de los genios elementales del campo pudo atraerlos a la causa de la revolución. Pero aún así, los charrúas acampaban lejos de los patriotas, entraban en combate de acuerdo a su estrategia, usaban solamente sus armas primitivas y preferían tales alaridos que asustaban a los propios caballos.

El charrúa fué un azote, un alma insumisa, una celada perpetua. Refiriéndose a sus depredaciones escribía el General Rivera al Barón de la Laguna en 1824: "Son los Charrúas... unos restos preciosos por



su oriundez, pero detestables por su carácter feroz, indómito, errante, sin anhelo, sin industria, sin virtudes... Con ellos no hay paz durable sino aquella que se compra con el oro, o se asegura con el terror de las bayonetas. Ni hay amistad ni relación tan fuerte que no ceda a los furores de la embriaguez o a la codicia de un saqueo"...

El gaucho primigenio tuvo seguramente poca sangre charrúa y mucha de indios venidos desde el norte, los misioneros y paraguayos, o existentes en el territorio, los arachanes y chanás.

Los testimonios de Saint-Hilaire son en este punto iluminantes. Dice en su *Voyage* (1820), a medida que recorre el litoral uruguayo:

"A cuatro leguas de la Angostura... entramos en la casa de un anciano, antes muy rico, pero que en la guerra redujo a la mendicidad...; está casado con una india y tienen muchos hijos" (pág. 148).

"Las vastas campañas que he recorrido están habitadas en gran parte por indios civilizados, y más aún por mestizos que no tienen ninguna propiedad; van de una estancia a otra, se mezclan sin ceremonia con los habitantes de la casa y comen carne con ellos mientras tienen gana" (pág. 155).

"Estos hombres sin religión y sin moral (es decir, sin la religión ni la moral de Saint-Hilaire, típico representante del etnocentrismo europeo), la mayor parte indios o mestizos, que los portugueses designan con el nombre de *Garruchos* o *Gaúchos*... no tardaron en reunirse con Artigas y sus capitanes cuando éstos levantaron el estandarte de la revolución" (pág. 160).

"Los charrúas se mezclaron con los españoles y otros indios; no existen razas puras y apenas se encuentran algunos viejos que saben aún un pequeño número de palabras en la lengua de sus padres" (pág. 237).

Lo transcripto nos autoriza para suponer que le debemos al indio más de lo que muchos le conceden. No es ésta la oportunidad para describir la ubicación y cultura de los distintos grupos tribales en la época prehispánica y colonial. Mi tarea se limita a señalar los antepasados étnicos del gaucho, y no hay duda de que el indígena es uno de ellos.

La muerte y transfiguración del indio reviste entre nosotros caracteres especialísimos.

El charrúa fué exterminado y el no-charrúa mezcló su sangre con la del blanco. Pero ambos afloran como esencias: el charrúa dejó el legado de su coraje arisco al paisano que hubo de enfrentarlo y el indio manso de otras parcialidades imprimió su huella en la constitución física y espiritual de un tipo campesino que aún perdura.

Sin embargo el indio ha desaparecido en el Uruguay como presencia auténticamente americana. No hay en nuestro país grupos traumatizados psíquicamente por la conquista, ni minorías raciales, ni almas ensimismadas en la evocación de pasados esplendores. El problema indígena, nudo Gordiano de América Latina y sustancia trágica del "proletariado interno" del nuevo continente, no existe en la República.



## EL NEGRO

*Blanca la cara, o retinta,  
no habla en contra o en favor,  
de los hombres, el Criador  
no hizo dos clases distintas.*

*Martín Fierro*

Cuando se dice Africa se piensa instintivamente en los hombres de pigmentos nocturnos, cabellos ensortijados y bembas prominentes.

Sin embargo, en un mismo continente geográfico hay dos Africas antropológicas. Una es la de los hijos de Sem. Otra, la de los hijos de Cam.

El Africa semítica, que humedece sus sandalias calcinadas en las aguas del mar Mediterráneo, fué el escenario prócer de una historia milenaria, el regazo de la civilización egipcia, del imperio cartaginés, de las algaradas bereberes, de los jinetes árabes del Profeta. Los griegos invasores fundaron ciudades en sus deltas y las tropas de Roma levantaron las águilas imperiales sobre sus arenas sitibundas.

El Africa negra se extiende del otro lado del Sahara, al Sur de los dominios de los *tuaregs* nómadas. No tiene historia porque está antes de la historia: es el dominio de las fuerzas elementales de la creación, de las selvas inmensas pobladas por espíritus, de la biología pavorosa de la lluvia y el calor.

Africa negra es la comarca del miedo, del aullido, de la magia, de la muerte disfrazada de mosca, de la luna vestida de serpiente, de los *Orixaás* rojos, de los ríos verdes, de los colmillos blancos.

Allí habitan los torrados hombres de los bosques y las sábanas, los minas, los haussás, los bambara, los mandingas, los gandas, los hereros, los nyansas, todo un planetario de ébano, todo un sistema de culturas recolectoras, ganaderas o agrícolas, todo un complejo de divinidades, de ritos, de pautas culturales, de concepciones del mundo y de la vida.

El Africa semítica mantuvo desde sus albores un diálogo comercial o bélico con Europa: el flujo púnico y árabe inundó los territorios del viejo mundo y el reflujo helenístico y romano sumergió a los antiguos imperios desde el Nilo hasta el Atlas.

El Africa negra, en cambio, recitó ensimismada su monólogo cósmico, cautiva en los alvéolos de los grandes ríos y de las florestas ecuatoriales. Pocos contactos tuvo con el exterior: sólo el islamismo introdujo su cuña religiosa en algunas comunidades silvanas y apenas un tardío y discutido resplandor portugués influyó sobre las técnicas escultóricas de los bronce de Benin.

El Africa del Norte fué cuna de hombres de presa, de los piratas berberiscos, de los escuadrones de Mahoma, de los ejércitos del Faraón.

El Africa negra, fué por el contrario, la presa de los hombres, la mina servil que alumbró los caminos económicos del Nuevo Mundo con el carbón doliente de la esclavitud.

Entre los ingredientes raciales del gaucho el negro ocupa un lugar



secundario pero visible. La sangre africana no afluyó torrencialmente en las venas de nuestros tipos campesinos porque la ganadería, faena despobladora, no requirió brazos esclavos. Si el signo agrícola hubiese gravitado positivamente sobre nuestros campos habría sucedido lo que en Cuba, o el norte de Venezuela, o el Recôncavo de Bahía, regiones inundadas por hombres de color empleados en la siembra y recolección del cacao y la caña de azúcar.

El orgullo ecuestre del criollo relegó al negro a las faenas de la servidumbre urbana, pero aún así, éste ganó subrepticamente el campo y su burbuja ardorosa bulló en el caldero triétnico donde se cocinaba el guiso de la etnografía nacional.

Negro es el payador del famoso contrapunto con Martín Fierro y negro fué el Gabino Ezeiza que cantara a Paysandú con voz apasionada; negro simbólico es el Esteban de Nativa, la novela de Acevedo Díaz, y negros palpitantes fueron Ansina y Falucho, los abnegados y heroicos servidores de Artigas y San Martín; gotas de sangre negra tienen el Segundo Sombra del relato pampeano de Güiraldes y el histórico pardo Luna, que se vendió como esclavo para ayudar con ese dinero al General Rivera; negros son muchos de los pintorescos y sibilinos personajes de los cuentos de Ipuche o Monegal, y negros, mulatos, tercerones y cuarterones son también los peones de carne y hueso que andan por las estancias del Norte luciendo la pareja mazamorra de sus dientes y animando los fogones con el corto relincho de su risa jovial.

No puede negarse, pues, la presencia del negro en el campo rioplatense en general y en el uruguayo en particular. Pero lo que interesa señalar son las esencias. Hay que inquirir entonces cómo formó el trasfondo negro nacional y cómo influyó sobre nuestra cultura.

La historia de la esclavitud es antigua como el mundo. Pero la de la trata de negros es apenas anterior a la del descubrimiento de América. En 1455 el Papa Nicolás V, en el nombre de un Dios que no es por cierto el de los Evangelios, concedió al Rey de Portugal Alfonso V autorización para reducir a servidumbre perpetua, como represalia de guerra, a sarracenos y paganos.

Los pobres negro entonces, sin comerla ni beberla, por causas puramente comerciales, cayeron en la redada. Y es así como pocos años después se ven en las casonas solariegas de Portugal y España, desempeñando tareas domésticas.

También existían algunos negros en las Antillas cuando Fray Bartolomé de las Casas quiso aliviar las tribulaciones del indio sustituyéndolo en los trabajos agrarios por los hombres de charol. Pero el remedio fué peor que la enfermedad, y desde entonces comenzó la hemorragia negra provocada por la piratería de carne humana. Los siete pecados capitales fueron los aliados del blanco para lograr su cargamento africano. La tan mentada cultura cristiana de Occidente enlodó sus pergaminos arrancando a lo largo de tres siglos a millones de hombres y mujeres de sus bosques nativos para volcarlos en las costas de América.



Nunca más verían esos infelices el esplendor salvaje de su patria vegetal. Sólo les restaba la nostalgia, *el banzo*, el perfume del recuerdo. Y el *banjo* del negro norteamericano recogió en sus sonidos ese temblor de melancolía desesperada que corre como un río de profundo llanto bajo las estridencias de la música de *Jazz*.

Sucedía a veces que los esclavos eran más instruidos que sus propios amos. Gilberto Freyre dice que "más de un extranjero de los que visitaron Brasil en el siglo XIX se sorprendió al ver que la principal librería francesa de la capital del imperio brasileño contaba entre sus clientes a negros mahometanos de Bahía". Y agrega, a guisa de explicación, que "esos negros extraordinarios, algunos aparentemente cristianos, pero en realidad mahometanos, importaban, a través de esa librería francesa ejemplares costosos de sus libros sagrados para estudiarlos en secreto con gran cuidado".

Pero en el Río de la Plata las cosas sucedieron de otro modo. No hubo negros mahometanos ni lectores o protectores de escuelas como sus hermanos raciales de Bahía. Nuestros negros no eran de la zona sudanesa, asiento de los *gegés* y *nagós*, sino de la bantú, como muy bien lo ha establecido Ildelfonso Pereda Valdés.

Los *gegés* y los *nagós* poseían una cosmología original y poderosa. Entre sus *Orixás* o espíritus se destacaban *Obatalá*, algo así como el Zeus del Olimpo africano; *Changó*, el dueño del rayo y jerarca de las tormentas; *Exú*, el Pan negro, encarnación de las fuerzas desencadenadas de la naturaleza.

Los bantús, en cambio, carecían de un sistema cosmológico coherente pero su riqueza lingüística, superior a la sudanesa, dejó una indeleble impronta en el idioma rioplatense.

Mucho podríamos decir de los negros en el Uruguay: cosas llenas de colorido y conmovidas por el alma exuberante, rítmica y plástica de una raza gentil.

Mas estamos tras la huella del gaucho, y donde canta la espuela no suena el tamboril. El gaucho es un tipo introvertido, generalmente recóndito como el indio, poco amigo del bullicio y la garrulería. Tiene otra cepa, viene de otro costal, encarna el mundo de las subyacencias americanas.

Pero ¿qué decir de los gauchos negros, zambos o mulatos?

¿En qué categoría se debe ubicar al diestro domador Ayilo Sosa, negro purísimo y corajudo, cuando cierra piernas a los baguales y pide cancha para que el potro se desengañe?

En el verso está escrito:

*"A pregunta tan oscura  
trataré de responder  
aunque es mucho pretender  
de un pobre negro de estancia:  
mas conocer su ignorancia  
es principio del saber".*

Trataremos nosotros también de responder qué le debe el gaucho



"al pobre negro de estancia" sin olvidar la socrática advertencia del inspirado rival de Martín Fierro.

Desde la fundación de la Colonia por los portugueses en 1680 hubo negros en la Banda Oriental. Uno de los fundadores de Montevideo, Juan Borghesi, cuyo nombre se españolizó trocándose en Burghes, era amo de un tal negro Gregorio. Y con el tiempo, organizado el tráfico en forma, hubo veces que los negros alcanzaron a representar casi el tercio de la población montevideana.

La pregunta que surge de inmediato es ésta: ¿Qué se hicieron los miles y miles de negros orientales? ¿En qué arca misteriosa se escondió ese acervo etnodemográfico? Puede contestarse diciendo que sucesivas generaciones de sangre europea aclararon y disiparon el borrón africano. Pero blancos y negros no se mezclan impunemente: de su cruce surgen mulatos, tercerones, cuarterones, quinterones, cabras y *sararás* (así se le llama en Bahía al negro pelirrojo, pues *sarará* significa hormiga colorada).

¿Qué pasó entonces? La más feliz de las contestaciones me parece la de Horacio Arredondo. Al negro se lo engulló la correntada guerrera. Durante la Guerra Grande, época de su liberación definitiva — la de 1825 fué nominal — "la requisa militar formó regimientos enteros de los que estaban en condiciones de servir". Pero después, durante la vorágine revolucionaria, las brillantes charreteras, los uniformes de colores, el redoble de los parches y el cacareo marcial de los clarines se llevaron en ancas a los negros del sur, a los hijos de los antiguos esclavos que salían de los cuarteles urbanos para sembrar de blancas osamentas las cuchillas de la tierra purpúrea.

Mucho "negro de estancia" fué trasplantado en el pasado por su amo ciudadano para hacerlo a las faenas del campo crudo, pero el que hoy vemos vino desde el norte, a través del colador de la frontera, trayendo auestas su parla abrasilerada y su mochila mental riograndense. El negro campesino contemporáneo no es un rebrote eglógico de los morenos de Montevideo sino un rebalse del Africa emponchada y zigzagueante del capanga y del contrabandista que se descolgaba desde los marcos hacia las "fazendas" de una Cisplatina económica que hasta hace pocos decenios floreció en la parte septentrional de la República.

¿Cuál fué la herencia que dejó el negro? ¿En qué forma incidió sobre la cultura nacional?

Poco puede responderse en este sentido. El negro del área bantú, el negro de los bosques embarcado en los puertos africanos de Cabinda, San Pablo de Loanda o Benguela, tenía un ritual muy simple y débil. Tanto es así que los sudaneses, en la propia tierra natal, les habían trasculturado sus *Orixás*. Y cuando en América conocieron el santoral cristiano nada les costó adoptarlo, convirtiéndolo a sus antiguos genios tutelares en mártires beatificados. De ahí que Changó, el dios del trueno, traspasara sus virtudes mágicas de espíritu silvano a las no menos mágicas virtudes de Santa Bárbara, la católica señora de las tormentas.



Sin embargo algunos legados del negro han persistido dentro de los padrones de nuestra cultura europeizante.

El candombe tiembla en el ritmo de los modernos e hipnóticos tamboriles, copia de aquellos que sonaban en la selva bajo la luna llena y ante el fuego ritual encendido por los brujos de la tribu.

El bastonero de los bailes negros, que empuñaba un totémico bastón de mando, siguió ordenando —aunque transformado en hombre blanco— la estrategia coreográfica de los pericones cuando éstos se bailaban en los grandes patios de las estancias antiguas.

Dentro de la mitología rioplatense es muy popular la leyenda negra del lobizón.

En realidad esta leyenda no es exclusiva de la africanería. Ocho siglos antes de nuestra era se celebraban en Arcadia cultos licantrópico (lycos, lobo; antropos, hombre) al pie del monte Lyceo (del lobo) y un legendario rey Lycos (Lobo) aparece al comienzo de la monarquía arcadiana. Los arcadios, a su vez habían recibido de los fenicios la creencia en los hombres lobos. Y tras los fenicios se abren los nublados mundos de la conjetura.

El legado lingüístico del negro es la más significativa de sus influencias. Guarda nuestro idioma palabras auténticamente africanas. Ellas son, entre otras, bombo, batuque, bamba, bujía, cachimbo, cachimba, catanga, cacunda (caballo con el espinazo jiboso), catinga, catonga, capanga, cafúa, candombe, canga, dengue, malambo, mandinga (el diablo negro, popularizado también en nuestra leyenda como un duende bromista y no como un espíritu atroz), marimba, matungo, milonga, quilombo, quibebé, quitanda, tango, tarimba, zambomba.

Las voces cachimba, cacunda, capanga, canga, malambo, mandinga, matungo, muleque y quitanda se usan casi exclusivamente en las áreas rurales.

El bastonero, las leyendas del lobisón y mandinga, las palabras precitadas y algunos tipos antropológicos son, en consecuencia, la añeja miel que las abejas negras dejaron en los panales campesinos de la Banda Oriental.

Esto es lo que hoy surge de los distintos documentos referentes al negro. Esperemos, sin embargo, que las investigaciones folklóricas y antropológicas revelen, una vez que sean científicamente practicadas, nuevas dimensiones de la cultura afrouruguaya.



## TEORIA DEL GAUCHO

*"Es la memoria un gran don,  
calidá muy meritoria;  
y aquellos que en esta historia  
sospechen que les doy palo,  
sepan que olvidar lo malo  
también es tener memoria".*

*Martín Fierro*

América Latina está perdiendo velozmente, y con ella todas las demás zonas humanizadas del planeta, sus reservas de cultura vernácula.

Una civilización ciudadana mundial adueñada de organizaciones internacionales, cabalgando en la mentalidad emparejadora y pragmática de este medio siglo XX y servida por los "esclavos técnicos" de las máquinas, invade las otrora defendidas comarcas donde un hombre y una sociedad originales dialogaban con un cosmos físico y ontológico cubierto por el parasol del regionalismo.

Es el paso de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, como decía Durkheim; de la comunidad a la sociedad, como postulaba Tönnies; o de la sociedad sagrada aislada a la sociedad secular accesible, como prefieren denominar a estas formas de convivencia y conciencia los sociólogos Barnes y Becker. El propio Barnes en su *Society in Transition* expresaba, concretando las ideas de los citados pensadores y las suyas propias, que la urbanización contemporánea de la vida rural había creado "a new epoch in human history", una nueva época en la historia humana.

Pero esta nueva época tiene además otros caracteres. El mundo camina hacia una homologación total; no sé si con vigencia política, pero estoy seguro que con vigencia mental. Una sola lengua sintética, una sola civilización neo-fenicia y una sola modalidad industrializadora, derribando las últimas murallas geográficas y psíquicas de los países "poco desarrollados", se impondrán con gimnástico impulso en la exhuberancia de los trópicos, en los eriales de los desiertos y en los blancos delantales de las tierras polares. Nos conoceremos más estrechamente los blancos, rojos, negros y amarillos; crearemos nuevos



hábitos y nuevos símbolos sociales; viajaremos de un rincón a otro de nuestro empequeñecido hogar terrestre a velocidades fabulosas; pero todo ello será a costa de la pérdida de los usos y costumbres campesinas, de los tipos etnográficos engendrados por el aislamiento espacial y cultural, de las tradiciones perpetuadas en los terruños donde el ayer se vertía en el siempre como un viejo río rindiendo sus aguas en el estuario del folklore autóctono.

Todo lo antedicho no es una queja, ni una elegía por lo que se va. Sólo es una comprobación. Aceptemos nuestro tiempo con el optimismo de Leibniz, diciendo que es el mejor de los mundos posibles. Pues quien se empeñe en clavar su espuela en realidades preteridas o en cadáveres de Pegasos ilustres será derribado por el corcovo apocalíptico de nuestra época. Época que no le hace, por cierto, mucho honor al nombre, pues época significa detención, interrupción, sereno e idéntico mirador de siglos, y esta edad es de transición violenta, de inquietud transformadora.

El campo uruguayo no ha escapado a este fenómeno. Más aún: la marea urbana lo invadió cuando otros territorios de América dormían la siesta colonial o padecían el sobresalto de la prehistoria.

Desde principios de este siglo Montevideo, la Atenas del Plata, tendió sus pseudopodios país dentro para imponer su estilo urbano o para hacer sonar las sirenas del éxodo rural. Facilitaban su penetración el relieve afable de nuestra rebotica geográfica, la pequeñez de un área territorial de menos de 190.000 km.2; la red de caminos que partían de su palma como abiertos dedos dirigidos hacia las entrañas del país. Y llamaban hacia su sede política social y económica los señuelos de un cuerpo capitalino que brillaba como un gordo cocuyo en el Sur, encandilando el alma de los fuertes hacendados y de los humildes peones con su luz crematística. En Montevideo se aglutinaban la centralización administrativa y educacional, las industrias incipientes que florecían dentro de la aureola portuaria, y todos los demás cencerros dorados que en todos los siglos y en todas las civilizaciones provocaron la *landflucht*, la fuga del campo hacia la ciudad.

La gran ciudad, pues, hincando sus puntas de lanza en el interior, o succionando con una bomba voraz —la metáfora es de Martínez Lamas— la sangre demográfica de la campaña, imprimió tempranamente su sello en la República entera.

No sucedió como en Brasil, donde cada cien kilómetros que se caminan hacia el meollo misterioso del país se retroceden cien años hacia el pasado; ni como en Ecuador, dividido por la insurgencia gigantesca de los Andes en tres compartimentos estancos; ni como en Chile —ese delgado venablo geográfico que vuela atravesando paralelos entre una empinada pared blanca y una colérica llanura verde— condenado a las largas travésías y al ostracismo de los climas antagónicos; ni como en la múltiple Argentina, madre de la pampa húmeda y de la mesopotamia fértil, pero también nodriza de la Patagonia atormentada por el viento, del Chaco sediento, de los desiertos mondos y lirondos rescostados a la cordillera y de la selva misionera, atlética y avasallante.



Por las anteriores razones de homogeneidad territorial, de centralización ejercida en todas las esferas y de precoz absorción de los manantiales folklóricos por la influencia de Montevideo, cabeza de Goliath sobre un cuerpo de David, es que el pretérito elenco de tipos rurales se ha ido extinguiendo decenio tras decenio en nuestra patria.

El Uruguay fué la cuna del gaucho, por lo menos etimológicamente, ya que desde el punto de vista etnológico éste pertenece por igual a la pampa, a la mesopotamia y a las *coxilhas* de Río Grande do Sul.

Tipo ecuestre singular, a la hípica de su deambular vital el gaucho acollará la épica de una trayectoria casi impar en América y una filosofía de la existencia que lo distinguieron de los otros productos humanos del Río de la Plata con vigoroso relieve.

Pero entre 1790, fecha en que por vez primera se registra en un escrito la palabra gaucho (aunque el tipo psicosocial sea anterior), y el cenit del siglo XX, sucedió un fenómeno aparentemente extraño: la culminación victoriosa y la extinción total del tipo.

Seguimos siendo un país ganadero; seguimos explotando estancias y montando a caballo; el ejemplar antropológico del paisano pecuario perdura; una idiosincrasia ecuestre dinamiza todo el norte del Río Negro; pero la verdad palmaria es que se acabaron los gauchos.

Y se acabaron en dos sentidos: en el social, como categoría campesina, y en el tradicional, como meros individuos pintorescos. Hoy solamente prosperan las vestimentas gauchescas —más o menos auténticas y comúnmente sujetas a tremendos anacronismos— en las propias ciudades que mataron al gaucho, pues en el campo han desaparecido de modo unánime. Visten el traje tradicional los domadores del interior para cumplir en el Prado los simulacros de la Semana Criolla, los integrantes entusiastas de las entidades nativistas y las poco respetuosas y poco respetables comparsas de carnaval.

Pero, no obstante esto, el gaucho, que desapareció como tipo con vigencia sensible, permanece como prototipo histórico ideal.

Se habla con amor y agradecimiento del gaucho heroico que nos dió la Patria y que luego la desangró siguiendo a sus caudillos a lo largo de crueles revoluciones; se le perpetúa en el bronce; se le exalta como símbolo de la libertad; se le reivindica de las antiguas acusaciones de los "godos" peninsulares y de los herejes revisionismos de contemporáneos historiadores rioplatenses.

Pero, no obstante las calurosas alabanzas y las encandalizadas defensas brotadas del hemisferio sentimental de nuestro espíritu, el gaucho está muy solo. Esta muy solo pese a los payadores radiofónicos, a los certámenes poéticos y a los pericones que suelen bailar unos mozos de jopo ambiguo y mozas de melenita masculina. Y está muy solo sobre todas las cosas porque aunque se le menta y se le cita y se le da vueltas y más vueltas como a un incansable tfo-vivo, no se le conoce en sus valencias y conjugaciones históricas.



Conocer no es tener familiaridad con los objetos y las ideas. Conocimiento no es frecuentación ni devoción, sino aprehensión gnoseológica, explicación coherente e interpretación racional. Por eso Donald Pierson dice con acierto que la familiaridad tiene carácter dramático y subjetivo mientras que el conocimiento posee categoría científica y amplitud objetiva.

Los uruguayos tenemos familiaridad con la figura del gaucho y su pretérito mundo pero no sabemos nada o casi nada de los mismos. Las idealizaciones han devorado a las realidades y la retórica ha cubierto con un espeso colchón de hojarasca el piso de la historia. El mito borra el perfil psicológico de la personalidad gauchesca y las leyendas invaden, como los bejucos de las selvas, los edificios sociológicos de las comunidades que, generación tras generación y cada una con un matiz diferente, poblaron el regazo soleado del campo oriental.

Nuestra sabiduría, o lo que conceptuamos como sabiduría de lo gauchesco, es generalmente adjetiva. Importa, no hay duda, clasificar las espuelas nazarenas en un casillero y a las lloronas en otro, aunque yo sospecho que importa mucho más ubicar al hombre que las calzaba dentro de una axiología y de una culturología nacionales.

Pero lo malo es que hemos preferido la cáscara a la pulpa, el ademán al sentido simbólico del mismo, la espuela al espoleador. Tenemos una utilería del gaucho, coleccionada con celo de talabartero, platero o anticuario; no podemos decir, en cambio, que estimulados por serias apetencias cognoscitivas hayamos construido una teoría del gaucho.

¿Qué es una teoría del gaucho?

Teoría viene de *théroeo*, voz griega que significa contemplar. Contemplar en sentido óptico, como expresa Herodoto en sus Historias, al ver desde una colina una dilatada superficie territorial, o contemplar con la inteligencia, como dice Platón en su diálogo Gorgias. Y precisando aún más, Desmóstenes afirma en una de sus arengas que teoría es juzgar una cosa según las pruebas.

En los tres sentidos señalados contemplaremos a lo gauchesco: como un conglomerado de tipos antropológicos actuando en el escenario natural uruguayo para conformar un paisaje cultural, como una *Lebenformen*, esto es, una forma de vida, y como un producto originado por factores de diversa índole histórica, económica y social.

Toda ciencia abreva en la teoría; todo saber, para tener entidad de tal, ha de ser teórico. Teoría, por lo tanto, no es destierro del reino de los hechos, sino interpretación correcta de los mismos.

Caprichosamente, unos por odio y otros por amor, los hombres que se motejan de "prácticos" y desdennan a los "teóricos", sin saber lo que ambas cosas significan, han deformado la fisonomía de la realidad. No investigan guiados por un método —no olvidemos que método quiere decir camino—; no tiene paciencia para coleccionar hechos ni humildad para acatarlos: en cuanto poseen unos pocos indicios no controlados se abalanzan hacia las conclusiones. Actúan movidos por corazonadas o prejuicios; interrogan la realidad con respuestas formuladas de ante-



mano; se asoman a las ventanas fácticas poseídos por apriorismos emocionales. El resultado de todo esto es que a lo que no se ajusta al lecho de Procusto de sus preconceptos lo rebanan o lo estiran ignominiosamente, adulterándolo en ambos caso.

Así es que unos proclaman: el gaucho fué un héroe sin mácula, un varón ejemplar dentro de su dintorno primitivo, un visionario de la nacionalidad.

Y firmes en sus trece no admiten gauchos cuatreros ni asesinos. No eran gauchos, responden; el gaucho no mataba por lujo ni robaba aunque fuera muy grande su necesidad.

Otros, con el malogrado Emilio Coni al frente, afirman: el gaucho era un vagabundo, un haragán, un bandolero, un abactor, un deshecho humano, un germen antisocial. Y no salen de ese trillo "aunque vengan degollando".

Ambas tendencias están equivocadas. El estudio del gaucho supone una actitud distinta. Ni la bondad paradisiaca del mundo dorado de Rousseau ni el "hombre lobo del hombre" del inframundo de Hobbes estuvieron presentes en nuestra aurora social. Los gauchos eran hijos de las circunstancias; tenían defectos y virtudes; demesuras y equilibrios; luces y sombras. Respondían, como la piedra al impulso de la honda, a condiciones y variantes que es menester desentrañar con criterio histórico, con fineza introspectiva y con criterio socialítico.

No hay un solo tipo de gaucho en profundidad temporal ni una sola variedad en amplitud espacial. Los tipos gauchescos aparecen como culminaciones ideales en un sistema, también ideal, de abcisas y ordenadas; las articulaciones étnicas, los goznes políticos y las coyuntura sociológica son los factores que en la realidad van pautando los individuos concretos y los productos generacionales.

Los gauchos de 1780 no son idénticos a los de 1811, y estos se diferencian de los de 1830; los de la Guerra Grande, a su vez, difieren de todos los anteriores; los de la Revolución Tricolor, los últimos gauchos —pues el año 1875 marca, por muchas causas, el fin de la República de las Cuchillas— tienen también declinaciones propias.

Por otra parte hay gauderios, gauchos y paisanos; gauchos folklóricos como el payador y gauchos laborales como el charqueador; y dentro de la órbita gauchesca giran tipos carismáticos como los caudillos, antisociales como los cuatreros, insurgentes como los revolucionarios natos, étnicos como los gauchos negros, zambos, mestizos, pardos e indios, ideológicos como los defensores armados de los dos grandes partidos tradicionales, etc. Todo un elenco de disímiles personajes, pues, que actúan sobre un fondo de distintos telones históricos, cercados por cambiantes bambalinas económicas y desempeñando papeles épicos o líricos, dramáticos o risueños.

Ni la gauchofilia ni la gauchofobia conducen a buenos pesebres. Una teoría del gaucho está más allá del amor o del odio. Apacienta en un potrero arduo y estrecho, donde el espartillo es duro y el agua escasa, pero donde brilla el sol de la verdad con luz definitiva y victoriosa.







## ORIGEN Y SIGNIFICADO DEL VOCABLO GAUCHO

### 1 — ETIMOLOGIAS EUROASIATICAS

Todavía no sabemos la etimología de la voz gaucho y se continúa discutiendo sobre la semántica de la misma.

Para algunos este hecho no tiene valor. Para mí sí lo tiene, y en grado superlativo.

La fina hebra del lenguaje atraviesa la estameña social como un testimonio de las generaciones fenecidas, como un precipitado filológico del espíritu humano, como la huella conceptual del pensamiento de la especie.

Una correcta adecuación entre un tipo social y su nombre confiere a la figura emergente títulos de certidumbre y de ubicuidad: la sitúa en el tiempo, la limita en el espacio y la singulariza en el idioma.

Pero cuando un tipo social lleva auestas un nombre misterioso o indescifrable se originan un desquiciamiento en su apreciación, una nebulosa en su caracterización y un conflicto en su interpretación. En vez de claridades la palabra arroja sombras y su presencia desata las olas del mar de la conjetura.

Tal ha sucedido con el término, "gaucho", que, al no poseer etimología cierta, salta también en la brújula semántica del uno al otro cuadrante, del norte laudatorio al sur peyorativo.

Según la ciencia de las significaciones las palabras poseen un *designatum* y un *denotatum*. Cuando el *denotatum* tiene vigencia en el presente, es indicio de que el signo está vivo. Cuando el *denotatum* no existe ya, esa palabra es un fósil, una valva sin pulpa ideológica, un símbolo vacío.

Pero la palabra gaucho no posee, lamentablemente, ni *designatum* ni *denotatum*. No se sabe su origen. No se concuerda sobre su significado. Es una perinola de incertidumbre girando y zumbando en el raído paño de la historia.

El destino filológico de la nomenclatura de los pueblos ecuestres ha sido más propicio en otras latitudes.

Nadie discute, por ejemplo, que la palabra jinete proviene del árabe *xenete*, hombre de la tribu bereder zenetía, que cabalgaba con los estribos cortos y regía a su corcel con freno de puente alto y barbada de aro de hierro.



Tampoco se duda sobre la etimología de *númida*, deformación de la palabra griega *nómada* (apacentador), aplicada a una nación errante del Africa del norte. Y del mismo modo se acepta el claro hontanar de las palabras que definen a los diferentes hombres de a caballo que personifican el *czyko magyar*, el llanero venezolano, el *cow-boy* de las praderas estadounidenses, el charro de las mesetas mexicanas o el *sertanejo* de las *caatingas* brasileñas.

En cambio, la palabra *gaucho* sigue moliendo etimologías y resurgiendo cíclicamente al ruedo polémico para provocar los encontrados vientos de los lingüistas europeos, de los gramáticos rioplatenses o de los investigadores uruguayos.

La palabra *gaucho* aparece escrita por vez primera en un documento originario de la Banda Oriental, fechado en 1790.

Pocos años después, en 1820, el dibujante inglés descendiente de españoles E. E. Vidal tentaba desentrañar el significado del término. Y desde ahí en adelante se precipita la incontenible catarata de interpretaciones.

En la actualidad existen alrededor de cuarenta etimologías que acuden en enjambre al conjuro de la voz cabalística para trompetear como pertinaces mosquitos en torno al investigador despavorido.

El tema ya fué agotado por los eruditos escritos de Arturo Costa Alvarez, argentino, y Buenaventura Caviglia (h.) uruguayo. Mi tarea se limitará a replantear metódicamente los términos del debate, sirviendo el vino viejo en odres nuevos. De este modo no sólo repasaremos un capítulo antropológico de nuestro pasado cultural sino que también comprobaremos la impenitente fecundidad del ingenio humano para buscar linajes a una humilde palabra campesina.

Pueden emplearse tres métodos para presentar las etimologías de *gaucho*: el cronológico, que ofrece 36 fechas y 36 distintas acepciones: el de autores que registra 29 nombres, y el idiomático, que propone 15 lenguas generatrices. Por razones de claridad expositiva elijo el idiomático, y comienzo ya, partiendo de las etimologías derivadas del español.

## A — DEL ESPAÑOL

1. *Gaucho*, de GANADO. En 1899 L. del Valle Carbajal, tomando la paja por el grano, tuvo la ocurrencia de decir que como en el Río de la Plata se le llamaba *ganau* al ganado, de ahí a *ganaucho* y luego a *gaucho* por supresión de la sílaba *na*, sólo hubo un paso. Filológicamente este no es un paso, sino un traspié de del Valle Carbajal.

2. *Gaucho* de GAUCHO, término arquitectónico arcaico. — Agustín Costa Alvarez en 1926 y el sanducero don Juan Escayola en 1936 (Revista "Cimarrón") advirtieron que la palabra *gaucho* era española.

*Gaucho* en efecto, fué un término arquitectónico que significaba torcido, fuera de nivel, que se usó hasta el siglo XVIII. Y como



el gaucho era un producto social despreciado por el oficialismo godo, no es difícil que se le llamara despectivamente así por similitud con las superficies rugosas y desniveladas.

Pero ¿no es demasiado técnico esto? Yo creo que la palabra se originó en los fogones del campo y no en los corros cultos de la ciudad.

3. Gaucho de GACHO (sombrero). — Seguimos con las similitudes. El sombrero gacho tiene ala ancha y tendida hacia abajo. El gaucho es mirado por el español como un ser de alma doblada y sombría. Senio, que propuso esta etimología, también se enreda con los términos gachón, hombre que tiene gracia y atractivo, y gachonería, sinónimo de donaire. Pero tanto se enreda que no puede salir de esta caprichosa maraña.

4. Gaucho de GACHO, encorvado. — A. Costa Alvarez, que barajó múltiples etimologías advierte que gacho —curvado, inclinado hacia la tierra— puede, merced a un epéntesis, originar gaucho.

Y Caviglia apunta: confróntese con “gacheiro” (Brasil) y con la “agachada”, que no es precisamente encoger el cuerpo sino “alzarse” meterse en el monte, “apartarse durante algún tiempo del trato y vista de la gente”.

La explicación es ingeniosa, aunque insiste en el defecto de tomar las peculiaridades del gaucho, primero, para adosarle un calificativo después.

5. Gaucho, de CHAUCHO, tropero. — Escribe Emilio Dairea ux en “El abogado de sí mismo”, en 1887: “El gaucho no es más que un pastor de los llanos, el conductor de ganados, cuyo nombre derivado de la palabra árabe *chaouch*, que significa propiamente tropero, se cambió en España donde todavía se usa en Andalucía, por la de *chaucho*, y se cambió en América por la de “gaucho”, al pasar por el hablar rudo de los pampas”.

El itinerario de la palabra habría sido según Dairea ux el siguiente: *chaoucho* en España musulmana; *chaucho* en Andalucía y luego en Chile; gaucho al trasmigrar a través de la pampa hasta el Río de la Plata. *Chaucho* persistió en Chile con el significado de “aventurero agreste” pero es difícil aceptar el cambio trasandino y traspampeano sugerido por Dairea ux.

6. Gaucho de GUANCHO, primitivo habitante de las islas Canarias. — Mariano A. Pelliza, en 1894, decidió localizar la palabra, con muy buen criterio en la Banda Oriental. Su razonamiento es el siguiente: los antiguos pobladores de las Canarias fueron los *guanches* o *guanchos* de origen berberisco. En la fundación de Montevideo se establecieron muchas familias procedentes de Tenerife y otras islas y “como los españoles peninsulares siempre consideraron a estos isleños como inferiores... no sería extraño que los apellidaran *guanchos*... de cuyo vocablo la corruptela a gaucho caminaría fácilmente por los



campos". Las objeciones a oponer son muchas; *guancho* es una invención de Pelliza, pues la verdadera palabra es *guanche*; además, la lingüística no acepta la transformación de ua en au ni la caída de esa "tremenda consonante nasal plantada precisamente en la sílaba tónica del vocablo *guancho*" (Costa Alvarez).

7. Gaucho, de la voz onomatopéyica GAU+CHO. — Esta es una travesura de Costa Alvarez. Se trata del maridaje de dos onomatopeyas troperas. Gau es un grito que incita al ganado; cho, es un grito que lo tranquiliza. Sumados dan gaucho, esto es, en el hombre que arrea las tropas y profiere tales gritos.

Debe descartarse por inverosímil.

8. Gaucho, de GUACHO, huérfano. — Paul Groussac en el Congreso Universal de Folklore realizado en 1893 en Chicago dijo: "La palabra *guacho* pertenece a la lengua incásica y corre aún en nuestros dialectos: significa huérfano, abandonado, errante, con un sentido algo denigrativo; se le aplica sobre todo a los animales criados lejos de la madre. La inversión silábica que los gramáticos llaman metatesis es muy frecuente en los pueblos de habla castellana; de ahí *guacho* transformado en "gaucho"...

9. Gaucho de GAUDERIO, a través de GAUDUCHO. — Siete años más tarde (1900) Groussac cambia de opinión y en los "Anales de la Biblioteca" escribe: "Respecto al vocablo gaucho, lo primero que, por lo pronto, la historia nos enseña es que no es aquella su primitiva forma sino gauderio... La desinencia despectiva tiene tanto que ver con la etimología como en los casos de *calducho*, *animalucho*... De *gauderio* saldría *gauducho*, luego *gaúcho*, por una derivación natural, y esta forma triunfó por ser más breve y característica".

10. Gaucho, del chilenismo GUASO. — El caballista chileno se llama *huaso* o *guaso*. Buenaventura Caviglia (h.), en 1928, utilizando el anterior razonamiento de Goussac supuso la existencia de una forma transitiva *guasucho*, de donde habría surgido luego la palabra gaucho.

11. Gaucho, de GAUDIO, gozo en castellano antiguo. — Otra vez el incansable Costa Alvarez baja su balde al pozo. Y nos ofrece una etimología mitológica: "Otra designación que nadie ha examinado ni propuesto es la de *gaudio*, gozo, antiguo vocablo castellano y voz corriente en portugués. Esta dualidad de su existencia podría haber hecho de gaudio un término de uso común entre los mixtos contrabandistas rioplatentes y riograndeses, que lo habrían aplicado al jaranero para calificarlo, como se usa *cuba* para zaherir al bebedor.

La vaquería fué, tal como es la cacería una diversión y un tráfico; haciéndose vaquero el gaucho inició alegremente su existencia para terminarla trágicamente como soldado desertor o delincuente perseguido..." "...Nadie nos ha incitado a considerar que *gaudio*



tuvo, tal vez en esa zona una derivación bipartida y simultánea; por un lado. un *gauderio* para el grupo, y por el otro un *gaudio* con la *d* prepalatal explosiva, esto es, un *gaut'io*, habría dado *gaucho* para el individuo".

## B — DEL PORTUGUES

12. *Gaucho*, de GARRUCHO, desgarrador. — A lo largo de los años 1927-28-30 Buenaventura Caviglia (h.) elaboró otra etimología y la hizo pública en su recordado folleto "*Gaucho, de Garrucho*" (1932).

Según Caviglia la palabra originaria sería *garrucho*, el portador de la garrucha o garrocha, lanza de media luna para desgarrar el ganado, vinculada lingüísticamente con *carixo* — *gaucho* — *gauderio* (el pájaro tordo) y con posibles acepciones populares semejantes a *changador*, *campestre*, *sundowner*, *camilucho*, etc. La palabra *garrucho* parece haberse usado en Río Grande do Sul y a estar al testimonio de Saint-Hilaire, que transcribió las voces rioplatenses con serios errores, en 1820 era corriente en la Banda Oriental.

13. *Gaucho* de GALUCHO, recluta. — Mansueto Bernardi en 1927, pensando quizá en las tribulaciones de Martín Fierro en la frontera, toma esta palabra portuguesa y se la endosa lindamente al *gaucho*. *Gaucho* y *recluta*, sin embargo, son dos términos antípodas, aunque más de un *gaucho* fué obligado a servir en los fortines pampeanos. Pero esto es estirar demasiado el alambre...

14. *Gaucho*, de GAUZO. — Pocas veces he visto un error etimológico más grande que el de Ricardo Rojas en su "*Historia de la literatura argentina*" (1917). El lector avisado podrá sacar, por sí solo, las conclusiones de este "pot-pourri": "Tal vez el rastro se halle más bien en guaraní o en portugués ya que así se llamaron los nativos de Río Grande en el Brasil, donde el novelista José de Alencar es autor de una novela regional titulada *O gaúcho*. Pronunciada la *ch* con prosodia lusitana, podría "gaúcho" ser corrupción de *gaudeo*, rústicamente pronunciado: gauzo = gaúcho. *Gaudeo* es la primera persona del presente de indicativo del verbo *gaudere*... (latín). *Gaudeo* (gaúcho) pudo muy bien ser la transición de *gauderio*... Prefiero pensar que "gaúcho" viene de *gaudeo*". Pero nosotros ¿que podemos pensar después de esta salpicón latino-portugués?

## C — DEL FRANCES

15. *Gaucho*, de GAUCHE, deforme, cohibido, torpe. — Ernesto Quesada, en "*El Criollismo en la literatura argentina*" (1902), tomando como referencia la etimología de Groussac *changador* de *échanger* (cambiar) anota: "La tal etimología es sugerente: *changador*, de *échanger*, tiene bastante parecido con *gaúcho*, de *gauche*; ¿no serían quizá esos mismos filisbusteros franceses, que cruzaban el litoral desde



el Plata hasta las Antillas los que, así como gritaban a los criollos *échanger*, bautizándolos de changadores, hayan a su vez gritado *gauche* al paisano que se acercaba convirtiéndole por ello en gaucho?"

#### D — DEL INGLÉS

16. Gaucho de GAWK, torpe, desgarbado. — El pintor E. E. Vidal, en su "Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo" (1820) dice que el término gaucho "no doubt derived from the same root as our old English words *gawk* and *gawkey*, adopted to express the awkward, uncouth manners and appearance of those rustics".

Pero es muy difícil que los pocos ingleses radicados en el Plata en el siglo XVIII exhumaran del "old English" la arcaica palabra medieval *gawk* para calificar a las "maneras toscas y a la apariencia de aquellos rústicos".

#### E — DEL ALEMÁN

17. Gaucho, de GAUCH, torpe, bribón. — En 1927 Carlos Teschaner, para contribuir con su granito de arena a la polvareda etimológica, tuvo la peregrina idea de hacer gaucho de la palabra *gauch*, que en alemán significa torpe y desgarbado, pero también astuto, silencioso, pillo y vagabundo.

#### F — DEL VASCUENCO

18. Gaucho, de UAUCHO, niño pequeño, criatura. — S. Altube y Lechundi, a raíz del "etimoloqueo" — el término es de Caviglia — suscitado en el famoso año 1927, se trajo en los tientos esta explicación: gaucho derive del uachu éuskaro (criatura) sumado al guacho castellano.

#### G — DEL GITANO

19. Gaucho, del GAUDSHO O GACHÓ, extranjero. También en el año de gracia de 1927, R. Lehman Nitsche, injerta el andalucismo *gachó* en el lenguaje rioplatense, dado que los españoles, sorprendidos por los hábitos montaraces del gaucho, lo habrían designado con tan saleroso epíteto para colocarlo al margen de la normal sociedad de las ciudades.

Es una etimología muy seria, digna de considerar.

#### H — DEL ÁRABE

20. Gaucho de WASHI, bestia salvaje. — En 1924 Leopoldo Lugones, poeta al fin, pensó que el *washi* árabe, que significaba animal silvestre y por extensión arisco, salvaje, bravío y huraño pudo haber originado, a través del español, la palabra rioplatense gaucho y la chilena guaso.



## I — DEL LATIN

21. Gaucho, de GAUDEO, gozo. — Benjamín Vicuña Mackenna en sus "Páginas de mi diario durante tres años de viajes" (1856) escribió: "Sobre el origen de la palabra gaucho yo nada he podido averiguar de cierto; sin embargo un antiguo escritor español parece querer derivarla de la palabra *gaudeos*, que se aplicaba en el siglo pasado a las gentes alegres de Buenos Aires, por la etimología latina de este término; pero es más probable que sea sólo una expresión nacional espontánea..."

## J — DEL HEBREO

22. Gaucho de GAU, ganadero. — El viaje por la lingüística euroasiática culmina con la etimología propuesta por Miguel A. Mossi en 1895.

Gaucho derivaría de gau, ganadero en hebreo, idioma que también designa a la vaca y a la leche con la palabra go.

## 2 — ETIMOLOGIAS INDOAMERICANAS

Las etimologías de la palabra gaucho derivadas de las lenguas cultas no conformaron a un nutrido grupo de filólogos que decidieron buscar en los idiomas indígenas el regazo genético del término.

Adujeron, con válidas razones, que el gaucho era un producto biétnico, fruto de la cruce de la turbulenta sangre de los conquistadores con la melancólica sangre de las razas aborígenes. Se sostuvo, además, que la terminología vernácula asciende como la savia, de la raíz a la hoja, del campo a la ciudad, del solar al diccionario, y que suponer el camino inverso era un contrasentido sociológico y lingüístico. La palabra gaucho, por lo tanto, habría sido acuñada a la luz de los fogones nocturnos, en medio de las abiertas soledades engramilladas, en el choque del eslabón mestizo y de la piedra ganadera, en la libre, espontánea y popular jerga de la gente rural.

Las fuentes indígenas propuestas pertenecen a lenguas de distintas naciones y culturas, y es por ello que, como en el anterior caso de las fuentes euroasiáticas, las ordenaré lo más sistemáticamente posible.

## A — DEL ARAUCANO

1. Gaucho, de HUACHU, huérfano. — Don Martiniano Leguizamón, el recordado montielero, escribió en "La Nueva Revista" de Buenos Aires, en 1894, un artículo sobre las etimologías de gaucho, en el cual propuso la siguiente: "En dos de nuestras lenguas indígenas se encuentra la palabra "gaucho" con un significado idéntico: *huácha*, pobre, huérfano, en quichúa, y *huáchu*, hijo sin madre, en araucano. ¿No será tal vez esta voz aborigen, que refleja admirablemente la existencia del hijo de los campos, la que ha engendrado su nombre? La transformación del *huáchu* en "gaucho", por su semejanza orto-



gráfica, por su valor fonético, y hasta por el triste simbolismo que encarna, me parece completamente natural y lógica".

Los gramáticos al criticar esta etimología, arguyen que *huáchu* puede haber originado la palabra "gaucho", pero si es de gaucho que debe partirse, entonces *huáchu* no tiene nada que hacer. A mí me parece esto demasiado sutil. La razón de más peso sería la antropológica: que en la Banda Oriental, cuna casi segura de la palabra, el idioma araucano, por lo menos a partir del siglo XVI, no se habló nunca.

2. Gaucho, de GAU y CHE. — F. Oliveira César, un año antes que Leguizamón, había inventado un curioso centauro lingüístico. Hacía derivar el nombre gaucho de *gau*, primera sílaba de gauderio, y *che*, voz que significa hombre en araucano. Por lo forzada e inverosímil está etimología no ha de ser tenida en cuenta.

3. Gaucho, de GATCHU o CACHU, compañero. — Cuatro tradistas rondan alrededor de esta fuente, aunque le corresponde la primogenitura a Víctor Martín de Moussy.

En su "Description géographique et statistique de la Federation Argentine", aparecida en 1860, escribe de Moussy que "la palabra gaucho proviene del nombre araucano *gatchu*, con el cual los indios de esta raza tienen el hábito de saludarse, y que quiere decir compañero".

En 1867, Pablo Mantegazza, copiando a De Moussy repite la etimología y escribe también *gatchu*, aunque de acuerdo a los vocabularios de Havestadt, Febrés y Augusta la única palabra araucana que designa al compañero es *cachú*.

Poco años más tarde, en 1875, Gastón Máspero, en su monografía "Sur quelques singularités phonétiques de l'espagnol parlé dans la campagne de Buenos Ayres et de Montevideo" expresa que "la *a* de las palabras indígenas se alarga a menudo convirtiéndose en diptongo: el araucano *gachu*, camarada, amigo, origina gaucho".

Rodolfo Lenz, finalmente, es el que restituye la palabra a su correcta grafía, y en sus "Estudios Araucanos" 1815-1817, dice "... *cachú* o *catchú*, amigo, camarada"... "Creo que esta palabra es la que ha dado origen a la palabra gaucho; la epéntesis de *cachu*, *cauchu*, es un fenómeno frecuente en araucano; la sustitución de una *c* (K) indígena por *g* es muy frecuente también".

4. Gaucho, de CACHU + CAUCHU + GUAUCHO. — Aquí las cosas se complican. *Cachú* significa amigo en araucano; *cauchu*, en el mismo idioma quiere decir mucho, *guaucho*, es un quichismo ya examinado en la etimología propuesta por Leguizamón.

Con estos tres dispares ingredientes, Lenz en 1905 elabora una teoría ampliatoria a la de 1895. En efecto su Diccionario Etimológico con-signa que "La voz *cachú*, por su significado (amigo, camarada) parece un excelente étimo... Hay que saber que los indios actuales llaman a los gauchos *cauchu*... esta voz, por su significado (empalicador, hombre fino, astuto) parece no menos adecuada que *cachú*... Además, se encuentra en Febrés *cauchu*, mucho,



con exceso, demasiado... No sería imposible que hubiera fusión de esta voz *cauchu* con *cachú*... Me parece muy posible que también en otras partes haya existido la forma colombiana *huaucho*, *guaucho*, y que en esa palabra, si no es la fuente de la voz "gaucho", al menos ha contribuido a transformar *cauchu* en *gaucho*".

## B — DEL QUICHUA

5. Gaucho, de CAUCHU.—K, hechicero, vagabundo. — Matías Calandrelli sugiere en su Diccionario Filológico-Comparado que gaucho proviene "del quichua *cauchu-k*, hechicero el que deshoja, brujo.. Y como estos adivinos eran vagabundos, desocupados que recorrían largas distancias por sitios desiertos, se llamó *cauchu-k*, = gaucho al habitante de la campaña desierta sin ocupación determinada, que no trabajaba".

Costa Alvarez opone dos reparos fundamentales a esta tesis. Uno aduce que en el Río de la Plata "donde surgió el vocablo gaucho", no se hablaba el quichua. Y el otro desquicia el paralelo entre hechicero vagabundo y gaucho andariego basado en el silogismo de *cauchu-k* diciendo: "esto es como decir que águila es mosquito, porque el águila vuela y el mosquito vuela..."

6. Gaucho, de KAGUAUCHU, el que mira. — R. Cúneo Vidal, en 1920, merodeando las fuentes quichuas, estima que gaucho deriva de *Kaguauchu*, el que mira, el que guarda, el que vigila, y razona para ello de manera similar a Calandrelli: el gaucho, en perpetuo contacto con la naturaleza, la conoce como baqueano y rastreador, la adivina con su instinto de bicho de monte y se orienta en ella con su olfatto de rumbero.

7. Gaucho, de CALAMAICHU, el observador. — No satisfecho con la precitada etimología vuelve Cúneo Vidal en 1927 a proponer otra palabra generatriz, perteneciente al mismo idioma y vinculada semánticamente con el anterior significado. Gaucho vendría de *calamaichu*, que quiere decir, el curioso, el observador. El razonamiento es idéntico. Y de idéntica forma, también se le desestima, pues adolece de los vicios que invalidan la etimología de Calandrelli.

## C — DEL AYMARA

8. Gaucho, de CHACHA, varón. — El contrapunto racial y lingüístico entre los herederos de las grandes culturas andinas se replantea al oponer Federico Sommer a la fuente quichua la fuente aymara.

En efecto, para este autor (1927), la palabra gaucho tendría su origen en la voz *chacha*, que en aymara significa varón. Las dotes recias y viriles del gaucho lo habrían hecho acreedor a tal calificativo. Pero ¿es tan difícil suponer esta comunión entre el habitat altiplánico, ensimismado en sus ancestrales dioses y el hogar de la penillanura,



## D — DEL PAMPEANO

9. Gaucho, de CAUCHU, muchísimo y CACHU, camarada. — Eleuterio Tiscornia en su "Martín Fierro anotado y comentado" (1925) supone que los indios pampas adoptaron del araucano los anteriores términos y afirma, basándose en el vocabulario de Federico Barbará, que ve "la voz gaucho como nacida en propia tierra, en la lengua de los indios pampas"... pues "sus voces *cauchú* muchísimo, y *cachú*, camarada, han dado por natural acercamiento y contaminación el nombre del campesino pampeano".

Este arresto patriótico es atemperado por la antropología ya que, según Larsen, "filológicamente no hay lengua pampa, sino el araucano más o menos adulterado, hablado por los indios pampas".

## E — DEL CAUCANO

10. Gaucho, de CAUCHA, atrevido, valiente. — Un bello ejemplo de desvarío etimológico es el ofrecido por Daniel Barros Grez, que en 1897 compuso un opúsculo titulado "Gaucho"; origen probable de este nombre y su significación". Sin comentarios transcribo su hipótesis: "No es posible negar el parentesco del sánscrito *aujas* con el americano *auca*, con el latino *augustus*, con el quichúa y aymára *auqui*.

El valor extraordinario desplegado por los caucas (indios originarios de Nueva Granada, Colombia) durante la conquista española, me hace comparar este nombre, en el sentido de atrevido, valiente, rebelde, etc. con el de Cáucaso... la alta montaña donde el valiente, el atrevido, el rebelde Prometeo sufrió el castigo de su sublevación contra Júpiter... Es un hecho que el nombre de *caucas* se encuentra en el Perú bajo la forma de Jauja...

Por último encontramos el mismo nombre de *cauca* en el de *Cauquenes*... Los antiguos indios que poblaron a Cauquenes pasaron de la pampa argentina a Chile, y lejos de ser originarios de dicha pampa, procedían de las zonas intertropicales, siendo muy posible que el origen de tal emigración estuviera en el valle del Cauca...

Los caucas invasores de Chile existieron antes en las Pampas argentinas, en donde debieron haber dejado su nombre. Hemos visto antes modificado este nombre, y convertido en Jauja, con la relajación del sonido fuerte de la c.

Esta misma relajación, y aun mayor se ve en la g inicial del nombre de gaucho, que a mi entender, es el mismo nombre de *cauca*, desfigurado por la pronunciación. *Cauca* pudo muy bien convertirse en *Jauca*, *gauca*, *gaucha*, *gaucho*".

## F — DEL TUPI

11. Gaucho, de GUAXE, tordo. — El brasileño Nelson de Senna en el año 1928, aventuró una suposición que hace derivar gaucho de



*guaxe* o *gaucho*, palabra que en tupí designa al familiar pájaro conocido aquí por el nombre de tordo. Buenaventura Caviglia (h.) aclara (u oscurece) que tal nombre se supone "con la inteligencia platense y aplicado al tordo (pájaro) que es gauderio, también en el Brasil, como antes fué casi sinónimo de gaucho entre nosotros".

#### G — DEL GUARANI

12. Gaucho, de HUACHU, fugitivo. — Hacia el año 1920, Vicente Rossi, en su trabajo "El gaucho; su origen y evolución" suponiendo gratuitamente que la palabra *huachu* era guaraní y que el guaraní fué el idioma hablado por los charrúas, escribe: "Es idioma guaraní, a un ser humano o a un animal que se presenta solo, huído o sin procedencia conocida, se le llama *huachu*; por extensión y por analogía es también *huachu* el que se aparta sin rumbo hacia la vida ambulativa. El guerrero nómada charrúa era, por lo tanto, *huachu* en la clasificación y terminología usual de su tribu . . . Leyes e inflexiones de evolución fonética, según lo indican los lingüistas y lo prueban los idiomas autóctonos, han hecho que el vocablo *huachu* pasara por las transformaciones de haucho, más tarde guacho y finalmente gaucho".

#### H — DEL CHARRUA

13. Gaucho, de GAUDERIO. — Samuel Lafone Quevedo, en su libro "Tesoro de catamarqueñismos" (1898) al referirse al término gaucho, comienza con una aserción muy juiciosa aunque luego fantasea. Dice así: "La explicación del misterio es muy probable que se encierre en una de esas lenguas perdidas del Río de la Plata, donde nació este apodo. De los charrúas es muy posible que haya derivado tal vocablo . . . y de su lengua puede decirse que nada sabemos. El gaucho es producto de nuestra Pampas y Chacos, y en éstos debió nacer el nombre que se le da . . . Posible es que gauderio sea la forma plural de "gaucho" en charrúa . . . La ecuación  $d=r=ch$  es conocida desde las Antillas hasta el Río de la Plata".

¿Es posible llegar a un acuerdo después de tan dispares etimologías?

Yo creo que sí. Por lo menos, para aclarar los términos, hay que descartar las etimologías que no surjan del idioma español, del portugués o de las lenguas indígenas habladas en la Banda Oriental. Y en segundo lugar es menester realizar un balance de la semántica de la palabra gaucho.

La voz nació para designar a los vagos, mal entretenidos y facinerosos rurales. También se aplicó a los argentinos y paraguayos que venían a nuestra Banda a depredar y a holgazanear, reservándose el término *paisano* para el campesino nacido en tierra uruguaya. Pero todo ello requiere una monografía especial. Queda prometida.







## TIPOS HUMANOS DEL CAMPO URUGUAYO

Una de las características distintivas de la vida rural uruguaya es la ausencia de grandes contrastes.

Al comparar nuestras sociedades campesinas con las similares de otros países parecen monótonas y uniformes, poco polarizadas y apenas singularizadas. España tiene regiones lingüísticas tan distintas como la vasca, la gallega y la catalana; Chile posee zonas geográficas tan opuestas como el Norte Grande, el Valle Central y las islas australes que engendran géneros de vida tan especializados como los del minero, el huaso y el pescador yagán; en el agro balcánico se enfrentan nacionalidades antagónicas conglomeradas en islotes de turcos osmanlíes, búlgaros, griegos, valacos y albaneses; el mosaico antropológico italiano conjuga, desde Calabria hasta la llanura del Pó, las tradiciones milenarias de la Magna Grecia con las de la misteriosa Etruria y las del Latium combatiente. Y en otras naciones son las costumbres, los trajes, las formas del ceremonial ante los solemnes momentos de la vida y de la muerte, los atributos que singularizan a sus abigarradas y complejas tradiciones bucólicas.

Pero si en el campo uruguayo no existen contrastes abundan en cambio los matices. Matices tenues, sutiles, difíciles a veces de advertir, aunque siempre persuasivos y cautivantes. Matices humanos antes que fisiográficos o étnicos; vertientes psicológicas, espirituales y laborales de un mismo río que baja desde las cuchillas del gaucho hasta el estuario del gringo; *nuances* de una sociedad que a través de cuatro siglos y sobre una parva superficie territorial fué creando una forma colectiva de interpretar el mundo, de estilizar la vida y de señalar sus hechos y sus ideas con el cuño de la orientalidad.

Y no es en la ciudad sino en el campo donde esta homogénea cultura uruguaya cobra sentido. En la ciudad se vive de afuera hacia adentro; en su nido empollan los huevos dialécticos de la *intelligentsia* y la *politesse*, y la civilización oficia de comadrona para dar vida a las formas estereotipadas de la técnica internacional, a los productos de la *urbanitas* y a las heterodoxias del saber secular. En el campo se madura desde adentro hacia afuera. La soledad preserva la originalidad de los seres y las cosas. La experiencia está antes que la ciencia. La moral antes que el intelecto. La tradición antes que la razón. El lema de su axiología cabe en estos versos del Martín Fierro:



*"Hay hombres que de su cencia  
tienen la cabeza llena,  
hay sabios de todas menas  
mas digo, sin ser muy ducho:  
es mejor que aprender mucho  
el aprender cosas buenas".*

En el campo lo colectivo prima sobre lo individual en el trance del *usus inveteratus* y lo acata en el momento de la actividad hazañosa. La naturaleza golpea en los timbales del hombre con grave compás, con rotunda liturgia. Las escalas de valores son simples, directas e instintivas; están más cerca de lo abélico y lo cainita que de las neurosis oficinescas y los ademanes de la frustración.

Con esto no quiero significar que en nuestro país existan dos mundos en pugna, uno original y otro residual, uno sagrado y otro profano, uno folklórico y otro civilizado. Hay una real simbiosis entre el campo y la ciudad. Son entidades dependientes, la sombra y el cuerpo de un mismo ser histórico, el anverso y el reverso de una misma moneda regional. En su espléndido libro *"The Culture of Cities"* Lewis Mumford advierte que "las ciudades son un producto de la tierra y reflejan la astucia del paisano para sojuzgarla". Y las ciudades, en reciprocidad, "prolongan técnicamente la habilidad del campesino para transformar el suelo con fines productivos, protegen los ganados, regulan las aguas que humedecen los campos y suministran depósitos para guardar las cosechas".

"Dentro de la ciudad está concentrada la esencia de cada tipo de suelo, de trabajo y de propósito económico, y de este modo surgen mayores posibilidades para el intercambio y para nuevas combinaciones".

Pero si económicamente el campo y la ciudad son complementarios, sociológicamente son distintos. Y quien así no lo reconozca puede caer en groseras falacias, tanto más peligrosas si derivan del terreno conceptual al legislativo.

Para establecer la tipología humana del campo uruguayo deben combinarse dos sistemas indagatorios: el temporal, de profundidad histórica y el espacial, de horizontalidad psicosocial.

El problema de los tipos humanos como se sabe, gira alrededor de un criterio selectivo, de una característica establecida *a priori* por el investigador. Se han determinado de tal modo tipos somáticos, tipos psicológicos y tipo somatopsíquicos. A los somáticos, por ejemplo, pertenecen los tipos raciales Pigmoide, Negroide, Veddo-Australoide, Mongoloide y Europeoide de la clasificación de Montandon; los tipos morfológicos respiratorio, muscular digestivo y cerebral de la clasificación de Sigaud; los braquiotipos y longitipos de la clasificación antropométrica de Viola.

A los tipos psicológicos corresponden, entre las múltiples fórmulas propuestas, los sensitivos, activos y apáticos de Binet, los introvertidos y extravertidos de Jung, los eróticos, obsesivos y narcisistas de Freud.



A los tipos somáticopsíquicos los han estudiado Kretschmer, Jaensch y Pende y no es del caso reproducir aquí sus laboriosas y complicadas nomenclaturas.

Para clasificar a los tipos rurales uruguayos hay que complementar los criterios somáticos, psicológicos y sociales con cartabones de otra índole. Combinando una serie de elementos culturales, folklóricos, económicos y etnológicos y haciéndolos actuar en un sistema de abscisas y ordenadas se obtiene una clasificación pluridimensional que abraza todos los tipos antepasados y contemporáneos de nuestro campo.

De los prototipos genéricos del gaucho, del paisano y del ciudadano, mixturados en las retortas de la alquimia rural, surgen las especies singulares, las figuras limítrofes, las escalas cromáticas.

Pero los tipos así obtenidos son abstracciones y no concreciones. No tienen nombre y apellido sino caracteres generales. En cierto sentido son absolutos como el universo eidético de Platón, conclusos como las categorías aristotélicas, y se elaboran de acuerdo al método propuesto por Max Weber para acuñar los tipos ideales.

Sea, por ejemplo, un tipo folklórico: el payador. Los payadores de carne y hueso no lo realizaron totalmente. Unos poseían ciertos caracteres, otros abarcaban los complementarios. El tipo, en cambio, se construye resumiendo en un solo haz los rasgos de individuos singulares, de payadores con modalidades aélicas o rapsódicas, de payadores del norte y del sur, del siglo XVIII, XIX y XX, de vida novelesca y de vida rutinaria, de gauchos trovas y de cantores humildes, unos cuasi mitológicos como Santos Vega y otros con vigencia física como Gabino Ezeiza.

La tipología rural uruguaya puede abarcarse en su totalidad si se la distribuye en las siguientes especies: tipos antropológicos y nacionales, tipos laborales, tipos folklóricos, tipos lúdicos, tipos insurgentes y antisociales, tipos carismáticos y representativos del orden institucional, tipos mercantiles y tipos civilizadores.

Los tipos antropológicos fundamentales son los indios, los europeos conquistadores y los negros. De su mezcla urgen los pardos, los mestizos, los zambos, los salto-atrás, toda una vasta humanidad de medias tintas, de psicologías marginales, de resentidos o de bárbaros satisfechos. Los tipos nacionales a su vez sea cual fuere su declinación somática propician las alternativas de la sociología del *gringo*: argentinos, paraguayos, portugueses, brasileños, italianos, ingleses, vascos y rusos suscitan en distintas épocas procesos espirituales de hospitalidad o de repulsa, sentimientos benévolos o reacciones xantófobas.

Los tipos laborales forman una rica y densa constelación cuyas estrellas de primera magnitud son el chasque, el tropero, el boyero, el mayoral, el baqueano, el peón de estancia y sus variedades (el domador, el esquilador, el castrador, el enlazador, el alambrador, etc.), el estanciero criollo y extranjero, el agregado, el puestero, el labrador (canario, italiano, uruguayo, europeo no mediterráneo), el peón de chacra y sus variedades, el arrocero, el montaraz leñador, la lavandera, la sirvienta de campaña, etc.



Los tipos folklóricos están encabezados por las figuras proteicas del gaucho y la *china*, a las que siguen las variedades del payador, el narrador, el curandero, el brujo, el santiguador, el rezador, el guitarrero, el bastonero, el lancero, la cantinera de los ejércitos, etc. Colindando con los tipos laborales, aunque incluídos legítimamente en esta categoría, se encuentran la quintandera, el guasquero o trenzador de tiempos, el quinchador y el ranchero, todos representantes del folklore alimenticio y laboral.

Los tipos lúdicos se aglutinan en derredor de las actividades más o menos ilícitas del juego (*ludus*). Son ellos el tahur, ya tallador de monte, ya tirador de tabas cargadas, ya rematador de carreras, o las tres cosas a un tiempo y los tipos laborales coadyuvantes: el compositor, el corredor, el gallero. Ciertamente es que a los juegos de azar deben agregárseles los de fuerza y destreza, pero ni el juego de bolos, el de pato o el de sortijas propiciaron tipos singularizados.

Los tipos insurgentes y antisociales constituyen la Corte de los Milagros, el inframundo crepuscular de nuestro campo. En el pasado imperaron el changador, el gauderio haragán y mal entretenido, el matretero voluntario o el obligado por las contiendas civiles. Este último, en puridad, no es un tipo patológico sino un segregado por motivos políticos, pero su carácter de proscripto lo obligó más de una vez a la actuación violenta. Luego están el malevo, el cuatrero, el contrabandista, el cazador furtivo, la carpera o prostituta rural y toda la serie imprecisa y filosa de peleadores, ebrios, rateros, vagos y demás malas yerbas de la sociedad campesina.

Los tipos carismáticos y representativos del orden institucional, unos conductores y otros represivos, unos acatados con respeto y otros resistidos con pertinacia, son el caudillo y sus diversas especies, el Jefe político, el comisario, el Juez de Paz, el "milico". Los tipos mercantiles están simbolizados por el pulpero, el mercachifle, el colla yuyero, el "turco" buhonero y el próspero comerciante de ramos generales que no es otra cosa que un bolichero enriquecido.

Los tipos civilizadores, finalmente, son de extracción urbana. Van al campo en actitud profesional o misional, representando a la ciencia o a los dogmas elaborados en las ciudades. Son ellos el maestro rural, el médico rural, el "cura gaucho", el técnico agrario.

Cada una de las categorías arriba consideradas es enumerativas y no taxativas. No abarca todos los tipos posibles sino los más significativos.

Cada tipo, a su vez, puede participar de varios caracteres, puede ser polivalente y complejo. Tiene además suficiente material psicológico y humano como para merecer un estudio particular, como para rendir, al ser enfocado literario y sociológicamente, vividas y esclarecedoras monografías.

Cuando en los posteriores capítulos ofrezca a los lectores las semblanzas de esos ejemplares humanos de nuestro universo rural veremos entonces que la aparente monotonía del campo uruguayo cobra acentos de insospechado vigor y elocuente dramatismo.



En dichos tipos se confabulan de tal modo la historia y la geografía, el presente y el pasado, lo regional y lo ecuménico, que nos ofrecen apretadas síntesis del mundo circundante y constituyen algo así como sistemas planetarios del alma nacional.

Son cristalizaciones de sentimientos e ideologías, microcosmos de acción y de pasión, pantallas coloreadas de una gran luz zodiacal que ilumina las cuchallas y hace palidecer a veces las orgullosas luces de la ciudad.







## EL PAYADOR

### 1 — ITINERARIO HISTORICO DE SU ESTIRPE

El payador es el símbolo lírico del individualismo campesino rioplatense. Nuestros paisanos no cantaban en coro tal como lo hacían y lo continúan haciendo los europeos gregarios, los indios litúrgicos o los negros fetichistas. Sólo uno entre muchos levantaba la llama musical de su voz y en derredor de ese fuego humano se reunía un auditorio conmovido y atento. Todos los silencios y todas las soledades del campo se destilaban en la miel agreste de las canciones, y los hombres llegaban con sus íntimos silencios y sus íntimas soledades para consumir su espíritu en el trino ardiente del poeta rural. Pero a veces venía otro cantor y entre ambos tejían el cañamazo de los contrapuntos. Brotaban entonces, al compás de la picardía criolla, manantiales de coplas sentenciosas; se entablaban torneos de preguntas y respuestas sobre temas fundamentales de la filosofía, ingenuos en su planteamiento pero angustiosos y eternos en su problemática; la historia, la crónica y el mito sazonzaban los frutos de una sabiduría popular llena de consejas pintorescas, de trasfondos irracionales, de balbuceos poéticos, pero transparentes en su pureza anímica y auténticas en su expresividad tradicional.

El payador es un espécimen muy mentado pero poco estudiado. Lo anecdótico ha suplido lo sustantivo de su figura; falsos exégetas han tergiversado su declinación pastoril; nuestros escasos sociólogos, salvo honrosas excepciones, se han ocupado más en glósar la teorías de Durkheim, Veblen o Pareto que de interpretar la realidad nativa y sus tipos emergentes.

Este ensayo sobre el payador es sólo un esquema; no procura agotar su individualidad sino ubicarla, relacionarla con otros integrantes de la familia trovadoresca, analizar su mester según el arte de pagar consignado en Martín Fierro y describir los caracteres psicosociales del



tipo de acuerdo a testimonios históricos y literarios de índole diversa. Puede escribirse todo un libro sobre el tema, pero puede también intentarse un resumen acucioso siguiendo el consejo tardío de Pascal.

¿Qué significado tiene la voz payador? Payador viene de *paya*, nombre que designaba el diálogo poético acompañado por música de guitarras que entablaban dos cantores. *Payo*, *paya*, a su vez, derivan del latín *pagus*, que significa lugar rústico, y son sinónimos de aldeano, de campesino, de hombre sin educación ni lustre urbanos. Los términos *payuca* y *payucano*, empleados peyorativamente en la vecina orilla para designar al paisano, al natural del pago, al constructor del paisaje, confirman la filiación etimológica de la referida voz.

El payador — o *pallador*, como se llama en Chile — es, pues, un cantor rural que se sirve del contrapunto para desplegar sus virtudes en la improvisación ingeniosa, en la respuesta aguda, en la metáfora brillante, en el verso rotundo.

Su entronque familiar lo relaciona con antepasados ilustres de otras civilizaciones. Los aedos griegos que en las cortes de Jonia recreaban el ciclo legendario de la epopeya troyana recibiendo presentes y hospitalidad a cambio de sus cantos, son sus más lejanos antecesores. Pero el aedo es un cantor urbano, un citarista refinado, un versificador culto; su arte no es espontáneo sino aprendido; es el miembro de una corporación que trasmite de padres a hijos las reglas musicales y poéticas; no canta provocado por un contendor sino que lo hace singularmente, en un aristocrático *megaron*, luego de los grandes banquetes de los nobles de Colofón o Mileto.

El payador se asemeja al aedo en cuanto que es un creador: el aedo se convierte en rapsoda si canta composiciones ajenas y el payador deja de serlo si se limita a repetir los temas del folklore poético y musical de su patria.

Otro miembro de esta cofradía milenaria es el bardo céltico. El bardo empero, está más cerca del aedo que del payador; sus asuntos son épicos y no circunstanciales, no canta en forma alterna, disputando verso a verso con un antagonista, sino que se circunscribe a exaltar las hazañas guerreras de su pueblo.

Es en el mester de juglaría, en el oficio de los trovadores, donde se halla la simiente primigenia del improvisador rioplatense.

La diferencia básica entre ambos radica en que el trovador se apartaba deliberadamente de los cauces de la poesía popular medieval y aún de la poesía de sociedad, ya que versificaba de modo casi esotérico, dirigiéndose a un grupo de elegidos, siguiendo las complicadas reglas de *l'art de trobar*.

Se parecían, en cambio, porque el trovador procuraba *trobar*, es decir, hallar, encontrar nuevas expresiones, inventar asuntos impares. El payador verdadero, personificado en Martín Fierro, exclama a su vez:



*De naidas sigo el ejemplo,  
Naide a dirigirme viene  
Yo digo cuanto conviene  
Y el que en tal huella se planta  
Debe cantar cuando canta  
Con toda la voz que tiene.*

Los trovadores, además, no celebraban asuntos épicos como los aedos y bardos, sino cosas del diario vivir. Su poesía era, según W. Vedel, "ocasional y oportunista", y de ocasional y oportunista puede también calificarse al mester payadresco.

El contrapunto tiene un cabal antecedente en las *tensiones*, en los *quolibet*, luchas poéticas entabladas entre los trovadores. El torneo poético, sin embargo, posee un antiquísimo origen rural: los Idilios de Teocrito y las Eglogas de Virgilio consagran el torneo campesino de los siglos clásicos, y estas contiendas líricas perviven aún entre los pastores de Toscana y de Sicilia, entre los paisanos tirolese, entre los aldeanos de Suecia y los labradores gallegos.

Pero entre la payada americana y la tensión de la Edad Media existe un particular matiz. En aquella son los cantores mismos quienes, alternativamente, se plantean acertijos, "cosas de fundamento", interrogaciones sobre el medio físico y humano circundante; en ésta son las señoras feudales, las dueñas de las Cortes de Amor, las que eligen los temas y los trovadores los que confabulan un torneo poético, previamente ensayado, para responder con una farsa lírica a los caprichos de las castellanas. Para completar este micro-estudio sería menester extendernos sobre los cantores árabes del desierto o los palaciegos al estilo del famoso Ziryab, el Petronio de la corte de Abderramán II llegado de Siria a Córdoba en el año 822 y entronizado allí, gracias a su laúd de cinco cuerdas y a su refinada elegancia, como el árbitro de la vida mundana andaluza.

Pero descendamos ya al ruedo oscuro y palpitante de América, a las tierras llanas donde galoparon los caballos de la Conquista, de la Colonia y de la República, y donde el Romancero español derramó su simiente peregrina.

Los payadores y cantores americanos florecen en los Llanos, en las Pampas, en el Chile Central, en la penillanura uruguaya, en las *Coxilhas* riograndenses, en las sedientas soledades del *Sertao* nordestino. Pueblos ecuestres y ociosos, semejantes a los beduinos por su género de vida y amasados por la confluencia biológica de la sangre europea mediterránea, la indígena y la negroafricana, rehabilitaron en las estepas y en las sabanas los oficios líricos, desinteresados y generosos del trovador medieval. Guitarras, rabeles, guitarrones, y "cuatros" simples instrumentos de madera y cuerda descendientes de la *kita* árabe aquerenciada en Iberia y nietos de la cítara helénica, acompañaron con su trémolo musical a las voces rudas de los aedos del de-



sierto. El indio de los bosques, mientras tanto, cantaba con sobreco-  
miento mágico, en la monótona coral silvana; y el indio de los Andes,  
el ensimismado y orgulloso descendientes de reyes y dioses, soplab  
quenas fúnebres, entonaba yaravíes tristes como su raza, dialogaba  
con la Pacha Mama en quejumbrosas salmodias.

Sólo el gaucho, el vaquero tejano, el llanero, el huaso y el serte-  
nejo, todos varones ecuestres, hijos del viento, hermanos del peligro  
y deudos de los toros, levantaban sus voces contrapunteadas o sus  
improvisaciones crepitantes bajo las grandes lunas ganaderas, en las  
siestas morosas, en los bailes floridos.

Con los conquistadores españoles había desembarcado en Amé-  
rica el olivo glorioso del Romancero. En el Río de la Plata los ro-  
mances comienzan tempranamente a recibir la impronta lingüística  
del incipiente dialecto campesino y adoptan las formas métricas que  
a la postre, engendraron el cielito. Aparecen las formas híbridas, los  
centauros líricos. En un romance atribuido al canónigo Baltasar Ma-  
ciel se maridan, un poco grotescamente, el viejo estilo peninsular con  
la musa americana. La composición, que se titula "Canta un guaso  
en estilo campestre los triunfos del Excmo. Señor Don Pedro de Ce-  
vallos", comienza así:

*Aqui me pongo a cantar  
abajo de aquestos talas,  
del maior guaina del mundo  
los triunfos y las gazañas*

Las décimas no emigraron del campo a la ciudad: descendientes de  
la espinela renacentista y empleadas por poetas gauchescos y no gau-  
chos fueron sembradas por la mano de la urbe en el regazo de las cam-  
pañas. Son formas cultas; carecen del sabor popular de los cielitos; po-  
seen indudable belleza pero no tienen autenticidad folklórica.

El cielito, estudiado por Lauro Ayestarán en su libro sobre la Pri-  
mitiva poesía gauchesca en el Uruguay (1950), "reconoce una anti-  
gua filiación romancesca", dado que su estructura es la de "una cuar-  
teta octosilábica cuyos versos 2º y 3º riman en forma consonante o  
asonante".

Acerquémonos ahora a la romántica figura del payador, este tipo  
metafolklórico, reacio al tutelaje tradicional, activo creador de parti-  
culares visiones del mundo y no pasivo receptor del acervo popular. En  
Venezuela está representado por Cantaclaro, en Chile por el mulato  
Taguada, en Argentina por Santos Vega, "aquel de la larga fama". Y  
los tres —¡sintomático y solidario destino!— fueron vencidos por el dia-  
blo o por la ciencia, la demoníaca entenada de la civilización.

Cantaclaro es la encarnación del alma llanera. Sabana, caballo y  
copla son la trinidad venezolana de tierra adentro, según Rómulo Ga-  
llegos. La copla errante señorea en los caminos, en los infinitos cami-  
nos de los llanos que el Orinoco acaricia e inunda. "Allá va por delan-



re de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos y a veces se quita las palabras y se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuestas. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro a la porfía de los cantores alardosos:

*Desde el llano adentro vengo  
tremoliando este cantar.  
Cantaclaro me han llamado  
¿Quién se atreve a replicar?"*

Y cuando alguien se atreve, como el Guariqueño, se trenza entonces el duelo contrapuntístico. El cantador —signo distintivo de trovadores europeos y payadores criollos— canta “cosas de su invención”, y Florentino así lo corrobora entonando

*...este almanaque llanero  
que a mi cabeza no viene  
de cantos de otro coplero  
ni de libro que lo enseñe.*

Una vez el Diablo sale al paso de Cantaclaro pero el cantor lo aventaja nombrando las divinas personas.

*Desde el alto llano vengo  
desafiando a Cantaclaro.  
—Esperate Quiebracacho  
que me está retando el Diablo.*

Sin embargo, el triunfo postrero correspondió al Demonio. ¿Por qué? ¿Cosas de la sabana, de sus espantos y perpetuos misterios, o histórico designio? Ya lo veremos.

En Chile los cantores populares se llamaban *palladores*. Acompañados de un guitarrón o un rabel recorrían los campos y los pueblos sin buscar otra paga que el aplauso, anidando en las ruedas hospitalarias de buen vino, de mate —que en Chile se bebió hasta fines del siglo XIX— de cuecas calientes y labios encendidos, de sopas de humitas y ponchos de colores.

Los cantos de esos poetas espontáneos se inspiraban en lo Humano y en lo Divino. “Como ser *cantor* constituía un alto galardón —dice A. Acevedo Hernández— todo el mundo cantaba desde pequeño. Los *rotos* más infelices... cantaban de pie quebrado y con *güelta*. Los cantos eran siempre controversias rimadas y cantadas que debían improvisarse en el momento de cantarlas; cuando algún *cantor* no podía contestar a su contricante y se veía obligado a callarse, entonces *quebraba* y el aventajado rival estaba autorizado para arrancar una vuelta a la *chupalla* (un sombrero rústico). Había tan malos cantores que con-



servaban muy poco tiempo el ala del sombrero..." Un contrapunto memorable fué el del mulato Taguada, un *pueta* del Maule, con don Javier de la Rosa. Aquel era un inspirado hijo del pueblo; éste, un hombre letrado, rico, mestizo de español e india.

Horas y más horas duró el contrapunto. Vehemente el *roto*, frío y medido el *dotor*; impetuoso el ameroafricano, sutil el iberoaraucano.

Preguntaba Taguada:

*Señor poeta abajino:  
con su santa teología  
dígame cual ave vuela  
y le da leche a sus crías.*

Y retrucaba, impávido, don Javier:

*Si fueras a Copequén,  
allá en mi casa, verías  
como tienen los murciélagos  
un puesto de lechería.*

El *rotito* volvía a la carga:

*Mi don Javier de la Rosa  
viniendo del Bío-Bío  
dígame si acaso sabe  
cuantas piedras tiene el río.*

Y don Javier salía otra vez del paso airosamente:

*A vos mulato Taguada  
la respuesta te daré:  
ponémelas en hilera  
y entonces las contaré.*

Cuando correspondió preguntar a don Javier, el *pallador* maulino cedió luego de una heroica e intuitiva defensa. Nada pudo el gracejo de las tradiciones contra el silogismo de la Universidad. Don Javier aliaba la sabiduría del ciudadano a la sagacidad del hombre de campo. Y Taguada entonces llegó al insulto, ciego de impotencia y desesperación. Había perdido la parada. Aguardó la noche y se marchó avergonzado, tambaleante bajo los luceros, llevando a cuestras el fardo de la primera y última derrota. No volvió a cantar jamás. Se fué apagando de a poco, carcomido por una llaga interior, devorado por su alma dolorida. Hasta que sonó, por fin, el deseado bordoneo de la muerte.

En esta verídica historia el Diablo es la civilización, el fruto ilustrado de la estirpe de Caín, de aquel epígono de Lucifer tan patéticamente evocado por Lord Byron.



Y para terminar está Santos Vega, la estrella más pura del firmamento payadoresco del Río de la Plata. Rafael Obligado, un poeta culto, supo interpretar su trágica derrota a manos de Juan Sin Ropa, el diablo de la tradición. Santos Vega, en su famosa payada con el Malo cantó a la naturaleza, a los campos abiertos, a las tardes pampeanas, al maduro sol de los mediodías, a los pastos tiernos de la aurora. Otras cosas no sabía: era sólo el humano aliento del escenario circundante, el emocionado trémolo del alma cimarrona.

En cambio Juan Sin Ropa entonó una nueva canción y el suyo

*"Era el grito poderoso  
del progreso, dado al viento;  
el solemne llamamiento  
al combate más glorioso.  
Era, en medio del reposo  
de la pampa ayer dormida,  
la visión ennoblecida  
la promesa del arado  
del trabajo, antes no honrado;  
que abre cauces a la vida."*

.....  
*"Y a la par que en el abismo  
una edad se desmorona,  
al conjuro en la ancha zona  
derramábase la Europa.  
Que sin duda Juan sin Ropa  
era la ciencia en persona."*

Juan sin Ropa, el Diablo, era la ciencia en persona; la endemoniada y victoriosa ciencia también sustentaba a don Javier de la Rosa; ciencia mortal existía en el contendor de Cantaclaro. ¡Hondos símbolos, ingenuamente expresados por el espíritu del pueblo americano, apocalípticamente enarbolados por los profetas hebreos, románticamente resucitados por la protesta dieciochesca de Rousseau! La civilización significa el fin de los paraísos pastoriles, de la vida ociosa, del "buen salvaje" del ginebrino, de las tiendas del desierto abrahámico, del llanero, del vaquero y del gaucho.

La civilización también acabó con los payadores y hoy los crepusculares retoños de aquella progenie deben cantar ante micrófonos urbanos, entre avisos comerciales, para que el receptor radiotelefónico de los ranchos recoja el resuello de su piadosa mentira rural.

## 2 — RESTAURACION DEL MUNDO PAYADORESCO

Entre la poesía gaucha y la gauchesca media la distancia espiritual y sociológica que separa al campo de la ciudad. Los poetas gauchos fueron los cantores y payadores de la tierra abierta, del ocio inte-



gral, de la gramilla pura, del clan ganadero. Los poetas gauchescos, por lo contrario, fueron hombres cultos de las grandes aldeas aprendices de cosmópolis —Buenos Aires, Montevideo, Rosario, Córdoba— que se sirvieron de los giros idiomáticos del gaucho y a veces de sus formas de versificación para recrear literariamente la epopeya, el drama y la comedia del universo rural. Aquéllos son la esencia, la savia auténtica de un mundo cada vez más esfumado en la niebla de la historia, cada vez más sumergido en las aguas del tiempo; éstos representan la necesidad de expresar un mensaje inteligible para todo el pueblo llano de las Repúblicas nacientes o el intento de jerarquizar estéticamente los valores de la vida campesina que se batían en retirada ante los avances de la civilización.

El poeta gauchesco no siempre es un intérprete fidedigno. En muchas ocasiones deforma y caricaturiza la realidad vernácula; en otras introduce palabras extrañas al habla nativa; desconocedor de ciertas faenas camperas e incapaz de comprender algunas psicologías cerriles llega hasta el disparate o la tergiversación.

El poeta gaucho enumera ingenuamente, sin sorpresa ni noveleería, las peculiaridades humanas del contorno; no ve ni siente los paisajes; sólo el cielo, el inmenso cielo de la pampa y la penillanura parece sobrecogerlo y a él le rinde el tributo de sus *cielitos*; actúa sin premeditación social ni moralejas edificantes en un ruedo erizado de peligros, encendido de vihuelas, trémulo de pasiones.

El poeta gauchesco vierte su inteligencia cultivada en los acogedores moldes de la tradición; advierte los finos matices de la naturaleza que aureola las andanzas del gaucho; celebra las glorias de un perdido paraíso de abundancia y libertad; tiene intención política, moralizadora y hasta educadora; infunde sus sentimientos y concepciones de la vida a los personajes rústicos que de musculares se convierten en escolásticos, de carnales en espirituales, de folklóricos en secularizados.

La confusión de lo gaucho con lo gauchesco, del motivo cándido con el ademán deliberado, de la causa con el efecto, ha enturbiado la imagen primitiva del habitante de nuestros campos.

Bartolomé Hidalgo, un honrado y patriótico peluquero montevideano llamado con justicia el padre de la poesía gauchesca, hace decir al gaucho de la Guardia del Monte cosas que jamás gaucho alguno habría dicho ni hecho:

*Ya que encerré la tropilla  
y que recogí el rodeo.*

Ascasubi fragua un lenguaje caprichoso y se lo endilga al paisano que conservó con oscura memoria umbilical romances españoles y palabras de rancia prosapia castiza.



Ramón de Santiago se va al extremo opuesto y hace preguntar a su selvática loca.

*--Sabéis paisanos por qué ando errante  
bajo estos bosques del Bequeló?*

José Alonso y Trelles injerta en el robusto tronco psíquico del criollo su melancolía céltica, su gaita metafísica, su subjetivismo quejumbroso.

Todos los poetas cultos que nombré estuvieron muy bien intencionados; algunos fueron excelentes; pero todos, por igual, carecieron de la calidad de gauchos. Mi empresa, sin embargo, no está enderezada a desmerecer o a discutir venerables figuras del firmamente gauchesco sino a buscar, tras las nubes de la incompreensión o del olvido, las figuras semilegendarias de los payadores, de los cantores autóctonos, de los poetas elementales del campo recién amanecido.

Para ello debemos situarnos en la matriz económico-social de la Colonia, cuando la Banda tendida al este del río Uruguay era una enorme dehesa, un potrero franco, un escenario abierto a los hombres, a los vientos y a los toros.

El rico señuelo del ganado cimarrón atraía a los corambreros de la ribera occidental, a los mameluchos del nordeste, a los septentrionales indios de las Misiones, a los turbios navegantes del mar Océano. Comenzaba ya el siglo XVIII y el ganado, multiplicado por una centuria de libertad y holganza, llamaba con su sonajero de guampas y pezuñas al santafesino emprendedor, al portugués meloso, al guaraní cuatrero, a toda una humanidad filosa, amartillada, corajuda, sin más ley que la de su voluntad ni más peculio que su lazo, sus boleadoras, sus facones y sus fletes.

En el turbión indiferenciado de la aurora social los tipos no se definen ni especializan. Gauderios, changadores, camiluchos, guasos, indios bravos y mansos, españoles y criollos se funden en las verdes retortas del caos campesino y todos hacen un poco de todo, como en la horda prehistórica.

El payador futuro late premonitoriamente en cada hombre que siente el fuego del canto y derrama su nostalgia en las caderas vegetales de la vihuela. Ese hombre múltiple del campo primigenio, durante el día desgarrata o cuerea animales y por las noches guitarrea. O canta las tardes enteras enteras tumbado bajo un ombú y por las noches realiza sus fechorías de cuatrero. O se hace amigo de los indios, atormentado por la proscripción y el ayuno sexual, y perfuma las tolдерías con la flor de sus coplas mientras requiebra a las vírgenes de seno breve y piel bronceada.

La mujer es la deliciosa, la soñada presa de estos solitarios, de estos varones rijosos y altivos, perdidos con su brama por los montes y las sierras, sedientos bajo la furia del sol, cavilosos bajo el redondo



vientre de la luna, oliendo como tigres la presencia de las chinas, escuchando como víboras el silbido ponzoñoso de la sangre.

Y para la mujer son entonces los primeros cantos, los balbuceos iniciales. El hombre que canta se distingue entre un ciento. Tiene mas libertad para decir las cosas. Sazona las palabras con la sal de la intención. Disimula los deseos brutales tras un pimpollo agreste. Entra como el aire, llevando a pulso el aroma de un clavel. Se aque-rencia en los corazones sencillos. Atrae a las almas solitarias y friolentas al rescoldo cálido de su voz, agrupa a los hombres, trenza a los espíritus. El canto es la antesala de su encanto, el imán de sus órficos menesteres.

Cuando Concolorcorvo cruza en 1771 nuestras comarcas describe así a los gauderios cantores: "Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos... Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos en un cuero, cantando y tocando".

Como se desprende de este objetivo testimonio, los cantores eran bien recibidos y cordialmente cebados. Nadie les negaba hospitalidad ni carne gorda. Sus coplas rodaban, naturalmente, sobre amores, y los cabos sueltos de aquellas canciones recopiladas por folcloristas contemporáneos inquietan todavía:

*Aquí he venido señor  
a preguntar y a saber,  
si se ha prohibido el amor  
para dejar de querer.*

Por otra parte, el cantor debe persistir en su conducta lírica para vivir sin trabajar. Su oficio de zángano dorado lo cubre de todo riesgo. Es una renta vitalicia:

*Yo pensé no cantar más  
y canto y canto otra vez,  
pues si dejo de cantar  
me ha de apretar la vejez.*

Veinte años después que Concolorcorvo, Espinosa y Tello escribe respecto a los copleros criollos que "cantan unas raras seguidillas, desentonadas, que llaman de *Cadena*, o el *Perico*, o *Mal-Ambo*, acompañándolo con una desacordada guitarrita que siempre es un tiple. El talento de cantor es uno de los más seguros para ser bien recibidos en cualquier parte y tener comida y hospedaje".



Las coplas pampeanas y orientales se abren cancha hacia el imperio portugués y el "guasca" riograndense las endulza con su silabario ferviente:

*A primeira vez que te vi  
fiquei te querendo bem;  
minha boca se fechou  
nao dise nada ã ninguem*

*Quando vim la dos meus pagos  
muita morena chorou;  
eu tamben chorei um pouco  
por uma que lá ficou...*

Pero entretanto ¿qué es de los payadores, de los agonistas contrapuntísticos, de los dialogantes epónimos?

Desde muy temprano sus duelos conmovieron a los auditores de los fogones, de las enramadas domingueras (en los felices tiempos que el domingo duraba siete días), de los patios y los bailes. Hacia el 1611, según narra el sacerdote Diego Torres, en Tucumán se realizaban ya controversias pastoriles "para dar los premios de muchas y buenas poesías". Y como en Tucumán sucedía en Santa Fe, en Buenos Aires, en todo el litoral argentino del río Uruguay. Los hijos y los nietos de esos payadores pasaron a la Banda Oriental, la cuna del futuro gaucho, en calidad de faeneros, con vocación de vagabundos, semejantes a las voladoras semillas del cardo que de Castilla vino junto al romancero.

El gauderio primero y el gaucho después adoptaron de la añeja cepa peninsular la rama retoñada de sus cantos. Los trasplantaron en las nuevas tierras y en los nuevos espíritus. Les tramitieron su desmañado acento, su cacófona emoción, su hálito taurino, su toponimia indiana, su repertorio ecuestre. Y las coplas fueron saliendo "como agua de manantial" de las gargantas templadas por el aguardiante, asordinaadas por el otoño, vibrantes como las cigarras estivales.

Hudson nos ha legado en su Tierra Purpúrea el retrato de un cantor adolescente, de un pichón de payador. En el rancho del domador Lucero, sentado sobre un cráneo de caballo; se hallaba su nieto, un muchacho de doce años de cara muy hermosa, de suaves ojos oscuros y tez aceitunada. Requerido por su abuelo el cantorcito Cipriano, que así se llamaba el mozo, tomó la guitarra y entonó melodiosamente una canción que Hudson copió, sin poder reproducir su rima. Sus estrofas finales decían así:

*Oh, fiel pingó mio, llévenme tus cascos,  
rápidos y firmes, lejos de aquí.  
No me gusta el camposanto; dormiré sobre la pampa,  
ondeando a mi redor el alto y verde pasto,  
y sobre mis cenizas pasteará el ganado cimarrón.*



Todos los hombres ecuestres piden el mismo destino. Una canción vaquera del Far West, recogida por Paul Coze en su libro sobre los Cow-Boys, responde al trovo del gauchito uruguayo casi con las mismas palabras:

*... "yo ruedo sin cesar y estoy solo,  
sólo con mi caballo bajo el gran cielo de Dios.  
La Pradera es inmensa y si debo morir,  
enterradme allí, camaradas.  
Enterradme tan hondo que ninguna alimaña  
pueda llegar a mi cadáver.  
Que allí me quede solo, completamente solo,  
hasta el último reencuentro."*

Sarmiento traza una rápida silueta del cantor. Este personaje, caracterizado en las primeras páginas del *Facundo*, "anda de pago en pago, de tapera en galpón, cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la muerte de Quiroga o el destino fatal de Santos Pérez". En puridad, Sarmiento confunde el estro gauchesco con el gaucho propiamente dicho y persevera en su error al afirmar que "el cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el *bardo* de la Edad Media". Ni los payadores hacían crónica ni los bardos eran cronistas poéticos de la Edad Media: los unos cantaban asuntos de su invención, improvisando de modo repentino, y los otros celebraban la epopeya céltica, mucho antes de la época medieval. Pero a renglón seguido Sarmiento afina su puntería antropológica: "El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende, su fortuna en sus versos y en su voz; dondequiera que el cielito enreda sus parejas sin tasa; dondequiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene un lugar preferente, su parte escogida en el festín. El gaucho argentino no bebe si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos donde se necesita el concurso de su gaya ciencia".

Desde la época del gauderio repentista de Concolorcorvo al gaucho cantor de Sarmiento el tipo se ha ido perfeccionando y especializando. Ha surgido de las aguas genésicas del cosmos rural como una isla soleada y primorosa. Tiene caracteres propios; sólo es un cantor, pero no es nada menos que un cantor. No trabaja. Viste con esmero. Su caballo está bellamente enjaezado. Luce uñas largas de taurín y guitarrero; peina una melena lustrada y perfumada; gasta onzas de oro en el cinto; camina con felino imperio; habla con dúctil señorío; mira con pupilas lánguidas. En su estampa nace y se define el Don Juan trovadoresco de las cuchillas. El gaucho rijoso y hosco con almizcle de bicho de monte y arrebatos de venado en celo, es susti-



tuido por un paisano gentil, de ademán cadencioso, de palabra suave y entradora, de relumbrón estético.

Todo esto fué certeramente visto por Acevedo Díaz al caracterizar a Pablo Luna, el gaucho-trova de su novela Soledad. Un destello femenino, un remoto chispazo homosexual ilumina los resortes íntimos del personaje. Es un hombre hecho y derecho, es cierto, pero con una trauma auestas. Su terrible venganza es un síntoma de histeria. Pablo Luna es un cantor endócrinamente diferenciado, un cantor que posee secretos, que tiene llaves mágicas, que habla con ánimas en pena. Un abejorro atiplado runrunea en su acento y en su cintura de avispa dialogan una Afrodita y un Hermes campesinos.

Y como Pablo Luna hubo muchos gauchos tiernos de ojos aterciopelados y bozo infantil, que al buscar una y otra vez a la mujer se buscaban a sí mismos.

Hace ya algunos años le pregunté a un paisano de las costas del Yí, sin saber que era casado, si le gustaba enamorar a las mozas. El hombre me miró de reojo y contestó despacito:

—¿Pa qué? Yo tengo lo mío.

El payador no tenía lo suyo. Estaba condenado a errar, a conocer el abecedario erótico de las colinas. Sólo poseía perpetuamente el cuerpo de su guitarra. Le estaba vedado, so pena de no ser más payador, el descanso profundo en un pecho palpitante, el amor sedentario, el nido lleno de pichones. Y por eso cantaba incansablemente, como cantan el pájaro ciego y el hombre frustrado, iluminando las tinieblas de la vida con las líricas estrellas que vencen a la muerte.

### 3 — LOS PAYADORES HERNANDIANOS

El poema pampeano de José Hernández figura con honor en la corta serie de libros inagotables, de esos libros que leemos y releemos sin cansancio pues siempre conservan un rincón virgen que nos deleita con su encuentro, su encanto y su entrega (1).

El Martín Fierro es una obra de vertiente oculta: posee un cifrado y secreto magisterio, derrama perennemente un raudal de frescura, reitera su mensaje merced a una automática renovación de sus materiales en los tiempos y en los espíritus.

Como la Biblia, como el Quijote, como la Iliada, el Martín Fierro condensa en sus páginas una concepción del universo, elabora un sentido de la existencia, construye una filosofía sobre el hombre y su destino. Dentro de la literatura rioplatense representa la madurez del género gauchesco. Es el fruto anunciado por la temprana y ruda flor de Hidalgo y el estuario de corrientes culturales americanas asimiladas y recreadas por la genial inspiración de Hernández.

---

(1) Si bien es cierto que el poema de José Hernández pertenece al ruedo geográfico argentino sus personajes tienen validez rioplatense y es por ello que este capítulo se refiere a los mismos como si pertenecieran a nuestra realidad nacional.



No es el Martín Fierro un poema gaucho como pretende Leumann (La literatura gauchesca y la poesía gaucha. Buenos Aires. 1953, pág. 29); es un poema gauchesco escrito por un hombre de la ciudad que sintió y comprendió al campo. Su autor, periodista y político, lo compuso con la intención concreta de reivindicar la personalidad desconocida y menospreciada del paisano argentino y para fustigar los abusos del caudillo electorero, del militar prepotente, del juez corrompido, del milico aprovechador, del pulpero ladrón, todos representantes directos o indirectos de la urbe venal, cínica y cosmopolita.

Esta oposición entre la ciudad y el campo, entre la civilización y la barbarie según el injusto membrete de Sarmiento, se descubre en la sardónica queja del protagonista:

*Canta el pueblerito . . . y es poeta;  
canta el gaucho . . . y ¡ay Jesús!  
lo miran como avestruz,  
su ignorancia los asombra;  
mas siempre sirven las sombras  
para distinguir la luz.*

*El campo es del inorante;  
el pueblo del hombre estruido;  
yo que en el campo he nacido  
digo que mis cantos son  
para los unos . . . sonidos.  
y para otros . . . intención.*

Pero la obra desbordó la intención del autor. Quiso formular éste una protesta temporal y creó un poema eterno; quiso pintar las virtudes, defectos y penalidades del gaucho y retrató la condición humana en su integridad; pretendió cantar la epopeya y el drama de la Pampa e hizo un libro ecuménico; intentó definir tipos locales y simbolizó prototipos universales. Y realizó este milagro sin perder un solo instante contacto con el escenario geográfico e histórico de la Confederación Argentina, calando certeramente en las realidades físicas, psíquicas, expresivas e ideológicas de su medio.

El poema de Hernández es un orbe complejo. Quien se acerque al mismo con ánimo de exégesis advertirá que su estudio requiere una previa labor monográfica, esclarecedora de los temas singulares y una posterior síntesis orgánica, restauradora de los valores integrales.

En el presente caso sólo le pediremos al poema gauchesco la caracterización del payador y los condicionantes formales y conceptuales del canto, arte supremo de los pueblos ecuestres.

Para Martín Fierro el universo entero posee el don del canto. El gaucho sabe escuchar. Vive atento a los sutiles rumores



de la naturaleza, al secreto crujido de los vegetales, al resuello entrecortado de las bestias.

*Que cante todo viviente  
otorgó el eterno Padre;  
cante todo el que le cuadre  
como lo hacemos los dos,  
pues sólo no tiene voz  
el ser que no tiene sangre.*

Todo ser viviente canta en principio pero hay casos que limitan la regla general. Carecen de voz los seres que no tienen sangre y

*De los pájaros cantores  
sólo el macho es el que canta.*

A su vez las fieras enceladas, enloquecidas por el látigo del instinto, se refugian en su guarida y

*Allí lanzan con furor  
esos bramidos que espantan,  
porque las fieras no cantan  
las fieras braman de amor.*

Pero hay otras voces y otras armonías de la creación que sólo en el canto pueden manifestarse. Incapaz de pergeñar una filosofía natural el gaucho concibe al mundo y a sus fuerzas como espíritus animados. El canto es el vehículo de dicho animismo y es así cómo cantan los cielos, la tierra, el mar, la noche.

El moreno payador explica de este modo el canto de los elementos. Comenzando por el cielo dice que

*Los cielos lloran y cantan  
hasta en el mayor silencio;  
lloran al caer el rocío  
cantan al silbar los vientos,  
lloran cuando caen las aguas  
cantan cuando brama el trueno.*

El canto de la tierra, en cambio, no recoge las voces de sus profundos espíritus sino que está compuesta por el coro doloroso de las criaturas humanas:

*forman un canto en la tierra  
el dolor de tanta madre  
el gemir de los que mueren  
y el llorar de los que nacen.*



El neptúnico canto del mar es amenazante. El criollo mediterráneo, que tal vez no lo conoce, igualmente lo adivina:

*Cuando la tormenta brama  
el mar que todo lo encierra  
canta de un modo que aterra,  
como si el mundo temblara;  
parece que se quejara  
de que lo estreche la tierra*

Finalmente el canto de la noche que envuelve al caminante con su golilla de temor y sombra, de esa noche que inquietara a Alcman, a Safo, a Novalis, a Blacke y a María Eugenia, recibe por parte del gaucho una interpretación sobrecogida y solemne:

*... le contesto humildemente  
la noche por cantos tiene  
esos ruidos que uno siente  
sin saber de donde vienen.*

*Son los secretos misterios  
que las tinieblas esconden;  
son los ecos que responden  
a la voz del que da un grito  
como un lamento infinito  
que viene no se de dónde.*

*A las sombras sólo el sol  
las penetra y las impone;  
en distintas direcciones  
se oyen rumores inciertos  
son almas de los que han muerto,  
que nos piden oraciones.*

El gaucho comúnmente lleva un cantor bajo el poncho. Y si se enamora, sólo en el canto, aunque grazne, tiene un auxiliar efectivo:

*Y todo gaucho es dotor  
si pa cantarle al amor  
tiene que templar las cuerdas.*

Pero hay hombres predestinados desde el nido uterino a cantar por toda la vida, a cantar ante los umbrales de muerte y más allá de la muerte misma. Premundo, mundo y metamundo son una sola cosa en su parábola ardiente:



*Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre;  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.*

Sobre este *sino* del cantor, *sino* en sentido de hado astrológico, *sino* ineludible como el *moira* de la tragedia griega, se funda la fama de los payadores y la obligación de sustentar los contrapuntos. Por eso es que Fierro conmina al moreno para que le responda:

*Y ya que al mundo vinistes  
con el sino de cantar,  
no te vayás a turbar,  
no te agrandes ni te achiques.*

Fierro, por parte, reconoce en sí la existencia de esta facultad innata y la fe personal que tal virtud le confiere:

*Si no llevo a treinta y una  
de fijo en treinta me planto  
y esta confianza adelanto  
porque recibí en mi mismo  
con el agua del bautismo  
la facultá para el canto.*

Quedan así explicados el panrapsodismo que anima a la naturaleza y la vocación prefigurada y vitalicia del cantor. Pero en el Martín Fierro existe también una praxis, una estética, una ética y una dialéctica del oficio payadoresco.

La primera, la praxis, nos pone en contacto con la faz puramente externa del mester. El cantor es un repentista. Improvisa de manera incontenible, como río que se desborda. Es insensible al cansancio. Hala tema tras tema, con versatilidad ingeniosa, con fluidez sorpresiva:

*Yo no soy cantor letrao  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuando acabar  
y me envejezco cantando:  
las coplas me van brotando  
como agua del manantial.*

Del mismo modo Cruz indica que, sin ser payador profesional, una vez que comienza a redondear coplas, éstas forman legión:



*Y aunque yo por mi inorancia  
con gran trabajo me explico,  
cuando llego a abrir el pico  
—tenganló por cosa cierta—  
sale un verso, y en la puerta  
ya asoma el otro el hocico.*

No posee Cruz la elegancia ni el poder persuasivo y metafórico de Fierro. Es un humilde cantor de fogón, un sargento desertor, un rescoldo de cocina milagrera. Pero aún así señala la afluencia pertinaz de los versos:

*A otros les brotan las coplas  
como agua de manantial;  
pues a mi me pasa igual  
aunque las mías no valen:  
de la boca se me salen  
como ovejas de un corral.*

Tras la habilidad puramente formal de la praxis se yergue orgulosamente toda una estética, toda una teoría heroica del arte poético:

*Con la guitarra en la mano  
ni las moscas se me arriman:  
naides me pone el pie encima,  
y cuando el pecho se entona  
hago gemir a la prima  
y llorar a la bordona.*

El cantor está orgulloso con su condición. Ser cantor es llevar en torno una nube dorada, es peregrinar de pago en pago con una aureola de hazañas y de amores, es encender sobre la llanura infinita la gracia de una estrella, la lumbre de un arquetipo ideal. El cantor pampeano tiene conciencia de su valía, de su función, de su destino.

*Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra  
el cantar mi gloria labra  
y poniéndome a cantar,  
cantando me han de encontrar  
aunque la tierra se abra.*

Como todo ser humano el cantor es perecedero pero su canto es inmortal. Con profético tono Fierro advierte que



*Más que yo y cuantos me oigan,  
más que las cosas que tratan,  
más de lo que ellos relatan  
mis cantos han de durar.*

Aquí, naturalmente, tras el personaje se descubre al autor. Fierro es muchas veces una hipostasis de Hernández. Pero en otras levanta con gesto seguro la irreversibilidad de su "saber de esencias", como diría Max Scheler, opuesto al "saber culto" del poeta gauchesco. De modo bello y extraño señala Fierro su condición de Orfeo pampeano, de genio adivinatorio y estremecedor:

*Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento.  
Como si soplara el viento  
hago tiritar los pastos.  
Con oros, copas, y bastos  
juega allí mi pensamiento.*

El canto posee, para Martín Fierro, una función catártica, liberadora de los complejos íntimos y una función social, fustigadora del orden existente. El primer aspecto, el interno, el psicológico, está enunciado por la famoso quintilla que sirve de pórtico al poema:

*Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.*

Igualmente, el moreno derrotado por Fierro en el célebre contrapunto, anuncia que de allí en adelante no cantará por la fama,

*sino por buscar consuelo.*

Pero si el canto alivia las desazones del alma es también una protesta contra las injusticias sociales, un verbo de rebeldía y combate. Martín Fierro, no obstante, está lejos de ser un revolucionario; es sólo un amargado, un desengañado. Apuró los sinsabores de una vida desgraciada, aunque se alegra que

*entre tanto rigor  
y habiendo perdido tanto  
no perdí mi amor al canto  
ni mi voz como cantor.*



Como buen hombre de campo Fierro únicamente atina a protestar sin llegar a adoctrinar. La teoría revolucionaria es hija de las ciudades; apunta hacia el futuro; reclama una nueva y más justa sociedad, una mejor repartición de las riquezas, una legislación más generosa. La mentalidad tradicionalista del paisano, en cambio, evoca el pasado remoto; suspira por una perdida Edad de Oro; quiere restaurar el patriarcalismo de la sociedad pretérita y las jerarquías venerables de la estancia cimarrona.

Sin embargo la actitud de Fierro difiere de la del común de los cantores. Estos no poseen sensibilidad social y Fierro la tiene en grado sumo. Los payadores sólo son virtuosos; Fierro es además un crítico. Los unos describen objetivamente el mundo circundante; éste lo juzga con amargos juicios de valor. Los payadores son artistas; Fierro es también un moralista.

*Yo he conocido cantores  
que era un gusto el escuchar,  
mas no quieren opinar  
y se divierten cantando;  
pero yo canto opinando  
que es mi modo de cantar.*

Fierro, conocedor del egoísmo humano, enemigo de la hipocresía y fiel exponente de una clase social explotada por los mandones que sólo se acuerdan de ella en el momento de votar, expresa que

*he conocido, aunque tarde,  
sin haberme arrepentido  
que es pecado cometido  
el decir ciertas verdades.*

*Pero voy en mi camino  
y nada me ladiará,  
he de decir la verdad,  
de naides soy adulón;  
aquí no hay imitación  
ésta es pura realidad.*

¿Qué falta les hace un Martín Fierro a nuestros esquilmados peones de estancia, a nuestras desnutridas madres rurales, a nuestros pobrecitos gurises campesinos! Desde Montevideo sólo se ve o sólo se quiere ver el lado idílico de las cosas: las cuchillas verdes, el pasto tierno, los novillos gordos, los establecimientos florecientes. Pero el otro lado, el oscuro, el sucio, el de la gente con hambre y sin tierra, aguarda por lo menos un poeta, un hombre puro y libre que se plante en medio de la patria y despierte la aletargada conciencia ciu-



dadana con un canto llameante y justiciero. Fierro vió estas dos caras de la vida rural y es por eso que vaticina, al comenzar el relato de su Vuelta:

*Tanto el pobre como el rico  
la razón me la han de dar;  
y si llegan a escuchar  
lo que explicaré a mi modo  
digo que no han de réir todos,  
algunos han de llorar.*

La payada que cierra el poema de Hernández es una pieza única en la literatura gauchesca. Sin embargo posee dos facetas: una contempla el norte de la realidad y la otra el sur de la fantasía; una se orienta hacia los elementos dialécticos y dramáticos de los personajes y otra hacia la sombra estremecedora de un mundo de espectros, de Némesis y de pesadillas.

Ezequiel Martínez Estrada, en su *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro* (México, 1948, T. II, págs. 405-414) ha realizado un bello estudio de ambas vertientes. Dice allí que Hernández desarrolló deliberadamente dos motivos de contienda en la payada: el de competir en un contrapunto sobre *cosas de fundamento* y el de dirimir una antigua deuda de sangre. De este modo el diálogo lleva en sus maletas esta doble motivación sin que los temas interfieran aunque un sordo y amenazante bordoneo aflore tras el ejercicio agonístico de la payada mentando el "otro deber que cumplir". Pero Fierro, ya viejo y fogueado, sin los arrestos de su cuchillería juvenil, resuelve el conflicto "en un *pathos* diminutivo en el que toda tensión se relaja suavemente". Y aquí viene entonces el análisis cautivante — y también discutible — de Martínez Estrada. La payada, expresa, queda por ese procedimiento envuelta en una atmósfera de sueño y deja la impresión de una pesadilla en la que una historia olvidada retorna y se desvanece en la conciencia. El Moreno es un espectro del hermano y cuanto ocurrió en la realidad pudo haber sido una alucinación de Martín Fierro. "El Moreno es un *aparecido* y la escena cobra un alucinante primer plano de diálogo de ultratumba. Todo es obsesivo, esquivo, de tanteo en las tinieblas. Los temas vagos y abstractos de la payada no tienen más puntos de tangencia con la realidad que un suceso acaecido hace muchos años y que recobra inexplicable actualidad". Y todo lo que sobreviene entonces es alimento de las sombras. Salen Fierro y sus hijos de la pulpería y entran en la noche, almas y no cuerpos, hombres y no nombres. La payada borra las figuras y la historia abandona el mundo de las cosas reales para hundirse en lo desconocido. Y allí personajes y relato se disuelven "sin que ya nos atrevamos a pensar qué ha sido de ellos".

Hasta aquí Martínez Estrada. Como imaginamos al lector bien



consustanciado con el Martín Fierro le pedimos que por sí sólo, después de repasar el texto de la payada hernandiana, medite sobre las afirmaciones del crítico argentino. Hay en efecto, como en la tragedia antigua, una especie de *Deus ex machina* que otorga a la payada virtudes trasmutadoras y alucinantes, que la convierten en el gozne sobre el que se abre la puerta del misterio. ¿Sabía eso Hernández? ¿O su creación como todas las obras del genio, tenía potencias y valencias no previstas por el autor?

Sin embargo los aspectos lúcidos y tangibles de la payada nos sitúan en un meridiano de claridades que priman sobre este cabildo de fantasmas. La payada resplandece en todas sus dimensiones con una luz natural, con un aplomo silogístico que merece ser examinado para nuestro propio deleite y nuestra propia *paideia*.

Páginas atrás hablaba de la dialéctica ínsita en el arte de pagar esbozado en el Martín Fierro. En el contrapunto aparece de cuerpo entero, con chiripá y espuelas.

No se trata de la dialéctica hegeliana que es una conciliación de los contrarios tanto en el orden de las cosas como en el de los espíritus; es algo semejante a la dialéctica de los sofistas, aquella *erística* o arte de discutir, y también — ¿por qué no? — un remedo de la dialéctica platónica, aquel divino arte que partía de las sombras de la caverna de los sentidos para elevarse hasta la lumbre intangible de las Ideas.

Pero no hay modo mejor de demostrar asertos que reviviendo, en apretado haz, los momentos esenciales de la payada entre Fierro y el moreno.

De entrada tenemos ya dos tipos antropológicos, dos sensibilidades, dos mundos: el del blanco y el del negro. Tanto el hijo del europeo como el del africano integran la grey de los payadores y cantores, contrariamente al autóctono de los Andes, de los llanos o de las selvas de América. Puede el indio ser un músico excelente pero no es un cantor. El indio es taciturno, hermético, melancólico. El indio no improvisa, repite el treno folklórico de su raza. En cambio los blancos y los negros aman las canciones y gustan improvisar, fabricar mundos de fantasía, ir a contrapelo con los dictados folklóricos. Los cantores blancos son parnasianos y razonantes; los cantores negros son coloristas, retóricos y apasionados. Pero ambos poseen el duende repentista que desampara a los indios.

En la antropología ingenua del Martín Fierro se define al moreno y a su raza merced a dos caracterizaciones: la del propio payador negro y la del payador blanco.

El moreno aparece como un tipo humilde pero no servil. Está emancipado por el aliento libre de la Pampa. Bajo su respeto —siempre trata de usted a Fierro aunque éste abuse del tuteo — late una voluntad fría, una confianza clara.



*Yo no soy señores míos  
sino un pobre guitarrero,  
pero doy gracias al cielo  
porque puedo en la ocasión  
toparme con un cantor  
que experimente a este negro.*

El negro, sigue diciendo el payador, es muy amoroso,

*aunque de esto no hace gala  
nada a su cariño iguala  
ni a su tierna voluntad.*

Luego viene, versos más adelante, el recuerdo de un mito genésico africano, en el cual naturalmente, el primer hombre es de color negro.

*Cuentan que de mi color  
Dios hizo al hombre primero.*

No hay aquí alusión al barro. Todas las razas proclaman la prioridad o la belleza de su pigmento valiéndose de antropogénias más o menos pintorescas. Herscovits, en uno de sus estudios etnológicos, al referirse al etnocentrismo de los indios cherokis — que por supuesto conocían al blanco y al negro cuando inventaron la historia — narra el siguiente mito. Cuando el Creador decidió fabricar al hombre tomó arcilla, dió forma a tres figuras humanas y las colocó en un horno. Impaciente por ver su obra retiró una figurilla demasiado pronto. Estaba a medio cocer, era pálida, de enfermizo color: había nacido el hombre blanco. Escarmentado, aguardó algo más y sacó del horno la segunda figura. Estaba a punto, era bronceada, de color firme, de proporciones armoniosas. Pero por admirar al antepasado de los indios se olvidó del tercer muñeco. Cuando abrió la puerta del horno encontró una figurilla carbonizada, bruna, maloliente. "Fué lamentable, pero no había nada que hacer, aquello fué el primer negro".

El moreno posee ideas niveladoras, reconoce el relativismo cultural, tiene un concepto unitario y moral de la especie *homo*:

*Pinta el blanco negro al diablo  
y el negro, blanco lo pinta;  
blanca la cara o retinta  
no habla en contra o en favor:  
de los hombres el Criador  
no hizo dos clases distintas.*

Fierro en cambio mira al negro sin prevención racial pero con



discriminación estética. A la misma sustancia le reconoce distintos atributos. Apela a los valores ópticos, a las propiedades de las palabras, a la adecuación de los adjetivos.

*Dios hizo al blanco y al negro  
sin declararlos mejores:  
les mandó iguales dolores  
bajo de una misma cruz;  
mas también hizo la luz  
pa distinguir los colores.*

*Ansí ninguno se agravie:  
no se trata de ofender:  
a todo se ha de poner  
el nombre con que se llama  
y a naides le quito fama  
lo que recibió al nacer.*

Ya los personajes de la payada están definidos. Dos razas diestras y melódicas se aperciben para el duelo poético. El blanco es más hábil, más directo que el negro. Es un payador ducho, que va al grano y de paso golpea con un chirlo fregón. El negro cuerpea, hace circunloquios para preparar las respuestas, pero se endereza siempre con una flor serena en el retruque. Es un imaginativo. En cambio Fierro es lógico y sarcástico. Sus versos, agudos y sin rodeos, se clavan en los centros. Tras el canto del negro golpea el antepasado tambor de la selva. Tras el *impromptu* de Fierro zumban las boleadores del gaucho.

La payada se ata tácitamente. Cae el moreno al boliche donde están Fierro, sus hijos y Picardía, el huérfano de Cruz. Ya los muchachos han contado sus vidas desdichadas al compás de la vihuela, porque como socarronamente dice el payador

*son cojos . . . hijos de rengo.*

Entonces el negro, como al descuido

*se sentó con toda calma  
echó mano al estrumento  
y ya le pego un rajido:  
era fantástico el negro,  
y para no dejar dudas  
medio se compuso el pecho.  
Todo el mundo conoció  
la intención de aquel moreno:  
era claro el desafío  
dirigido a Martín Fierro.*



Este es el prólogo, el asa de la payada, el acorde emotivo que define las actitudes y separa los campos. Fierro se da por aludido y desgrana opulentamente la madura mazorca de su arte contrapuntístico. Primero reconoce que es deber de dos cantores "el cantar de contrapunto", luego se refiere a la ética de las payadas — el payador cabal no se vanagloria de que lo rueguen —, recuerda después sus años dichosos de cantor joven, muy pronto agobiados por los amargos años de la vejez, para aceptar finalmente en cuatro sextinas arrogantes, encendidas como cuatro clarinadas de gallo, redondas como cuatro ases de oro, el reto del moreno. Hay en ellas un recuerdo a la edad payadoresca que en ese tiempo ya agonizaba:

*Y seguiremos si gusta  
hasta que se vaya el día;  
era la costumbre mía  
cantar las noches enteras;  
había entonces donde quiera  
cantores de fantasía.*

El negro se cuadra y se viene en seguida como un camalote flotando en la correntada de sus versos. Cuenta también sumariamente su vida; dice de su saber sobre la naturaleza — saber jónico, saber de filósofo milesio — se lo debe a un "flaire" y se pone a las órdenes de su interlocutor.

*Estoy pues a su mandao,  
empiece a echarme la sonda  
si gusta que le responda,  
aunque con lenguaje tosco:  
en leturas no conozco  
la jota por ser redonda.*

Fierro entonces lo interroga sobre el canto del cielo, de la tierra, del mar y de la noche, sobre el origen del amor, sobre su concepto empírico y pragmático de la ley. El negro responde, se explaya y se florea. Y su protesta se alza con violencia al criticar la ley de la ciudad,

*que se hace para todos  
mas sólo al pobre le rige.*

El derecho civil y el constitucional son frutos de las urbes. El derecho natural es el que rige la "rousseauuniana" vida de los campos. Código y juez son instrumentos de opresión; documentos y contrato, signos de desconfianza; casamiento y legitimación, trasunto de un interés que enturbia los amores sencillos.



*La ley es tela de araña  
en mi inorancia lo esplico:  
no la teme el hombre rico  
nunca la teme el que mande  
pues la ruempe el bicho grande  
y sólo enrieda a los chicos.*

Un oscuro barrunto de la alegoría de la justicia le inspira esta acerada queja:

*Le suelen llamar espada  
y el nombre le viene bien;  
los que la gobiernan ven  
adonde han de dar el tajo  
le cai al que se halla abajo  
y corta sin ver a quien.*

Y la experiencia diaria de la leguleyería, de los engaños, de las corruptelas, de las mixtificaciones empleadas por los galerudos contra el paisano de ayer y de siempre lo hace exclamar rematando su escéptica calificación:

*Hay muchos que son doctores  
y de su cencia no dudo  
mas yo soy un negro rudo  
y, aunque de esto poco entiendo,  
estoy diariamente viendo  
que aplican la del embudo.*

Martín Fierro comienza a respetar al moreno. Le reconoce "capital pa esta partida". Se alegra de haber topado con un real payador. Levanta su interdicción racista y reconoce la noble inteligencia del negro:

*Y dura te voy a decir,  
porque en mi deber está,  
y hace honor a la verdá  
quien a la verdá se duebla  
que sos por juera tinieblas  
y por dentro claridá.*

Pero ha llegado ya el turno del moreno y éste pregunta con encarnizamiento. Se va a las cosas abstractas, a las ramas del saber científico que sacudieron Aristóteles y Descartes, Kant y Bergson para hacer caer las resplandecientes manzanas de las categorías. Inquieta como un mayéutico campesino. Ignora las contestaciones pero sus preguntas son tremendas, dramáticas. Golpea con palo de ciego y con fuerza de



domador. Pide nada menos que las definiciones del tiempo, la medida, el peso y la cantidad.

Fierro, consciente del poder de la andanada, reconoce la habilidad del negro pero tiene confianza en sus dotes formales y profundas, en su cáscara y en su meollo de payador.

*Moreno te dejás cáir  
como carancho en su nido;  
ya veo que sos prevenido  
mas también estoy dispuesto;  
veremos si te contesto  
y si te das por vencido*

Al referirse a la cantidad contesta que no hay pluralismo sino que

*El ser de todos los seres  
solo formó la unidad:  
lo demás lo ha criado el hombre  
después que aprendió a contar*

Resuenan de nuevo, renacidas, reeditadas a través de los siglos, las actitudes de los presocráticos frente al mundo. Más que con las teorías de Tales, Anaximandro o Anaxímenes que proclamaron un "arché" primitivo, este pensamiento se entronca con el de Parménides, que afirmaba la unidad absoluta de la realidad. En el poema filosófico *Sobre la Naturaleza*, Parménides decía que el ente no es divisible porque todo él es homogéneo.

Vienen luego los problemas de la medida y el peso. No contesta Fierro como un pitagórico enamora del *peras*, del límite que pone un dogal al infinito, al *apeiron*, sino como un Sócrates pampeano. El destino del hombre lo emociona más profundamente que el orden del cosmos. El filósofo pitagórico, copiando el orden numérico del mundo se convierte en un *Kosmios*, en un ser ordenado; el último de los sofistas, el Sileno inmortal, da la espalda a las nubes, a los árboles y a las medidas para mirar el alma de su prójimo, para ayudar a la criatura social de la polis a conocerse a sí misma. Fierro también se orienta hacia el hemisferio moral: la medida sirve para medir la vida de los mortales y el peso para pesar sus culpas. Reminiscencias del Libro de los Muertos de los antiguos egipcios, del Mane, Tecel, Fares babilónico y de las Parcas helénicas vienen en alas de un simún sagrado, cruzan el océano de las edades y se aposentan en el espíritu moralizador del poeta gauchesco.

Finalmente está la interrogante sobre el tiempo. Fierro se turba ante la pregunta. Sale triunfante del paso pero se advierte la conmoción en la arquitectura del verso. Las sextinas, para afinar el concepto, se aglutinan en un solo cuerpo estremecido, pleno de gravedad sentenciosa:



Moreno voy a decir  
 según mi saber alcanza:  
 el tiempo sólo es tardanza  
 de lo que está por venir:  
 no tuvo nunca principio  
 ni jamás acabará,  
 porque el tiempo es una rueda  
 y rueda es eternidad;  
 y si el hombre lo divide  
 sólo lo hace en mi sentir,  
 por saber lo que ha vivido  
 o le resta que vivir.

La idea del eterno retorno, indostánica, pitagórica, platónica, estoica y nietszcheana a un tiempo, el áspid que devora su cola, reaparece en el canto de Fierro. El *climax* filosófico llega a su fin. La tensa cuerda estalla. El payador, fatigado, sudoroso por dentro, no insiste con los temas trascendentales y al interrogar nuevamente al moreno lo convida a cantar sobre cosas de la estancia.

Roto así el encanto el negro se desentiende de la payada, se proclama vencido y recuerda las muertes injustas. Viene a pedir cuenta por la sangre de su hermano. El derrotado payador apaga su pirotecnia lujosa y enciende los rencores del hombre, las ascuas resentidas de la estirpe, el triste candil de la venganza. Pero nada sucede, los oyentes se interponen, los contendores se apaciguan y Fierro y los suyos se hunden en la noche que corona con sus estrellas y sus grillos la frente misteriosa del Poema.

#### 4 — PABLO LUNA, EL GAUCHO-TRQVA DE ACEVEDO DIAZ

Las profundidades del alma campesina rioplatense se condensan en la figura del payador. En este tipo confunden la pasión de la montonera y la contemplación nacida del ocio ensimismado, la inquietud nomádica del instinto y el sentencioso aplomo de la experiencia, los valores arcaicos de las tradiciones y la espontaneidad creadora de la poesía eternamente renovada.

Carlos Leumann dice en uno de sus libros que los gauchos son hombres blancos renacidos, dueños de una sensibilidad nueva, autóctona, geográfica. Su vida corre como un torrente salvaje, sin mezclar sus aguas espirituales con las del manantial indígena ni enturbiarlas con los sofismas de la ciudad. Forma una categoría aparte; poseen una filosofía brotada de su comunión diaria con la naturaleza; hablan como el aedo de la *Ilíada* o como los hebreos del Viejo Testamento: transidos de metáforas, sacudidos por un viento de parábolas, inspirados por un *daimon* agreste que carga su lenguaje de alusiones finísimas y de acentos super-sensibles.



Y todo este mundo aflora en el arte de los cantores, en los contrapuntos de los payadores, en el monólogo o en el diálogo del hombre que mira las cosas con ojos vírgenes, que siente con fervor original el milagro de la especie.

Las tradiciones del europeo agricultor y urbícola se desvanecen ante la intemporalidad e ilimitación de los campos americanos; el escoplo sutil de la soledad remodela los espíritus; la convivencia con los animales, y sobre todo, la diaria confraternidad con el caballo, confiere al mito de los centauros una palpitante vigencia. Los centauros helénicos eran, entre otras cosas, emblema de la sabiduría: Chirón fué el preceptor de Aquiles y Nessos, después de muerto, venció con su sangre empozoñada la potencia de Hércules. De igual modo los centauros del ruedo pampeano o de las colinas orientales poseyeron esa sagrada intuición de lo creado; esas definiciones esenciales dignas de los presocráticos; ese hablar cifrado, convocatorio, suscitador, de los narradores y los paremiólogos criollos que los aureolaba de oscuridades sibílicas y claridades proféticas.

Fueron payadores anónimos los que dijeron en su cantar cosas tan bellas y cabalísticas como éstas:

*Soy torito de las cumbres  
recién bajao a lo llano;  
en las astas traigo invierno  
y en el balido verano.*

Fueron orgullosos payadores orientales los que así desafiaron a las potestades del más allá:

*De la Banda me he venido  
sin que me sienta la arena,  
al diablo le he puesto grillos  
y a la muerte una cadena.*

Fueron payadores presumidos y traviesos de principios del siglo XIX los que insinuaron su requiebro amoroso con coplas tan intencionadas como la que sigue:

*Tengo un recadito de oro,  
cosa que se puede ver,  
y una tropilla oscura;  
lo que me falta es mujer.*

Los escritores gauchescos y nativistas del Río de la Plata en sus obras han tipificado las características psíquicas de payadores reales o imaginarios, vistiendo a veces la leyenda con ropaje verosímil y rodeando en otras a seres de carne y hueso con halos de fantasía.



Martín Fierro, Santos Vega, Pablo Luna, son encarnaciones y síntesis de aquellos *minessinger* montaraces y los gauchos cantores de Hidalgo y de Estanislao del Campo simbolizan las virtudes líricas y narrativas de individuos dotados de un talento primigenio y directo, irónico y mágico, evocador y repentista.

Pablo Luna es el personaje masculino de la novela Soledad, uno de los más logrados trabajos literarios de Eduardo Acevedo Díaz.

Hay en Luna rasgos comunes con los demás payadores y matices particulares que lo convierten en una figura un poco al margen del Parnaso campesino.

Es un cantor sedentario, enraizado en un pago, del cual sólo sale en los días festivos.

No compite en payadas; es un hombre misterioso, sensible, delicado y lacónico; no tiene oficio conocido; vive en un rancho miserable que "a lo lejos podía confundirse también con una gran cova de vizcachones o de zorros, por lo chato y negruzcos, mal orientado y contrahecho".

Es, pues, un paisano descuidado para las cosas exteriores, aunque no para su persona. Se sabía buen mozo y como tal se presentaba. En efecto, era alto, fino, con cintura de mujer y tenía "una barba corta y rala tirando a pelinegro, el rostro moreno un poco encendido, los ojos azules como piedra de pizarra, larga y en rulos la cabellera abierta al medio, cejas de alas de golondrina, la oreja tan chica como el reborde de un caracol rosado y las manos un poco largas y velludas".

El aislamiento ahonda en el Pablo Luna la misoginia y los caracteres narcisistas. En su equipo sexual Acevedo Díaz ha incluido, a sabiendas o no, secretos resabios femeninos, rasgos psicossomáticos que acentúan los complejos nocturnos del alma del cantor. Todo hombre lleva una mujer soterrada en su intimidad; toda mujer tiene un hombre al acecho en sus sueños. Cuando la experiencia biológica volatiliza esos ocultos fantasmas, los rasgos viriles o femeninos se afirman victoriosamente; cuando la soledad hincó sus espinas, entonces surgen los andróginos del mito de Platón, los tímidos amielianos, los efebos cavilosos.

Luna posee rasgos homosexuales y sus reacciones posteriores lo confirmarán.

Cuando cruza las poblaciones montado en su caballo lleva la guitarra en la mano izquierda, a manera de tercerola.

¿Adónde va? Acevedo Díaz no lo dice. Es sólo el gaucho-trova, el "pájaro cantor de nuestros bosques". El romanticismo del autor prefiere la calificación vaga y penumbrosa a la objetividad de un contrapunto, a la reproducción de unas coplas, a la descripción de su cualidades payadorescas. Pero esta repugnancia por lo cotidiano no impide que insista en describir su tipo y su atuendo, en pintar su aspectos y sus galas.

A Luna siempre se le ve vestido de chiripá y botas nuevas, con un



sombrero de alas cortas "negro y sin barbijo", con un poncho terciado en el crucero y llevando a la cintura un tirador de piel de puma "con botonadura de medias onzas españolas", monedas de oro codiciadas por el paisano para adornar la plata de las cabezadas, pretales y bombillas.

Tenía Luna largas uñas de guitarrero que el uso del cigarro había teñido de color ámbar. Una guedeja de pelo caía de continuo sobre la mejilla y le envelaba un ojo; no era eso descuido sino coquetería, pues el rulo servía "de celaje gracioso" a un párpado caído.

La última característica del "gaucho-trova" confirma un estilo vital común a los demás payadores: "Se conocía más a Pablo Luna por su afición a la guitarra que por los hechos ordinarios de la vida de campo. Había empezado él por calarse por el oído a favor de su habilidad para tañer y cantar antes que por actos de valentía y de fuerza".

Pero hay otros caracteres que Acevedo Díaz atribuye a su personaje y que no coinciden ni sociológica ni artísticamente con los del cantor rural.

El payador canta en ruedas, es un ser sociable y sociabilizador, se apea donde ve gente reunida y los jinetes echan pie a tierra donde se siente su pregón musical.

Pablo Luna canta sumergido en los montes, para sí mismo, para su propio deleite. Esto es falso. Pueden el escritor y el pintor trabajar con recogido afán lejos de la mirada del mundo. Pero un cantor sin auditorio no se concibe.

Claro está que es más poético y cautivante hacerlo herir "el silencio de las noches apacibles" con "misteriosas melodías", que detienen el paso de los ecuestres viajeros, y no hacerlo actuar en una pulpería menguada o en una cocina sórdida, rodeado por espíritus elementales y rostros sudorosos.

Pero lo que el cuadro gana en hermosura lo pierde en veracidad. También es convencional su encuentro con Soledad, la heroína del reíato.

Son del mismo pago y no se conocen. ¡Un payador huraño que no se arrima nunca a las "casas"! Pablo Luna personifica, en este sentido, el anverso de los cantores clásicos, ya sean el *rapsoda* jónico como el *jongleur* medieval, ya los *puetas* chilenos como los improvisadores rioplatenses.

Al contemplar la moza, lozana, incitante, Luna no sólo no la requiebra sino la mira apenas con "aire melancólico, de una manera vaga y fría". Como un Hipólito redivivo, como místico Galaor de las cuchillas, Luna ignora a la mujer.

Pero ésta no lo ignora: al verlo por vez primera lo codicia y se propone rendirlo, "amadrinarlo", someterlo a su ardiente imperio.

Un día los jóvenes se cuentan junto a unas tunas y sin palabras casi, la pasión se enciende. Soledad encandila a Pablo con el espejo



del sexo de manera ingenua pero segura "de haber herido al hombre en su entraña".

Entonces comienzan las actitudes violentas de Brígido Montiel, el padre de Soledad, hacia el gaucho-trova. Y éste no reacciona. Primero lo trata de vago roto, después lo despide violentamente de una esquila olvidando "que no hay loro manso cuando le tocan la cola" y, finalmente, al hallarlo con su hija le propina un puñetazo tremendo. Pablo Luna aguanta siempre. Cada vez más sublevado pero sin llegar nunca a utilizar el cuchillo.

Herido, humillado, gana su silvestre guarida y allí planea una indiscriminada venganza.

Incapaz de combatir de frente recurre al incendio. El fuego consumirá la hacienda de don Brígido y también a Soledad. Pero la **psiquis** oscura y tortuosa de Luna no va más allá de la actitud lombrosiana del incendiario.

Un desastre total reparará el agravio. Si perdió a Soledad, que don Brígido quiere casar con un brasileño, el fuego purificará y castigará, será un rojo aliado en la frustración y en la neurosis.

No es esta una actitud viril, por cierto. Lejos está de la altiva gallardía de los gauchos descriptos por Darwin y Hudson. Es una reacción histérica, femenina, dictada por la impotencia y el despecho.

La notable descripción del incendio que hace Acevedo Díaz no disimula las fallas morales y mentales de su personaje. Pablo Luna es un tipo extraño en el universo gauchesco. Sólo como un caso excepcional y fuera de la regla puede admitirse su presencia.

La mayoría de cantores y payadores eran hombres abiertos, francos, sociables, valerosos. Pablo Luna representa el otro hemisferio de esta fauna lírica: el tímido, el resentido, en andrógino, el esquizofrénico. Dobleado por sus complejos y represiones estalla dramáticamente provocando una catástrofe colectiva.

Al final Pablo Luna salva a Soledad. Pero no puede salvarse a sí mismo, y su figura de incendiario y de maula, magnífico motivo para el análisis literario y triste ejemplo de un alma atravesada, se desvanece ante la serena luz de otros personajes inmortalizados por Acevedo Díaz: Ismael Velarde, el indio Cuaró, Luis María Berón, el negro Esteban.

Y ni que decir que comparado con Santos Vega o Martín Fierro nuestro gaucho-trova sólo sirve de fondo sombrío para destacar los valores masculinos y clamorosos del payador de Ascasubi y del héroe heinandiano.



## EL DOMADOR

El Uruguay es una singular encrucijada de elementos geográficos, de hombres y de culturas. Sin embargo, merced al proceso civilizatorio, su primitiva individualidad dicotómica se convierte en una entidad conciliadora e integradora. Es América y Europa a un tiempo y también algo distinto a las dos matrices planetarias: crisol de nacionalidades, de tradiciones y de fuerzas cósmicas, convoca en su maduro destino y en su territorio breve un haz de rayos de diversa intensidad y de dispar origen. Pero de estos opuestos surge, dialécticamente, la conciliación, la síntesis dinámica del espíritu nacional.

Analícemos, siquiera a grandes rasgos, la tesis y la antítesis de los enfrentamientos en el orden telúrico y en el orden humano para buscar luego, en una figura clave de la antigua pecuaria, la raíz de nuestras concepciones de la vida y del universo.

Geológicamente, el Uruguay es un diálogo entre el Norte y el Sur, entre el continente arenisco de Gondwana y el fundamento cristalino de la Brasilia. La participación de otros personajes minerales, como los meláfidos de Serra Geral y las fecundas capas del cretácico, no altera el contrapunto entre los contendores protagónicos.

Climatológicamente, es un campo de batalla entre los frentes polares que vuelan sobre el Océano o que vienen de la Patagonia en alas de los fríos anticiclones y de los bostezos cálidos y húmedos que descienden con los ciclones del trópico de Capricornio. Tan grande es la inestabilidad del clima uruguayo que un viajero ilustre nos definió como país de 186.000 Kms.2 poblado por dos millones y medio de sobrevivientes...

Botánicamente, nuestra patria es una región disputada por tres formaciones vegetales que se entremezclan sin predominar la una sobre las otras. Del Oeste nos invade el poderoso ejército de la vegetación fluvial mesopotámica; del Sureste, saltando sobre el Río de la Plata, desembarca la roma punta de lanza de las gramillas pampeanas, y del Noreste, abrazando cerros y tapizando quebradas, llegan los helechos tiernos, los árboles pigmeos y las palmeras esbeltas de la flora riograndense.

Antropológicamente, la tierra oriental fué en la prehistoria un crisol de etnias indígenas y en su devenir histórico constituyó un matraz donde aborígenes americanos, blancos europeos y negros africanos mestizaron sus cuerpos y sus espíritus.



Culturalmente, la República es un gozne adosado al marco de una gea poco espectacular pero primitiva sobre el cual gira la puerta de la civilización occidental, teñida por el múrice del Mediterráneo y planificada por las técnicas de la revolución maquinista.

Políticamente, el país representa un compromiso entre la plenitud institucional de la democracia europea, encarnada en un gobierno colegiado, y el fulanismo de la herencia caudillesca, manifestado en los períodos pre-electorales ricos en autoproclamaciones.

Sociológicamente, la comunidad nacional constituye la conjunción del individualismo campesino y del afán gregario de la ciudad, del aislamiento y la multitud, del rancho y del rascacielos, del puerto y del *hinterland* arisco, de la tradición y del cosmopolitismo, de la familia patriarcalista y de la inestabilidad sexual y jurídica de la pareja contemporánea.

Nuestros tipos sociales y psicológicos, nuestras costumbres, nuestras apetencias, en fin, todo nuestro universo humanizado y nuestro astrolabio moral responden a ese sino bifronte que predestina a la nacionalidad uruguaya.

Poseemos así la *sophrosyne* amada por el griego, opuesta al *hybris* del bárbaro, a la desmesura de la naturaleza implacable o del sujeto irracional. Hemos perdido el color local, es cierto; configuramos, según Tibor Mende (*"América Latina entra en escena"*, Santiago, 1953) un paraíso liliputiense y aburrido, pero sin ser los mejores del mundo <sup>fuimos hasta hoy</sup> somos, quizá, los menos <sup>caprichados</sup> malos de este tortuoso callejón americano donde relucen las botas de los dictadores y trafican los cartagineses del <sup>un desclasado</sup> medio siglo XX.

Nuestros prototipos rurales también acusan un hibridismo fundamental. El gaucho no es más el indio de las pampas y serranías ni el blanco de las ciudades coloniales y castrenses: es un centauro en el sentido simbólico y filosófico del término. Indio acristianado para algunos y blanco renacido para otros, lleva en su recóndito socavón anímico la marca aborigen y la contraseña del europeo sin ser definitivamente ni una cosa ni la otra. Es un ser marginal, un mestizo biológico y sociológico que cuando empieza a crear un repertorio de significaciones propias desaparece barrido por las nuevas formas económicas y los nuevos géneros de vida que la ciudad desgrana sobre el campo ganadero o que la inmigración agraria del Viejo Mundo asienta sobre los surcos que desfloran la tierra virgen.

Sin embargo, pese a su fugaz ciclo cultural de sólo un siglo, el gaucho uruguayo —nacido onomásticamente en 1790 y fenecido socialmente entre 1875, año inicial del alambramiento, y 1904 de la última <sup>guerra</sup> revolución campesina— logró esculpir un frontispicio tipológico, definir una conducta heroica y grabar una estela espiritual en el flanco atlántico del nuevo continente.

El tropero, el carretero, el narrador, el rastreador, el baqueano, el payador, el domador, el lancero, el matrero, y muchos personajes más son las chispas humanas brotadas de aquel fuego que ardió durante una centuria bajo los cielos abiertos y los pastizales anchos.

Entre todos los tipos los del payador y el domador

revisten especial significado



En los ensayos anteriores buscamos la huella melódica y psíquica del payador para ubicarlo en la estructura cultural de la historia rioplatense. Hoy le toca el turno a un tipo polar, a una personalidad opuesta, a un espécimen activo y no discursivo.

El domador, ~~en efecto, puede decirse que~~ es el reverso, tanto por sus contenidos humanos como por sus realizaciones, ~~del lado de las~~ <sup>del lado de las</sup> ~~cuchillas~~. El domador es un individuo asentado en el reino de los hechos y no en el de las palabras. El payador actúa ante un adversario lírico y en medio de una rueda atenta de corazones. El domador combate solitariamente con la bestia salvaje; opone la estrategia y la fuerza del hombre —fuerza lúcida, fuerza consciente— a la ciega energía de los potros; revalida en cada una de sus obras la eterna lucha del hombre para alterar con su voluntad o su pasión el orden fenoménico, el ser de las cosas.

Para ubicar en una escala de valores la figura del domador tenemos que referirnos primeramente a la actitud genérica de nuestra especie frente a las especies animales.

Durante el paleolítico, sólo el perro había ingresado a la comunidad de la horda. Los cazadores errantes perseguían a las presas sin otro designio que el de lograr una cuota alimenticia para subsistir penosamente. El animal era un blanco, un alivio del hambre cotidiana, un objetivo cinegético que debía lograrse gracias al riesgoso ejercicio del ojeo y la matanza.

Recién en el neolítico, es decir, ~~cien años~~ <sup>siglo atrás</sup> ~~ha~~, el hombre descubre los beneficios de la domesticación y emprende la conquista del reino zoológico. Sin embargo, cuando se comparan las 43 especies domésticas con los dos millones de especies animales que pululan en la tierra, el agua y el aire, se advierte que esa conquista se detuvo en los límites de la utilidad y en los umbrales de las posibilidades de adaptación al ambiente humano. En vez de aumentar el número de animales domésticos ha disminuído. Los bajorrelieves del antiguo Egipto, esculpidos hace 3.000 años, muestran rebaños de antílopes y gacelas dirigiéndose a sus establos, y a hienas y chacales auxiliando a los cazadores en sus excursiones venatorias. No hay duda que en esas épocas pervivía poderosamente la uterina unión entre el hombre y la naturaleza, que la esoteria de los ritos traducía los estremecimientos de un espíritu geomántico, pero no es menos cierto que el hombre ha desestimado la cantidad de animales domésticos en aras de la calidad de los mismos. Hoy no interesa poner bajo la férula de la civilización todo el bestiarío del arca de Noé, puesto que los genetistas, trabajando sobre determinadas especies, han obtenido tipos altamente diversificados. En el caso particular de los bovinos, un toro Hereford, una vaca Normanda o un ternero Shortorn, ejemplifican los resultados de la selección y el refinamiento científicamente practicados.

La domesticación del caballo fué una de las hazañas que engrandecieron a la humanidad. El caballo incorporado a la civilización cambió el curso de la historia y el alma del hombre. Los pueblos ecuestres se constituyeron en la pesadilla de los pacíficos labradores, como lo ha demostrado Oppenheimer en sus estudios sobre el origen del Estado,



pero también fueron los padres del espíritu señorial que nos describe Alfred Weber, de la nobleza basada en las acciones egregias, del dominio del espacio infinito y la distancia metafísica. El anhelo de lejanías y la apetencia de horizontes rompe las celdas monásticas del medioevo para proclamar el impulso fáustico y ecuestre de la civilización occidental. El hombre de a caballo, ya fuera el hykso invasor de Egipto, ya el kassita invasor de Babilonia, ya el dorio invasor de Grecia, ya el mogol invasor de China y de los valles indostánicos, descolló sobre la hormiga humana medrosamente apegada a la víscera oscura de los surcos; sintió bajo el arco de sus piernas a un ser sumiso y ardoroso que le entregaba los pétalos cardinales de la rosa de los vientos; acrecentó su fuerza; alargó su brazo; multiplicó sus posibilidades expansivas; concibió impacientes ideologías libertarias; fundó imperios con la espada y con el pensamiento.

El espíritu caballeresco universal alberga en su entraña etimológica el noble relincho de un equino. Y dentro de la particular circunstancia histórica de nuestro continente, el caballo logró la sumisión de América indígena ante los capitanes españoles, emancipó a los criollos ~~del dogal~~ de la madre patria y convulsionó con sus galopes desatados y sus jinetes vehementes un amplio período de la vida de las jóvenes repúblicas.

El domador rioplatense, en un principio, se confundió con la figura omnímoda del gauderio. Todo gauderio era un excelente jinete y el arte de domar integraba una de las facetas de su múltiple personalidad de peregrino, cantor, caballista, jugador y cuatrero. El domador se desprende de la nebulosa que empollaba al gaucho futuro cuando se precisa en nuestro horizonte económico la célula de la estancia cimarrona.

En la estancia patriarcal, que significa un tímido intento de sustituir la bárbara apropiación del cuero por una explotación racionalizada del ganado vacuno, se precisan las primeras individualidades especializadas de la faena pecuaria.

Surgen así el tropero, el trenzador, el peón ecuestre, las constelaciones femeninas del fogón, la gerontocracia depositaria de la sabiduría campesina que trasmite por vía oral a las nuevas generaciones las experiencias de una vida riesgosa y las enseñanzas de una axiología violenta.

El domador pertenece también a esta fauna laboral y primigenia alumbrada por la estancia cimarrona. Y desde el comienzo de su carrera adquiere un halo de inyencible prestigio, una cauda de respeto, un tenaz renombre de varón diestro y corajudo.

Nuestro domador gaucho no estaba adherido a la naturaleza del mismo modo que el domador indio y por eso no empleó sus técnicas lentas y persuasivas. Se enfrentó con el potro, arreado desde el confín de los campos cerriles, como su bisabuelo se enfrentara otrora con el aborígen. Domar significaba para él quebrar a la bestia con ademán preciso y definitivo y no ablandarla lentamente, a la manera del pampa o del charrúa, a fuerza de palenque y manoseo, de promiscuidad en la toltería y de solidaridad en el destino nómádico.



En la estancia viven los hombres; en las gramillas retozan los potros. Cada especie por su lado, cada mundo en su órbita. Son el animal y el humano dos estratos diferentes que el indio machihembra pero que el blanco se apresura a precisar. Cada doma será un acto de fe conquistadora, una prueba exhaustiva de brutalidad y destreza, de sumisión de la bestia y entronización del hombre.

El salvaje es un integrante de la naturaleza que lo absorbe y rodea; el descendiente del occidental siente la necesidad de oponerse a ella, de erguir su poder desnudo ante la desnuda furia de los potros, de avasallar las categorías zoológicas con los martinets antropológicos de su personalidad.

Pero domar es obra de sacrificio, de valor, de idoneidad, de energía. El domador, ceñudo y trágico, conversa con la muerte en cada una de sus pruebas. El oficio ha estigmatizado su cuerpo y ha tatuado su alma. Es un hombre lacónico, insociable, amigo de estar en los corrales rodeado por los redomones y no en las ruedas gárrulas del fogón. Una vez vencida la salvaje resistencia del animal, y sólo entonces, se dedica a amansarlo, a enseñarle los aires de marcha, a ablandar su boca, a pechar, a rayar, a cortar chiquito, a escarcear, a obedecer señales secretas. La doma inicial es un acto de dramática violencia, pero no definitivo. El adiestramiento, obra de perseverancia y sutileza, consume las jornadas pacíficas del domador. Al caballo se le habla, se le acaricia, se le adoctrina en las fintas del rodeo, en los silogismos de las pencas, en el galope como tabla de los juegos de sortija, en el sobrepaso rendidor y descansado, en el trote chasquero para las marchas forzadas, en el caracoleo elegante que emboba a las chinas.

El domador está siempre entre sus caballos, a los que quiere y comprende. Un día serán de otros, pero mientras tanto le pertenecen en sangre y espíritu, en fogosidad y ternura. En la etapa puramente agonal, el desbravador es una expresión de la prepotencia humana; en la etapa persuasiva es un dechado de inteligencia, de pulcritud, de imperiosa sabiduría, de paideia delicada.

Los estancieros lo respetan; los hombres lo admiran; las mujeres lo contemplan, allá en el fondo de los potreros o en la polvareda de los corrales, como un semidios atareado y sudoroso.

Cuando llega a la vejez el domador tiene varios huesos rotos, soldados por curanderos montaraces; sus piernas en arco, hechas al lomo de los potros y al apretón agresivo son torpes para la marcha apeada: consciente de su aureola de respeto y prevalencia, habla lo imprescindible, con tono sentencioso y lenta voz masculina.

El domador se aquerencia en la estancia. No tiene la inquietud del camilucho contrabandista ni del gauderio errante porque se siente poseído por su vocación y sus menesteres; no cabalga en extensión sino en profundidad, en vivencias y en alegorías.

El indio, que es "infiel" e hijo de los desiertos, lleva los caballos tras su aduar vagabundo; el domador gaucho, que es "crestiano" y descendiente de europeos amasados por la conjunción de lo dionisiaco y lo apolíneo, va a buscar los caballos a la remota marsupia de los



campos y proclama su calidad dominadora quebrando el orgullo de los potros en agrio y enconado duelo cuasi hegeliano, pues yergue frente a las esencias de la Naturaleza las categorías del Espíritu.

En el X canto de la Vuelta de Martín Fierro, éste describe cómo los indios pampas adiestraban a sus cabalgaduras. La etapa de la doma violenta no existe en las tolдерías: la doma y el adiestramiento forman un solo proceso atado por el largo sobeo de la paciencia.

*Pa quitarle las cosquillas  
con cuidao lo manosea;  
horas enteras emplea,  
y, por fin, solo lo deja  
cuando agacha las orejas  
y ya el potro ni cocea.*

Esta técnica de ablandamiento se opone a la del choque furioso. Revela otra concepción de la vida, otro acatamiento a los ritmos cósmicos. El indio no es un conquistador del paisaje, es un elemento del mismo.

*Jamás le sacude un golpe  
porque lo trata al bagual  
con pacencia sin igual;  
al domarlo no le pega,  
hasta que al fin se le entrega  
ya dócil el animal.*

Martín Fierro reconoce que su estilo es otro pero admite la superioridad pragmática, aunque no esencial, de este método:

*Y aunque yo sobre los bastos  
me sé sacudir el polvo,  
a esta costumbre me amoldo;  
con paciencia lo manejan  
y al día siguiente lo dejan  
rienda arriba junto al toldo.*

El combate con el animal, cuando se cumple sin subterfugios, cuando se vence el ardor del instinto con el ademán enjuto de la inteligencia, es ponderado por todo gaucho. Pero Fierro condena, y con razón, a los que usan artimañas de mala ley:

*Muchos quieren dominarlo  
con el rigor y el azote,  
y si ven al chafalote  
que tiene trazas de malo,  
lo embraman en algún palo  
hasta que se descogote.*



*Todos se vuelven pretextos,  
y vueltas para ensillarlo;  
dicen que es por quebrantarlo,  
más comprende cualquier bobo  
que es del miedo del corcobo  
y no quieren confesarlo.*

La apología del domador cabal no se hace esperar:

*Aventaja a los demás  
el que estas cosas entienda;  
es bueno que el hombre aprenda  
pues hay pocos domadores  
y muchos frangoyadores  
que andan de bozal y rienda.*

*lingua general*

Hay pocos domadores. Esta es la verdad. Jinete es una cosa y domador es otra. El domador conoce la *lingua geral*, hoy perdida, de los primeros días del mundo, la caricia exacta, el vértice donde coinciden la ira desatada y el señorío del espacio. Pero sabe conservar, frente al reino del irracional, frente al puro ser de la bestia, el existir y el consistir del hombre.

Y aquí reside el sentido ontológico de su tipo. En este afán de servir de otros seres y de otras cosas patentiza el espíritu de Occidente, resume el drama milenario de la criatura angustiada y metafísica que construye ciudades, que pulveriza montañas, que regula los ríos y que se yergue, ~~como en el Génesis está escrito~~, sobre los demás vivientes para cumplir su destino despiadado y hermoso de taumaturgo y creador.

Desde los siglos heroicos de Héctor, el domador de caballos, el más grande de los varones de la Ilíada, que temblaba ante la muerte sin dejar de marchar a su encuentro, domar y domesticar son dos acciones complementarias.

Domar es someter las bestias al *dominium*, al poder y a la propiedad del hombre; domesticar es allegarlas al *domus*, a la casa del hombre.

Por eso el domador vernáculo, figura que felizmente pervive y que todos admiramos, es algo más que una anécdota, como lo pretenden los quisquillosos apoderados de la tradición, los sedicentes conocedores de las cosas terruñeras.

El domador se convierte, al ser contemplado bajo la luz de la comprensión, <sup>filosofía</sup> de la *Verständnis*, en una figura llena de alusiones, cargada de sentidos, palpitante de esencias. Deja de pertenecer al espacio y se evade del tiempo para convertirse en una de las ventanas por donde la humanidad avizora el resplandeciente cielo de los símbolos.







## EL MONTARAZ

Uno de los signos distintivos de este siglo es su preocupación por el hombre. En el orden científico y en el orden filosófico el tema del hombre, como lo llama Julián Marías, golpea con nudillos perentorios sobre la puerta de las inquisiciones. El existencialismo de Jaspers, de Heidegger, de Sartre o de Marcel plantea angustiosamente los problemas del ser en sí, del ser en el mundo, de la calificación ontológica de la vida humana. Y en el ruedo de las ciencias, la antropología cultural, la geografía y la ecología humanas, la psicología y la sociología tratan de edificar sus claustros conceptuales disputando a veces la posesión de los territorios limítrofes y coincidiendo siempre en su vocación por la intimidad mental, las obras y las sociedades del hombre.

Hemos perdido, desdichadamente, la concepción estética de lo humano que distinguía a los griegos; nos hemos liberado, felizmente, de la concepción agobiante de lo divino que subyugaba a la Edad Media; ahora preguntamos sobre nosotros mismos con audacia y desvelo, procurando interpretarnos como conciencias y esencias, buscando nuestro modo de ser entre los demás seres de lo circunvalante. Nuestro mundo rural merece un análisis pleno de simpatía y rigor, para que entregue también, desdeñada la hojarasca adjetiva, la flor legítima de su originalidad y el áspero perfume de sus valores humanos.

Y es en los tipos o, mejor, en los prototipos idealmente calificados, que los caracteres históricos, psíquicos y culturales de nuestro hemisferio campesino se encarnan con poderosa elocuencia y palpitante espontaneidad.

Un espécimen raramente mentado y casi desconocido, quizá por su humildad y carencia de genealogía hazañosa, es el montaraz, el hombre de los bosques.

Al definir las formas capitales de la *autecología* humana nacional, es decir, de las relaciones recíprocas del hombre y el medio ambiente, se habla con exclusiva polaridad de la vida en los campos y la vida en la ciudades.

La vida en los campos pone al hombre en estrecho contacto con la tierra, con el cielo, con el pasto, el ganado y el cereal, con los es-



pacios originales, con las fuerzas desatadas de los elementos; la vida en la ciudad —léase Montevideo *in petto*— lo sujeta a los ritmos mecánicos, a los ambientes artificiales, a los microclimas, a la fabulación y confabulación de la técnica.

Pero hay un pequeño sector de seres que no viven bajo la bóveda abierta de los cielos ni en las colmenas arquitectónicas de la ciudad. Son los leñadores, los carboneros, los cazadores furtivos, los que han elegido el sombrío seno de los bosques por perpetua morada. El género de vida de esos silvícolas origina, espiritualmente, una forma de vida y condiciona, económicamente, un nivel peculiar.

Para caracterizar tipológicamente a los montaraces asomémonos por un instante en sus botánicos refugios y veamos cómo transcurre la existencia individual y social de estas aisladas sí que extrañas criaturas.

Fue en el cálido regazo de los bosques donde nuestros simiescos antepasados iniciaron el ciclo de la orgullosa estirpe humana. Nada hacía suponer entonces que esos velludos y desamparados arborícolas se convertirían al transcurrir cientos de miles de años, en los amos del planeta. El *Pithecanthropus erectus* de Java, el *Africanthropus njarensis* y el *Sinanthropus pekinensis* encienden la lámpara de los homínidos en tres distintos habitats —Indonesia, Africa y China— e inauguran la etapa primitiva de la vida social.

El Génesis bíblico, a su vez, empleando un paralelismo intuitivo, se complace en ubicar a la pareja inicial en un bosque paradisiaco regado por cuatro ríos y provisto de dulces bayas para que Adán y Eva pudieran vivir sin penurias ni sobresaltos.

El bosque, en efecto, ofrece al hombre alimento, defensa y abrigo. Sus árboles son refugio aéreos que hurtan el cuerpo a los colmillos de las fieras; las ramas convertidas en garrotes son las primeras armas del hombre de la aurora; las hojas son la primera techumbre y el primer lecho; los frutos, raíces y cogollos tiernos son los manjares iniciales.

Hombres de los bosques, muchos milenios después, se constituyen en los mensajeros de nuevas formas de pensamiento o de convivencia. Los germanos salen de las selvas que atemorizaban a Tácito, el meridional, para sojuzgar con ímpetu juvenil al imperio romano, corrompido por el gusano de las ciudades; y los filósofos indostánicos, sumergidos en un océano de árboles y bejucos, dan vida a sistemas penetrados por un soplo de vegetal grandeza.

Y nuestros montaraces también, en una escala mucho más reducida y modesta, configuran una especial modalidad biológica y sociológica digna de ser estudiada e interpretada.

El bosque uruguayo es breve y menguado. Es, si cabe la metáfora, el doble y fino labio que aprisiona la sonrisa de los ríos y arroyos. En las sierras, lejos del agua, el árbol se empequeñece de tal manera que casi se transforma en un arbusto de aspecto achaparrado, en una caricatura de árbol. Por su parte los bosques fluviales no son espesos. Forman cintas al borde de las corrientes y sólo en las confluencias al-



canzan, o alcanzaban, entidad selvática. Pero si el bosque criollo no es dilatado es en cambio denso, impenetrable, agresivo. Los árboles son retacones, de tronco atlético y bronceado; las hojas, pequeñas y relucientes como alas de "guitarrero"; las ramas, erizadas de espinas urticantes; las maderas, perfumadas y espesas, nudosas y fornidas. Son bosques nacidos con vocación pétrea, bosques que no se mecen bajo el viento, bosques rígidos como el gneis o el basalto que se entreabre y se estrema bajo las raíces minerales. Son, en suma, bosques carboneros, de sustancia prometeica, de fuego escondido, de llama íntima y brasa tenaz.

Y es en esos hogares umbrosos donde el montaraz asienta su hongo humano. Vive allí con su familia, segregado de la vida social del contorno, ajeno al cielo infinito y al campo inmenso. Por fuerza conoce a la naturaleza de manera capilar y casuística. Compenetrado con la existencia de la planta y del animal, dialoga diariamente con las voces de la madrugada y del crepúsculo, con los seres elementales de la madera, del barro y del agua.

El hombre de las cuchillas sólo ve la órbita azul del espacio y las ondulaciones del campo verde, contempla las cosas desde afuera, desde la torrecilla semoviente de los galopes, desde los reinos del aire y del pasto. Capta la sinfonía de los conjuntos y no repara en los detalles. Rueda sobre el rostro de los paisajes e ignora las vísceras alucinantes de los mismos.

El montaraz, en cambio, descubre las cosas por dentro, contempla el mundo del espacio desde las ventanas de su capullo de celulosa y clorofila, desde la crisálida del tiempo. No ve paisajes sino pequeños frisos animados y significativos. Es un sedentario anterior al labrador. No está atado por el húmedo hilo del surco a la entraña de la tierra; su estado precede al pastoril y al agrario, a la edad de los caballos y de los arados. Su visión es restringida pero va a la médula de lo creado. Los árboles no le dejan ver el bosque pero sabe como son los árboles, y en cada árbol, en cada fragmento de naturaleza, en cada cosa singular, aprisiona, merced a una inducción heroica, la totalidad del cosmos. Desde niño ha convivido con el misterio y no le teme. El bosque es un amigo. la soledad no existe.

Por las madrugadas escucha el despertar de los pájaros, la consagración musical de la vida. Silba el boyero junto a la media nigromántica de su nido; redobla el fino tamborcillo del chingolo; chispea la viudita; improvisa el cardenal un himno de alabanza; la calandria derrama su miel quejumbrosa; hunde el picapalo su piqueta de escándalo en la madera del día; crepita la fogata de los zorzaes; se estrema la selva entera cuando parte el ejército gris de las torcazas. El montaraz conoce como nadie esta familia de cantores. Sabe en qué remotas horquetas se esconden los nidos, distingue los matices tornasolados de cada plumaje, conoce las costumbres de cada pájaro, las variaciones de cada trino, las alegrías y las zozobras de sus alados compañeros.

Luego vienen los trabajos: el hacha, la pira el fuego secreto que purifica sin consumir, el carbón tierno como un oscuro pimplito de



deseo. Dura y fatigosa tarea, sin posibles aliados ni animales coadyuvantes. El ganadero trabaja intermitentemente, a horcajadas sobre su caballo; el labriego guía el arado, detrás de los bueyes parsimoniosos. Pero el montaraz sólo cuenta con sus músculos, con sus brazos, con su torso de Hércules silvano. Golpea y golpea toda la jornada, hinchada las venas del cuello, pegado un mechón de pelo en la frente enrojecida, húmedo y palpitante todo su cuerpo, insensible su osamenta al oxidante vapor de la umbría.

Golpea y golpea, escupe sus manos como garras, entrecerradas de asir continuamente el cabo del hacha, amarillentas y almohadilladas de callos por dentro, brillantes por fuera como dos rocas de granito pulidas por los besos del río.

Hace una pausa luego. En su rancho ruinoso hierve una olla colmada de zapallos y boniatos, frutos del sumario huerto familiar que prospera en un calvero de la floresta. Sobre los rescoldos se doran dos bagres bigotudos pescados por el más pequeño de los hijos. Unos choclos asados muestran sus dientes de ámbar y caramelo entre los jirones del humo. La pava barbota y rezonga. El mate aguarda. Es el mediodía del montaraz, que le brinda al fatigado leñador sus dones sencillos.

Durante el verano la siesta es un ritual en el bosque. Todo duerme o se aletarga en la pausa de la prima tarde. Las tarariras de lomo negro semejan submarinos varados en la orilla. La garza mirasol, el faquir excéntrico de la gran pajarera, se inmoviliza en su éxtasis, contemplando con desesperante impavidez la roja bola que achicharra a los animales y a las plantas. El gato montés morronguea y se relame en las altas ramas; sueña tal vez con los pichones de la paloma rastrojera. El lobito, rodeado de esqueletos de bogas, derrumba su torpedo de ébano bajo la sombra de un viraró. El carpincho suspira entre las cortaderas y guiña sin cesar sus ojuelos mongólicos. La nutria nada con lentitud, resoplando, lánguida como una sirena color tabaco, reluciente como una gota de aceite almizclado. El osito lavadero afila sus uñas en las raíces, de panza al sol, siguiendo con su hocico los arabescos de los alguaciles. Y en el mundo aéreo zumba también el trompo de la pereza. Encaramada en un laurel, la chicharra raya con su púa el disco de las horas; sopla el mangangá colorado su gaita peluda; la avispa de cintura esbelta bebe agua desde la balsa de un camalote, moviendo su abdomen con ritmo de badajo.

A veces el montaraz no sestea. Con una fija de tres dientes lancea a las tarariras que navegan entre dos aguas o con un alambre rematado por una figura en forma de ocho chicotea a las ranas que, agonizantes, caen en el vientre de una arpillera sombría.

La tarde lo encuentra nuevamente en sus menesteres, despertando los ecos del monte al compás del hacha, tumbando coronillos, mataojos, molles, algarrobos, curupíes y guayacanes. Abate los árboles sin advertir el mal que causa. Esa es su tarea. Tarea ciega, indiscriminada, de vándalo forestal. Debe vivir y vive de la muerte de sus her-



manos hermosos, de la incineración de los grandes troncos pujantes, del sacrificio de las ramazones que dan frescura, sombra y amparo, del agotamiento de las raíces que cohesionan la tierra, de la asfixia de las hojas que endulzan el clima. Pero el montaraz no sabe absolutamente nada de política agraria, ni de la necesidad de preservar los recursos naturales. Es solamente un individualista que cumple con su misión y sostiene a los suyos.

Por la noche un mundo se recoge y otro comienza su ronda de lucha y supervivencia. El montaraz adivina esa hora solemne. Escucha el quejido cabalístico de los troncos que pronuncian las palabras rituales de la madera, los conjuros de la savia, el sésamo ábrete de los encantamientos. Enciende entonces el ñacurutú el dos de oro de sus ojos; la anguila se desliza bajo las aguas oscuras veloz como un venablo; el murciélago persigue a los mosquitos con vuelo de pájaro epiléptico; los capibaras trotan en fila india, siempre por la misma senda, en busca de los pastos jugosos; las arañas tejen sus ñandutíes bajo el vaho del rocío. Voces y ruidos imperceptibles durante el día se adueñan de la selva aparentemente dormida y deletrean el abecedario fantástico de la audacia y el miedo. El montaraz está en el centro de ese balbuceo cifrado y angustioso. Oye el graznido de la pava que sucumbe bajo las garras del gato de monte; sabe cuando el aperiá chilla por última vez entre los dientes del hurón asesino; lee los sueños de los pájaros en el pío que cae desde los nidos, como una gota de música asombrada; siente el sigiloso reptar de la víbora que cruza desde los fachinales a las maciegas y presiente el rumbo de sus anillos livianos, de su cabeza triangular, de su tatuado cordón de terciopelo.

Cuando la luna llena levanta su pandereta de zinc y el río entero resplandece, el montaraz coge su viejo winchester, se embarca en su chalana tosca y protegido por la orilla de la sombra navega hacia las islas donde los lobos celebran sus citas de amor, hacia las picadas de los carpinchos y las rondas nupciales de nutrias. Pese al estricote de la jornada el montaraz tiene buen ojo y pulso firme. No malgasta balas. Cada disparo es una presa segura. Y luego mercará las pieles al bolichero, clandestinamente, y, a cambio de ellas, pedirá yerba y fideos, tabaco y farinã, caña y rapadura.

El montaraz es el parásito humano de nuestros ya menguados bosques. Es recoleto por su oficio y huraño por su temperamento. Tiene la sensibilidad de la planta y la astucia del animal. Habla poco, menos aún que el paisano ganadero. Sabe muchas cosas sin tener conciencia de su sabiduría. Vive asido a un mundo múltiple, inmediato, tangible, plástico, que lo embiste con su presencia táctil y olfativa, con el látigo de las lianas, con las plumas de las aves, con las escamas de los peces, con la quitina de los insectos, con el mero-deo familiar de los mamíferos.

En la honda y recatada marsupia del bosque el montaraz nace y crece, ama y trabaja, padece y muere. No puede adaptarse a otro tipo de vida. Es el escalón intermedio entre la gracia del instinto y la flor de la inteligencia. Acrece su condición de hombre con el se-



creto de la vida primera, de la protocosa esencial, de la identidad fraterna entre la piedra, el árbol y la bestia, entre la lombriz y la estrella, entre lo animado y lo inanimado.

Barbudo, hirsuto, sudoroso, con olor a humo y a zorrillo, conmoviendo a las frondas con sus hachazos, ahuyentando a los picaflores con sus hogueras, crucificando a las nutrias con sus balas, chapaleando en el barro legado por las crecientes y las lluvias, coronada su cabeza con alas de mariposas y patas de hormigas, desgarrada su ropa por los puñales de la maraña, el montaraz es el personaje elemental por excelencia de nuestra tipología campesina. Su vida entraña una forma religiosa de comulgar con el universo sin otras oraciones que las del llanto y la risa. En su panteísmo ingenuo palpita la unidad primordial de los seres y las cosas. Todo lo exterior a sus bosques le es extraño pero sin salir de ellos intuye el camino prodigioso que une la materia con el espíritu, el alma con la naturaleza, el absoluto presente con la absoluta eternidad.



## SOCIOLOGIA DEL CAUDILLISMO

*"Allí donde un caudillo levantaba el poncho  
allí estaba él, apeliando el cuero..."*

*(El Viejo Pancho)*

Todos los uruguayos que van a Europa retornan repitiendo una misma cantilena desolada: no nos conocen, nos confunden con los paraguayos, creen que el país es una provincia argentina...

Ante este treno una y mil veces repetido, yo pregunto: ¿Es que los uruguayos nos conocemos a nosotros mismos? ¿Es que le hemos tomado el pulso histórico y geográfico a la República? ¿Es que hemos integrado en un solo órgano conceptual y sentimental la diástole urbana y la sístole campesina del corazón de la patria?

Para mí, la ignorancia en que nos tiene Europa no es motivo de desconsuelo. Y sí lo es que nos empinemos en puntas de pies y vanamente gritemos para que nos oigan del otro lado del Atlántico, sin haber indagado previamente por las claves soterradas de lo nacional.

Hablarles a los europeos de nuestra sabiduría, de nuestra sensibilidad, de nuestra inteligencia, es llevar piedras al cerro. No nos escucha Europa, y con razón, pues vive rumiando como una vaca sagrada problemas milenarias y planeando evasiones espirituales — dadaísmos, surrealismos, existencialismos — que no hacen más que confirmar su vetustez.

Mi confianza de uruguayo no nace de lo que en París o Roma sepan de mi pequeño terruño, sino de lo que yo sé de sus posibilidades y de sus limitaciones, de sus lágrimas y de sus risas, de su verdad y de su fantasía.

Nuestra plenitud íntima surgirá después de comprender quienes somos, cómo somos, de dónde venimos y a dónde vamos. La insatisfacción realmente fecunda es la que provoca interpretaciones vitales en vez de onerosas propagandas turísticas.

Uruguay no es solamente Montevideo, ni el Estadio Centenario, ni Punta del Este. Es algo más: algo más hondo, más puro y recatado, más potente y elemental. Pero nosotros desestimamos a este Uruguay



sustantivo y adoptamos posturas europeas sin antes ser cabalmente americanos. ¿Es necesario decir que esta hibridación, que esta renuncia interna es peor que el desconocimiento en que nos tiene el extranjero?

Vivimos así entre dos aguas: allá nos niegan la superficie de la notoriedad y aquí nos evadimos de los fondos de la autenticidad.

Por estar al día con Camus, Moravia y Arthur Miller, por concurrir febrilmente a las exposiciones y a los conciertos, sean de la laya que fueren, olvidamos que la cultura es decantación de esencias propias y no torbellino de presencias ajenas. Y sobre todo olvidamos que hay una tradición que nos reclama, un pueblo que nos confirma, un territorio que nos sustenta.

El montevideano, el hombre del cinematógrafo, de la playa y del asfalto, nada sabe de los humildes poblados y empeñosas ciudades de la República, nada de los paisajes interiores de planetaria y serena docencia, nada de las almas rurales que vibran en los pagos lejanos como las tensas cuerdas de la soledad.

Resignémonos a vivir ardientemente nuestro destino: somos todavía geografía, somos aún el épico resuello de la historia, continuamos atados a la tierra por un cordón de músculos y sangre.

Debemos crear una cultura propia, original. La cultura — en el sentido filosófico y no en el antropológico — es la gota de miel de un higo madurado lentamente: el higo helénico, el higo romano, el higo español.

Nosotros no hemos sazonado aún, pese a Rodó y a Herrera y Reissig, bellas almas transplantadas; necesitamos releer el mensaje de Horacio Quiroga, cósmica alma incomprendida; algún día abandonaremos el mester de novelaría que nos conturba para hundirnos en la noble austeridad del pensamiento propio.

Y bien: seamos jóvenes; no nos apresuremos a ser viejos. Estamos más cerca de Pan que de Fausto; nuestra Tebaida se dilata en las cuchillas y no puede ser importada de la Sorbona, Pavía o Heidelberg.

El sudamericano es, quiéralo o no, una criatura alveolada en un escenario clamoroso, en un continente torrencial; podrá ser engañado a veces por la teoría de sus ciudades pero será corroborado siempre por el telurismo de sus campos.

Antes de hablar del caudillismo, quería consignar lo apuntado en el parágrafo anterior porque la miopía urbana — Sartre diría *la mauvaise foi* — lo ha despreciado antes de comprenderlo, lo ha rechazado con vergüenza mestiza, lo ha calificado como producto de la barbarie y rémora de la civilización.

Contemplemos las cosas de cerca para ver cómo son y no cómo se quiere que sean. En el principio de todo está el fenómeno universal del mando, con su anverso de autoridad y su reverso de subordinación.

Estrellas dictatoras nos gobiernan, dice León Felipe en "*La Insignia*". Y así es. La fuerza o la inteligencia, el *pathos* o el *logos*, se



personalizan en hombres cenitales que atraviesan la historia con resonantes pasos o con dulzura persuasiva. Cesar y Moisés, Atila y Marx, Napoleón y Pedro el Ermitaño, fueron caudillos, cabezas de pueblos, líderes de ideas, águilas de ejércitos. Los jefes militares prevalecieron por la espada; los religiosos, por el verbo apocalíptico; los ideológicos, por la pluma sutil. En los tiempos rigurosos y andantes, el conductor confraternizó con su hueste; en las edades racionales y apacibles, el dirigente rigió los destinos públicos desde la Casa de Gobierno. En el primer caso, las relaciones directas, *face to face*, impusieron las aureolas carismáticas del prestigio individual; en el segundo, las relaciones indirectas originaron la prevalencia de los ideales sobre las personas. De tal modo, unos dijeron "L'Etat c'est moi", y otros "La ley es la autoridad suprema". Pero cuando llegó la hora del Macístrom, del hundimiento de las instituciones, las leyes se salvaron o perecieron en las alforjas de un personaje providencial. El liderazgo, pues, está implícito en la condición humana. Mandan los hombres escudándose en las ideas o mandan los ideales encarnándose en los hombres. Pero de una o de otra manera, vamos tras las huellas de los héroes o de los santos, de los gobernantes ejemplares o de los demagogos capciosos, de los Pericles o de los Tamerlanes.

En el Río de la Plata, durante las épocas fermentales de la emancipación y del nacimiento de las repúblicas, el liderazgo rural fué ejercido por los caudillos. Caudillo viene de *capdellus*, que significa cabeza en bajo latín, y el caudillo es, en efecto, la cabeza visible del fragmentado y vehemente cuerpo campesino. Es el alma primitiva que delibera y el brazo fuerte que ejecuta, el *pater familias* de su grey y el lobo de la grey ajena, el diputado natural de las cuchillas que subroga al diputado legal de la ciudad.

Lucas Ayarragaray en su libro "*La Anarquía Argentina y el Caudillismo*", ha fustigado duramente, con saña de universitario cosmopolita, la apasionada figura del caudillo.

El caudillo, para Ayarragaray, conjuntamente con la montonera y la asonada, es el órgano propio de las actividades forjadas por el desorden. Es una aleación de encomendero hispánico y de cacique indígena, un centauro *gauchacrático* de la mitología nacional. "El caudillo reflejaba sus coetáneos, principalmente la muchedumbre analfabeta y levantisca, y por consiguiente, el nivel medio de las ideas y pasiones de su tiempo. Cada cual se reflejaba en él, se encontraba y se palpaba en él". Es un hombre instintivo, un jefe político elemental, un *primus inter pares*. Pero además es un heraldo y cruzado de la *autonomía*, "constante cavilosidad lugareña y sentimiento tanto más recio cuanto más reducido era el territorio en donde aquel imperaba". Ayarragaray, como un buen urbícula centralista, es enemigo del espíritu provincial o local que, según él, deriva de "la ausencia de las clases cultas y de vínculos comerciales morigeradores de los ímpetus arbitrarios de la barbarie y la ociosidad lugareñas".



El caudillo es, por lo tanto, un mandón ensimismado o avieso, con sueños desmesurados de dominación, poseído por ideas únicas, animado por el concepto heroico, casi místico de su deber. Toma como ejemplos a nuestro Artigas (!), a Facundo Quiroga, a Ramírez, a Rosas, "verdaderos azotes de Dios". "¡Sólo la ignorancia es fervorosa y, por tanto, violenta! ¡Bienaventurados los simples de corazón y de espíritu, porque ellos son los pujantes!" Así cierra su juicio lapidatorio el universitario, el escéptico, el europeizante tratadista argentino. Y así continúan juzgando a los caudillos la mayoría de los hombres cultos de la cuenca del Plata. Hechos nacionales recientes, confirmaron que Rivera y Lavalleja no son personas gratas a ciertos universitarios locales. Aquellos abuelos que manejaban trabucos y no libros, que exponían el cuero a la chuza y a la bala en vez de hacer tertulias de café, son menospreciados por la orgullosa suficiencia intelectual del principista, del legalista, del constitucionalista. No porque éstos sean incapaces de heroísmos, sino por incompreensión del montaraz heroísmo de los demiurgos de la patria y de las divisas.

Alberto Zum Felde, fué uno de los primeros que entre nosotros formuló una exacta interpretación del caudillismo. En su "*Proceso Histórico del Uruguay*" — libro que deberían leer obligatoriamente todos los uruguayos, hontanar perpetuo de aciertos e iluminaciones — dedica páginas vigorosas, expresivas y sagaces a la *etiología* de este fenómeno social rioplatense. "El caudillo es un gaucho como los demás, por sus sentimientos y hábitos, pero más inteligente, más enterado, más enérgico, más emprendedor; su prestigio le viene de la superioridad de sus condiciones respecto a la masa. El gauchaje deposita en él su confianza política; es una delegación de soberanía hecha de modo tácito; sabe que donde está el caudillo está su causa. Si él se levanta le siguen; muchos no saben bien por qué pelean, pero están con su caudillo, y, por tanto, están donde deben estar. Cada pago tiene su caudillejo, cada región o conjunto de pagos su comandante a que responden los caudillejos; el país o conjuntos de regiones, su caudillo nacional, al que responden los otros caudillos menores. Este caudillo nacional es el verdadero jefe del país, en él residen la autoridad y la fuerza".

El caudillejo del pago es generalmente propietario de hacienda o jefe de milicias; los caudillos departamentales o regionales son estancieros fuertes — coroneles o generales a dedo — que visitan a menudo la ciudad y "tratan al doctor con campechana superioridad y al gaucho protectoramente"; el caudillo nacional se levanta por encima de todos con caracteres propios. "Gaucho por su compenetración con la vida interior es político por sus vínculos con la ciudad; y está, mitad en la ciudad y mitad en el interior, participando de ambas entidades y sirviendo de unión entre los dos elementos". "Para dominar a la ciudad tiene la fuerza del territorio y ante el territorio tiene la representación de la ciudad. El trata con los negros candomberos y con los diplomáticos de Europa, es amigo de los indios y discute con los doctores, toma



mate con las comadres de los ranchos y tiene de secretario a un personaje de abolengo". "El gaucho no responde al *dotor* de cuya prosa leguleya desconfía, y el doctor no entiende al gaucho, que le parece un despreciable bagual. El caudillo nacional es el gauchidoctor, el estanciero-general, el vaqueano-político, el diplomático-domador..." "Lo que le diferencia de los políticos de la ciudad es que tiene el prestigio en la campaña que éstos no tienen; lo que le distingue de los caudillos locales es que se eleva al concepto de la política nacional que no tienen aquellos".

Esta es la correcta visión del caudillismo según el agudo juicio de Zum-Felde.

Tentemos ahora nosotros una breve caracterización sociológica de este prototipo de la mentalidad nacional.

En primer lugar el caudillo es un producto campesino: la ciudad, refinada y cínica, amiga de los zorros y no de los leones, tiene por este motivo dificultades para comprender su agreste idiosincrasia.

En segundo lugar el caudillo es un producto social: su presencia no responde al capricho de un capitanejo que se autoproclama señor del contorno sino a un proceso de psicología colectiva y a un comunitario instinto de conservación. Y en tercer lugar el caudillo es un producto histórico. Fecundó y conmovió largos períodos de nuestro pasado para desaparecer luego ante nuevas formas de convivencia y dominación. Al caudillo montaraz y levantisco sucedió el caudillo manso que Ayarragaray califica de "simulador de la legalidad, de mandón materialista y astuto atrincherado en el fraude, la intriga menuda, la corrupción y el falseamiento de la ley". Y finalmente surgió el demagogo de la palabra envolvente, de pluma corrosiva, de actitud providencialista, de extracción intelectual. Este ya no promete heroísmo sino pan y circo, no libra batallas campales sino torneos oratorios o lides periodísticas.

Dentro del caudillismo de antaño debe practicarse una distinción. Hubo jefes forzosos y caudillos naturales. Unos fueron fruto de la necesidad; otros, de la elección. Son jefes forzosos el hacendado feudal y el comandante cuartelero. Bastará la orden del patrón para que la peonada se "alce" o el grito del "comendante" para que las milicias "salgan a la calle". En estos casos existe una rigidez impositiva, un determinismo fatal que vicia el concepto de caudillismo. Son relaciones entre superiores e inferiores, entre jerarcas y subordinados, entre los que pueden mandar y los que deben obedecer.

Contrariamente, el caudillo natural se adentra en el corazón de los suyos por identidad de espíritu. No hay un dominio de circunstancias sino una adhesión emocional y simpática.

Caudillo natural es Artigas, que se inicia en el conocimiento de nuestro campo ejerciendo los rudos oficios del gaucho y se adueña de las almas por un señorío personal que lo hace primero entre pares. Todo un pueblo lo seguirá voluntariamente. El es el imán, el cerebro



y el músculo de las multitudes campesinas. Su gloria es gloria común y su derrota llanto colectivo, pesar unánime.

Caudillo natural es Rivera, deudo de los indios y compadre de los negros, gaucho entre los gauchos del vivac montonero, tan diestro en la danza de las tertulias ciudadanas como en el requiebro que enciende el corazón de las chinas.

Esta clase de caudillos representa la concreción, el vértice de una categoría vital; ellos encarnan con máxima potencia las virtudes, los anhelos, las inclinaciones y los defectos del alma rústica del pueblo gaucho.

El imperio del caudillo desborda y desdeña la relación obligatoria: es seguido, amado y respetado porque desde adentro, oscura y premonitoriamente, el paisano siente a uno de los suyos, al mejor de los suyos, al arquetipo de los libres hijos de las cuchillas.

Además el caudillo es un personaje activo, dinámico. Recorriendo incansablemente el campo, pernoctando en los humildes ranchos y haciendo mediodías en los remotos pagos ha dado pruebas de su movilidad y su devoción. No lo han ido a buscar sino que él espontáneamente se ha prodigado, prestigiándose más y más en el ánimo de los suyos. El caudillo es servicial. Sostiene a sus aparceros. El que acude en demanda de cualquier ayuda lo encuentra siempre pronto. Y no lo hace por cálculo. Realiza "gauchadas" porque tal es su temperamento abierto, paternal y generoso. Todo paisano que requirió a don Frutos obtuvo algo: un caballo, un poncho, un puñadito de patacones, a veces nada más y nada menos que un afectuoso consuelo. A todos ayudaba con solidario empeño el caudillo ilustre.

Fuera de estas cualidades íntimas el caudillo fué el emancipador, el primer insurgente, el conductor inicial de la revolución libertadora.

En nuestra patria chica cuando se quiso luchar por la libertad se fué a las cuchillas: valgan la Tricolor, Quebracho, la Revolución de enero.

Como Anteo, el Uruguay se ha agigantado cada vez que se apoyó en la tierra, en la "tierra adentro". Y allí, todavía, arde la antigua llama . . . Pero los ciudadanos olvidan este benemérito fuego. Hasta que un aldabonazo económico nos obligue a mirar de nuevo la campaña y tal vez a pedirle alimentos para el cuerpo magro y consuelo para el alma mendaz.



## REFLEXIONES SOBRE LA HARAGANERIA CRIOLLA

Un hombrecillo que revolucionó la filosofía de Occidente sin abandonar su prusiana ciudad de Koeningsberg, escribió en el último tercio del siglo XVIII que América era el continente de la somnolencia, la patria de la haraganería. Y no satisfecho aún, agregó socarronamente: el perezoso es el animal heráldico de la vida americana.

Si Emmanuel Kant, el europeo, hubiera vivido como los patriarcas del Génesis, habría contemplado los resultados admirables de la diligencia de sus paisanos: una Alemania dos veces desangrada y humillada por la causa del espíritu de empresa. Cincuenta años después que Kant escribiera aquel juicio, un joven naturalista inglés desembarcó en nuestras costas y se internó en el corazón del país. En su diario de viaje dice, refiriéndose al carácter de los habitantes: "Una vez, en Mercedes, pregunté a dos hombres que encontré por qué no trabajaban. Los días son muy largos, me respondió uno; y el otro contestó: soy demasiado pobre". "Hay un número tan grande de caballos y tal profusión de alimentos — agrega el viajero — que no se experimenta la necesidad de la industria".

Darwin es más objetivo que Kant, pero no se olvide que en Inglaterra se originaron la máquina de vapor, la revolución industrial, el manchesterismo económico y el *time is money* ético.

Sea como fuere, las opiniones transcritas señalan lo que el mundo civilizado pensaba de nuestros campesinos y lo que siguen pensando los descendientes de los laboriosos extranjeros afincados en el Uruguay.

Este ensayo pretende rehabilitar al paisano oriental y ponderar las excelencias del ocio. Porque los valores del ocio noble, los valores que crearon las más altas culturas, los valores descubiertos por los dorados zánganos del espíritu fueron, son y serán los únicos caminos que llevan a la sabiduría, las únicas sendas que conducen a la felicidad.

El pastor rioplatense vivía en alianza con la naturaleza. Su economía era cuasi extrativa o, mejor, apropiativa. Una Edad de Oro bárbara colmaba sus necesidades con las primicias de la carne, el amparo de la totora y el atuendo del cuero. No era necesario trabajar. Y cuando se cumplían las ocasionales tareas pecuarias.



*"aquello no era trabajo,  
más bien era una junción",*

según las palabras de Martín Fierro.

El paraíso ecuestre, sin embargo, estaba tatuado con las rojas cicatrices del coraje y la desmesura. Los cuchillos eran más elocuentes que los hombres. Se derramaba la sangre vacuna para el rito biológico de la supervivencia y la humana para el rito psicológico de la varonía. Se abusaba de la fuerza y la destreza; se robaban las haciendas; un vaho espeso de peligro envolvía las serranías del contrabandista y los bosques del matrero. No, aquello no era una condición idílica; pero de hambre nadie se moría. Nada faltaba en el riesgoso solar ganadero: ni la vida ni la muerte violentas; ni la taba ni la guitarra; ni el aguardiente ni el sueño; ni el amor ni la guerra. Sólo el trabajo constituía un signo de abyección, un estigma detestable. El trabajo significaba la vida reglamentada, la libertad perdida, el patrón autoritario. El trabajo era el heraldo de la agricultura y del gringo, una yunta de calamidades para el albedrío de los hijos del "país".

Un hombre celoso de sus prerrogativas, un criollo cabal, un gaucho "de lay", no debía, pues, "agachar el lomo", ni sujetarse a ninguna potestad, porque para nadar en la abundancia alcanzaba con que trabajaran los toros, parieran las vacas y engordaran los terneros. Y eso no dependía de la mano del hombre sino de la sonrisa de las gramillas, de la ubre de las lluvias, de la proverbial buena fe de los animales.

El jinete era el amo absoluto de ese mundo propicio; era el señor arrogante coronado por la vincha y cimentado por la espuela; hábil solamente para regir los caballos o para enlazar, supremos lujos de la vida ociosa. Y cuando llegaba el instante del rodeo, de la doma o de la arreada, eran los nobles brutos de abajo y no los brutos nobles de arriba los que hacían el gasto . . . Y antes y después y siempre aguardaban las enramadas fragantes, los boliches umbrosos, los ombúes profundos, las isletas llenas de zorzaes, los grandes potreros bajo la luna, las vihueltas ardientes, los ojos aterciopelados de las *chinas* . . .

El agricultor venido del otro lado del mar, en cambio, como todos los agricultores del universo, no vivió en la naturaleza sino que se enfrentó a la misma. Con la azada o el arado le rogó a la tierra, con el riego le pidió a la planta, con la poda le exigió al fruto.

En el campo agrícola ya no hay jornadas de voluntario solaz, de conversaciones placenteras o de silencios dialogantes más expresivos todavía.

En el campo agrícola no hay pastizales vírgenes, cuajados de macachines y goteados de luceros, sino parcelas domésticas, geometrías sudorosas, cuadrículas abigarradas.

El dinero no se juega más a las patas de un *cebruno* o a los espiones de un *giro*: se ahorra. Las horas no se pierden: se ganan doblando el espinazo sobre el surco. No se pelea a cuchillo: se murmura, se desconfía, se difama. No se arrebatan las cosas a cielo abierto: se plei-



tea. No se canta bajo las madreSelvas: se maldice la suerte aunque las cosechas sean abundantes. No se muere con las botas puestas: enferman los riñones, adviene el reumatismo o revienta el corazón.

Flaubert describió vívidamente en *Madame Bovary* la estampa de una aldeana francesa, aquella Catalina-Nicasia-Isabel Lerroux arrugada cual una nuez, cuyas manos entreabiertas de tantos trabajos padecidos y cuyos ojos, ni tristes ni tiernos sino plácidos e inmutables como los de los bueyes, testimoniaban las huellas de "demi-siècle de servitude", las condecoraciones de medio siglo de esclavitud . . .

A grandes y simples rasgos los mundos del ganadero y del labrador están bosquejados. Pero no quiero hacer historia sino intentar una filosofía.

Las preguntas son éstas: ¿cómo calificar el trabajo y el ocio dentro de las actividades humanas? ¿En qué forma ocios y trabajos se oponen o complementan en la estancia patriarcal?

Escribía Saint-Hilaire en su "Voyage", allá por 1820, al atravesar nuestros campos: "Antes este país era extremadamente rico y una multitud de hombres, la mayoría mestizos o indios, vivían en él sin poseer ni hacer nada. Iban de una estancia a otra, y como una vaca no costaba más que un peso, nadie se resentía por tener en su casa uno más para comer. Muchos venían de Chile o Paraguay para pasar aquí su vida en el ocio llenándose de carne . . . y ni por casualidad les daba gana de trabajar".

Pero yo me pregunto: ¿trabajar para qué? El trabajo que cambia de lugar o de estados a la materia, es un combate, una carga, un castigo. ¿Trabajan acaso el león, la mariposa, la estrella de mar? El trabajo manual menoscaba el cuerpo y embota el alma; el trabajo resquebraja y socaba la bella arquitectura del hombre; el trabajo crea la avaricia, la propiedad privada, la desigualdad; el trabajo es en todas las religiones una maldición divina y en todas las sociedades una cruel necesidad humana.

El hombre trabaja, dice Unamuno en su "Defensa de la haraganería", para liberarse del trabajo; la virtuosidad del trabajo, expresa Bertrand Russell en su "Elogio de la Ociosidad", hace mucho daño al mundo moderno pues el camino de la dicha y la prosperidad está en una organizada disminución de aquél. No nació el trabajo del juego o del ritmo como quiere Bücher, ni de la sublimación de los instintos como prefiere Freud, ni de la magia viril del arado que horada la madre tierra como predica Hahn, sino del hambre, como ha explicado Robert Liefman.

El salvaje posee un instinto "horror laboris". Sólo la necesidad, que tiene cara de hereje, lo impulsó a trabajar.

La etimología de la palabra es más explícita que una larga argumentación e invalida de entrada cualquier retórica laudatoria o cualquier ética justificativa.



En efecto, trabajo viene del latín *trepalium*, un instrumento de tortura formado por tres palos. El *trevagliare* italiano, el *travailler* francés y el trabajar español significan lisa y llanamente torturar. Por eso se habla del "trabajo" del parto, de la tortura del alumbramiento. Por eso un viejo refrán español reza: "Trabajar es la mala ventura, y más si dura". Por eso en el paraíso bíblico y en la Edad de Oro pagana no se trabajaba. Fué la caída del hombre, el deseo de comer el fruto del árbol de la ciencia, lo que le obligó a "ganar el pan con el sudor de su frente" y a la mujer "a partir sus hijos con dolor", es decir, a trabajar en el sentido masculino y en el femenino.

Los grandes inspirados, los profetas ardientes del corazón y la inteligencia: Sócrates, Cristo, Buda, Confucio, Ghandi, no trabajaron; vivieron como los lirios del campo o como los gorriones de la ciudad. Pero tampoco trabajaron los grandes propietarios, los guerreros y los sacerdotes, aunque fueron ellos los que santificaron el trabajo, inventando la moral de la *improba labor* y la técnica del taylorismo.

Bendito sea el trabajo ha exclamado siglo tras siglo el coro de los amos olvidando que el Dios judeo-cristiano sólo había bendecido el séptimo día, el del descanso. Y tanto ama Dios el descanso que milenios antes y después de los seis breves días de la creación fué el más excelso y ejemplar de los haraganes.

No hay nihilismo tras estas paradojas. Sucede solamente que el trabajo, como la riqueza, está mal distribuido en el mundo, y que millones de hombres trabajan para que pocos millonarios ensucien con sus pecados la flor de la tierra.

El gaucha oriental, así como el riograndense, el pampeano y el mesopotámico, intuía todas estas cosas. No quería trabajar para no tener patrones y no quería patrones para no perder su sagrada independencia. No se avenía a empuñar una azada para no envilecer la noble verticalidad apeada o ecuestre del hombre. Si el alimento estaba asegurada por la res mostrenca y la vivienda por el rancho elemental ¿por qué y para qué iba a trabajar?

Era un anarquista a su modo, pero también configuraba un paradigma de plenitud humana.

Era, sobre todo, un ocioso. O si se prefiere un haragán, ya que *faranga* quiere decir ocio en árabe. Era un ocioso como el filosófico ciudadano griego y como el lírico caballista beduino; un ocioso como todo pastor que aprende en sus largas marchas y hondas contemplaciones los secretos del cielo, el lenguaje de las hierbas, las categorías del honor, de la hospitalidad y del heroísmo.

El ocio es el reencuentro del hombre con su alma. No es la siesta de las facultades ni el *dolce far niente* que embota los sentidos. El ocioso, a su vez, es un ser atento, agudo, sutil, en perpetuo estado de gracia ante la naturaleza y el espíritu. Pero el "ocupado" en los diversos grados que analiza Séneca — el erudito, el pisaverdes, el demagogo, el mercador—; el que incendia el ocio con la chispa inquieta



del *neg-otio*, del negocio que lo niega; el traficante de cosas o de ideas; el llamado a sí mismo hombre de acción; el que ambiciona riquezas, mando o notoriedad y "pierde" su divino tiempo interior en lograrlos, ese no escuchará jamás a la salamandra que trina en el fuego, ni al silfo que zurea en el aire, ni al gnomo que forja en la tierra, ni a la ondina que canta en las aguas. El "ocupado" no será nunca un discípulo de Próspero; prefiere ser maestro en las artes de Calibán.

El pastor rioplatense tuvo muy pocos instrumentos para crear una cultura original porque sólo en la ciudad se abre la rosa sistemática de la inteligencia cultivada.

La ciudad engendra al político y al intelectual, que son los polos de la vida activa y de la contemplativa.

La actividad decía Mirabeau el estadista, "que lo puede todo y sin lo que nada se puede, tórnase en turbulencia cuando carece de empleo y objeto".

El intelectual, responde Ortega el filósofo, no siente la necesidad de la acción, la elude mientras puede y se complace en intercalar meditaciones entre el sentir y el obrar. "Esta es su gloria y tal vez su superioridad" — agrega. "En última instancia se bastan a sí mismos, viven de su propia germinación interior, de su magnífica riqueza íntima".

"El intelectual de pura cepa no necesita de nada ni de nadie, porque es un microcosmos".

También nuestro paisano contemplativo fué un microcosmos sin ser naturalmente un intelectual.

Los ociosos en el sentido clásico del término eran los narradores, los payadores, los curanderos y yuyeros, los pozos de la sabiduría gaucha, los dueños del refranero y del elenco metafórico, los depositarios del folklore montaraz.

Los activos u ocupados eran los caudillos, los pulperos, los estancieros, los militares, los mercachifles.

Y los "mal entretenidos", los hombres de acción fermentada, erau los gauchos pendencieros, los tahures, los cuatreros y todas las malas yerbas del hampa rural.

El ocioso tiene el cuerpo descansado y la mente despierta. Podría elaborar un sistema filosófico como Descartes o escribir tantas novelas como Balzac o ser, en suma, tan haragán como Sócrates, que por no tomarse la pena de escribir zumbó como una cigarra razonante en las plazas de Atenas. Pero nada de esto es trabajo. Es creación. Con el espíritu se crean nuevos mundos; con el trabajo corporal sólo se cambia la faz de este mundo antiguo. El gaucho, ocioso juramentado, haragán empedernido, amigo del mate metafísico, del mostrador gregario y de las vidalitas melancólicas, sintió entrañablemente todas estas verdades.



La Edad de Oro murió, dicen los antropólogos, cuando sobrevino la agricultura. Por eso la recuerdan con herida nostalgia Hesíodo el griego, Ovidio el romano y Cervantes el español. Pero el gaucho se resistió a perderla. Fué a las revoluciones al grito de "aire libre y carne gorda" porque prefería la muerte al alambrado, el vivac riesgoso a la cocina del peón, el beso de las lanzas a la férula del mayordomo.

Y así vivió y murió sin doblar su espléndido espinazo masculino. No escribió epopeyas con la pluma sino con la sangre. Fué fiel a un ideal bárbaro en su forma, pero ilustre con su esencia. Porque, al fin y al cabo, el ideal más bello para ociosos y ocupados, esclavos y señores, trabajadores y haraganes, contemplativos y activos, es el ideal de la libertad.



## BIOGRAFIA DEL RANCHO

Hay una secreta afinidad entre la contextura del rancho y la fisonomía geográfica de nuestro territorio. La humilde vivienda rural de los campos uruguayos traduce el encuentro y fusión de dos mundos, el natural que impone los materiales, y el humano que impone las formas; el de la sujeción al pardo imperio de la tierra y el de la evasión lograda merced a la estrategia vital del *homo faber*; el del mimetismo paisajístico y el del pragmatismo social.

En efecto, la presencia del medio se manifiesta en la carne y en el alma del rancho clásico. Las cuchillas insurgentes, que cortan la furia gris de las lluvias con su filoso ceño, parecen prolongarse en el pajizo techo de dos aguas, que las remeda y corona; el bosque nativo, de árboles casi minerales por su aspecto y su entraña, late en los hercúleos horcones que desafían el empuje de los pamperos; la paja del bañado, que entonara vidalitas en los labios del viento, se apretuja en el protector "quincho" de la techumbre; la tierra amorosa del pago, cohesionada por la grama, duerme cortada en panes en la pared maciza; el cuero del vacuno, que rumiaba en las soledades campesinas, cierra como un rugoso párpado la abertura de las ventanas y las puertas; el cemento del "cupí", fabricado por la saliva nigromántica de la hormiga, cubre el piso que barre una escoba de chirca y humedece un rocío de salmuera.

Toda la naturaleza circundante escribe su palabra en la frase arquitectónica del rancho. Y el rancho, traduciendo el estilo del hombre que lo construye y habita, arroja sobre el contorno el crispado guantelete de una vida agreste, bravía, devorada por el inmediato presente, sustentada por una bárbara escala de valores, dinamizada por el zoológico clamor de una sociedad juvenil, conmovida por la épica de la ganadería, por la lírica de los payadores y por la magia nocturna del fogón.

El rancho es una vivienda primitiva, elemental, sumaria. Está en la misma categoría que la *barraca* valenciana cuyo techo de paja hace pensar a Max Sorre en una carena de barco invertida o en los *mapalia* citados por Salustio; pertenece a esa gran familia de construcciones de



tierra que son el *bohío* del trópico americano, las viviendas de los *fellahs* del Delta del Nilo o las habitaciones de la hoy miserable llanura de Sarón, que ayer alumbrara las rosas del Cantar de los Cantares.

El rancho no flecha el contorno con una voluntad de persistencia, con un afán de eternidad. Nuestro paisano tenía la piedra a su alcance, pero la piedra ha consagrado desde antiguo la vivienda del agricultor sedentario, que funda una dinastía bucólica y reclama la propiedad del solar fecundado por su trabajo y abonado por los huesos de sus antepasados.

El criollo oriental picfirió el terrón, la paja y la madera. Era como los pájaros, volaba de horizonte en horizonte, de estancia en estancia, de pago en pago. Y aprendió de los pájaros, del hornero y del boyero, las artes de una vivienda efímera, sobrepuesta al paisaje como la tienda del nómada.

No quiere el gaucho ser dueño de la tierra que ata sino de la res peregrina, que va *per agrus*, a campo traviesa, enseñando los caminos palpitantes de la libertad. No quiere que su morada sea fortaleza, ni granero, ni arrecife de madréporas humanas que se perpetúan en una parcela, sino refugio provisional, tregua en las travesías, nido de amor que en una generación florece y que en la otra emigra. Por eso el rancho es breve, es pequeño, es oscuro. Ampara solamente el sueño de dos seres en conjunción biológica, la noche tibia del instinto, el rebrote de las stirpes campesinas. La gran vida está fuera de su cubil lóbrego: en la enramada, junto a los ombúes copiosos, bajo los cielos tubianos de nubes o encandilados por el sol.

El rancho no propicia la vida familiar ni la social. En la *isba* rusa, durante el invierno, grandes y chicos se concitan alrededor de la roja alegría del fuego, ven danzar salamandras en la llama, sienten las voces milenarias que estremecían el sueño de Sacha Yegulev. Pero en la templada penillanura oriental impera la ley del cardo: cuando sopla el viento de la pradera vuela la inquieta semilla que no conoce el rigor del hielo que sepulta a la cabaña canadiense, ni las veladas folklóricas que perpetúan a la casa alpina.

El rancho ha conocido un ciclo de gloria y un ciclo de pasión, un período de esplendor y un período de derrota.

El rancho aislado del puestero o el solidario de la estancia patriarcal, el rancho fresco en verano y cálido en invierno, el rancho sencillo y aseado, vestido con polleras de malvones y defendido por árboles fraternos, contempló el advenimiento de un espécimen patológico y lisiado, de un sucedáneo triste y entristecedor.

Hasta el año 1875 los núcleos humanos centrados en las estancias disfrutaban de niveles de vida primitivos pero suficientes: para todos había alimento, techo y vestido. El oasis societario rodeado por el verde desierto gramíneo y cohesionado por un centripetismo patriarcalista, constituía un grupo homogéneo, sostenido por idénticos ideales, semejante a la gens romana o al clan escocés.



Pero tres factores, actuando en distintos tiempos, con distintas intensidades y desde distintos ángulos, van a resquebrajar los valores tradicionales de nuestro mundo rural.

El primero, un factor territorial, fué el alambramiento de los campos, operado entre 1872 y 1880. Por este motivo, el puestero, mojón humano de la estancia, al ser suplantado por el metálico guardián de los potreros tuvo que desaparecer, y con él su familia.

El segundo, un factor económico, hizo que el núcleo gentilicio, cercado por el alambrado, se fuera desintegrando de la periferia al centro. A la diáspora de los puesteros sucedió el éxodo de los elementos anti-productivos. El hijo del estanciero de antiguo cuño baja a la ciudad para "nutrir su inteligencia entre las luces y el ruido" e, imbuído por nuevas ideas de refinamiento y administración racionales, se divorcia del medio vernáculo para abreviar en la fuente de la técnica transmarina. Cuando hereda los grandes fundos trata de hacer producir con ritmo aligerado y eficiente a la preterida estancia cimarrona. Y entonces, sobre el núcleo primario de agregados y puesteros se superpone la segunda tanda, la segunda camada de los futuros rancheríos: hijos, mujeres y ascendientes del peón; gerontocracia mágica personificada por el viejo narrador y conservador de las tradiciones y leyendas; operarios de la faena intermitente; changadores que en sus largos ocios trenzaban tientos o adiestraban gallos de riña.

El tercero, finalmente, un factor sociológico, radica en la transformación de la "comunidad" en "sociedad", tal cual ha teorizado Tönnies.

La comunidad pastoril autóctona se ordenaba conjugando los caracteres fraternales con los paterno-filiales. En ella la tradición y los valores emocionales primaban sobre todas las cosas. El fin y los medios estaban unidos en el acto voluntario de vivir, actuar, amar, combatir, padecer y morir juntos.

Pero en la sociedad sobreviniente el cálculo intelectual de la generación racionalizada de estancieros rompe con las cargas afectivas del medio y con las presiones del grupo igualitario. Fines y medios se escinden: se sopesa el valor de cada medio en cuanto se contempla o no el fin propuesto, que en este caso es la producción sin la retransacción del consumidor improductivo afincado en la estancia. Y así como la comunidad es natural, orgánica y espontánea, la sociedad es artificial, mecánica y forzada.

Cuando a la comunidad sucede la sociedad el peón-compañero se convierte en peón-asalariado; la coexistencia, en conchabo; la estructura social naturalmente integrada, en discriminación mental y económicamente provocada.

Pero entre tanto ¿qué es de la antigua estancia oasis, de la estancia encrucijada vital y meollo clásico?

Estos tres factores la desquician en sus declinaciones humanas, ya que la favorable evolución económica precipita una dañosa involución



social. De comunidad única y patriarcal, centrípeta y organizada, se convierte en sociedad dicotómica con un centro laboral y un cinturón residencial y matriarcal centrífugo, totalmente desorganizado.

Ya la oscura verruga del rancherío afea la mejilla tersa del campo uruguayo.

El rancherío es un conglomerado marginal, un núcleo negativamente determinado. Los centros demográficos se forman por razones positivas, pero el rancherío es un amontonamiento y no coordinación de viviendas, es un satélite residual, una población alveolada en un área impuesta y no elegida.

¿Y qué significa esto? Pues una copia en el terreno de la razón vivienda-medio ambiente del anterior conflicto enunciado entre la abscisa económica y la ordenada social.

El rancherío cae así en tierras fiscales, en la vera mostrenca de los caminos, en el vado de los arroyos, en el retazo moroso de las sucesiones, en los límites de dos o más grandes fundos, en cualquier lugar, y por ende, casi nunca en el sitio propicio. Los rancheríos tanto se achaparran en una hondonada como chapalean en un pantano; los hay con signo fluvial, vulnerados de continuo por las aguas de las crecientes, y los hay de rudo signo terrícola, condenados al yermo cerrezuelo, sin aguadas próximas y de suelo hostil.

El primitivo habitante de nuestros campos, heredero de la pericia geográfica del español, edificaba su rancho cercano a una vertiente y coronando una loma para evitar el holgazán velo de las nieblas matinales. Su descendiente, ferozmente constreñido, debe ahora levantarlo donde el novillo no rumie ni el camino atropelle.

El habitante del rancherío, que se aglutina lejos de las vías de comunicación, y que define un núcleo de residencialismo paupérrimo, sin división del trabajo, sólo puede dar una perentoria respuesta: la dictada por una sociedad tullida y no la propiciada por la sana naturaleza. Y en vez de complementación entre vivienda y medio ambiente hay secesión.

El rancho que caracteriza al rancherío no es el criollo clásico, de robusta pared de terrón, fuertes horcones, bien quinchado techo a dos aguas y discretamente cómodo interior.

El rancho del rancherío es una caricatura constructiva que encarna al hombre y a la vida que alberga.

El hombre del rancherío, en efecto, no es un ser instalado sino un refugiado, no está en el centro de la comunidad sino en el margen.

La vida no se traduce en acción, en iniciativas, sino en vegetación, en pasividad. Allí no se vive, sino que se "dura" . . .

El rancherío es un campamento que ya tiene decenios. Y el rancho, entonces, muestra la huella de lo transitorio, la desnudez del albergue provisional.

Sus paredes rara vez son de terrón. Latas, cartones, maderas, chirca



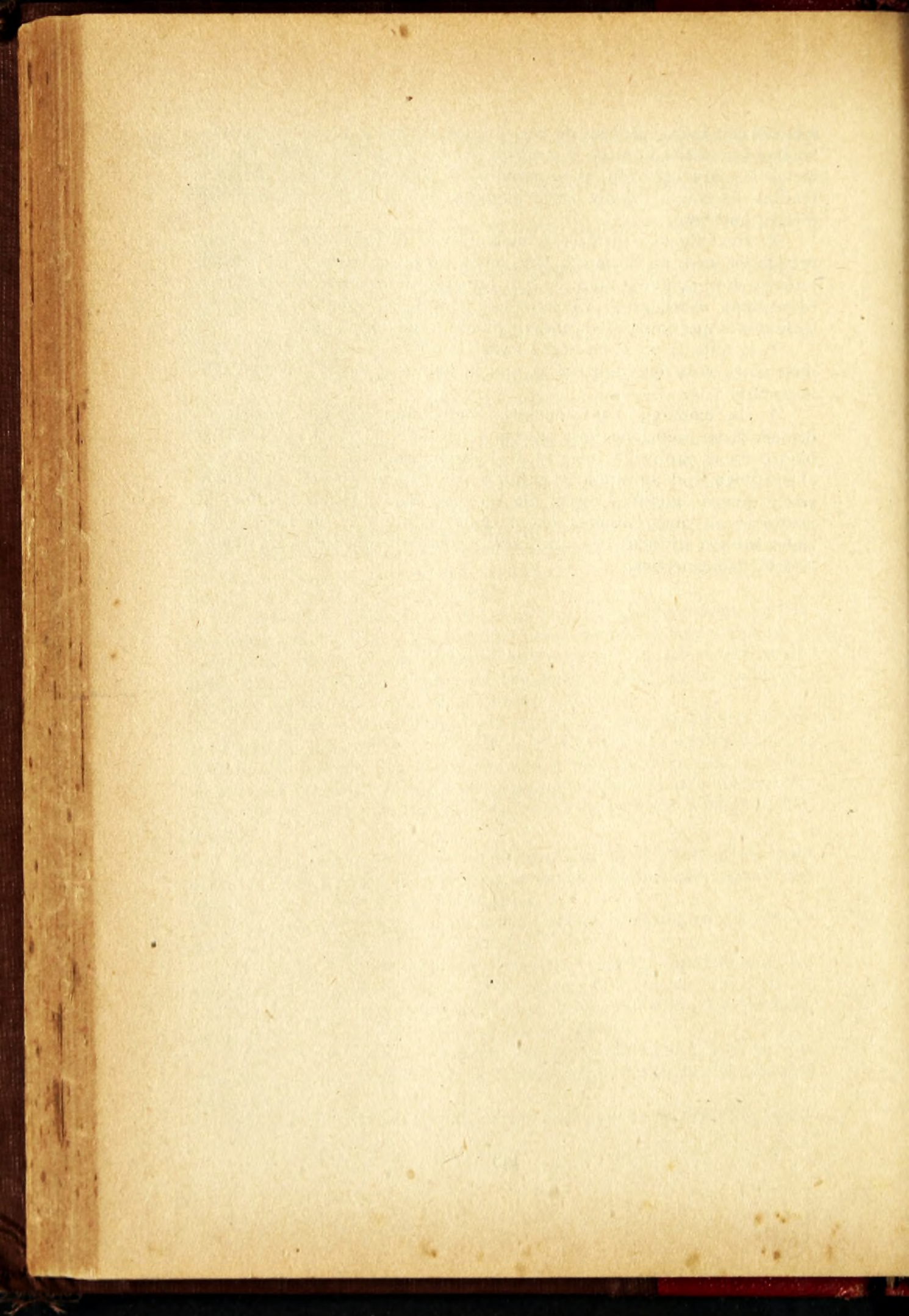
azotada con barro, pedazos de cuero: éstos son los materiales comunes. Su interior, sucio, húmedo y sombrío, semeja el de una cueva. Sus dimensiones son irrisorias. Y su mobiliario, sumario, ascético, obliga a familias enteras a dormir sobre jergones, en un hacinamiento perjudicial y morboso.

El final de esta historia es melancólico. El rancherío se ha convertido en un tema de moda. Una moda un poco dilatada, en verdad, pues ya dura cuarenta años. Se han ocupado de él escritores, políticos, filántropos, charlatanes, comerciantes, periodistas, hombres de buena fe, hombres que conocen el campo y hombres que lo ignoran.

Pero todavía no se ha hecho nada científico ni nada práctico para mejorar la vida del compatriota que lo habita ni de la sociedad que lo padece.

Y sin embargo, hay soluciones. Soluciones técnicas, justicieras, democráticas. Soluciones que apuntan más allá del rancherío y hacen blanco en el problema integral del campo uruguayo. Soluciones que el sociólogo y el antropólogo cultural con experiencia del país conocen y que el legislador algún día recogerá para adecuar las leyes al medio rural, pues entonces habrá comprendido que las ciencias sociales no son divagaciones caprichosas sino instrumentos para lograr la felicidad colectiva.







## VIDA Y PASION DE LOS PUEBLOS RURALES

Para conocer bien el país natal no hay como viajar por el mundo. La temporal proscripción impuesta por el viaje remueve la sensibilidad y agudiza la inteligencia, suscita nostalgias constructivas, enseña a querer el terruño y a comprender sus defectos y virtudes.

Fué en el extranjero donde nació la vocación sociológica de Gilberto Freyre, el gran ensayista brasileño.

Fué también a mi paso de barojano "hombre humilde y errante" por las aldeas y campos europeos que advertí, como a la luz de un relámpago, el lacerado signo de nuestros pueblecitos rurales.

Iba yo por la campiña toscana, costeando el río Arno, entre árboles sombríos y plateados. Una armonía preestablecida, de mónada leibniziana, ordenaba el paisaje. Todo estaba en su lugar: los olivos venerables, los cipreses agudos, los caminos antiguos, las viviendas patinadas por los años y por el sol. El canto de los pájaros descendía sobre los trabajos de los hombres; el humo de los caseríos levantaba sobre los sembrados sus torrecillas azules. Una invisible secuencia unía con un hilo de eternidades el legado de Etruria y de Roma a las primicias otoñales de la Italia contemporánea. Temblaba el tiempo como una estrella carnal sobre aquellos campos aporcelanados, pulidos, simétricos, que destilaban, sin embargo, un casi humano rezumo de espontaneidad y gracia como no he visto en ningún otro rincón del Viejo Mundo.

Y coronando las colinas, al pie mismo de los cielos, a la vera florida de los huertos, brotaban las aldeas, las poblaciones, los ramilletes de viviendas, las pléyades arquitectónicas. Estaban donde debían estar: coherentes, orgánicas y organizadas, confirmadas por el paisaje, vivificadas por la sangre de gentes sencillas y eficientes, de seres autárquicos y empíricos, de paisanos hermanados por una misión y una tradición.

Bien sabía yo que no todo era allí eglógico.

Se escondían bajo sus techos centenarios, como en todos los sitios habitados por la atormentada criatura de Jehová, miserias, explotaciones del semejante, egoísmos, desmesuras, descontentos, mentiras y crueldades. Pero no era con juicios de valor ético que yo sopesaba el



panorama sino que lo contemplaba con espíritu geográfico, con fruición estructural. Existía un equilibrio evidente entre la obra cósmica y la obra antropológica; los hombres estaban asentados en sus verdaderos centros económicos y sociales, en sus arrecifes exactos, en sus puntos de apoyo necesarios.

Entonces cerré los ojos y mientras el ferrocarril bordeaba la ribera del río toscano, contemplé con las pupilas del alma los pueblos uruguayos cercado por la soledad, desamparados en los potreros planetarios, enquistados en un horizonte monótono, aplastados por un cielo vengativo.

Y volví a ver sus calles polvorientas, andariveles del viento desnudo y la lluvia tediosa; sus veredas cubiertas por lamparones de musgo y cebaduras de mate ahíto; sus casonas descascaradas, enseñando bajo las encías de la cal las cariadas sonrisas del ladrillo; sus plazas sin flores, sus cementerios en ruinas, sus comisarias malolientes, sus prostíbulos lúgubres. Volví a sorprender los mismos fatigados rictus en los mismos y repetidos rostros humanos, en los mismos labios burlescos, en las mismas cejas agresivas, en las mismas mejillas reseacas; volví a penetrar en los oscuros almacenes de "ramos generales", con olor a oveja, a creolina, a humedad; volví a conversar con la maestra derrotada, con el médico filántropo, con el caudillo venal, con el remendón anarquista, con el cura quejumbroso.

Y sin quererlo sentí un cariño doliente por los pobres y olvidados pueblos de mi patria, por sus esperanzas lisiadas, por sus civilizaciones detenidas, por sus energías marchitas.

Pensé contar algún día la historia de nuestros pueblos campesinos, describir su morfología híbrida, exhumar sus tipos humanos, hablar de sus mañanas absortas, de sus tardes pesarosas, de sus crepúsculos taciturnos, de sus noches nigrománticas, tan bien captadas por Martínez Estrada.

Dice, en efecto, el autor de la *Radiografía de la Pampa* que "la noche es la hora adecuada de esos pueblos silenciosos, entredormidos, saturados de lujuria, codicia y rencor". Y prosigue: "Las luces de las casas y de los lejanos ranchos, brillan como estrellas, a distancias telescópicas. Más lejanos que esas luces se oyen silbidos de animales inexistentes y misteriosos; sonidos finos y sutiles que embeben el tímpano como una droga soporífera. La llanura que de día pareció no existir recobra de noche una vida lejana, atenuada, persuasiva. Se puebla y se enriquece y cuesta trabajo no creer en las almas en pena. Esas voces hipnóticas son las voces de la sombra y el sueño que invitan a dormir y a morir. Son los equivalentes de los crujidos nocturnos de los muebles, con que nos ponemos en contacto con fuerzas desconocidas del mundo; pero mucho más delicadas, infinitamente más penetrantes y que apenas dan miedo. Deleita escucharlas sin que se quiebren en el oído, recogiénolas con toda la fuerza con que las emite la soledad, que mediante ellas adquiere un sentido perfecto.



Ese miedo de la noche queda pegado a las casas al amanecer. Lo que tienen de tristes y hostiles se comprende recordando que el día es un paréntesis de la noche”.

Lo que va a leerse es el amargo tributo que rindo a la nocturnidad de esos pueblos; de esos pueblos que conozco mucho por haber respirado la pesada atmósfera de sus bodegas morales, por haber vivido en sus microcosmos corrosivos de petulancia, envidia y desolación.

Hay en nuestro país dos especies de pueblos rurales. Unos, los del sur, son las sucursales demográficas de Montevideo, la solución de los problemas de la vivienda cara y del aire sucio. Están en permanente contacto con la Capital; poseen buenos caminos de diástole y de sístole; sus pobladores — casi todos “abonados” al ómnibus o al motor — disfrutan de variados y abundantes medios de transporte. Toledo, La Paz, El Sauce, Santa Rosa, Libertad y otros muchos pueblos y villas meridionales forman de este modo la diadema suburbana o rurbana, para emplear un término de cuño yankee, de la gran ciudad. Otros los del norte, los del centro, los del este, configuran un tipo distinto.

No son más el campo puro aunque el campo los circunde. No son los remanentes ni los remedos de la ciudad aunque en algunas de sus instituciones y faunas administrativas se vislumbren signos cabalísticos de la ciudad lejana.

Están a mitad de camino entre el silencio de los pastizales y el clamor colectivo de los hombres y máquinas que dialogan en la urbe.

Han perdido la inocencia natural de las cuchillas sin alcanzar la perversa dialéctica de la inteligencia cultivada. No viven casi; resueñan como toros heridos; duermen como oscuros lirones; con breves pausas de vigilia abren a veces tamaños ojos de buho entre dos periodos de sueño.

Están al margen, en la periferia de las cosas. El ferrocarril, cuando lo hay, los sobrecoje de tarde en tarde con su estrépito de hierro, concita turbas endomingadas en las mágicas estaciones, los ilumina con gavillas de chispas y luego parte, inevitablemente, hacia las ciudades fabulosas.

Pero lo común es que sólo cuenten con caminos enlodados en invierno y sedientos en verano que los suturan — débiles puntos suspensivos — a las capitales del interior.

Las vías de comunicación no restañan su soledad infinita.

Diríase, al ver sus casas sórdidas, sus calles desparejas, sus corrales llenos de moscas verdes, su baldíos indolentes, que cesaron en su intento edilicio antes de haber llegado a la meta procurada; que son niños envejecidos antes de crecer; que son ancianos pueriles.

Pero no surgieron de adentro para afuera como la aldea europea, que constituye un núcleo humanizado con protoplasma agrario y pseudopodios viales. Cayeron en sus emplazamientos como polvo de otro



mundo, como borras del viento y la distancia. Son de carácter centrífugo, marginal. Recogen las escorias humanas del campo, a los que ya no le tienen cariño al pago agreste, a los que carecen de la audacia necesaria para lanzarse al torbellino de la gran ciudad. Y la gran ciudad también los abastece con dos suertes de hombres; los fracasados, tipos que comparte con el campo, y los apóstoles, productos netamente urbanos.

El fracasado no puede salir del sumidero. Adivino maldiciendo al terruño avaro y al terrateniente doloso, o se desplomó de la urbe, como el Mujiquita descrito en "Doña Bárbara" por Rómulo Gallegos. El ambiente del pueblo lo retiene y aprisiona, lo envuelve con su chato ofidio de embotamiento, de maledicencia, de comadreo, de alcohol.

El apóstol, en cambio, viene por su voluntad.

Ya es la maestrita llena de ilusiones aparecida una mañana de sol tranquilo, amplía la sonrisa y tímido el gesto, que debe lidiar de inmediato contra la lengua de las solteronas apostadas tras las persianas, contra el funcionario público libidinoso e insinuante, contra el almacenero violento y soez, contra el alumno de bigote incipiente y ojos faunescos, contra el vecindario rudo y cicatero.

Ya es el médico evangélico que desestima la especialización tarifada de Montevideo y busca en las reglas hipocráticas la verdad olvidada por los colegas que operan en los bolsillos antes que en las vísceras.

Ya es el simple mortal que cree en la serenidad aldeana, en las virtudes simples de la *aurea mediocritas* y se viene con su hato de sueños a celebrar su última cena entre once Judas y un solo varón justo.

A casi todos estos apóstoles los devora la ciénaga. Los infecta, los gangrena, y, finalmente, los amputa y los entierra en la fosa común. La masa amorfa prima sobre los individuos egregios; la vulgaridad los cubre con sus pinceladas de brocha gorda, de pasión espesa, de sebo letal. Las almas delicadas perecen o emigran. Pero las débiles pierden la batalla; a veces por resistir en castillos interiores se fosilizan y oxidan; otras, por llevar los cántaros a la fuente, se disgregan y evaporan.

Evaporación, ésta es la palabra. El pueblo es una charca mefítica que se evapora de continuo. La costra del salitre señala los niveles descendentes. Mientras las sales se adensan, las aguas se endurecen y los corazones se encogen como frutos sin riego.

Cada pueblecito tiene su clase aristocrática — funcionarios, comerciantes fuertes, hacendados, profesionales — que vive en el casco urbano y concurre al Centro Social; otra clase imprecisa, fluctuante, crepuscular, amotina a los artesanos menudos, a los chacareros aledaños y a los jornaleros fijos para fundar un anti-centro, un club democrá-



tico y deportivo, y como cauda trágica existe una plebe radicada en el suburbio, en el inevitable rancherío de mate y taba, de boliche y bailongo, de compadrazgo y truhanería.

Los elementos masculinos de la clase "alta" hacen escapadas furtivas al perímetro proletario donde una sabrosa doncellez se demora o donde una celestina organiza loterías de cartones y mujeres. Todos los muchachos, en el turno iniciático de los quince años, conocen los ritos secretos de la "casa mala", del lenocinio embozado en el bajo, sede de las luces rojas, de las guitarras turbias, de la carne triste.

Tras las personerías jurídicas se esconden las timbas clandestinas y las calaveradas rufianescas. No hay nada que no se sepa o no se crea saber; en las tertulias de gente aburrida — siempre la misma gente, siempre el mismo aburrimiento — se despluman las reputaciones como si fueran perdices, y apodos llenos de ponzoña califican a la matrona dadivosa, al marido infiel, al efebo reincidente, a la virgen simulada.

Las relaciones se anudan o se desatan formando constelaciones inestables: amigos ayer, enemigos hoy, amigos nuevamente mañana. Y son las mujeres las que offician de sacerdotisas en este juego de agasajos y desaires, en esta tómbola de afectos y desafectos.

Lo que se hace en un extremo del pueblo repercute en el otro; la bondad y el altruismo no interesan; sólo se saludan con alborozo los tropiezos, las riñas, las enfermedades y los velorios, las caídas de los mirlos blancos en la picota pública.

Todo es pequeño, mezquino, oblicuo. Todos se conocen o suponen conocerse demasiado.

Todo se sucede con desesperante ritmo de pantalla lenta, de novela de Marcel Proust.

En cada pueblo hay un loco, un dramaturgo fallido que lee a Florencio Sánchez, un iluso que funda un periódico "para elevar el nivel cultural" y termina como detector de noviazgos o deslices. Y también son infalibles el agitador finisecular que atruena con las consignas de Kropotkin, la ninfómana obsecuente, el Don Juan melenudo. Estos son los inadaptados, los revolucionarios, las ovejas negras que practican a la vista y paciencia de la parroquia lo que en el mundo subterráneo de la misma se admite o tolera.

En cambio nadie se asombra de las extorsiones de los caciques, de la niñez analfabeta, del hambre que consume al pobrerío, de los comisarios coimeros y de los comerciantes que chupan la sangre a las familias menesterosas alquilándoles turgurios en el cinturón de latas y pulgas que circunvala al pueblo.

¿Cómo sacar a estas comunidades de la postración en que vegetan? ¿Cómo elevar su punto de mira moral, cómo sanear sus aguas corrompidas?



Uno de los caminos es la civilización: más escuelas, más y mejores maestros, más carreteras y caminos decorosos, más noticias e instrumentos técnicos de la ciudad.

Otro, el más importante, es el de la justicia social: reinstalar a los pueblos mal ubicados; fraccionar la gran propiedad; crear huertas familiares; otorgar créditos a los pequeños productores; fomentar el espíritu cooperativo; terminar con los acaparadores e intermediarios; construir adecuadas viviendas económicas; castigar a los funcionarios rapaces; luchar contra el juego, el alcoholismo y la prostitución; descongestionar económica y demográficamente la gran Capital; reducir la burocracia; crear un servicio profesional obligatorio para la campaña; enseñar a vivir y a convivir.

Pero este capítulo está en manos de los gobernantes. Yo, que sólo soy un testigo, me limito a describir y a interpretar, a pedir justicia y a despertar conciencias.

Y mientras tanto, patria adentro, los pequeños pueblos sin historia padecen y esperan una quimérica redención. O tal vez no esperan nada: indiferentes, amodorrados, enceguecidos por el sol, de bruces sobre la vieja tierra, siembran a los cuatro vientos la ceniza banal de su destino.



## LAS SUPERVIVENCIAS DEL ESPIRITU GANADERO

Para comprender el carácter nacional hay que partir de un concepto dinámico y acumulativo. El carácter nacional no brotó súbitamente, acuñado como una brillante moneda, sino que se fué construyendo a lo largo de la historia. Como las rocas metamórficas, está compuesto por sucesivas capas de sedimentos culturales que fueron atravesados por el músculo ígneo de las guerras civiles y sometidos a la presión de tradiciones superpuestas.

No podemos, por lo tanto, hablar de un carácter nacional invariable desde la infancia de nuestro pueblo, sino de la elaboración de un carácter que culmina en nuestros días con una serie de rasgos que los tiempos futuros se encargarán de acentuar, transformar o sustituir por otros.

Dos periodos fundamentales se advierten en la forja de la nacionalidad uruguaya: el periodo de la primacía del campo y el periodo de la principalía de la ciudad. No es éste un fenómeno privativo de nuestro país. En el Viejo Mundo, a partir de la Baja Edad Media, se va precisando el predominio de la calle urbana sobre el surco campesino, del dinero sobre la economía natural, de la inteligencia sobre la fuerza, del liberalismo sobre el tradicionalismo, del mundo "desencantado" de la *polis* — según la expresión de von Martin (Sociología del Renacimiento) sobre la fervorosa comunidad aldeana.

Este fenómeno se repite, en virtud de las características que asumió la conquista y colonización del Mundo Nuevo, en las tierras de América Latina: los siglos XVIII y XIX corresponden a la vigencia del feudalismo y el XX al despertar renacentista y plutocrático de las ciudades. Actualmente estamos viviendo una revolución sin precedentes. La ciudad se adueña del mundo; su repertorio técnico se extiende a todas las regiones del orbe; su impacto desorganiza las culturas rítmicas acunadas por la naturaleza; su apetito ciclópeo se ceba con el caudal humano de los territorios que la circundan.

Montevideo no escapa a este destino. Crece sin cesar y crea problemas económicos, sociales y urbanísticos cada vez más complejos. Al incorporar formas de vida campesina a su sistema cosmopolita las des-



virtúa o las anemiza en su faz cultural, pero no las anula totalmente. En corroboración de este aserto, señalo un solo y convincente caso: el de la actual carencia de carne. Montevideo tiene un millón de habitantes eminentemente carnívoros y así lo atestiguan los espantados estadígrafos de la F.A.O. El antiguo estilo bromatológico de la estancia cimarrona se incorporó a los hábitos alimenticios de la ciudad, pese a la muralla de fideos y polenta levantada por la inmigración italiana. No hay cocina más desamparada que la uruguaya; si no disponen de carne en abundancia, nuestras amas de casa naufragan lastimosamente en la incompetencia culinaria.

El actual perigeo de la carne obedece a dos razones, ausentes de los encontrados argumentos que esgrimen los gobernantes, los ganaderos y los matarifes del "meat belt". La primera es demográfica: Montevideo es una ciudad monstruosa en proporción al caudal de habitantes de la República. La segunda es antropológica: los uruguayos somos devoradores de carne por tradición cultural y no nos resignamos a cambiar de régimen alimenticio.

La nacionalidad uruguaya se forjó en el campo.

Después de la fracasada experiencia de las reducciones sorianas en el primer cuarto del siglo XVII el territorio de la Banda Oriental se convirtió en un crisol de humanidad, en una encrucijada de pobladores agrestes que rodaban tras la polvareda de las ganaderías, en una guarida de gentes sin freno ni frontera, sin ley ni rey, sin sanción ni obligación. No eran europeos sino americanos esos hombres que desestimaban la plata y el oro, que sólo deseaban disfrutar la vida plena prometida por la abundancia de vacunos. Venían de la zona misionera, de la mesopotamia argentina, de las serranías de Córdoba, de los salares cuyanos, de las travesías puntanas, de la pampa bonaerense. Indios guaraníes unos y descendientes de europeos otros, vertían en el solar de las cuchillas, misturándolas con las del charrúa siempre en pie de guerra, las semillas voladoras de sus razas. Los hijos y nietos de europeos habían perdido, en el rudo burladero de la soledad y en el ejercicio de la equitación y el merodeo, el rico acervo de tradiciones peninsulares, por lo menos en lo referente a la cultura material. Ni la vestimenta, ni las industrias, ni las viviendas del antepasado portugués y español sobrevivieron en el regazo bárbaro del campo americano. Se olvidaron las artes menores y las estrategias inmemoriales de las pequeñas comunidades agrarias que medraban penosamente en la meseta castellana o en las dehesas extremeñas. El viento pampero con olor a tolderías indígenas, erizado de lanzas y peligros, envolvió con su aéreo abrazo a los hombres desgajados del antiguo tronco tradicional, los empujó hacia la aventura, hacia los paraísos del ganado, hacia las colinas del estómago colmado y de la libertad absoluta.



Toda esa gente ecuestre fué forjando, en el borrador de la nacionalidad, una forma especial de interpretar el mundo, una filosofía vital cuyo filón secreto todavía aflora en el Uruguay contemporáneo.

Unos eran corambreros, otros desertores, otros contrabandistas, otros mozos "desgaritados" que preferían los azares de una existencia errante al ritmo monótono y opaco de la villa colonial. Acampaban en los montes de los arroyos y en los ombligos fragosos de las serranías; partían como desalados tras las reses peregrinas; volvían a detenerse en un campamento provisional para corambrear o carnear a gusto; emprendían nuevamente su deambular de criaturas sin reposo duradero y sin raíz profunda.

Así se fué delineando el espíritu andariego del gaucho futuro y la inquietud metafísica del espíritu nacional. No sabemos esperar, el aburrimiento nos empuja a los caminos, corremos como el viejo faenero tras las pieles pintadas de las quimeras galopantes, resbalamos sobre la superficie de las cosas sin plan racional ni premeditado designio. Padecemos de claustrofobia, de *horror loci*. Nos sobrecoge el esfuerzo metódico, el estudio sedentario y sedimentario. Preferimos el orador al investigador, el nómada espiritual al ermitaño iluminante y sagaz.

El hombre de a caballo no tenía interés por la tierra. La propiedad inmobiliaria era asunto de gringos. El, desaprensivo y fantasioso, buscaba solamente los ganados. Despreciaba el menester paciente del agricultor y los productos vegetarianos de la huerta. No "doblabá el lomo" ni comía "verde", porque aquella genuflexión le estaba vedada por razones de dignidad vertebral al erguido jinete, y esta dieta no era propia de los devoradores de carne sino de los humildes rumiantes puestos por una providencia taurina al servicio del hombre.

Fué así como el "hijo del país" se despreocupó por la propiedad fundiaria y se contentó con el aire libre y la carne gorda. Fué así también como se esfumaron las estancias de muchos abuelos. Y es así cómo los descendientes de aquella gente tronada preferimos el rumbo y despreocupado "*carpe diem*" al sacrificio y las economías, a la hucha y la morigeración.

¿Para qué iba a pensar en el porvenir el caballista de las cuchillas si el alimento era gratuito, si la vivienda brotaba como un hongo de los tepes de gramilla, de la paja del bañado y de los horcones del monte, si la civilización del cuero cubría con sus renovadas primicias todas las necesidades?

No tenía objeto, realmente, la angustiada previsión del europeo, secular hormiga labriega almacenando para la mala estación. La naturaleza no se recogía en el invierno como en el Viejo Mundo. El clima era benigno, pese a sus variaciones irritantes. Un hoy gozoso cubría con su dorada aureola las sombras del porvenir.

Se vivía al día, como los lirios de los Evangelios, y nadie mentaba a los mercaderes del templo ni a los filisteos de la costa.



Cuando se organiza la explotación pecuaria de la Banda Oriental y se instalan las primeras estancias en la aurora del siglo XVIII, comienzan a delinearse dos modalidades económicas y se definen, aunque no ostensiblemente, dos clases sociales. Los grandes propietarios de la tierra y los proletarios rurales inician su carrera. Los unos serán en el futuro los amos del país, el patriciado terrateniente, los señores feudales poderosos, los genitores de la aristocracia urbana enemiga de Artigas y Rivera, los caudillos campesinos de la turbulenta política nacional. Los otros continuarán siendo el músculo denodado y la sonrisa ante la muerte, la bota de potro y la fidelidad fisiológica, "la tripa de la patria" — la expresión es de Alfredo Lepro — y el ciego relámpago de la libertad.

Patrones y peones no se diferencian al principio. El género de vida ganadero los empareja con su denominador común. No hay ostentación ni aparente opulencia en el solar pecuario. Basta comparar este tipo de existencia con la de los señores de las Casas Grandes de los *canaviais* brasileños para advertir que se trata de dos mundos absolutamente distintos. Nuestro campo no conoce los ejércitos de esclavos, no disfruta ningún muelle bienestar, ignora el lujo. En la Banda Oriental se vive espartanamente. La vivienda es modesta; la vestimenta, casi monástica; la dieta, abundante pero monocorde. Carne, mate, cuero, caballos, lanzas y guitarras forman el menguado repertorio de los ganaderos del sur. En cambio, los ingenios del Brasil azucarero, tan bien descritos por la pluma magistral de Gilberto Freyre, prohijan una aristocracia rural refinada y esclavista que goza las prebendas del oro, la gracia de la porcelana y las delicias de un harén africano.

El espíritu pecuario del clan ecuestre sobrevive aún en ciertos estratos del carácter nacional.

La mentada haraganería criolla, que ya estudiamos en un ensayo anterior, forma el pedestal sobre el que se yerguen nuestros defectos y flamean nuestras virtudes. El amor físico con las indias, la ausencia o fugacidad de la vida hogareña y el deambular geográfico y genésico del hombre engendraron un sentimiento de desprecio por la "china", un donjuanismo payadoresco, una subvaloración de la mujer que va desde el zarpazo a la misoginia. La mujer, a su vez, libre y ardiente, eligió al principio el hombre según su voluntad y hubo de aceptarlo luego, cargada de hijos, por necesidad. Las reales hembras de la Tierra Purpúrea de Hudson y las ajadas madres del rancharío contemporáneo, ilustran el pasado y el presente de un sexo injustamente vilipendiado.

El trofeo de las trenzas cortadas "rente al cuero" se transforma en el freudiano lamento del tango novecentista. El vengador campesino, convertido en "compadrito" urbano, llora la traición de la "paica", e incapaz de alejarse con el elegante desdén del gaucho, venga la



afrenta asesinando a una desgraciada mujer o soltando a los cuatro vientos sus cuitas líricas de "cocu" arrabalero.

La mujer, botín de los fuertes y juguete ratonil del gato machuno: he aquí los mandamientos de la erotología rural; he aquí también las convicciones que mueven al hombre de presa ciudadano, al merodeador de esquinas, al impenitente tenorio rioplatense.

La lucha contra el animal y el semejante afiló en el pretérito los impulsos agresivos del paisano oriental. Y el duelo criollo fue su secuela inevitable. Por una palabra más fuerte que otra, por una mirada demasiado prolongada, por la obligación de sustentar un prestigio de guapo ante el varón forastero, por cien causas nimias fundamentadas en el subjetivo imperio de la ofensa personal y de la hombría agraviada, nuestros paisanos se acuchillaron sin asco ni lágrimas a lo largo de la historia del coraje nacional.

La costumbre del duelo criollo traspuso los umbrales urbanos y se afincó en la mentalidad oblicua del "taita", del perdonavidas de conventillo, del matasiete de lupanar. Y hoy mismo, algo depurado el albañal montevidiano de esos híbridos canallescos, la crónica roja del interior nos ofrece semanalmente, por no decir diariamente, el relato de lances singulares, de tajos, puñaladas y redaños al sol.

La lidia colectiva contra el indio, contra el cuatrero, contra el godo y contra el hermano de sangre y rival de divisas, creó en el campo pecuario el *esprit de corps* de la montonera. El criollo individualista, arisco y soberbio, dinamizado y aglutinado por el grito de los caudillos, formó escuadrones de lanceros, sintió el estremecimiento plural de las multitudes guerreras, se gregarizó en los vivacs nocturnos y en las cargas de caballería cumplidas bajo la luz despiadada del heroísmo.

Estas formas de acción conjunta, degradadas y desvirtuadas, generaron en las ciudades el espíritu de patota. La patota es un producto típicamente rioplatense, al igual que la guaranguería, soslayada por el análisis de Ortega y Gasset. Esta temible floración del instinto agresivo se ejerce por intermedio de un grupo, generalmente juvenil, sobre quien está en inferioridad de condiciones para enfrentarlo. La cobardía y la irresponsabilidad mueven a la patota. El patotero, sumergido en el seno irracional de la cofradía agresiva, pierde toda noción de dignidad humana y olvida sus escalas de valores personales para convertirse en un engranaje más de la pandilla delincuente.

Otra de las herencias del hombre ecuestre es la pasión del juego, el *daemonium ludicus*.

El dinero no dignificaba absolutamente nada para los primitivos integrantes del clan pecuario. Ni la habitación ni la pitanza eran obtenidas por un proceso financiero sino que brotaban naturalmente del áspero tronco del árbol campesino. Una economía apropiativa y colectivista regía la vida de la estancia cimarrona y los patacones ganados por el paisano, con ser muy pocos, eran dedicados íntegra-



mente para sostener las actividades lúdicas. El *monte*, las *pencas*, la *taba* y las *riñas* de gallos se encargaban de liquidar las parvas ganancias de una población que tenía la barriga llena, techo seguro y ocios abundantes. El juego es, por lo tanto, en el Uruguay, un vicio tradicional y democrático. El pobrero de las ciudades ahorra alimentos y se aprieta el cinto el día que hay jugada de quinielas. Las instalaciones populares de los hipódromos, colmadas de aficionados gesticulantes y sudorosos, desvirtúan en el paralelo de Montevideo que las carreras sean un deporte de reyes para instalarlas en el román paladino de la pasión popular. Los ingleses son amigos de las apuestas cruzadas entre dos jugadores; los rioplatenses jugamos en rebaño, poseídos por un furor esperanzado, sacudidos por una fiebre ancestral.

El tahur montaraz, trasmutado en "capitalista" citadino, ya no luce rastras de onzas áureas sobre la riñonada ni uñas de gavilán en la mano experta, pero continúa saqueando con sonrisa profesional los bolsillos y las ilusiones de un pueblo que con religioso empeño contribuye al mantenimiento y dignificación de una herencia perniciosa.

Otro de los ragos del carácter nacional derivado del espíritu ganadero, es la picardía criolla. Lo trataremos con más detención cuando los comparemos, en un próximo capítulo, con la guaranguería urbícola. Un mecanismo de defensa se convierte en un complejo de inferioridad; la "agachada" campesina se desvirtúa al transformarse en psicopatología urbana. Pero no nos adelantemos.

El legado del trasfondo pastoril de nuestra nacionalidad puede resumirse polarizado en dos categorías, negativa la una y positiva la otra.

Por un lado se definen el espíritu de imprevisión, la carencia de una cultura material ricamente articulada, la pobreza folklórica, el desprecio por lo femenino, el donjuanismo, la exaltación desmesurada del coraje, la pasión por el juego, el instinto de agresividad, la xenofobia, la fe en los valores musculares y masculinos, la "cachada" sobradora del ignorante o del cínico, la haraganería propicia al fuelle del bailongo, al amor fácil, a la "tristeza materna" dibujada en dos trazos certeros por Juan J. Fló.

Por otro lado, se precisan el sentimiento del honor, el amor a la libertad, la vocación heroica, el desprecio al filisteísmo y al mercantilismo, el ademán generoso, la lealtad desinteresada, la efusión hospitalaria y cordial.

Pero a estos caracteres hay que complementarlos con los de la inmigración agrícola y los de la burguesía ciudadana. Sólo así surge la síntesis del espíritu nacional.



## FUNDAMENTOS ETNOLOGICOS DEL CARACTER NACIONAL

Los pueblos se asemejan por sus virtudes y se diferencian por sus defectos. Tras esta aparente paradoja se emboza el chauvinismo del espíritu patriótico y se justifican las exageraciones de los viajeros. Porque cada país de este convulso planeta se proclama, ardorosamente, el mejor del orbe, y cada viajero inspirado en un estilo cultural etnocéntrico, supone que todo lo que no coincide con ese estilo es anormalidad, caricatura o deformación.

Keyserling ha destacado con agudeza el primer aspecto, el de la excesiva autoestimación nacionalista. Dice en su libro *Europa. Análisis espectral de un continente* (Madrid, 1929) que las naciones deben fomentar y demostrar el orgullo nacional, pero no porque su pueblo sea valioso como tal, sino en cuanto a lo que cada individuo hace por su privada dignidad personal. De este modo lo entendieron los romanos: el *civis romanus sum*, el hecho de pertenecer a Roma, resultaba para los individuos una proporción máxima de obligaciones. "En cambio, quien deduce sus excelencias del hecho de ser miembro de una colectividad particular, piensa erróneamente, y poniéndose objetivamente en ridículo, se hace antipático personalmente. De ahí procede lo repelente del nacionalismo moderno. Como tales pueblos, todos los pueblos son en primer término horribles. Lo nacional en sí mismo no está ligado a valor alguno en ninguna nación. Por tanto, a quien pone un pueblo por encima de otro, a quien declara que uno tiene gran valor y otro escaso, hay que perdonarlo por cuanto no sabe lo que hace. Somos todos pecadores y carecemos de aquella gloria que debíamos tener ante Dios; somos todos limitados. Sólo todos los pueblos reunidos dan de la humanidad un espejo de actitudes relativamente satisfactorio".

Keyserling no cree en los pueblos egregios ni en las bondades de lo colectivo. Cree únicamente en los hombres singulares, en las virtudes personales. Pero esto es ya harina de otro costal. Lo que interesa ahora, luego de haber condenado las irracionalidades del nacionalismo, es buscar un método para estudiar los caracteres del alma uruguaya.



Las preguntas que debemos formularnos son las siguientes:  
¿Existe un carácter nacional? Y si existe, ¿en qué medida puede ser calificado por los propios uruguayos?

La primera pregunta pretende ser contestada por la psicología de los pueblos. Esta ciencia, presentida por Vico, Montesquieu y Herder, fundada por Lazarus y Stheintal con el pomposo nombre de *Völkpsychologie*, desarrollada por Wundt en diez gordos tomos y aplicada a principios del siglo XX por Fouillée, Le Bon, Boutmy y otros tratadistas franceses, afirma la existencia de un alma nacional distinta al alma individual de los integrantes de una determinada nación.

No tiene esta alma la vaguedad ontológica del Espíritu del pueblo de los románticos alemanes ni la coercibilidad sociológica de la conciencia colectiva de Durkheim. Es una especie de hipostasis; surge como el rostro genérico de las experiencias de Dalton, después de la superposición de las fotografías de los integrantes de una misma familia. Este carácter inductivo le quita la sustancialidad, esto es, el rasgo del ser que existe en sí y no en otro, y la convierte en un *a posteriori* estadístico. Sin embargo, sus epígonos y defensores, al afirmar su existencia, la ubican entre el alma singular y el alma del mundo, superando al *anima* individual con una permanencia mayor en el tiempo y limitando al *Weltgeist* con una localización en el espacio.

Pero si dejamos de lado el término alma nacional, tan riesgoso e impreciso, y buscamos los fundamentos de lo uruguayo en la definición de la nacionalidad podemos acercarnos a nuestro objeto de manera más segura y más cómoda.

Una nacionalidad es el mayor número de personas que participan en una misma cultura y se hallan ligadas por una historia común. La nacionalidad está penetrada por la conciencia de lo semejante, por el sentimiento del *nosotros*, por la identidad de las costumbres, por la homogeneidad de las tradiciones. Puede poseer una lengua y una religión comunes pero estos no son requisitos imprescindibles. Tampoco es necesario el factor de similitud racial. Los elementos de la nacionalidad son psíquicos y sociales antes que lingüísticos, religiosos o biológicos.

Presentadas así las cosas es evidente que existe una nacionalidad uruguaya (u oriental, como quieren los tradicionalistas) perfectamente definida dentro de la constelación de las nacionalidades americanas.

Pero al buscar los rasgos típicos de la nacionalidad uruguaya es cuando aparecen las dificultades. ¿Podemos los uruguayos contemplarnos tal cual somos, participando a la vez en la condición de observados y observadores, de objetos y sujetos del acto epistemológico? ¿No estarán más capacitados para hacerlo los extranjeros inteligentes, cultos y sensibles, que advierten con más claridad, merced a los contrastes, los rasgos para nosotros desdibujados por una excesiva familiaridad con los mismos? ¿O el método ideal es una expatriación, un voluntario ostracismo que permita al investigador abarcar, en el rigor



de la perspectiva y el afinamiento de la nostalgia, los defectos y virtudes del carácter nacional?

Los tres métodos deben ser combinados aunque el más preciso, posiblemente, sea el último de ellos.

Gustavo Pittaluga nos proporciona en un libro reciente (*Temperamento, carácter y personalidad*, México, 1954) los ingredientes sucesivos de la personalidad humana. Cada hombre trae en el momento de nacer una carga de factores "potenciales" que se manifiestan, luego de la primera infancia, como un temperamento. Este temperamento, más biológico que psíquico, y virgen como la *tabula rasa* de Locke, se transforma en carácter al ser modelado por el alfarero educacional de la familia, por la cultura de la comunidad y por la convivencia en una determinada sociedad. Y posteriormente, "las circunstancias, más o menos dominadas por la inteligencia y la voluntad", es decir, por la estrategia vital, otorgarán a ese carácter los valores y signos de una personalidad.

Aplicando esta secuencia al estudio de la tipicidad cultural uruguaya tenemos que el temperamento nacional está condicionado por la fusión de los legados étnicos; que el carácter nacional resulta de una convivencia identificadora, de la creación y transmisión de una cultura propia, del hallazgo de soluciones colectivas a los problemas materiales y espirituales del grupo; y que la personalidad nacional surge luego de una decantación histórica y del descubrimiento racional o instintivo de escalas de valor dentro del repertorio de las posibilidades y limitaciones vernáculas.

Pero ya es tiempo de abandonar el escarceo teórico, con tufo a cátedra y de suyo pedantesco, para penetrar en el cálido crisol de nuestra nacionalidad.

La civilización uruguaya no es un hongo solitario en el campo de América. Ni tampoco es un puerto estático a la vera heraclioteana del río de la historia universal. Pertenece a un continente. Somos hijos o entenados de un siglo angustioso. Tenemos en nuestra frente y en nuestro corazón la sigla de una palabra que comienza con la *aleph* del cabalista judío, el *alfa* del matemático griego y la *a* del jurista romano.

América latina, Indoamérica o Iberoamérica, a su vez, en un matraz de distintas culturas — las europeas, las indígenas y las africanas — declinadas por los factores geográficos, dinamizadas por los émbolos históricos, mezcladas en distintas aleaciones regionales y protegidas de modo desparejo por la educación popular, la normalidad institucional, la autosuficiencia económica y los beneficios de la técnica.

Esta civilización latinoamericana ha sido estudiada por Luis A. Sánchez, Mariano Picón Salas, Germán Arciniegas, Pedro Henríquez Ureña, Waldo Frank, Luis López de Mesa y otros ensayistas y pensadores. El último de los nombrados, en su *Disertación sociológica*



(Bogotá, 1939), ha intentado polarizar los rasgos de un *homo americanus* abstracto, con vigencia continental. Y los caracteres de este fantasma serían, en el orden psíquico, los siguientes: más emprendedor que resistente en sus actividades económicas; más curioso que apasionado en sus estudios; más intuitivo que inteligente en sus disciplinas mentales. Es universalmente curioso, "talenteador", carece de vocación técnica, socialmente es un *snob* o un filisteo, y prefiere el periodismo, la política oratoria, la literatura de emoción, la burocracia y la abogacía menor a las disciplinas de ruda y regulada exigencia. En cuanto a sus pasiones es más expresivo que sensitivo, más tenorio que enamorado, más vanidoso que generoso, más rumboso que hospitalario, más impulsivamente heroico que reflexivamente sereno. Pasa de la embriaguez inmotivada de la ilusión al colapso anticipado de la derrota y es inconstante, imprudente, imprevisor e iluso.

¿Cuántos de estos rasgos pueden ser aplicados al hemisferio peyorativo del carácter nacional? Ya lo veremos posteriormente. Ahora interesa volver al esquema de Pittaluga y buscar los condicionantes étnicos del temperamento uruguayo.

La psicología étnica iniciada por Letourneau y perfeccionada por Heusse discurre por el resbaladizo sendero de la caracterología racial. Ciñéndonos a sus dictados deberíamos definir los rasgos originales del indio rioplatense, del conquistador europeo y del esclavo africano, agitarlo luego en una coctelera y servir después el menjunje resultante. No nos seduce la experiencia. Es más correcto recurrir a la antropología histórica y andar como un caracol, con la duda a cuestas. El indio poco ha legado a la somatología uruguaya. Tribus difusas y en perpetua guerra con el blanco ofrecieron la esquiua matriz de sus doncellas a la brama del pionero propiciando un temprano mestizaje que fué arrasado por la inundación de sangre europea desatada después de 1850.

La América india ha propiciado la definición del "continente de la tristeza". Algunos atribuyen esta tristeza a la índole del auctóctono. Yo se la atribuyo a la soledad del hombre, prisionero en una cárcel de piedra, árboles o pastos y al látigo del gamonal, símbolo de una explotación económica. Además, el mote de tristeza indígena puede, a pesar del aislamiento y de las sevicias, ser erróneo. Un ser caviloso o lacónico no es necesariamente un ser triste. El europeo mide todo con su vara y no acepta ser medido por las de otras culturas. El indio americano, sangrado en nombre de la corona, despojado en nombre de la República y aporreado, despreciado y rebajado en nombre de la civilización, se ha forjado del implacable hombre blanco una opinión que no por secreta es menos condenatoria. Y la sombra de Tupac Amaráu ronda todavía, pidiendo justicia.

Nuestro indio, levantisco, ladrón, homicida, borracho, en perpetuo plan de malón y estupro — todo por obra y gracia de la presencia del blanco colonizador — influyó en el temperamento nacional



más por sus hechos que por su sangre o por su metafísica tristeza. El campesino uruguayo vivió siempre temeroso de la caballería charrúa. Hecho a la hípica de las faenas ganaderas tuvo que acogerse a la épica de la lanza para defender su familia y sus bienes. Tuvo que aindiarse como Búfalo Bill, que mimetizarse como un mamboretá guerrero, que cobrar el ojo por el ojo y el diente por el diente como en los códigos asirios. No tenemos "sangre charrúa". Esta es una metáfora gratuita, un antifaz ingenuo. Pero nuestro abuelo, luchando contra el charrúa, contra el abactor, contra el contrabandista, contra los indios de cuerpo o de alma del campo primigenio, templó su brazo, afiló su destreza, acunó al lancero de la independencia y de las guerras civiles.

Del negro, que en determinados momentos llegó a constituir un tercio de la población de Montevideo y que hoy, según Pereda Valdés, apenas alcanza a un 3 % de la población nacional, también heredamos poco. Los mitos africanos se trascultaron rápidamente al santoral católico. Santa Bárbara reemplazó a los *orixás* del trueno y el culto a los reyes magos al brujo de la hoguera. Pero quedó en cambio el rico sedimento folklórico del carnaval montevideano, recientemente analizado de modo científico, serio e integral por un antropólogo brasileño discípulo de Arthur Ramos, el doctor Paulo de Carvalho Neto. Y es por ello que esa africanería embozada sigue repiqueteando los tambores sonoros y rituales, como condimento de todo regocijo popular y de toda fiesta bullanguera. El europeo peninsular llegó en dos tandas. Y entre ellas se deslizó la empanada hazañosa de los corambreros americanos. Las tandas europeas eran urbícolas y agrícolas. Esto significa, por consiguiente, que ninguna de las dos entendió la axiología criolla del campo oriental.

Aquí es preciso formular una advertencia. Nunca, ni hoy mismo, hubo univocidad en el carácter nacional. Hubo siempre dualidad, una áspera y enconada dualidad. Por un lado se precisan de modo inorgánico, vehemente, elemental, las potencias del terruño, las rebeldías innatas del clan ganadero, las órdenes cortantes de los caudillos, el clamor tempestuoso de la libertad. Y por el otro se definen la insidia urbana, el romanticismo europeizante, el espíritu progresista, el frío convencionalismo de la ley, la sonrisa profesional de los "doctores", el egoísmo geográfico de la ciudad de Montevideo.

Cuando Darwin nos visitó en el año 1832 advirtió la dicotomía arriba señalada. "Los gauchos o campesinos — dice — son muy superiores a los habitantes de las ciudades. Invariablemente el gaucho es muy obsequioso, muy cortés, muy hospitalario; jamás he visto un caso de grosería o de inhospitalidad. Lleno de modestia cuando habla de él o su de su país, es al mismo tiempo atrevido y bravo". Podrá este gaucho ser desmesurado, peleador, timbero, haragán, pobre y analfabeto. No le hace, como decimos patria adentro. Siempre es mejor que la bazofia cuartelera o la burguesía comerciante, que el pisaverde presumido o el leguleyo tenebroso. "Las clases más elevadas



más instruídas, que viven en las ciudades — prosigue Darwin — poseen las cualidades del gaucho, aunque en menor grado sin embargo; pero un gran número de vicios que el gaucho no tiene anulan, lo temo así, en buenas calidades. En estas clases elevadas se anotan la sensualidad, la irreligiosidad, la más desvergonzada corrupción llevada a grado supremo". (*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*).

Entre las virtudes comunes a la ciudad y al campo Darwin dice que llaman la atención las maneras dignas y corteses que se notan en todas las clases sociales, el gusto excelente de que dan prueba las mujeres en la elección de sus vestidos y la perfecta igualdad que reina por todas partes.

Pero volvamos al trillo que abandonamos tras la mariposa de una digresión, pues es menester reconsiderar los factores raciales que se conjugaron en la primera infancia de la nacionalidad para forjar el temperamento oriental.

De la desamparada cultura indígena no sobrevivió absolutamente nada. El indio del área de la boleadora sólo nos dejó los arsenales líticos de sus paraderos y se llevó consigo su valentía, su alma insumisa y su talante antisocial.

Algunos pómulos salientes, ciertos ojillos mongólicos, raras pelambres hirsutas y unos pocos rostros bronceados proclaman todavía, en ciertos pagos agrestes, el empecinado florecer de una simiente antigua que entre lanzas vino y entre lanzas se fué a las praderas de Tupá. Pero estos bisnietos y tataranietos de indios, asimilados a nuestra sociedad clasista, no tienen la menor sospecha de la tribu ancestral, y sólo el antropólogo los descubre, con el corazón palpitante, como vestigios venerables de un pasado aborigen.

No es legítimo, por consiguiente, hablar de pervivencias indígenas en el estilo vital uruguayo. Indios y blancos fueron en estas regiones naturalmente enemigos. Y los últimos indios charrúas fueron masacrados, dispersos, arrojados al *sheol* de las primeras edades. De esto hace ya 120 años. Y desde entonces nada ni nadie han podido resucitar la difunta lumbre del relámpago de Zapicán. Lo de la "sangre charrúa" es, como ya vimos, un mero tropo sentimental, una figura literaria, una excusa que cubre con el denuedo del músculo las inepticias del espíritu.

Del negro y su sensibilidad plástica, de su ritmo obsesivo y de su hipo sensual muy poco nos queda también. Subsisten los elementos externos y ornamentales de su dramatismo melánico. El África subterránea del Brasil, de las Antillas, del *cotton belt* norteamericano no inquieta nuestros sueños con el tam-tam de la selva. Nuestro amable y criollísimo negro es un negro de carnaval.

Del español de la primera tanda, de aquel hombre cautivo en el *pathos* de la honra y poseído por el sentimiento beduínico de la virilidad nos restan, casi borrados ya, la furia extremeña, el edenismo andaluz y el orgullo castellano.



El español de la segunda hora, la del comercio y no la de la rapiña heroica, ha dejado impresa su profunda huella en las ciudades. Pero no nos adelantemos. Estamos aún en la estampa antepasada del temperamento nacional. Faltan considerar la de la forja caracterológica y la de la síntesis de la personalidad. Y para hacerlo es menester aguardar un equipo de investigadores que sustituyan la adivinación por el estudio de actitudes y de la personalidad básica del uruguayo contemporáneo.







## DEL CAMPO A LA CIUDAD

## 1 — PSICOANALISIS DE LA GUARANGUERIA

El tema de la guaranguería rioplatense ha sido explorado y en cierto sentido esquematizado por Ezequiel Martínez Estrada y José Ortega y Gasset. Las lúcidas premoniciones de estos pensadores recorran al tipo del guarango sobre un gris telón multitudinario, como si fuera una silueta china, pero carecemos aún de una pintura psicológica interna que explique los mecanismos agresivos de su resentimiento y su frustración. Eso es lo que intentaré hacer de inmediato, sistematizando de modo ortodoxo el planteo del tópico y exponiendo luego mis deducciones personales. La tarea preliminar que se impone, empero, es la de ubicar semánticamente el término guarango, estudiando su significado y comparándolo con otras voces similares.

La voz guarango, como chango, guagua, etc., es de origen quichua y ha descendido del rudo caballete andino para ciudadanizarse en las urbes de la pampa argentina y de la penillanura uruguaya. Quien no sea rioplatense y no esté en connubio con el solapado fantasma de la guaranguería que nos rodea y se adueña a menudo de nuestro ser, buscará en vano en los diccionarios una definición exacta o siquiera una sinonimia de la expresión autóctona. La guaranguería es ante todo un estado de espíritu, y como tal, reacio a las fórmulas verbales, pero efectuando un deslinde del término y comparándolo con otros de la misma familia peyorativa podrá precisarse la cojera espiritual que lo afecta.

En las zonas rurales rioplatenses no se emplea la voz guaranguería. En la Argentina la grosería agreste, la falta de modales, el impetu bellaco, la zafiedad campesina, en fin, caen bajo el común denominador de guasada. A su vez, en el Uruguay rural se califican tales actitudes como bagualadas, como canariadas, y nunca como guaranguerías.

Primer carácter, pues: la guaranguería es una cualidad urbana y un término de uso citadino.

Cuando el rioplatense de riñón forrado, como dice tan gráficamente nuestro paisano, atraviesa el gran charco y se decide a *épater* el fino espíritu de los europeos con ostentaciones escandalosas de nue-



vo rico, es llamado por los franceses *restaquouere*, o *rasta* a secas. *Rastaquouere* deriva de las voces españolas arrastrar y cuero, y quiere decir arrastracueros, esto es, bambollero, rimbombante, fanfarrón. El *rasta* es un guarango *dépaysé*, que se define por el boato externo y no por sus vivencias íntimas. Por su parte, el término califica epitelial y no endotelialmente; carece de profundidad psicológica y dramatismo existencial.

Quien haya viajado a Chile o al Ecuador, habrá advertido que del otro lado de la cordillera no hay guaranguería ni en cuerpo ni en espíritu, ni en *denotatum* ni en *designatum*. Podrá el "rotito" chileno afilar una "talla" oportuna, podrá el "chulla" quiteño descolgarse con un "cacho" mayúsculo, pero ni en el refrán ni en el cuento, hijos de la mordacidad popular se agazapa la personalidad asimétrica del autor, proyectada al primer plano por el hondero balaear de la guaranguería.

En Brasil mismo, el "caboclo" con sangre india y blanca, el "caipira" adormilado del agro bochornoso y el "preto" ciclotímico de las macumbas llegarán a retrogradar con sus gestios y actitudes a la violencia zoológica de la tribu, el alarido terrícola del instinto o al delirante clamor de la selva, pero nunca, ni aún los "guasacas" del sur, se acercan al meridiano espeso de nuestros guarangos de todas las clases sociales.

El guarango desafía todos los símiles continentales y extra-continetales: se yergue solitario e impar entre las estructuras urbanas y los colores portuarios, es un tipo privativo de la cultura rioplatense, un espécimen que hubiera deleitado a mentes psicoanalíticas como las de Freud, Adler o Jung.

Veamos ahora los retratos del guarango que nos han legado los escritores que, como Teseo, se han aventurado en el laberinto moral de este Minotauro criollo.

Martínez Estrada, en su inagotable y tan poco leída *Radiografía de la Pampa*, —libro de cabecera de los pocos que buscan dolorosamente el sino trabucado del solar austral de América— establece una secuencia entre el guapo, el compadre y el guarango. No todos los caracteres que acumula el maestro argentino corresponden, a mi juicio, al guarango integral, y, a veces, una hojarasca metafórica amortigua el firme paso de las definiciones. Erra cuando dice, por ejemplo, que el guarango es el gracioso sin cultura, porque la guaranguería no es patrimonio exclusivo del ignorante y asume en el intelectual, el profesional, el periodista o el político, caracteres fabulosos. Acierta, en cambio, al expresar que se es guarango cuando hay alguien que asista a la guarangada y que la grosería logra esa calidad cuando se la proyecta al vestíbulo del teatro, al vagón del ferrocarril, al salón de fiestas. El guarango, efectivamente, lo es ante otros, frente a otros. Prospera en el caldo de cultivo de la resonancia colectiva, monologa ante un público neutro porque se siente protagonista, porque quiere atraer a su persona, fuera de otros valores que los del megáfono psíquico, la atención de los demás. Pero su atropello, su malignidad, que ha perdido la crudeza de la agresividad, no llega a la colisión corporal del compadre sino que se esquivo y resulta a la larga,



una especie de anónimo de gestos y palabras que parece venir desde lejos y a pesar del que los ejecuta o profiere.

El guarango es un resentido que no está conforme con su papel auténtico y "en su burla al prójimo (muchas veces no hay burla sino hipostasis de la personalidad, diálogo consigo mismo), hay un desprecio que tiene escozor de la propia inferioridad". La guarangada, finalmente, es para Martínez Estrada, una venganza que se encubre en las apariencias de la irresponsabilidad moral, es un "atropello de pobre que atribuye su déficit moral, pecuniario e intelectual al bien-tar ajeno". De acuerdo, aunque es incorrecto hacer brotar la guaranguería del déficit pecuniario. No todo guarango es pobre; el pobre es comúnmente guarango en virtud a su vulnerabilidad especial, a su carencia de empalizadas que mimeticen su frustración ante los seres y ante las cosas.

De todos modos, el planteo de Martínez Estrada efectuado en 1932 posee innegable agudeza y defiende su vigencia con solitario brío vernáculo.

El otro intento interpretativo pertenece a don José Ortega y Gasset, el más grande filósofo español a partir de Vives. Ortega es más certero, más cruel que Martínez Estrada y, lamentablemente, más breve también, pues reserva el tema para "una posible Meditación de los guarangos" que no escribió, que yo sepa, nunca.

En el ensayo *El hombre a la defensiva*, que cierra el tomo VII de *El Espectador*, publicado en Madrid en 1930, dice, refiriéndose a la Argentina, y olvidando o ignorando que en la Nueva Troya también zumba el anofeles del guarango, que el "guaranguismo" es una virtud fermentada y la degeneración de una buena cualidad, y que tras su gatillo se ocultan los mejores resortes del alma argentina (léase rioplatense *in petto*).

Ortega convierte a la guaranguería en la clave desmesurada del espíritu argentino; generaliza demasiado; oye las grandes masas corales de un estereotipo nacional pero, como buen extranjero, pierde la pista de las voces singulares y los matices de los contrapuntos sutiles. De tal modo convierte a lo psicológico en ontológico, sustituye al objeto por su símbolo, cuando, en puridad, caben ambos extremos sin excluirse en la categorización de este octavo pecado de cuño pampeano.

El guarango siente, según Ortega, "un enorme apetito de ser algo admirable, superlativo, único". Vive embriagado con el elixir de imaginarios triunfos pero como en la realidad no le sobrevienen auténticos triunfos, duda entonces de sí mismo. "Para sostenerse sobre la existencia necesita compensarse, sentir de alguna manera la realidad de esa fuerte personalidad que quisiera ser. Ya que los demás no parecen espontáneamente dispuestos a reconocerlo, tomará el hábito de aventajarse él en forma violenta. De ahí que el guarango no se contente con defender su ser imaginario, sino que para defenderlo comience luego por la agresión. El guarango es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí; dará codazos



para poder caminar entre la gente y crearse ámbito. Iniciará la conversación con impaciencia para romper brecha en el prójimo y sentirse seguro sobre sus ruinas". En síntesis, para Ortega es guarango todo el que anticipa su triunfo.

Las características de Martínez Estrada y Ortega y Gasset, introducen al guarango con un empujón físico al teatro de los espíritus; lo asedian desde afuera, hincando en el San Sebastián de su carne los dardos inquisitivos; lo clavan, como a una mariposa nocturna, en la caja de un coleccionista presuroso. Pero hay mucho que rumiar sobre el tema. El guarango tiene su etiología, su tragedia y su comedia íntimas, su ontogenia social y su filogenia psicológica. El guarango es un ser marginal, un híbrido cultural, un testigo en profundidad y extensión del mestizaje anímico de estos países. Es el gozne humano donde se embota el gracejo campesino y donde caduca la plenitud objetiva del pensamiento europeo; es la bisagra sobre la cual una forma de vida aún no sazónada gira y se desvanece sin alcanzar los umbrales de otra concepción del mundo; es la escoria de la pasión calcinada por la caótica inteligencia rioplatense; es la vértebra profunda y cariada que sostiene la presuntuosa verticalidad de ciertos valores criollos que debemos destruir cuanto antes para no perecer como los filisteos en el templo junto al Sansón de la fuerza bruta.

La viveza criolla y la guaranguería, pese a ser primas hermanas, son cosas distintas. La viveza o picardía criolla es la socarronería rústica, la afirmación solapada de un aplomo vital que se enraiza en los procesos de la naturaleza y en la experiencia de mundo fáctico. La viveza criolla es un atributo esencialmente campesino.

*—No cae... la leña cargada  
le juego diez mil a cien,  
y él, comprendiendo recién,  
señores, dijo, es preciso  
que no me tomen por guiso  
porque soy un mozo bien.*

Así dicen los celebrados versos de Regules y así es en la realidad. El paisano "sobra" siempre al urbícola que se aventura a jugar con los mismos naipes vitales, por hábil que sea el ciudadano, pues actúa en otro sistema simbólico. La viveza criolla esquiva como el ñandú y deja en blanco al oponente con un cuerpo dialéctico. Hay más chocarrería en sus silencios, intenciones y medias palabras que en toda la verborragia aviesa de los guarangos. El guarango detona. Es como un petardo en el silencio de una ceremonia. Quiere hacerse ver, quiere saltar al primer plano. Está vacío y sobre todo desorientado, descastado. Por eso pretende empinarse sobre su oquedad sonora, sobre su pirotecnia extemporánea, para lanzar su reto al contorno social que lo anula y corrobora al mismo tiempo, que lo agravia y lo estimula tácitamente.



Pero ya es tiempo que nos preguntemos, antes de descender a las bodegas psíquicas de la guaranguería, en que cepas maduran los antecedentes sociológicos de esta patología espiritual rioplatense.

En un reciente e inteligentísimo libro denominado *El pecado original de América* (Buenos Aires, Sur, 1954) el escritor argentino H. A. Murena ha sentado una tesis que, partiendo del pensamiento de Hegel (expuesto en su *Filosofía de la Historia Universal*) y estroncando con el de Martínez Estrada, arroja vivas luces, aunque sin aludirlo directamente, sobre el fenómeno de la guaranguería criolla. Según Murena —purgando a sus ideas del ardor teológico que las retrotrae al providencialismo de Bossuet— la humanidad de América está lisiada porque habita en un continente donde el paisaje y su habitante no se corresponden, donde la historia no ampara el desarrollo orgánico de las culturas a partir del Coloniaje, donde el Espíritu trasatlántico se volatiliza ante la presencia ósea de la piedra, del agua, de la selva, de la llanura, de la soledad, de la tierra toda del Nuevo Mundo. Murena habla de América en general, pero ejemplariza como un argentino, como un rioplatense. Los tipos humanos emergentes de esta especie de prehistoria del futuro que es lo americano, agrupan en dos extremos las psiquis de dos individualidades que destilan savia meridional, que rezuman esencialidad porteña o montevideana. Uno es el extravertido geográfico, el extrajerizante mental; otro es el introvertido nativista, el terrícola amartillado y suspicaz.

El extranjerizante contempla la imagen de Europa como un purísimo ideal, como un paraíso perdido. Su alma está en París, en Atenas, en Florencia, aunque su cuerpo esté encallado en este duro arrecife de América. Reclutado entre las minorías urbanas o desertor de los sectores rurales que engrosan la población de las ciudades, su actitud primaria es el menosprecio de lo provinciano, de lo mediterráneo, de lo "bárbaro". Al motejar a su país en función de sus trasandadas instintivas se considera un prisionero en su tierra y considera a la "civilización" —ventana recortada sobre el sueño infinito y no puerta abierta hacia la cotidiana realidad— como la única salida posible. Pero su arrogante "civilización" es solamente un cencerro libresco, es un desplante de ratón de biblioteca, y su ideal de la cultura americana constituye "una suma, cuya coherencia no ve aún bien claro, de todo el saber universal, suma en la cual cada concepción estaría despojada de su calidad conflictiva: el papel reservado a América sería el de receptora y organizadora de las nociones ideadas en el resto del mundo". Por eso desestima los libros de sus compatriotas, huye del espectro mojado de sangre de la tradición, reniega de todo lo patricio. Y así crecen su soledad y su aislamiento porque el tremendo bostezo de su alma, su fatiga y su descontento sin afirmaciones ni creaciones, le anuncia que está más ligado que nunca a lo que rechazó y "que esa separación es una peculiarísima forma de comercio con su tierra".

El otro arquetipo es un fanático que deliberadamente se hunde en la matriz "pecaminosa" de América, que se golpea el pecho proclamándose indio puro aunque sea descendiente de celtas ojizarcos y que



considera a todo lo que es civilización, cultura y espíritu como algo ofensivo y hostil. Nacionalista, conservador, "folklorista" en el sentido degradado del término, este hombre, que en la comunicación con los otros es lacónico, al menor signo propicio corre a quemar la casa de su enemigo, del europeizante, a quién ve de espaldas y por eso cree de espaldas al país.

Murena define magistralmente al "pesado" criollo, como Samuel Ramos también lo hiciera con el "siete machos" mexicano. "Ahí está, callado, inapelable, de andar grave y excesivamente aplomado, concentrado, como si estuviera atento a la enorme responsabilidad de que su fuerza, una tremenda fuerza física y psíquica, no se desencadene sobre los demás, sino que continúe aplicada a su misión de soportar el peso íntegro de la sociedad".

Al efectuar este planteo bipolar Murena no pensó en el guarango. Pero abrió campo para posteriores meditaciones. Y así es como yo veo al guarango en el territorio neutral donde un arquetipo se desviste de su crisálida y el otro ensaya su primer vuelo de tembloroso lepidóptero. El guarango ha perdido la complicidad afirmadora de la tierra y no acierta a depurar el poder ancestral de su nostalgia como para subir, gongóricamente, a la grupa del "mentido robador de Europa". Está entre la constelación del *Taurus* jovial y el mugido del toro terruñero. No puede afirmarse en los valores elementales del universo campesino ni tiene el obsesivo desprecio del que conceptúa a lo nacional como la consagración de la infamia. Es un paria a la segunda potencia, un desterrado del campo y un naufrago en la ciudad. No le queda nada. Y entonces, solo de solemnidad, huérfano de gracia, mocho de raíz y ayuno de ramas, se consume en su doble salto mortal como una bengala agresiva, como un buscapiés subitáneo.

El guarango, más que traducir un complejo de inferioridad, refleja un complejo de centrifugacidad, de marginalidad. Es un híbrido mental asentado en el reino de las formas, un asno de Buridán que hesita entre la gramilla indígena y el pienso transmarino. El guarango aflora en todos los estratos sociales rioplatenses y se manifiesta de modo esplendoroso en el periodismo y en la política, tanto en la concebida al estilo helénico como la practicada por el profesional arri- vista de estas latitudes.

La afirmación de que el guarango es un producto eminentemente rioplatense debe ser objeto de un comentario explicativo.

El contacto cultural en el río de la Plata ha revestido características distintas a las de las otras regiones de América, y estas características, desintegradoras y desquiciantes, requieren un análisis especial.

En la cuenca del Plata el indígena fue barrido por el viento militar y genésico del hombre blanco, y, salvo un tenue legado arqueológico y somático, las etnias autóctonas no han pervivido en las diversas declinaciones del espíritu oriental, pampeano y mesopotámico.

Los tipos de trabajo practicados por el criollo ganadero, por su parte, no eran los más indicados como para sedentarizarlo en un solar fecundado por generaciones agrarias y hacerle sentir el profundo pulso de la tierra. El paisano estaba ligado espacial y socialmente al paisaje



materno aunque sin penetrar en el recatado recinto temporal de las divinidades *chtónicas*, de los espíritus del subsuelo. Entre la tierra y su cuerpo estaba el vínculo semoviente del caballo. Y el caballo no ata: el caballo desarraiga, hace apetecer nuevos horizontes, genera hábitos peregrinos. La contemplación dinámica de la naturaleza podía crear en su alma cualidades libertarias y viriles pero no alcanzaba para iniciarlo en el misterio neolítico de la siembra y la siega, en los milenarios cultos de la gea madre y de los sacrificios rituales. El labrador es más rico en vivencias planetarias y en símbolos cósmicos que el ganadero adorador de los dioses del cielo. Nuestro paisano careció de esa lenta y deleitosa sabiduría que asciende desde la raíz tradicional a la hoja de los *folkways*, que cincela los paisajes agrarios, que se destila en los *mores* incisivos y fragantes de las gentes aldeanas. Era un desarraigado físico y mental. Perdido el contacto con el terruño horizontal y no vertical, al caer en el remolino de la ciudad quedaba súbitamente despojado de su repertorio cultural. Sólo perduraban un lenguaje típico y una serie de moldes psíquicos y morales que la urbe se encargaría de llenar con sustancia corrosiva.

El folklore rioplatense, en consecuencia, en vez de brotar de un perpetuo y recolecto manantial campesino ha debido ser rescatado y reinventado por los ciudadanos cultos. El campo, succionado demográficamente por Montevideo o por Buenos Aires y abastecido progresivamente por los productos técnicos de la civilización europea, a partir del último tercio del siglo XIX permanecía ciego y mudo, vacío de tuétano tradicional, sangrado por revoluciones cruentas y triplemente anonadado por el asedio de los horizontes concéntricos, por el agobio de las distancias infinitas, por el agrio élitro de la soledad.

El europeo inmigrante, a su vez, al ponerse en contacto con el desamparado aduar de las ciudades de este flanco de América o con las potencias depredadoras de una naturaleza en bruto, perdió de modo neumático el tesoro de sus antiguas costumbres y en la segunda generación exhibió, merced a un proceso inverso, la misma orfandad que los criollos descendientes de los conquistadores y colonizadores de la oleada inicial.

Este doble despojo operado en el espíritu y en el acervo cultural de los expulsados por el campo rioplatense y de los inmigrantes del continente europeo abonó el terreno propicio para los estados marginales y la inautenticidad vital. En otras zonas de América las culturas indígenas, de cuño eminentemente agrario, han incidido acentuadamente en la estructuración del alma nacional. Una fermentación realizada a lo largo de dos a tres siglos de relativo aislamiento y una rápida asimilación de los europeos permitieron a Chile, Bolivia, Paraguay, crear valores aceptados uniformemente en sus territorios, corroborados por raíces históricas profundas y ejemplarizados por respectivas culturas vernáculas.

La dicotomía campo-ciudad, que en otras partes de América es sociológica y demográfica, en el Río de la Plata es sobre todas las cosas cultural y estructural. Por un lado se precisan los productos de la técnica y por el otro irrumpen las obras de la naturaleza. El espíritu, en-



tonces, se evade de esta tenaza, elude este doble cerco. Y, en definitiva, no existen síntesis que den reposo y certidumbre al hombre, que lo concilien con una jerarquía colectiva de valores. El sino del Río de la Plata ha sido hasta hoy el aluvión migratorio y la inestabilidad cultural.

La guaranguería brota en el terreno de esta inseguridad psíquica y de este desequilibrio espiritual. El hombre se encuentra desorientado, perdido, sin apoyo en una tradición de esencias tranquilizadoras. Entonces, para afirmarse y estimularse, se dispara hacia el contorno, fabrica un *arc boutant* desmesurado sobre las espaldas de su prójimo.

Para disciplinar el estudio de los guarangos es menester efectuar una distinción entre la tipología y las modalidades de los mismos. La tipología se refiere a las variedades psíquicas y las modalidades a las situaciones sociológicas en las cuales actúa.

La tipología del guarango, a su vez, admite dos tratamientos: uno en profundidad y otro en extensión, uno relativo a las clases sociales y otro a los círculos concéntricos de la realidad cotidiana.

Comencemos por la tipología vertical, donde la guaranguería del pobre, del burgués y del plutócrata rioplatense difieren en el mismo grado que los estratos sociales que la sustentan.

La guaranguería del pobre no tiene exclusivo hontanar en su resentimiento económico. Nuestro pobre padece además otras precariedades. Es un despojado de bienes materiales y un huérfano espiritual. No posee un rico venero de tradiciones populares que lo ate a la suspirada edad de oro de un pasado refulgente en la danza, en la ronda, en la leyenda, en la canción. El tango no es folklore, no es guijarro anónimo redondeado por el tiempo y las generaciones.

Y como el tango, la guaranguería del pobre es desafiante, sentimentaloides, machacona. Procura golpear con el guantelete de su desamparo en el rostro de la sociedad. Tiene mucho de soterrada protesta, de irredentismo catártico. Sustituye en cierta medida el ademán violento, es burla y escarnio de toda grandeza (vale más un borracho desdichado que un honesto trabajador con suerte), es un pujo estentóreo de rebeldía que, al manifestarse, parece decir al mundo circundante: "Así me hiciste y así me tienes que aguantar".

La guaranguería de la clase media se ejercita en el compartimento estanco de la propia burguesía, es resuello de gente que erige su medianía en áureo cartabón. Esta guaranguería se manifiesta en los gustos ramplones, en las plenarias maneras de ser y de actuar de los que se aferran al materialismo adjetivo, al hedonismo que aturde pero que no disimula las deficiencias sustantivas. La ostentación desmesurada del título por parte de los profesionales, la cultura mal digerida de la cita libresca, la exhibición de la casa y del mueble nuevos, la insistencia en lo ornamental, son algunas de las características que ostentan el guarango o la guaranga de la dorada medianía criolla.

Viene luego la guaranguería de las clases adineradas, del capitalismo rioplatense amamantado por el terratenentismo o el comercio.



"Pitucos" y "pitucas", "snobs" deslumbrados por lo europeo o lo norteamericano, gentes aburridas que juegan a invitarse y a no invitarse a sus fiestas con o sin canasta, hijos de obras ajenas y de desvíos propios, forman los contingentes que montan automóviles deslumbrantes, que bostezan con disimulo en los conciertos de la temporada invernal, que se tuestan metódicamente en las playas del Este y que pasean a los cuatro vientos el lúbrico arsenal de sus ocios.

Pero esta pretendida aristocracia criolla — que es sólo plutocracia — carece del *savoir faire* de la europea, del *desgaire* nostálgico de la sangre azul, de la *nonchalance* sabia y seductora. Detrás de la portada fachendosa golpean los timbales de la desmesura. Tiembla la rama de la desconfianza en la teoría de los gestos estudiados. No hay aplomo psicológico, no hay pertinacia visceral. La palabra y el gesto del guarango asoman sus copetes escandalosos al menor resquebrajamiento de este revoque crematístico. Esta aristocracia no sabe ganar ni sabe perder. En sus alegrías y en sus pesares se borran los pergaminos y se trizan los escudos. Surgen entonces, brotando de un cercano telón de fondo, el relámpago del *bachicha* enriquecido, el fantasma del gallego agiotista, la sombra del tropero que llegó a ser patrón de estancia, la risa de la lavandera que se casó con un "comendante". Pero estos espectros no tienen ya la nobleza ruda y primitiva de los prototipos de carne y hueso. Son remedos, son caricaturas. Han perdido el bordón de los paisajes, el soterrado umbral de las aldeas mediterráneas, la vihuela nocturna de los campos infinitos. De sus jirones deformados y asimétricos sólo puede surgir la promoción que reniega del pasado, el escuadrón de los guarangos.

La tipología horizontal nos pone en presencia de las circunstancias en las que se manifiesta la guaranguería. Ya no se trata de personajes, sino de situaciones típicas. El guarango de todas las clases sociales actúa necesariamente en el medio humano donde está alveolado y su personalidad se manifiesta de modo catalizador en determinados aspectos de la vida cotidiana: en los deportes, en los espectáculos públicos, en el periodismo, en la radiodifusión, en la política, en la producción intelectual.

El guarango en los deportes es un espécimen harto conocido como para que lo describamos. Si participa en el juego (fútbol, básquetbol, etc.), al sentirse contemplado por miles de pupilas despliega los conocidos y feos recursos de su repertorio agresivo; si es un espectador acude al impropio, a la payasada soez, al grito ofensivo, al chiste obsceno, para advertir a todos que él también es actor, que su individualidad no puede quedar anulada por el zumbido anónimo de la multitud.

Cuando el guarango participa en el periodismo, sazona los "platos fuertes" de la prensa rioplatense. Es él el que tergiversa con pasión menuda los hechos del diario vivir para que su yo acromegálico rompa los marcos de las letras de molde; él es el que se complace en la crónica sensacionalista de crímenes infames; él es el que envía sucias cartitas para embestir con su resentida cornucopia a los viandantes des-



prevenidos; él es el que oficia de pescador de perlas para escarnecer, con el pretexto del *castigat ridendo*, a los que lo aventajan e ignoran; él es el que se erige en censor de faltas reales o presuntas sin reparar en sus propias deficiencias, limitaciones y miserias.

El guarango radiotelefónico tiene un vasto campo donde efectuar sus gárgaras ramplonas. Ya es en el novelón episódico, lleno de inexactitudes históricas y psicológicas, rebosante de chabacanería; ya es en el comentario engolado y ridículo de cosas nimias que se explican por sí solas; ya es en el anuncio comercial carente de buen gusto, medida y aliño; ya es en la improcedencia del tono y de la oportunidad con que irrumpen en el dial ciertas audiciones; ya es en el retintín arrabalero de los *speakers* obsecuentes.

La actividad del guarango en la política merece un largo capítulo que por razones de espacio debo sacrificar, aunque lo guardo para otro momento. La guaranguería, fuera del tan común vicio de insultar al contrario para alimento de la barra y abrazarlo en los ambulatorios, se manifiesta de modo específico en nuestra propaganda electoral. La fotografía y el nombre del candidato son dos de sus síntomas. El candidato procura convertir su accidente en sustancia y ofrece al electorado su vera efigie en actitud oratoria, en un inconsciente intento de sustituir el programa del partido por lo que él cree que es la política: discurso y no reflexión, avidez subjetiva y no empresa nacional. Cuando este tipo de candidato sube a una tribuna lo hace para denigrar al contrario a costa de su propia militancia. No procura convencer sino enardecer. No estimula el pensamiento ni obliga a efectuar al pueblo —que es más inteligente de lo que supone—, esfuerzos razonantes; acumula diatribas contra la fracción opuesta de su partido y, naturalmente, repite los eternos agravios contra la opuesta divisa. Bajo su guaranguería palpita la ambición desmesurada y la certidumbre inconfesa de su incapacidad. No puede destacarse en la vida intelectual, ni en la labor administrativa, ni en el ejercicio de una profesión, y entonces, como único camino para hacer conocer su nombre y disfrutar los halagos de la publicidad, elige el de la política. Pero la política, pese a los fariseos que la pueblan, es obra del espíritu, es quehacer platónico, es estrategia cultural. Los guarangos encallan en los arrecifes de la dialéctica, tropiezan contra las piedras de los problemas ecuménicos vestidos con toga nativa. Alcanzan a subir al escenario de sus aspiraciones pero no saben desempeñarse y allí se quedan: gesticulantes, minúsculos, impotentes, molestando a los que meditan y construyen, enarbolando la vana escoba de sus voceillas airadas y sus ademanes descompuestos.

El guarango intelectual cierra esta galería de personajes criollos. El intelectual guarango, esto es, el pseudo intelectual, tiene una conciencia mesiánica de su tránsito en la tierra; se imagina planear como un águila sobre la cenicienta multitud, aunque su obra apenas se conozca en su patria, y enloquece ante la saludable idea de que lo ignoran totalmente en América y Europa. Piensa en la inmortalidad antes que en su humilde condición de testigo de su tiempo y obrero del espíritu. Olvida que el verdadero escritor —sea o no de primera



agua— es un hombre que vive en el mundo de sus creaciones, ajeno por completo a los ardides de la propaganda, de la dedicatoria rimborante y de la adulación a los oficialismos. Por estas carencias es que el intelectual guarango tiene una egolatría feroz. Anda con su yo a cuestras como un monstruoso caracol. Como íntimamente duda de sus cualidades, necesita hablar y hablar de sí mismo, dando vueltas al organito de la autoafirmación para sustentar su falso procerato. ¡Y pobre del colega que caiga en las fauces de su crítica! Lo tritura, lo macera, lo llena de salivazos asesinos. Con él y sólo con él empieza y termina la literatura nacional. El país vive pendiente de sus sonetos o de sus novelas. América se estremece al conocer el título de sus libros. Europa sostiene el aliento cuando una de sus obras atraviesa el Atlántico.

Pero, en la realidad, este industrial de su propia fama recoge todos los juicios que le dedican los industriales del halago y los envía a los diarios donde un desdichado amigo debe forzar su publicación o los apretuja en las solapas de los libros que sin estos tutores se verían desamparados y ayunos de resonancia.

Cuando el guarango de las letras presenta sus trabajos inéditos a los concursos, se las arregla para que su nombre se conozca antes del fallo. Y cuando un libro no es premiado colma a los jurados de diatribas, los crucifica en las tertulias, los condena al elogio perpetuo de su difamación.

Otras veces el héroe de las peñas advierte que un intelectual verdadero le hace sombra a su supuesto prestigio. Entonces fabrica una carta de lector, o enhebra una versada y lo atropella lindamente. Quiere notoriedad a expensas del honesto trabajador del espíritu. Su brulote no respeta pelo ni marca y si el otro ingenuo tiene la mala idea de contestarle, se afirma en la polémica con las cuatro herraduras de su tosudez. ¡Verán ahora quien soy yo! —se dice el ofensor gratuito—. ¡La República entera aplaudirá mis razones! Pero al fin nada sucede; el agresor vuelve a su peña mercurial, a su silbo de ofidio pueblerino, a su frustración espesa y el agredido, escarmentado ya, continúa su obra sin curar más de los salteadores de caminos y de los caballeros del Verde Gabán.

Para finalizar con esta visión cinematográfica del guarango y sus faunas, falta mentar las modalidades de la guaranguería.

El escalón íntimo de la guaranguería es la predisposición del rioplatense (¿o la rioplatense?) a escribir anónimos. El redactor de anónimos es un guarango potencial, no un guarango manifiesto. Posee el resentimiento pero carece del ímpetu espectacular que lo arroje a la arena de la convivencia.

Vienen luego los guarangos que actúan ante pequeños públicos; el piropeador profesional de 18 de Julio, montando guardia en las esquinas; el chusco que improvisa en la plataforma del ómnibus; el automovilista prepotente y vociferante, etc.



Y, finalmente, están los que actúan visible o invisiblemente ante grandes públicos: el exhibicionista de la playa, el orador que llamamos de barricada aunque es más propio llamarlo de barrica a secas, el lenguaraz radiotelefónico, el periodista descomedido, el Stentor de las tribunas y los taludes, etc.

Algún día se estudiará de modo más acendrado esta psicopatología rioplatense que designamos como guaranguería. Los presentes apuntes son meros testimonios, rápidas comprobaciones cualitativas de un espectador que ama a los suyos y les cauteriza sus llagas. No pretenden reformar, sino describir. Pero si en algún momento tuvieran repercusión normativa y ayudaran a rectificar en algo esta zurdera del alma criolla, me sentiría plenamente recompensado y satisfecho.

## 2 — GENEALOGIA DEL COMPADRITO

*Soy del barrio'e Monserrá,  
Donde relumbra el acero,  
Lo que digo con el pico,  
Lo sostengo con el cuero.*

La figura del compadre, exaltada en el arrabal y vilipendiada en el "centro" de las ciudades rioplatenses, está más allá del amor y el odio: es un producto sociológico que debe analizarse a la cruda luz del pensamiento puro.

Por manejar al tipo como a una marioneta temible, los retablistas criollos, salvo honrosas excepciones, sólo han movido los hilos de lo adjetivo, presentándonos, más que un retrato psicológico del mismo, un espantapájaros esquinero. Sin embargo quienes como Martínez Estrada, Borges, Sáenz y Quesada, Quintana, etc., en la vecina orilla y como Zum Felde entre nosotros se asomaron en la fabulación del espíritu orillero encontraron en él algo más que *peringundines*, conventillos y gente de avería. Tras el ademán excesivo de los guapos se emboza un estilo de vida, una concepción del mundo, una modalidad psíquica, en fin, una cultura tan legítima como la que distingue a las "élites" urbanas.

Para ubicar correctamente al compadre hay que efectuar una aclaración previa: no se le debe confundir con los *lunfardos*, esto es, con los ladrones. El lunfardo, producto del hampa rioplatense, inauguró una modalidad lingüística que el arrabal fue asimilando poco a poco. La palabra lunfardo vino así a designar indistintamente al tipo humano y al "argot" canallesco. Con el tiempo el compadrito llegó a utilizar la pintoresca jerga pero no se identificó en ningún momento con el inventor de la misma.

Malevos y malandras, pues, son cosas distintas. No puede emparejarse al guapo, moralista a su modo, con el *punguista* (ladrón bolsillero) el *escruchante* (ladrón de viviendas) o el *biabista* (ladrón que castiga — "le da la "biaba" — a la víctima).



Antes que se popularizara el lunfardo ya existían *pesados* en las orillas, hablando al estilo campero y actuando bajo el imperio de una sangrienta tradición. El lunfardo, como dice Borges en *El idioma de los argentinos* (Buenos Aires, 1928) es una "jerigonza ocultadiza", un "vocabulario gremial", "la tecnología de la furca y la ganzúa" mientras que el coraje criollo exaltado hasta la desmesura, el donjuanismo agresivo del bajo y la cuchillería cósmica del arrabal son el resplandor suburbano del gaucho.

Pero no nos adelantemos y antes de intentar el psicoanálisis del compadre hagamos la geografía humana de las orillas.

Las orillas constituían la imprecisa zona donde el campo y la ciudad indiana dialogaban hasta confundir sus voces. La vivienda se desasía del cuadriculado abrazo de las manzanas y cambiaba la solidaridad geométrica por la improvisación individual; los yuyos humildes venían al trotecito desde el fondo del horizonte a lamer los umbrales de tierra; la casa se desnudaba de ladrillos y balcones y se quedaba en cueros de rancho, las cañadas hacían viborear sus corrientes entre los cercos de cina-cina y las paredes de adobe.

En estas orillas vivían las familias de los soldados del vecino cuartel, los naciones (italianos) recién llegados, los paisanos lanzados por el trampolín de la pampa y las cuchillas hacia la sede de una industria recién amanecida, constituyendo todos el *populus minuto* o el *salabaje*, como dirían los Nebrijas del arrabal, el pueblo escaso de dinero y rico de risas, de intención y de dialéctica zumbona. A las orillas llegó la derrotada progenie del gaucho a cambiar de signo pero no de condición. El proletariado de la estancia, desalojado a partir del 1875 por el alambrado, encallaba en la aureola miserable de la ciudad para intentar una difícil adaptación. La ciudad, en efecto, era el dominio de la extranjería, de las novedades, de la palabra. Y el campo que traían a cuestras aquellos orgullosos despojados era aún la ciega tierra americana, los fogones llenos de leyendas y el mutismo del hombre de a caballo.

Esa gente rural despeñada en las orillas no renunció al rancho, ni a la haraganería setenaria, ni al mate, ni al bailongo, ni a la farinera, ni al amor violento, ni al azar del juego y de la vida. Tuvo que renunciar en cambio a la naturaleza plena, a la abundancia cimarrona, a la sociedad ecuestre, a las soledades planetarias. Pero la soledad interior no la abandonó nunca. Ni la indigencia espiritual halló posibles compensaciones pacificadoras. Y entonces, en la pobreza *mistonga* del arrabal el gaucho degradado cambió la bota viborera por el zapato de taco militar, la golilla por el *lengue*, la bombacha raída o el chiripá roto por los *leones* abombillados, el poncho por el saco negro entallado, el chambergo por el *funyi* de copa vertiginosa y sombría. Sobre las cenizas del paria rural había nacido el compadre que no se resignó a su destino y procuró fundar, frente a las castas plutocráticas del centro, una casta de señorío intimidatorio y carnal.

Los malevos de las orillas constituyen un grupo humano de ca-



rácter marginal. No son más hombres de campo ni pueden tampoco ser hombres de ciudad. Privados de un pasado que ya no les pertenece y de un futuro urbano al que no pueden aspirar por esencial inadaptación sólo les queda el desesperado presente de la prevalencia física.

El gaucho ejercitaba su dotes hazañosas en un escenario natural y zoológico: si tropero, luchaba contra el ganado y los poderes del cielo; si domador, lidiaba con los potros; si baqueano, combatía con la noche y el espacio infinito. El guapo del arrabal tuvo que afianzar su hombría a costa de sus propios semejantes. No tenía catharsis posible. Despojado de la gramilla y de los toros sólo restaba el rebaño humano para asentar sobre él su insolencia persuasiva.

El hombre de todas la civilizaciones complejas y de las comunidades diferenciadas tiene muchas oportunidades para afirmar su personalidad. Quien no se dedica a un oficio triunfa en las artes, se planta detrás de un mostrador o se doctora en una profesión liberal. Pero quien tiene en su derredor la pobreza, la sordidez, la monótona niebla de la ignorancia, debe imponer su yo a fuerza de músculos y sangre, a *fiyingo* desnudo y a coraje limpio. Y así razona el malevo monologante de Borges: "Me quedé mirando esas cosas de toda la vida — cielo hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo ahí abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los hornos — y pensé que yo era apenas otro yuyo de esas orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas. ¿Qué iba a salir de esa basura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser "guapo". (Historia universal de la infamia, Buenos Aires, 1935).

El malevo, además de ser un individuo marginal, es un resentido. En su desplante excesivo se agazapan un trauma psíquico y una protesta social.

Desdena el aristocrático *jailaife* (de high life) de las calles céntricas que porta galera y gasta *yuguillo* (cuello de la camisa), al *susheta* novelero lleno de *berretines*, al *chitrulo* sin experiencia en la carpeta o en el trato con el *bramaje* (hembraje), al *pituco* afeminado que moteja de *ministro* (de mimo) al *contemuse* dicharachero, al *chantapufi* que no paga sus deudas, todas variedades de la fama urbana.

No tiene tampoco simpatía por el paisano que carece de su hieratismo taimado, de su garbo elástico, de su lenta elegancia, de su grauidad oprobiosa. El campesino es el *grébano*, o el canario *angelito*, el *payucano* zonzo, el hombre sin clase orillera que no sabe bailar tangos ni *chamuyar debut* (hablar bien) ni manejar el *vaivén* (cuchillo) con corte y quebrada.

Y finalmente desprecia, como buen xenófobo que es, a los *tanos* lacrimosos, a los *franchutes* amigos de la *pichicata* (la cocaína), a los *gaitas* aplicados al *laburo*, a todos los extranjeros *rantifusos* (humildes, sin importancia). Pero su patriotismo se detiene ante las primeras calles de la ciudad. Su espíritu localista no trasciende el barrio *mishio* (pobre) que lo vio nacer. Engarzado entre un campo que ignora y una



urbe que desestima levanta en el tenue cinturón del arrabal su prepotencia sin esperanza y su dramática esterilidad.

En la familia de los hombres *tauras* hay algunos subtipos.

Están el *taita*, el *compadre*, el *compadrito* y el *compadrón*.

*Taita* es una palabra de origen español que significa padre, muy conocida entre nuestra gente de campo, pues de ella ha derivado *tata*.

El *taita* es el dueño del arrabal, el cacique de la tribu de un barrio, el sultán del serrallo de chiruzas que con el andar del tiempo se convertirán en *minas*, el hombre que no gasta su coraje en partidas vanas, el que impera sobre la *mersa* anónima e intimida a las diversas jerarquías de *malevos* que a su sombra crecen. En definitiva, es el patriarca filoso de la última palabra y de la primera acción.

El *compadre*, en buen romance, es el deudo espiritual de los padres de su ahijado. En campaña se usó la voz, con un sentido más amplio, para tratar a personas merecedoras de afectuosa confianza. Y en el arrabal, *compadre* fué el equivalente a *pobretón* primero y a *guapo* después.

El *compadre* como expresa Borges, es la conjunción de muchos énfasis: de la rudeza, simulación enfática del vigor; de la cursilería, simulación enfática de la elocuencia; del matonismo, énfasis del coraje. El *compadre* guapea con machacona insistencia porque necesita creer en sí mismo y afirmar su tambaleante yo en la reiteración de la balandronada. No tiene el sereno estilo del *taita*. Es más ornamental, menos misterioso. Se juega el pellejo si llega la ocasión pero prefiere el visteo a la pelea real y el relato de batallas entre *malevos* a las batallas mismas. Frente al *guapo* de otro barrio se agranda, pero ante el *taita* local, toruno e imperioso, se achica sin remedio.

El *compadrito* es un *compadre* en tono menor, un mozo de clave en la oreja y de piropo vivaz, que camina como bailando tangos, que foguea su espuela en entreveros hasta que un día saca patente de *guapo* al destronar a un *compadre diquero*...

El *compadrón*, finalmente, es un valiente de talabartería, el "as de cartón" del canto de Carlitos Gardel, el *vivillo* disfrazado de *malevo*, el *esquifuso* (ruin) que domina los efectos atemorizantes de un lenguaje lesivo pero que hurta el cuerpo cuando lo convidan a seguir conversando con el puñal en la mano. Por el *compadrón* el reino linajudo de los guapos limita con la Corte de los Milagros del delito y la vagancia. Pero el *compadrón* es una caricatura, un ser aberrante que nada tiene que hacer en la familia de chulos y perdonavidas de todas las latitudes.

En los *compadres* está muy desarrollado el sentimiento tribal respecto a la comunidad y el endogámico respecto a las mujeres casaderas.

El arrabal tiene espíritu de cuerpo, es solidario en sus alegrías y dolores y no permite que a las *percantas* las afilen los de afuera. Silva Valdés, en su drama "Barrio Palermo", reconstrucción literaria de un novecientos que aún perdura nostálgicamente en la memoria de los montevidéanos, ha captado bien este rasgo exclusivista.



Las muchachas orilleras no podían tener festejantes fuera del círculo mágico del arrabal porque las sanciones eran tremendas. En efecto, si un enamorado llegaba a un zagúan, los chiquilines, amartillados en las esquinas, lo curtían a insultos primeros y a pedradas después. Si el galán recalcitrante se animaba a volver después del titeo y la pedrea, aparecía entonces la *patota* de adolescentes, el segundo cinturón de virginidad, que no se andaba con chicas y le propinaba al pobre Romeo un amasijo en forma. Esa misma patota, resabio desfigurado de la montonera, dejará un día los estrechos límites del barrio y, excedida en sus funciones, cometerá salvajadas en otras zonas de la ciudad atacando al peatón indefenso o vejando a la mujer desamparada.

Por último, si el enamorado se animaba a "pararle el carro" a la patota, cosa que sólo los muy agalludos podían hacer, entonces le tocaba el turno al *taita* que, caminando con estudiada desgana, se acercaba al intruso para invitarlo a un duelo criollo, dignamente, sin muchas palabras, hasta con el respeto que todo varón le debe a otro de su laya.

Este esquema de la preservación de los elementos femeninos del arrabal nos ayuda a comprender que el guapo legítimo no era un patotero. La patota es un grupo de edad, como dirían los etnólogos, una colectividad de aprendices, una escuela de agravios al *botón* representante de la autoridad odiada, al *bachicha* recién inmigrado, al *bacán* de camisa de plancha. El *guapo* es un fruto maduro del árbol orillero, es un hombre que se corta solo, que en soledad provoca y que en soledad triunfa o muere.

El prurito individualista, el escozor egolátrico, fue, a su vez, el causante de los famosos duelos de las orillas. Cada barrio tenía su *taita* y en el estrecho carromato de la gloria arrabalera sólo podía caber un conductor. Era inevitable entonces probar quien "era más". El dueño de una cancha salía una buena noche de copas y guitarras a buscar a su rival, rodeado de sus lugartenientes fieles, o se largaba solo, como un fantasma enloquecido, a tirar la taba del coraje en una guarida ajena. Otras veces, para otorgarle al duelo publicidad ostentosa enviaba a unos compadres personeros que ataban con el *taita* del Bajo, de Tajos y Puñaladas, del Sur o de Belgrano — mentados barrios montevidéanos o bonaerenses — el día y el lugar de la pelea así como el tamaño del cuchillo a emplear en la misma.

Y cuando el día y el momento del duelo eran llegados, dos pequeños mundos contemplaban la coreografía sudorosa y mortal de los cuchilleros hasta que uno de ellos caía en el doble charco de su sangre y de la luz de un farol.

En el compadre confluyen las etnias de gaucho, del indio y del negro. Del gaucho recibe el coraje loco y el cuchillo cuerdo; el negro le aceita las bisagras para la sensual danza orillera, y el indio le dona una cara y una sentimentalidad lampiñas que patrocinarán su nombre de *caralisa*.

Estas tres sangres sostuvieron el pulso del compadre y las tres se agazapan tras su antropología física y su antropología cultural.



El ámbito donde floreció el malevaje fue el común asiento del pobrerío, de la gente cuartelera, de los *formayinas* de la Casa Mala y de los elementos antisociales de ínfima categoría. El contacto con el prostíbulo, al tiempo de crearle una mentalidad masculina particular, le otorgó una fuente de ingresos al desocupado señor de las esquinas. El cuartel más de una vez lo atrajo con sus dianas *runfleras*. Y el pristino tipo primitivo fue lentamente fermentando y cambiando su escala de valores.

El compadre puro, enemigo del trabajo, *escolasador* (jugador), ducho en el manejo de las *bremas* (naipes) y en el vareo de los gallos de riña, taciturno Agamenón de los boliches, eterno rondador y explotador de las mujeres, peleador por fantasía y pobre de solemnidad, con el tiempo se fue *abacanando*, convirtiéndose en un *canflinero* a la *gurda* (proxeneta de relumbrón), aprendiendo las malas artes del *chorro* y del *guitarrista*.

Utilizado como guardaespaldas por los políticos y contratado como marciano en las elecciones, corrompido por la transformación del burdel criollo en lenocinio internacional, devastado por el alcohol que siempre *escabió* (bebió) en abundancia y desnaturalizado por el "argot" lunfardesco, el arrogante guapo del 90 se convirtió en *capanga*, en *cafisho*, en *ciruja* (abreviatura de cirujano), en *espiantador* (estafador), en *tintorero* (ladrón, porque el tintorero limpia la ropa...), en monedero falso. Pero cuando derivó hacia estos oficios dejó automáticamente de ser un compadre.







## FILOSOFIA DEL MATE AMARGO

*"Yo no soy cantor ladino  
y mi habilidad es muy poca;  
pero si cantar me toca  
me definiendo en el combate,  
porque soy como los mates.  
sirvo si me abren la boca".*

*Martín Fierro*

Canta la pava en el fuego. El agua barbota, la tapa se sobresalta y estremece de tanto en tanto y un chorro de vapor se escapa por el pico de la tiznada ave de hierro que empolla en el nidal de brasas.

Una mano sarmentosa, de corvos dedos y anverso peludo, toma a la pava del asa, la arranca de su rojo echadero y con una delicadeza sorprendente para tan tosco instrumento humano la inclina con preciso ademán sobre la boca del mate.

El agua hirviente cae en el óvalo donde la bombilla se yergue como un mástil de metal. La verde barriga del porongo, retobada de yerba, recibe con fruición la cebadura; runrunea, se hincha, tiñe con amarga clorofila el agua virgen y desde lo hondo teje un círculo de espuma, que sube, sube, lento, impecable, perfecto, hasta coronar el borde. Cuando parece que va a romperse el anillo virtuoso cesa el chorro gorgoteante y la golilla se queda allí, quietecita, esponjada, simétrica como una boca pronunciando una *o* de asombro, grácil como la armada de un lazo detenida en su vuelo.

El hombre lleva la bombilla a los labios. Sus ojos miran sin ver, fijos en un punto lejano. Están abiertos hacia afuera pero contemplan la íntima estatua de un ensueño. Su cuerpo no se mueve; la llama lo baña con luz anaranjada, lo envuelve con finas víboras de cobre y hace danzar su enorme sombra sedente sobre la pared de adobe.

Sorbe el hombre con succión pareja y deleitosa la tisana ardiente, descansa un instante, vuelve a chupar sin pausas y, al fin, con un rezongo soterrado, nacido en la entraña misma de la calabacilla, el mate anuncia que está exhausto, que aguarda una nueva transfusión de agua vivificante y cordial.



Ese es el rito del mate amargo, del mate cimarrón, del mate rural que calienta el cuerpo antes de que el sol abrigue con su poncho dorado y que alumbra el alma antes de que el lucero encienda su torcaza de plata.

Pero describir un rito es quedarse en lo meramente externo, en lo adjetivo y ornamental.

Tras el ademán litúrgico de preparar, cebar y tomar el mate hay una concepción del mundo y de la vida, todo lo humilde que se quiera, pero tan válida y cierta como las de aliento excelso.

Tras la corteza de una costumbre cotidiana y popular, que remansa la vida, que atempera el desvelo de los días ciudadanos y ahonda la meditación de las jornadas campesinas, madura la pulpa de un fruto filosófico.

Y en esa filosofía que deseo indagar ahora, buscando en el tibio y familiar mundo del mate lo que muchos orientales — los del universo folklórico — no advierten por estar tan cerca, y lo que muchos otros — los de la novelaría transatlántica — ignoran por estar tan lejos.

Un estudio completo sobre el mate debe integrarse con dos capítulos que deliberadamente omito: el histórico y el botánico.

La historia del mate y de su difusión en América es interesantísima; y el análisis de sus propiedades estimulantes y medicinales encamina a territorios de sistematizaciones densas cuando no desemboca en el capítulo preventivo de la higiene social.

Pero no es mi propósito hacer la filosofía del mate amargo basándome en datos que se puedan preguntar o leer. A los ilustres oficios del historiador y del naturalista yo prefiero la humilde tarea del adivino de verdades. Una cosa es el conocimiento y otra el presentimiento. Media entre ellos la misma distancia que separa la descripción de la interpretación.

La historia del mate puede ser reconstruida con paciencia erudita; al espíritu del mate sólo puede encontrarlo la corazonada intuitiva. Porque la intuición, como dice Bergson, no es otra cosa que la "visión directa del Espíritu por el Espíritu".

Caben, dentro de la interpretación filosófica de la costumbre del mate amargo, una sociología, una metafísica, una psicología, una ética y una estética.

La *Sociología* del mate tiene que ver con la conducta del grupo cuando se le bebe colectivamente. El mate vence las tendencias aislacionistas del criollo y lo adscribe al collar humano que el "cimarrón" atraviesa como si fuera un hilo de simpatía coagulante. El recién llegado es recibido con un mate; al que parte se le obsequia con "el mate del estribo". Ambas actitudes configuran la admisión al grupo social y la despedida del grupo a uno de sus integrantes.

El mate empajera las clases sociales. Lo bebieron patronos y peones en solidaria rueda patriarcal; jefes y soldados en los vivacs revo-



lucionarios; amos y esclavos en los floridos patios de las casonas coloniales.

Y en todos los tiempos y lugares fué el mate el que hizo la rueda y no la rueda la que trajo al mate.

La periferia cultural de la estancia pretérita estaba limitada por el invisible cerco del mate que iba de mano en mano, de boca en boca y de corazón en corazón.

El oasis del desierto blanco se anuncia con un ramillete de palmeras; el oasis del desierto verde recibía al peregrino ecuestre con el redondo brocal de un fogón de mateadores.

Y hoy mismo, el lazo que ata a los paisanos que aguardan la noche a cielo abierto es más delgado que la seda pero más fuerte que el destino: es un mate caliente, afectuoso, que resplandece en medio de la soledad, que dice lo que no expresan las palabras, que interpreta lo que amadrinan los silencios.

El mate orientaliza al "gringo". A poco de estar en nuestra tierra matearon mis arrevesados bisabuelos vascos y como ellos se hicieron al "verde" los italianos chacareros, los ingleses tradicionalistas, los gallegos nostálgicos y los judíos talmúdicos.

Antes de saber hablar el español sabían cimarronear. Y se acriollaron lindo, porque el sol de la nueva patria salía de adentro para afuera en vez de entibiar de afuera para adentro.

El israelí de hogaño, ciudadano por excelencia pero descendiente de nómadas cohesionados por la *Mischpat* del desierto, adopta con rapidez y sin remilgos la costumbre del mate. Porque mate es sociedad y sociabilidad, ejercicio que agrupa a los hombres y concita las voluntades, corral de confianza humana en medio de un mundo desencantado y hostil.

¿Y qué decir del mate viajero que acompaña al uruguayo cuando peregrina por el orbe, a ese uruguayo devoto que padece angustias mortales cuando no encuentra en la tienda de ultramarinos a la generosa, a la escasa, a la divina yerba de sus amores?

La *Metafisica* del mate amargo nos lleva al polo opuesto de la sociabilidad, nos enfrenta con la persona y su angustia ontológica. Hombre y mate dialogan, ya a la hora de la amargueada matinal, ya en la hora del rito vespertino.

El mate de la aurora ordena la estrategia del día que se inicia. El mate del crepúsculo hace recapitular sobre el día fenecido. Y como el día, según los chinos, es una vida en miniatura, el mate está en sus dos cabos para preguntar con la voz de los hombres y para contestar con la voz de los dioses.

Los griegos tenían el Oráculo de Delfos; los criollos se contentaron con el Apolo del mate y la pitonisa de la yerba.

El mate es "el compañero", el deudo, el *alter ego* de la criatura dramática que lo interroga.



¿Qué piensa ese hombre solitario mientras el amanecer golpea con sus nudillos? ¿Qué busca esa conciencia vigilante mientras las sombras se apean?

No está el alma vacía, no es la dulce imbecilidad del *far niente* lo que cautiva el yo del mateador abismado. Sumergido en sí mismo, el hombre bucea en su propia intimidad con pertinacia pura y mente cavilosa.

La hora del mate, pues, no es un tributo a la pereza, ni un agujero en el tiempo, ni un pozo de aire en el espíritu. Es una hora grave, de ocio noble, de egregio vacar, de recreación meditativa.

"El penseroso" de Miguel Angel y "Le penseur" de Rodin se apoyan en su puño, blandamente el caballero florentino y ferozmente el hombre simbólico que corona La Puerta del Infierno.

El mateador, en cambio, estrecha el puño vegetal de la "galleta" o del "poro", apura su infusión estimulante, y piensa, tal vez sin quererlo, en sus recoletas alegrías y silenciosos pesares, en la vida transcurrida y en la vida por venir.

El leve ejercicio físico suscita un hondo ejercicio espiritual. El contacto con la esfera minúscula del mate, pequeño cosmos aprisionado en un cuenco, pone al hombre en estado de gracia para enfrentarse al gran cosmos que lo rodea, que lo estrecha en su abrazo de vientos y estrellas, de rumores celestes, de himnos terrígenos y de sollozos humanos.

La *Psicología* del mate se asienta en otras capas del ser. Hay un lenguaje de persona a persona, de sexo a sexo, cifrado y simbólico, que las tradiciones rurales han consagrado desde tiempo lejano.

Un mate servido por manos femeninas puede encubrir una furtiva caricia, un roce sigiloso de dedos que lo dice todo.

Este, empero, es el eterno lenguaje de hombre a mujer. El lenguaje del mate es más sutil, más ladino y expresivo.

Frío, significa desprecio; muy caliente, amor ardiente; lavado, a tomar mate a otro lado; espumoso, te quiero.

Si la moza le agrega naranja quiere decir, te aguardo; si canela, pienso en ti; si coco, vuelve pronto; si toronjil, estoy enojada.

Roberto Ares Pons, en su precioso "Elogio del mate" advierte certeramente que en "las tierras de la cuenca del Plata la pampa y la ganadería cerril hicieron al hombre huraño y solitario, se ignoró el requiebro galante y la sensibilidad y los sexos se polarizaron agudizándose su natural enemistad". Para vencer "el hábito errante del hombre y constreñirlo a la domesticidad" la mujer se valió del mate. Y, a su vez, el hombre "llegó a sentir que no poseería realmente una mujer hasta que ella le cebara mate a él; a él sólo, en una indefinida sucesión de madrugadas y atardeceres".

La *Ética* se relaciona en cambio con todo el ceremonial interno y externo del acto de cebar, recibir y devolver el mate.



Quien lo bebe debe respetar el mate, sorberlo totalmente, no andar removiéndole la bombilla, no obstruirlo con chupadas desparejas. Ha de aguardar su turno, decir solamente gracias cuando no apetece más, levantarse para devolverlo si lo sirve la dueña de casa.

Quien lo ceba ha de procurar que no se lave, darlo vuelta a tiempo y, sobre todo, no romperle el copete. Si un mate se desparrama se arruina toda la cebadura: su espumita tiene la virtud mágica del sabor, de la enjundia, de la virilidad del mate. Un mate llorón, chorreando, sucio de yerba, es un mate de maturrango, un mate descasado y hereje.

La *Estética*, finalmente, se refiere a lo epitelial, a lo extrínseco, al continente y no al contenido del mate.

Hay mates de pobre, peladitos, sin ningún ornamento, lustrosos de tanto manoseo fraterno.

Hay mates de estanciero rico, con anchas bocas de metal noble o luciendo presuntuosos y macizos cuerpos de plata sostenidos por un pie gentil, y llenos de sellos áureos, de iniciales entrelazadas, de opulentas flores, de animales mitológicos.

Hay mates, o había, de factura europea, realizados en fina porcelana, con pajaritos y angelotes pintados en su barriga frágil. Eran mates coloniales, de esos que cebaban y azucaraban las negras solícitas y sonrientes y las señoras bebían con morigerado empaque, entre puntada y nudo, mientras volteaban a los títeres femeninos de la vecindad con palos de mujer, que son peor que palos de ciego.

Y hay, finalmente, mates bastardos, que sólo así se les llama por la yerba y la bombilla, pues se beben en vasos de vidrio, insípidos, bocones, sin paredes curadas, sin alma, sin encanto, sin tradición.

Días atrás conversaba con un buen amigo nacido en Rumanía sobre el hechizo del mate amargo.

Y un relato suyo confirmó plenamente el poderoso sortilegio de nuestra bebida nacional.

Cuando llegó al país, veinte años hace, visitó una estancia en Soriano. Allí conoció a un capataz viejo y al verlo matear quiso probar la extraña infusión.

El viejo preparó el mate con esmero, lo sirvió con pulso firme y antes de alcanzárselo dijo:

—Mire lo que va a hacer, mocito. Si piensa rumbiar de nuevo a su querencia, no lo tome. Porque después que lo domine el mate no lo saca naides de esta tierra.

Mi amigo sonrió incrédulamente y bebió hasta el fin el mate que le brindaba el capataz sentencioso.

Hoy es padre de un casalito de orientales.

¡Como para no creer en el mate amargo!







## APENDICE I

### BASES PARA UN ESTUDIO SOCIOLOGICO DE LA VIDA RURAL URUGUAYA

El conocimiento de la vida rural uruguaya tiene fundamental importancia para los destinos de un país que vive del campo aunque, paradójicamente, posea la mayoría de su población concentrada en las ciudades.

Hasta hoy, sin embargo, no ha existido un conocimiento cabal de los problemas humanos del agro uruguayo sino familiaridad con los mismos. (1)

Familiaridad y conocimiento son dos términos distintos y dos actitudes diversas ante la existencia. La familiaridad con las personas y las cosas supone una experiencia dramática, íntima, edificada sobre vivencias y subjetividades individuales. El conocimiento de esas personas y cosas exige, por lo contrario, la aplicación de métodos científicos para racionalizar, sistematizar y objetivizar la realidad de tal modo que las nociones resultantes tengan carácter de validez universal.

Por ejemplo, la estancia uruguaya, célula productiva por excelencia de nuestra economía nacional, es un fenómeno familiar a los que en ella han vivido, a los que la han visitado o a los que han procurado interpretarla. Pero el estudio económico, social y cultural de la misma, es decir, el estudio científico, no ha sido realizado aún. Carecemos de monografías regionales sobre los distintos tipos de estancias; ignoramos la cuantificación de los niveles de vida vigentes en las mismas; no hemos analizado los procesos positivos y negativos de su dinámica social; improvisamos al atribuir carácter general a los grupos tipológicos, sociológicos y psicológicos que se constelan en sus variedades y declinaciones.

El gobernante y el legislador no cuentan con esos datos y sin embargo se gobierna y se legisla en base a familiaridades, a informaciones truncas, a vivencias personales, a panoramas económicos y sociales incompletos.

La verdad es que no hemos recurrido aún a las ciencias sociales para investigar los problemas humanos de nuestro campo (y tampoco los de nuestras ciudades) porque no hemos tenido la sensibilidad suficiente para advertir que estamos en el siglo de la sociología y de

---

(1) Sobre los conceptos de familiaridad con y conocimiento de, ver pág. 53.



la antropología cultural o porque nos hemos conformado con prácticas de curanderismo cuando existen en el país especialistas que podrían diagnosticar científicamente nuestras debilidades y fortalezas si se les diera la oportunidad de hacerlo.

La categoría de lo social se está rescatando en nuestro tiempo de su antigua paridad con la fenomenología naturalista y el estudio de los procesos y las estructuras de las comunidades humanas ha ganado un legítimo primer plano en los intereses del espíritu.

Corroborando esta dimensión del pensamiento contemporáneo, dentro del complejo de la producción rural se ha puesto también de manifiesto que es sobre el factor humano donde debe incidir el énfasis de una política de fomento agropecuario eficazmente orientada.

El hombre es el agente directo y el recipiente inmediato de los frutos del trabajo rural. La producción y el consumo, extremos inicial y final respectivamente del proceso económico, están sustentados por valores humanos y no por cifras o sistemas abstractos. Los términos maquinaria agrícola, fertilizantes, forestación, praderas artificiales, créditos de habilitación o Reforma Agraria carecen de significado si se les priva de su sustrato humano, de su intencionalidad social, pues cada uno de ellos está mentando "sotto voce" al hombre como beneficiario indudable y como protagonista de la producción campesina.

Los dirigentes de los países más evolucionados —y particularmente los gobernantes de los EE. UU. a partir de 1910— han procurado multiplicar y mejorar la producción agropecuaria dirigiéndose para ello a los productores mismos, creando satisfactorios niveles de vida en el campo, equilibrando las tensiones económicas entre el capital y el trabajo, combatiendo el desempleo estacional y proporcionando a las comunidades rurales un bienestar apto para el desarrollo de una cultura de eminente estilo campesino combinada con los elementos técnicos de la civilización urbana.

Tales empeños fueron coronados por buen éxito en la medida que se estudió de modo científico la sociedad rural utilizando para ello equipos y organismos especializados.

Nuestra vida rural, una realidad con acento histórico, con categoría etnológica y con signo económico, ha de ser estudiada por un selecto plantel de investigadores y conocida por el gobernante para que la ley tenga plenitud normativa y para que la dinámica política se nutra de verdades y no de adivinaciones.

El Estado debe, en consecuencia, estimular el desarrollo de las ciencias sociales en su seno y servirse de los datos proporcionados por las mismas. Debe promover la investigación privada, debe apoyar la creación de cátedras y seminarios universitarios, debe organizar institutos oficiales que colaboren con el Poder Ejecutivo y el Legislativo a título de asesores.

Y dentro de ese florecimiento científico, que nuestro prestigio institucional merece y que nuestra tradición democrática exige para



ser más eficiente y justiciera, el capítulo dedicado al análisis de la sociedad rural ha de tener un desarrollo particular.

Las experiencias realizadas por la *Sección Rural Life* (Vida rural) de la Secretaría de Agricultura de los EE. UU., así como las investigaciones desarrolladas en Inglaterra por las "Le Play Houses", en Francia por la escuela de "La Science Sociale", en Rumania por el famoso Instituto Social Rumano dirigido por Dimitri Gusti, en Alemania por el grupo de Colonia, en Checoslovaquia (1920) por la Academia de Agricultura y en Suecia por el Instituto de Ciencia Social de Estocolmo, confirman la extraordinaria utilidad de estos estudios y sirven de antecedentes para implantarlos en nuestro medio. La iniciación de tales investigaciones en oficinas técnicas del Estado no sería por cierto cosa novedosa, aventurada o precursora sino medida urgente para que el Uruguay no quede a la zaga de los países civilizados.

Es el momento, por lo tanto, de sugerir posibles formas de encarar el análisis de nuestra vida rural. Hay que dotar a los poderes del Estado de instrumentos inquisitivos aptos para orientarse en la selva oscura de lo colectivo y para crear leyes brotadas de nuestro humus ideológico y no calcada de los repertorios extranjeros. De acuerdo a los caracteres de nuestra realidad económico-social y a las enseñanzas proporcionadas por institutos que he visto funcionar en el Viejo y el Nuevo Mundo, la organización teórico-práctica de un Departamento de Sociología Rural modelo, radicado en el Ministerio de Ganadería y Agricultura, sería la que más abajo se detalla.

Los fines específicos de un Departamento de Sociología Rural son los siguientes:

- a) El estudio de las condiciones económicas, sociales y culturales de los núcleos de productores y trabajadores agropecuarios;
- b) la planificación de medios para fomentar en lo individual, lo familiar y lo colectivo el desenvolvimiento de una civilización técnica y de una cultura espiritual apropiada para el logro de un mayor bienestar campesino y de una mejor producción;
- c) la estructuración de normas destinadas a rehabilitar las comunidades rurales afectadas en su faz psíquica y biológica por bajos niveles de vida y dañadas en su faz social por desorganizaciones emergentes de factores negativos.

Para cumplir con estos cometidos el Departamento de Sociología Rural tiene que contar con cuatro secciones técnicas fundamentales:

La de *Investigaciones Sociográficas*, que realizará los estudios directos, los "fieldworks", utilizando un personal previamente adiestrado para efectuar censos, muestreos ("sampling"), monografías, encuestas, análisis de actitudes y registros sociométricos de las comunidades indagadas.

La de *Bienestar Rural*, que practicará demostraciones sobre hi-



giene, economía doméstica, educación de base, cooperativismo, deportes y recreaciones en las escuelas rurales, en los establecimientos agropecuarios y en el seno de las familias campesinas empleando la enseñanza directa, el cinematógrafo educativo, el "affiche" y la cartilla pedagógica. Será también en su competencia organizar y controlar el funcionamiento de tres Centros Sociales Rurales pilotos ubicados en el Norte, Cerro y Este de la República, y asesorar al gobierno toda vez que éste se ocupe de la recuperación de las comunidades desorganizadas (rancheríos).

La de *Legislación Social Rural*, que prestará asistencia jurídica a las familias campesinas, regularizando su estado civil, y llevará al día un archivo razonado de la legislación social rural y de las Reformas Agrarias de todo el mundo.

La de *Planificación Regional*, que servirá de enlace del Departamento de Sociología Rural con otros servicios del Ministerio, con organismos estatales (Ministerios de Instrucción Pública, del Interior, de Salud Pública, de Industrias y Trabajo, Instituto Nacional de Colonización, Banco de la República, etc.), con la Universidad (cátedras de Ciencias Sociales), con instituciones rurales (Comisión Nacional de Fomento Rural, Asociación Rural, Federación Rural, etc.) y con organizaciones especializadas (FAO, UNESCO, CEPAL, Proyecto N° 39, Juventud Agraria). Estructurará además expedientes regionales que podrán ser complementados y utilizados por organismos realizadores. Dichos expedientes, a título de ejemplo, podrán versar sobre la planificación de las zonas del lago del río Negro, de la región pantanosa rochense, del área papera de Tacuarembó, de los cinturones suburbanos de las poblaciones del interior, etc.

Todas estas secciones estarán complementadas por una sección administrativa de trámite, archivo y biblioteca. Estos dos últimos elementos tienen particular importancia. El archivo, mediante un doble fichero analítico y sintético, debe clasificar todos los estudios realizados en el país y el extranjero sobre la sociedad rural. El empleo del microfilm permitirá, por otra parte, lograr documentos que obren en oficinas públicas o colecciones particulares y poseer copias de cualquier incunable. La biblioteca, fuente informativa imprescindible que estará generosamente dotada, en su sector bibliográfico ha de agrupar las principales obras y enciclopedias sobre las ciencias del hombre, en su sector de publicaciones periódicas coleccionará las más importantes revistas de ciencias sociales (hay alrededor de 50 de imprescindible manejo) y en su sector hemerográfico recogerá los artículos periodísticos aparecidos en la prensa nacional y americana que se refieran a los problemas sociales del agro.

Es preciso pensar también en una publicación cuadrimensual que difunda los datos elaborados por el Departamento y los trabajos nacionales o extranjeros escritos por especialistas en Antropología Cultural, Geografía Humana, Sociología Rural, Psicología Social, etc., cuyo conocimiento sea de interés científico e informativo.



El personal de este Departamento de Sociología Rural puede ser reclutado dentro del propio Ministerio de Ganadería y Agricultura y de la Administración Pública. No hay necesidad de crear puestos sino que alcanza con redistribuir cometidos y centrar funciones. Los fines son científicos y no burocráticos. Y el Uruguay cuenta, felizmente, con estudiosos olvidados que esperan un estímulo para rendir en la medida de sus capacidades.

A título mostrativo, para que el lector aquilate la real enjundia y las proyecciones de estos estudios, se esquematizarán las funciones de la Sección de Investigaciones Sociográficas, que es la columna vertebral del Departamento.

Esta sección, integrada por especialistas en diversas ciencias sociales, económicas, agrológicas y aplicadas, tendrá a su cargo las siguientes indagaciones, realizadas metódicamente y periódicamente, en cada departamento de la República.

*Medio geográfico.* — Geografía física, económica y humana (zonal, comarcal y regional). Levantamiento de mapas económicos y sociales. Relaciones entre la geografía ágraria y la ecología humana. Fotografía aérea y análisis del paisaje natural y cultural.

*Tierra.* — Evolución del régimen territorial. División, propiedad y tenencia de la tierra. Aspectos sociales del latifundio, del minifundio y del arrendamiento, Efectos económicos y sociales del desalojo.

*Economía.* — Monografías de las unidades agroeconómicas (la estancia, la chacra, la granja, el tambo, el monocultivo alimenticio e industrial, las formas mixtas). Implantación de las industrias rurales, comercio rural, vías de comunicación, mercados, medios de transporte, capitales y crédito.

*Población.* — (Hasta que no se realice el censo nacional los estudios serán incompletos). Estática y dinámica. Migraciones estacionales. Exodo a la ciudades.

*Antropología física.* — Caracteres antropológicos de las comunidades rurales. Fichaje antropométrico.

*Psicología.* — La conciencia de comunidad, los sentimientos sociales, los estados efectivos, la psicología de las masas, la opinión pública y el desarrollo de la personalidad en el medio rural. Psicopatologías y psicoanálisis existencial.

*Tipología social rural.* — Tipos laborales, tipos raciales, tipos folklóricos, tipos antisociales, tipos insurgentes, tipos civilizadores, etc. Agricultores y ganaderos. Productores y braceros. Tipos foráneo, fronterizos y nativos.

*Grupos sociales rurales.* — Grupos orgánicos (la familia, la comunidad, las generaciones); grupos económicos (las clases sociales); grupos de intereses (el partido político, las asociaciones de productores).



*Procesos sociales.* — Procesos negativos y positivos (aislamiento, contacto, internación, adaptación, asimilación, aculturación). El liderazgo rural. Formas históricas y actuales del caudillismo.

*Niveles de vida.* — Vivienda, alimentación, vestido, trabajo, sanidad, educación y recreación en el medio campesino. Índices regionales, períodos críticos, subconsumo. Relaciones entre géneros de vida y niveles de vida.

*Desajustes sociales.* — (Patologías sociales rurales). Desajustes de condición de espíritu, de eficiencia, de protección, de familia, de conducta, de trabajo (desempleo) y desajustes complejos (problemática de los rancheríos).

*Cultura rural y folklore.* — (Lenguaje, arte, ludismo, etología, moral individual y social, magia y religión, leyendas y narraciones, fábulas y supersticiones). Estudio "in situ" y grabación de las manifestaciones orales de la cultura rural.

El conocimiento circunstanciado de cada una de estas formas de la vida campesina, lógicamente concatenadas por el anterior sumario de investigaciones, proporcionará al legislador y al gobernante una riquísima información y acrecentará el acervo científico del país.

Pero fuera de estas ventajas primordiales, hasta desde el punto de vista artístico, documental y turístico nos veremos favorecidos. El Departamento de Sociología Rural, por intermedio de su "cameraman", filmará los paisajes, los trabajos y las fiestas rurales. El cinematógrafo es una de las más veraces fuentes sociológicas y las películas documentales mostrarán las distintas fases de las tareas agrícolas, del rodeo, de la doma, de la esquila, de la corrida de ñandúes para el desplume, y desfilarán las escenas idílicas o penosas de la vida en la estancia, en la chacra, en el monte de los carboneros, en la sierra, en los bañados del Este anegados como el llano venezolano, etc. Todos estos documentos directos y convincentes traerán a la ciudad el reflejo de una existencia muchas veces ignorada y al proyectarse en las escuelas y liceos enseñarán a los futuros ciudadanos la palpitante realidad de la patria.

Una nueva conciencia madura en el Uruguay contemporáneo, un clamor profundo reclama que otra vez nos pongamos, en materia de legislación social, a la cabeza de las naciones democráticas. Esta conciencia y este clamor se harán carne en un próximo futuro. Y entonces, el Uruguay, que desde principios del siglo fuera el abanderado de América, escuchará el llamado de su destino histórico. Porque la democracia no es sólo sentimiento sino también sabiduría y certidumbre creadora.



## APENDICE II

### ESQUEMA TECNICO - ADMINISTRATIVO DEL DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA RURAL

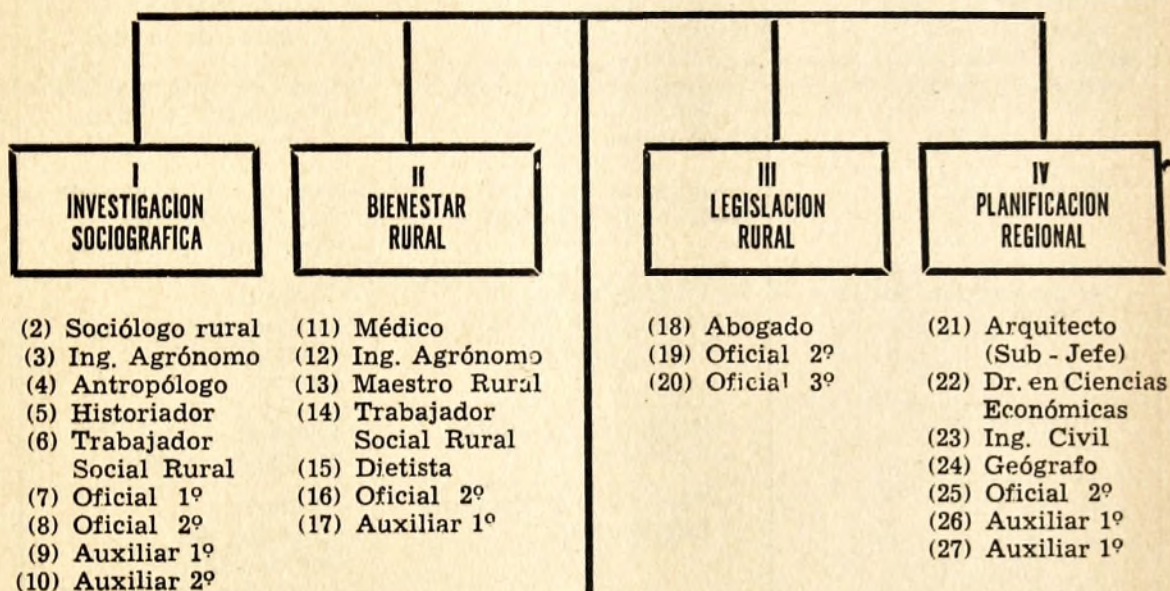
CUADRO N° 1

#### SECCIONES Y PERSONAL

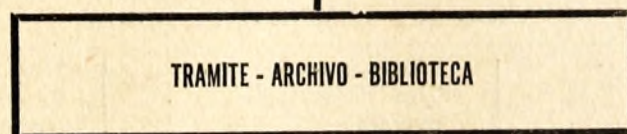
(1) JEFE

(Sociólogo)

#### SECCIONES TECNICAS



#### SECCIONES ADMINISTRATIVAS



(28) Oficial 1º.

(29) Archivero y Bibliotecario.

(30) Auxiliar 1º.

Los auxiliares N° (10), (17), y (27) colaborarán con la Sección Administrativa.

**NOTA:** Estas secciones serán organizadas en tres etapas.

En la inicial surgirán la I y la V; en la segunda, la II y la III; en la tercera, la IV.



## CUADRO Nº 2

### FUNCIONES DEL PERSONAL TECNICO Y ADMINISTRATIVO

| CARGO                                  | ESPECIALIZACION                                              | FUNCION                                                         |
|----------------------------------------|--------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------|
| (1) Jefe del Departamento              | —Ciencias sociales en general                                | —Organización, dirección y supervisión de trabajos              |
| SECCION I — INVESTIGACION SOCIOGRAFICA |                                                              |                                                                 |
| (2) Sociólogo Rural                    | —Grupos y procesos sociales<br>—Método monográfico           | —Dirección de las pesquisas sociográficas                       |
| (3) Ingeniero Agrónomo                 | —Geología<br>—Edafología<br>—Fitogeografía                   | —Relevamientos agro-económicos<br>—Análisis de suelos           |
| (4) Antropólogo                        | —Antropología física y cultural<br>—Folklore                 | —Indices Antropológicos<br>—Fotografía de tipos humanos         |
| (5) Historiador                        | —Historia nacional<br>—Método histórico                      | —Análisis histórico de las comunidades<br>—Grabación de sonido  |
| (6) Trabajador Social Rural            | —Patologías sociales<br>—Métodos de casos<br>—"Life history" | —Entrevistas<br>—Ablandamiento psicológico<br>—Títeres          |
| (7) Oficial 1º                         | —Redacción creadora<br>—Estadigrafía                         | —Cuadros estadísticos y mapas sociales                          |
| (8) Oficial 2º                         | —Técnicas del "camping"<br>—Dactilografía                    | —Mimeógrafo<br>—Cuidado del campamento<br>—Operador cinematogr. |
| (9) Auxiliar 1º                        | —Taquidactilografía                                          | —Copia de expedientes<br>—Secretaría de la Dirección            |
| (10) Auxiliar 2º                       | —Dactilografía                                               | —Copia de expedientes                                           |
| SECCION II — BIENESTAR RURAL           |                                                              |                                                                 |
| (11) Médico                            | —Higiene social<br>—Desajustes psico-sociales                | —Normas de salubridad<br>—Estado sanitario de las comunidades   |
| (12) Maestro Rural                     | —Experiencia escolar rural<br>—Psicología social rural       | —Educación de base<br>—Deportes<br>—Títeres                     |
| (13) Ingeniero Agrónomo                | —Organización de las explotaciones agro-pecuarias            | —Demostración de métodos de trabajo racionales                  |
| (14) Trabajador Social Rural           | —Economía doméstica                                          | —Demostraciones en el hogar                                     |



| CARGO                                      | ESPECIALIZACION                                                                                                                      | FUNCION                                                                                                                          |
|--------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| (15) Dietista                              | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Folklore alimenticio</li> <li>—Alimentación científica</li> <li>—Dactilografía</li> </ul>    | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Análisis de la alimentación</li> <li>—Normas de buena alimentación</li> </ul>            |
| (16) Oficial 2º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Estudiante de arquitectura</li> <li>—Vivienda rural</li> <li>—Dactilografía</li> </ul>       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Fotografía y dibujo de viviendas</li> <li>—Copia de notas e informes técnicos</li> </ul> |
| (17) Auxiliar 1º                           | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Taquidactilografía</li> </ul>                                                                | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Copia de expedientes</li> </ul>                                                          |
| SECCION III — LEGISLACION RURAL            |                                                                                                                                      |                                                                                                                                  |
| (18) Abogado                               | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Legislación Rural</li> <li>—Legislación del trabajo</li> <li>—Régimen territorial</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Aspectos sociales del arrendamiento</li> <li>—Latifundio y minifundio</li> </ul>         |
| (19) Oficial 2º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Conocimiento del trámite administrativo</li> <li>—Dactilografía</li> </ul>                   | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Redacción y copias de notas</li> </ul>                                                   |
| (20) Oficial 3º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Estudiante de derecho</li> <li>—Dactilografía</li> </ul>                                     | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Redacción y copias de notas</li> </ul>                                                   |
| SECCION IV — PLANIFICACION RURAL           |                                                                                                                                      |                                                                                                                                  |
| (21) Arquitecto<br>(Sub - Jefe)            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Urbanismo</li> <li>—Ruralística</li> <li>—Método ecológico</li> </ul>                        | <ul style="list-style-type: none"> <li>—“Planning” y “Zonning”</li> </ul>                                                        |
| (22) Dr. en ciencias económicas            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Economía rural</li> <li>—Estadigrafía</li> </ul>                                             | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Indices económicos regionales</li> <li>—Estadísticas</li> </ul>                          |
| (23) Ingeniero civil                       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Hidráulica</li> <li>—Vialidad</li> <li>—Agrimensura</li> </ul>                               | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Normas técnicas de planeamiento</li> <li>—Relevamiento topográfico</li> </ul>            |
| (24) Geógrafo                              | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Geografía humana</li> <li>—Método geográfico</li> </ul>                                      | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Análisis mesológicos</li> <li>—Fotografía paisajística</li> </ul>                        |
| (25) Oficial 2º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Dibujo</li> </ul>                                                                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Planos</li> <li>—Mapas</li> <li>—Gráficos</li> </ul>                                     |
| (26) Auxiliar 1º                           | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Dactilografía</li> </ul>                                                                     | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Copia de expedientes</li> </ul>                                                          |
| (27) Auxiliar 2º                           | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Dactilografía</li> </ul>                                                                     | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Copia de expedientes</li> </ul>                                                          |
| SECCION V — ADMINISTRACION Y DOCUMENTACION |                                                                                                                                      |                                                                                                                                  |
| (28) Oficial 1º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Conocimiento detallado de la administración pública</li> </ul>                               | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Control de todo el trámite</li> </ul>                                                    |
| (29) Oficial 2º                            | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Bibliotecnia</li> <li>—Dactilografía</li> </ul>                                              | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Fichaje</li> <li>—Biblioteca</li> <li>—Organizac. del archivo</li> </ul>                 |
| (30) Auxiliar 1º                           | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Dactilografía</li> </ul>                                                                     | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Copia de expedientes</li> <li>—Fichas</li> </ul>                                         |



# CUADRO Nº 3

## I — SECCION INVESTIGACION SOCIOGRAFICA

### FUNCIONES

- 1 — Investigaciones temporales circunscriptas a una zona de la República
- a) Monografías de establecimientos agropecuarios (ej. la estancia uruguaya)
  - b) Trabajo rural
  - b) Rancheríos
  - d) Standards de vida campesina
  - e) Regiones agroeconómicas, etc.
- 2 — Investigaciones permanentes referidas a la República entera:

|                                                                                                                                                                                                     |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                                         |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <b>MEDIO GEOGRAFICO</b>                                                                                                                                                                             | <b>TIERRA</b>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     | <b>ECONOMIA</b>                                                                                                                                                                                                                                                         |
| <ul style="list-style-type: none"> <li>—Geografía física</li> <li>—Geografía económica</li> <li>—Geografía humana</li> <li>—Geografía agraria</li> <li>—Ecología humana</li> </ul>                  | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Colonización</li> <li>—Evolución del régimen territorial</li> <li>—División de la tierra</li> <li>—Tenencia de la tierra</li> </ul>                                                                                                                                                                                                       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Unidades agroeconómicas (La estancia, la chacra, la granja, la plantación, el tambo, formas mixtas)</li> <li>—Industrias rurales</li> <li>—Comercio rural</li> <li>—Vías de comunicación</li> <li>—Transportes, etc.</li> </ul> |
| <b>POBLACION</b>                                                                                                                                                                                    | <b>ANTROPOLOGIA</b>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | <b>PSICOLOGIA</b>                                                                                                                                                                                                                                                       |
| <ul style="list-style-type: none"> <li>—Estática</li> <li>—Dinámica</li> <li>—Migraciones estacionales</li> <li>—Éxodo a la ciudad</li> </ul>                                                       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Antropología física</li> <li>—Antropología cultural</li> <li>—Formación de la etnia nacional</li> </ul>                                                                                                                                                                                                                                   | <ul style="list-style-type: none"> <li>—La conciencia de comunidad</li> <li>—Sentimientos sociales</li> <li>—Estados afectivos</li> <li>—Impulsos sociales</li> <li>—Psicología de las masas rurales</li> <li>—Desarrollo de la personalidad</li> </ul>                 |
| <b>TIPOLOGIA</b>                                                                                                                                                                                    | <b>GRUPOS SOCIALES</b>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            | <b>PROCESOS SOCIALES</b>                                                                                                                                                                                                                                                |
| <ul style="list-style-type: none"> <li>—Categorías históricas</li> <li>—Tipos actuales: laborales, folklóricos, anti-sociales, civilizadores, etc.</li> </ul>                                       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Grupos orgánicos</li> <li>—Grupos económicos</li> <li>—Grupos de intereses (Particular estudio de la familia rural y de la estratificación social rural)</li> </ul>                                                                                                                                                                       | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Procesos negativos</li> <li>—Procesos positivos</li> <li>—El caudillismo rural</li> </ul>                                                                                                                                       |
| <b>NIVELES DE VIDA</b>                                                                                                                                                                              | <b>DEAJUSTES SOCIALES</b>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | <b>CULTURA RURAL Y FOLKLORE</b>                                                                                                                                                                                                                                         |
| <ul style="list-style-type: none"> <li>—Habitación</li> <li>—Alimentación</li> <li>—Vestido</li> <li>—Trabajo</li> <li>—Sanidad</li> <li>—Educación</li> <li>—Culto</li> <li>—Recreación</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Desajustes de condición</li> <li>—Desajustes de espíritu</li> <li>—Desajustes de sentido y eficiencia</li> <li>—Desajustes de protección</li> <li>—Desajustes de familia</li> <li>—Desajustes de conducta</li> <li>—Desajustes económicos (El desempleo rural)</li> <li>—Desajustes complejos (Problemática de los rancheríos)</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>—Lenguaje</li> <li>—Ludismo</li> <li>—Arte y artesanía</li> <li>—Etología</li> <li>—Sabiduría y proto-filosofía</li> <li>—Moral individual y social</li> <li>—Religión y Magia</li> <li>—Leyendas y tradiciones</li> </ul>       |



## ANEXO AL CUADRO N° 3

### METODOS DE INVESTIGACION SOCIOLOGICA A EMPLEAR

1. — Trabajos "in situ" {
- A) Métodos cuantitativos {
    - Encuestas
    - Estadísticas
  - B) Métodos de ubicación espacio-temporal {
    - Histórico
    - Faseológico
    - Comparativo
  - C) Métodos cualitativos {
    - Fenomenológico
  - D) Métodos mixtos {
    - Monografías

|                                                                    | MONOGRAFIA                                                                         | ENCUESTA                                                    | ESTADISTICA          |
|--------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------|----------------------|
| —Algunas técnicas aplicables a los métodos cuantitativos y mixtos. | —Observador participante<br>—Cinematografía<br>—Grabación de sonido<br>—Fotografía | —Lista<br>—Cuestionario<br>—"Life History"<br>—"Case Study" | —Censos<br>—Muestras |

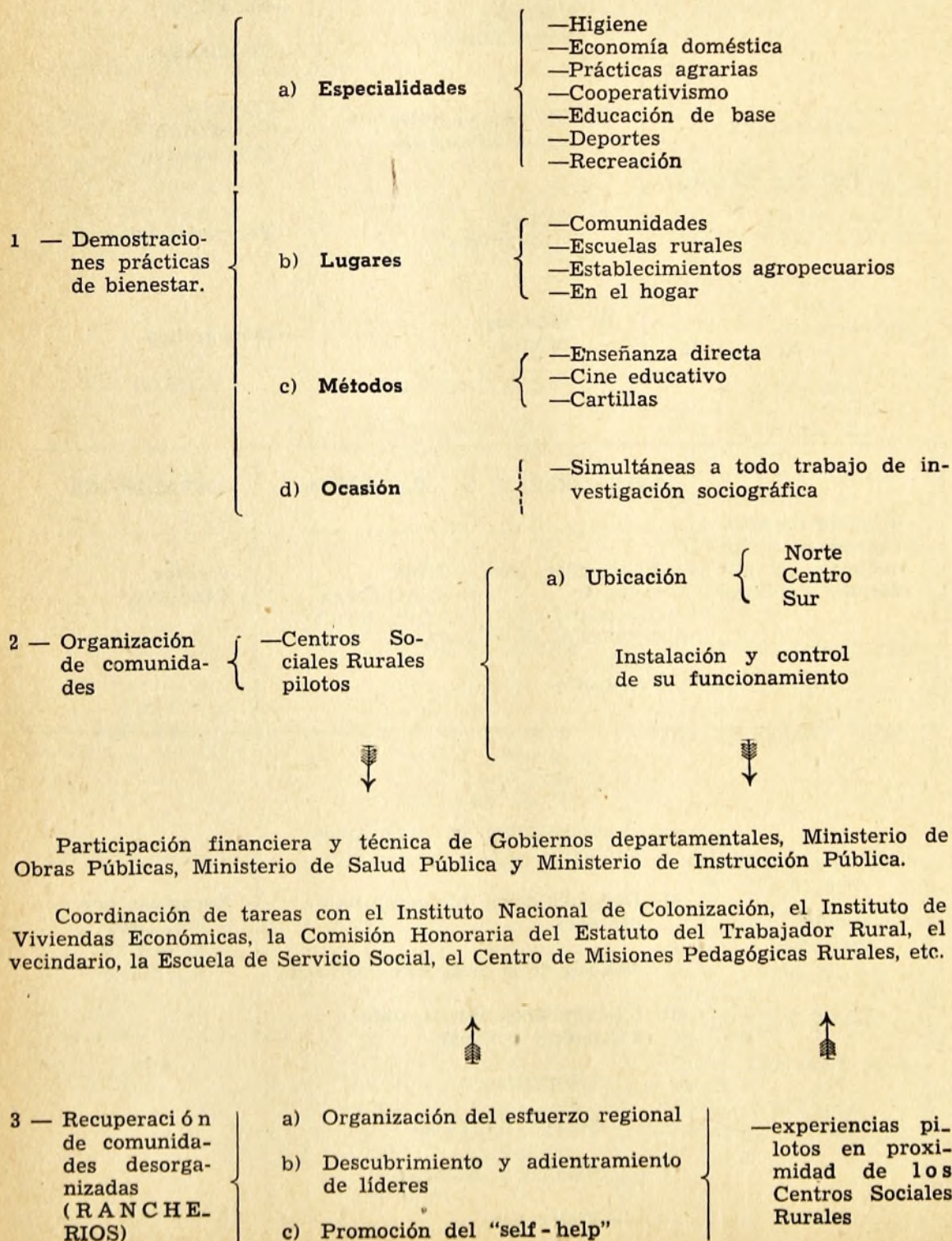
2. — Fuentes indirectas {
- a) Documentación en organismos públicos
  - b) Documentación en organismos privados
  - c) Análisis de la labor parlamentaria
  - d) Descripciones de la vida campesina nacional:
    - Literatura
    - Ensayo filosófico
    - Historia y crónica
    - Viajes, etc.
- } Recogidas por
- Biblioteca
  - Hemeroteca
  - Microfilm



## CUADRO Nº 4

### II — SECCION BIENESTAR RURAL

#### FUNCIONES





## CUADRO N° 5

### III — SECCION LEGISLACION SOCIAL

#### FUNCIONES

- 1 — Asesoramiento al Ministerio en Legislación Social Rural.
- 2 — Asistencia jurídica de las comunidades rurales ya atendidas por las Secciones de Investigación Sociográfica y Bienestar Rural.
- 3 — Estudio del régimen territorial.
- 4 — La legislación del trabajo rural.
- 5 — Archivo de la legislación rural mundial y de las Reformas Agrarias.



## CUADRO Nº 6

### IV — SECCION PLANIFICACION REGIONAL

#### FUNCIONES

- |                                                     |                                                                                                                                                      |
|-----------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 1) Enlace del Departamento de Sociología Rural con: | a) Servicios del Ministerio<br>b) Organismos Públicos<br>c) Instituciones Privadas<br>d) Organizaciones Especiales<br>e) Investigadores particulares |
|-----------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|

#### Análisis de los enlaces

- |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| a) Servicios del M. G. A.                                                                                                                                                                                                         | —Economía y Estadística<br>—Información y Enseñanza<br>—Cooperación y Crédito<br>—Información y Prensa<br>—Servicio Aéreo de la Oficina Nacional de Lucha contra la Langosta (fotografía aérea)                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |
| b) Organismos públicos                                                                                                                                                                                                            | <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="width: 40%; border-right: 1px solid black; padding-right: 10px;">           —Gobiernos Departamentales<br/>           —Ministerio de Instrucción Pública<br/>           —Ministerio de Salud Pública<br/>           —Ministerios del Interior, Defensa Nacional y Obras Públicas<br/>           —Instituto Nacional de Colonización<br/>           —Banco de la República         </td> <td style="width: 60%; padding-left: 10px;">           { —Escuela Primaria<br/>           —Escuela Industrial<br/>           { —División Higiene.<br/>           —Servicio de Colectividades.<br/>           { —Facultad de Arquitectura (I. T. U.)<br/>           —Facultad de Derecho<br/>           —Facultad de Ciencias Económicas<br/>           —Facultad de Humanidades y Ciencias.         </td> </tr> </table> | —Gobiernos Departamentales<br>—Ministerio de Instrucción Pública<br>—Ministerio de Salud Pública<br>—Ministerios del Interior, Defensa Nacional y Obras Públicas<br>—Instituto Nacional de Colonización<br>—Banco de la República | { —Escuela Primaria<br>—Escuela Industrial<br>{ —División Higiene.<br>—Servicio de Colectividades.<br>{ —Facultad de Arquitectura (I. T. U.)<br>—Facultad de Derecho<br>—Facultad de Ciencias Económicas<br>—Facultad de Humanidades y Ciencias. |
| —Gobiernos Departamentales<br>—Ministerio de Instrucción Pública<br>—Ministerio de Salud Pública<br>—Ministerios del Interior, Defensa Nacional y Obras Públicas<br>—Instituto Nacional de Colonización<br>—Banco de la República | { —Escuela Primaria<br>—Escuela Industrial<br>{ —División Higiene.<br>—Servicio de Colectividades.<br>{ —Facultad de Arquitectura (I. T. U.)<br>—Facultad de Derecho<br>—Facultad de Ciencias Económicas<br>—Facultad de Humanidades y Ciencias.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |
| c) Instituciones privadas                                                                                                                                                                                                         | —Federación Rural<br>—Asociación Rural<br>—Comisión Nacional de Fomento Rural<br>—Cooperativas agropecuarias                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |
| d) Organizaciones especiales                                                                                                                                                                                                      | <table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td style="width: 40%; border-right: 1px solid black; padding-right: 10px;">           —Naciones Unidas<br/>           —Juventud Agraria         </td> <td style="width: 60%; padding-left: 10px;">           { —Juventud Agraria<br/>           —FAO, UNESCO<br/>           OIT, WHO, etc.         </td> </tr> </table>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    | —Naciones Unidas<br>—Juventud Agraria                                                                                                                                                                                             | { —Juventud Agraria<br>—FAO, UNESCO<br>OIT, WHO, etc.                                                                                                                                                                                            |
| —Naciones Unidas<br>—Juventud Agraria                                                                                                                                                                                             | { —Juventud Agraria<br>—FAO, UNESCO<br>OIT, WHO, etc.                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |
| e) Investigadores particulares                                                                                                                                                                                                    | —Del extranjero, especializadas en sociología rural y planificación regional<br>—Del país                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                                  |

NOTA: La enumeración es demostrativa y no taxativa.



- 2) Trabajos teórico-prácticos para organizar una planificación regional piloto en la República.

### CUADRO SINOPTICO

| MATERIA DE ESTUDIO                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | FORMA DE REALIZACION                                                                                                                                                                                                                                                               | ETAPAS                | METODO                                                                                                                                                                          | OBJETIVO CONCRETO A REALIZAR                                                                                                                      |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <p><b>Definición:</b><br/><b>UNIDAD DEL MEDIO</b></p> <p>que comprende {</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>—medio económico</li> <li>—medio jurídico</li> <li>—medio social</li> <li>—elemento humano</li> <li>—medio geográfico</li> <li>—medio agrológico</li> <li>—medio climático</li> <li>—medio cultural</li> <li>—volumen construido y espacios</li> </ul> <p>Comprende la inter-relación de las regiones o sea:</p> <p>—comunicaciones y transportes</p> <p>Comprende la dinámica de esos medios, EN EL TIEMPO, o sea:</p> <p><b>Evolución Histórica del medio y elementos</b> {</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>—económicos</li> <li>—jurídicos</li> <li>—sociales</li> <li>—geográficos</li> <li>—agrológicos</li> <li>—climáticos</li> <li>—culturales</li> <li>—volúmenes construidos y espacios</li> </ul> <p><b>EN EL ESPACIO, o sea,</b></p> <p><b>movimientos de población</b> {</p> <ul style="list-style-type: none"> <li>—en la región</li> <li>—inter-regionales</li> <li>—extra nacionales</li> </ul> <p>emigración — inmigración</p> | <p>—Sobre la labor realizada por la Sección (I) de Investigaciones Sociográficas se ordenará el material</p> <p>—TRABAJO EN EQUIPOS</p> <p>—Selección y clasificación de datos</p> <p>—Graficación y ordenación del material clasificado</p> <p>—Redacción y graficación final</p> | <p>1.a</p> <p>2.a</p> | <p><b>A</b></p> <p><b>N</b></p> <p><b>A</b></p> <p><b>L</b></p> <p><b>I</b></p> <p><b>S</b></p> <p><b>S</b></p> <p><b>S</b></p> <p><b>I</b></p> <p><b>S</b></p> <p><b>S</b></p> | <p>—FORMULACION DE</p> <p><b>Un Expediente Regional</b></p> <p><b>Plan Regional</b></p> <p><b>Plano Regional</b></p> <p><b>Planos Locales</b></p> |
| <p>Interpretación del Plan Regional con un fin de realización</p> <p><b>Planificación REGIONAL</b></p>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | <p>T</p> <p>R</p> <p>A</p> <p>B</p> <p>A</p> <p>J</p> <p>O</p> <p>S</p> <p>—exclusivos del D. S. R. o combinados con personal técnico de gobiernos departamentales.</p> <p>—exclusivos del gobierno departamental por medio de sus oficinas correspondientes.</p>                  | <p>3.a</p>            |                                                                                                                                                                                 |                                                                                                                                                   |
| <b>Planificación LOCAL</b>                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     |                                                                                                                                                                                                                                                                                    | 4.a                   |                                                                                                                                                                                 |                                                                                                                                                   |



**NOTA:**

Este cuadro explica las distintas etapas de realización.

La 1ª es una labor de análisis para la formulación del expediente regional.

La 2ª etapa sintetiza en un plan regional las conclusiones y recomendaciones aplicable a esa región y la 3ª y 4ª etapa incluyen la creación de planos regionales y locales respectivamente, en trabajos que podrían desarrollarse por este Departamento de Sociología Rural o por las Oficinas correspondientes del Gobierno Departamental o en forma mixta por ambos.

**ALGUNOS TEMAS DE ESTUDIO**

- (1) Estudio de las regiones naturales del país.
- (2) Vivienda rural.
- (3) Planificación de zonas suburbanas de ciudades del interior.
- (4) Planificación de comarcas del litoral.
- (5) Planificación de las adyacencias del lago del Río Negro.
- (6) Planificación de las arroceras de Treinta y Tres.
- (7) Estudios de los núcleos recuperables en el Departamento de Artigas. (rancheríos)
- (8) Estudio de una región rural fronteriza con el Brasil. (Sociología y economía del contrabando).
- (9) Estudio de la región inundable rochense.
- (10) Estudio económico y humano de la zona papera del Alto Tacuarembó.



## CUADRO N° 7

### V — SECCION TRAMITE — ARCHIVO — BIBLIOTECA

#### 1 — Organización del archivo

|                                |    |                             |                                |
|--------------------------------|----|-----------------------------|--------------------------------|
| A) Ubicación de los documentos | a) | Libros .....                | Biblioteca                     |
|                                | b) | Revistas .....              | Biblioteca                     |
|                                | c) | Folletos .....              | Cajas numeradas                |
|                                | d) | Recortes de prensa .....    | Libros de hojas movibles       |
|                                | e) | Fotos originales .....      | Libros de hojas movibles       |
|                                | f) | Films .....                 | Carretes                       |
|                                | g) | Microfilms .....            | Archivos especiales            |
|                                | h) | Graficaciones .....         | Planeras                       |
|                                | i) | Estadísticas .....          | Biblioratos                    |
|                                | j) | Informes, expedientes, etc. | Carpetas en archivos metálicos |

|                              |    |                                                                             |                    |
|------------------------------|----|-----------------------------------------------------------------------------|--------------------|
| B) Fichaje de los documentos | a) | Libros y folletos .....                                                     | fichas verdes      |
|                              | b) | Revistas .....                                                              | fichas azules      |
|                              | c) | Recortes de prensa .....                                                    | fichas blancas     |
|                              | d) | Reproducciones .....                                                        | fichas rosadas     |
|                              | e) | Fotos originales .....                                                      | fichas grises      |
|                              | f) | Films .....                                                                 | fichas anaranjadas |
|                              | g) | Microfilms .....                                                            | fichas celestes    |
|                              | h) | Graficaciones (planos, mapas, histogramas, cuadros mostrativos, etc.) ..... | fichas rojas       |



|                       |   |                   |   |                        |
|-----------------------|---|-------------------|---|------------------------|
| doble juego de fichas | { | Fichero analítico | } | Por temas y alfabético |
|                       |   | Fichero sintético |   |                        |

#### 2 — Biblioteca

|                                                                                         |   |                                                            |                                 |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|---|------------------------------------------------------------|---------------------------------|
| A) Sector bibliográfico                                                                 | { | a) Sociología general                                      |                                 |
|                                                                                         |   | b) Sociología rural                                        |                                 |
|                                                                                         |   | c) Ciencias del Hombre                                     |                                 |
|                                                                                         |   | d) Culturas nacionales                                     |                                 |
|                                                                                         |   | e) Historia social agropecuaria                            |                                 |
|                                                                                         |   | f) Técnicas de investigación sociográfica                  |                                 |
|                                                                                         |   | g) Diccionarios y Enciclopedias sociales                   |                                 |
| B) Sector publicaciones periódicas                                                      | { | —Revistas de sociología general, rural y ciencias sociales | —50 suscripciones anuales       |
| C) Sector hemerográfico (recortes de diarios sobre temas de vida y legislación rurales) | { | —Prensa nacional                                           | —capitalina (toda)              |
|                                                                                         |   |                                                            | —rural (1 periódico por Depto.) |
|                                                                                         |   | —Prensa latinoamericana                                    | —1 diario por país              |



## CUADRO Nº 8

### Publicaciones del Departamento de Sociología Rural

#### A — Boletín Cuadrimensual: VIDA RURAL URUGUAYA.

##### Secciones Permanentes:

- a) — Editorial relacionado con los problemas sociales rurales del momento.
  - b) — Síntesis de la labor del Departamento de Sociología Rural.
  - c) — La vida rural uruguaya e internacional a través de:
    - I — trabajos del personal técnico,
    - II — colaboración de especialistas en medicina social, folklore, geografía humana, psicología social, historia rural, niveles de vida, antropología cultural, etc.
  - d) — Antología literaria. (Textos anotados y comentados de viajeros, novelistas y ensayistas que hayan descripto o interpretado la vida rural vernácula).
  - e) — Vida rural internacional.
  - f) — Investigación sociográfica y realizaciones de bienestar rural: en el país, en América, en el mundo.
  - g) — Legislación social rural. (Transcripción y glosa de leyes relacionadas con la sociedad campesina).
  - h) — Notas bibliográficas. (Libros recibidos y sumarios de revistas).
- B — Monografía anual.**
- a) — Publicación de un trabajo de campo
  - b) — Publicación de una tesis sociológica
- } Alternativamente.



## CUADRO N° 9

### GASTOS POR UNA SOLA VEZ

#### I — Muebles de Oficina. (metálicos)

- |                              |                             |                           |
|------------------------------|-----------------------------|---------------------------|
| — 2 escritorios (1.60x0.95)  | — 6 butacas.                | — 1 archivo Kardex        |
| — 10 escritorios (1.20x0.80) | — 30 sillas anatómicas      | — 1 archivo microfilm     |
| — 15 escritorios trampa      | — 3 taburetes dibujo        | — 1 fichero de 20 cajones |
| máquina                      | — 3 bibliotecas (2.00x2.50) | — 2 ficheros de mesa      |
| — 1 mesa (2.80x1.20)         | — 5 armarios archivo        | — 1 fichero rodante de    |
| — 3 mesas (1.00x0.80)        | — 1 armario biblioteca      | 8 cajones                 |
| — 3 mesas máquina            | — 5 archivos verticales con |                           |
| — 3 sillones giratorios      | cajones                     |                           |

#### II — Instrumental mecanográfico.

- |                                           |                                             |
|-------------------------------------------|---------------------------------------------|
| — 8 máquinas de escribir                  | — 1 calculadora eléctrica para estadísticas |
| — 2     "     "     "     portátiles      | — 1 calculadora pequeña de mano             |
| — 2     "     "     "     de carro grande | — 1 mimeógrafo eléctrico con enseres        |

#### III — Útiles de oficina.

- (Según detalle oportuno)

#### IV— Equipo de dibujo y estadigrafía.

- 1 mesa de dibujo de 2.20 x 1.20
- 1     "     "     "     "     2.00 x 1.20
- 1     "     "     "     "     1.50 x 0.80
- 1 pantógrafo de precisión
- 2 tecnígrafos
- Otros materiales técnicos según detalle oportuno.

#### V — Equipo fotográfico.

##### 1) (para microfilm y foto de precisión)

- Cámara Leica III F. Obj. SUMMITAR (F. 1:1.5)
- Lentes para fotografía microscópica
- Teleobjetivo de 20 centímetros
- Gran angular Elmar
- Visor universal
- Aparato microfotográfico, con placa mate
- Sistema microfotográfico
- Lector de microfilms
- Equipo amplificador
- Máquina de diapositivos
- Material de revelado Leica
- Pantalla de mesa
- Disparador automático
- Juego de 4 filtros
- Fotómetro Weston

##### 2) (para fotografía aérea y paisajística)

- Cámara Speed Graphic Kodak (F. 1:4.5).

##### 3) (para fotografía usual: vivienda, folklore, antropología, conjuntos sociales, trabajo rural, etc.

- Cámara Rolleiflex. (F. 1:2.8.).
- Proyector de 0.06 x 0.06



### **Equipos comunes a los tres juegos**

- Trípode liviano
- Material de revelado
- Flash electrónico
- Flash standard
- 5 reflectores y lámparas especiales, en dos brazos portátiles

### **VI — Equipo cinematográfico.**

- Filmadora Bell y Howell de 16 m/m.
- Trípode pesado
- Proyector sonoro Bell y Howell
- Equipo editor
- Tituleras
- Tambores y carretes.
- Fotómetro Weston
- Generador eléctrico
- Tarima transportable y graduable, para el proyector
- Pantalla grande portátil

### **VII — Equipo de radio - recepción y amplificación.**

- Receptor portátil con tocadiscos automático
- Receptor portátil para 2 corrientes y batería propia.
- 2 amplificadores de 50 V.
- 2 bocinas y sistemas de adaptación a las camionetas
- 2 altoparlantes de 30 cms.
- 2 baterías
- 1 tocadiscos con altoparlante para dos corrientes.
- 2 tocadiscos adaptados a las camionetas
- 2 radios adaptadas a las camionetas
- 2 micrófonos portátiles
- 1 micrófono de pie
- 2 antenas
- 2 grabadores de sonido en cinta
- 2 transmisores y receptores portátiles (tamaño pequeño, de ejército)
- Juego de discos folklóricos nacionales, americanos, sinfónicos y de cantos infantiles. (30 en total)

### **VIII — Otros equipos técnicos.**

- Laboratorio portátil de análisis biológicos
- Laboratorio portátil de antropología
- Botiquín de emergencia completo
- Teodolito y señales para agrimensura
- Laboratorio portátil de análisis de suelos
- Encyclopedie Francaise
- Enciclopedia "Treccani"
- Encyclopedie of the Social Science

### **IX — Equipo automotriz.**

- 1 Camión Willys Pic - up. (tracción 4 ruedas) (1 tonelada)
- 1 Jeep Willys. (tracción 4 ruedas)
- 2 Camionetas rurales Willys. (tracción 4 ruedas)
- 4 equipos mecánicos completos
- 1 heladera con compresor para conservación de alimentos. (instalada en el camión Pic - up)
- 1 remolque montado sobre dos ruedas para el generador y enseres

### **X — Equipo de campamento.**

- 3 carpas de lona impermeable para cuatro personas c/u.
- 1 carpa oficina de lona impermeable
- (Otros materiales que se detallarán oportunamente)



# I N D I C E

|                                                                                            | Pág. |
|--------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Prólogo .....                                                                              | 5    |
| I — Introducción al paisaje uruguayo .....                                                 | 7    |
| II — El solar de las cuchillas .....                                                       | 11   |
| III — Norte y Sur: bivalencia de la geografía humana .....                                 | 17   |
| IV — Ciudad y campo: dialéctica de la cultura .....                                        | 23   |
| V — Ganadería y agricultura: diálogo de la producción .....                                | 27   |
| VI — La herencia de Hernandarias .....                                                     | 35   |
| VII — Valoración económica y social de la estancia .....                                   | 41   |
| VIII — Antropología de la Patria Vieja .....                                               | 49   |
| 1 — El indio.                                                                              |      |
| 2 — El negro.                                                                              |      |
| IX — Teoría del gaucho .....                                                               | 59   |
| X — Origen y significado del vocablo gaucho .....                                          | 65   |
| 1 — Etimologías euroasiáticas.                                                             |      |
| 2 — Etimologías indoamericanas.                                                            |      |
| XI — Tipos humanos del campo uruguayo .....                                                | 77   |
| XII — El payador .....                                                                     | 83   |
| 1 — Itinerario histórico de la estirpe.                                                    |      |
| 2 — Restauración del mundo payadoresco.                                                    |      |
| 3 — Los payadores hernandarios.                                                            |      |
| 4 — Pablo Luna, el gaucho-trova de Acevedo Díaz.                                           |      |
| XIII — El domador .....                                                                    | 115  |
| XIV — El montaraz .....                                                                    | 123  |
| XV — Sociología del caudillismo .....                                                      | 129  |
| XVI — Reflexiones sobre la haraganería criolla .....                                       | 135  |
| XVII — Biografía del rancho .....                                                          | 141  |
| XVIII — Vida y pasión de los pueblos rurales .....                                         | 147  |
| XIX — Supervivencias del espíritu ganadero .....                                           | 153  |
| XX — Fundamentos etnológicos del carácter nacional .....                                   | 159  |
| XXI — Del Campo a la Ciudad .....                                                          | 167  |
| 1 — Psicoanálisis de la guaranguería.                                                      |      |
| 2 — Genealogía del compadrito.                                                             |      |
| XXII — Filosofía del mate amargo .....                                                     | 185  |
| Apéndice I. — Bases para un estudio sociológico de la vida rural uruguaya .....            | 191  |
| Apéndice II. — Esquema técnico - administrativo del Departamento de Sociología Rural ..... | 197  |



ESTE LIBRO SE TERMINO DE  
IMPRIMIR EN LOS TALLERES  
GRAFICOS "33" S. A. EL DIA 7  
DE OCTUBRE DEL AÑO 1955.

SE IMPRIMIERON DEL MISMO  
DOS MIL EJEMPLARES DE LOS  
CUALES CUATROCIENTOS SON  
PROPIEDAD DEL AUTOR.



